

MARIO BARBOSA CRUZ

Itinerancias y aprendizajes

Conversaciones con Clara E. Lida



EL COLEGIO DE MÉXICO

Itinerancias y aprendizajes.
Conversaciones con Clara E. Lida

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

MARIO BARBOSA CRUZ

Itinerancias y aprendizajes.
Conversaciones con Clara E. Lida



EL COLEGIO DE MÉXICO

Nombres: Lida, Clara, entrevistado. | Barbosa Cruz, Mario, entrevistador.

Título: Itinerancias y aprendizajes : conversaciones con Clara E. Lida / Mario Barbosa Cruz.

Descripción: Primera edición | Ciudad de México : El Colegio de México, 2023.

Identificadores: ISBN 978-607-564-447-9

Temas (BDCV): Lida, Clara – Entrevistas. | Historiadoras – México – Historia – Siglo xx. | México – Vida intelectual – Historia – Siglo xx.

Clasificación DDC: 907.2/02 –dc23

Primera edición, 2023

D.R. © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.
Carretera Picacho-Ajusco 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Alcaldía Tlalpan
14110 Ciudad de México, México

ISBN 978-607-564-447-9

Impreso en México

Índice

Prólogo. Un viaje en el tiempo con Clara E. Lida, <i>M. Barbosa</i>	9
Presentación, <i>C. E. Lida</i>	17
1. Buenos Aires: los orígenes	19
2. El México de mi niñez	32
3. De México a Cambridge y de Cambridge a Buenos Aires	50
4. Brandeis: mis primeros pasos en la Historia	76
5. Maestría en El Colegio de México	88
6. A Princeton con Vicente Llorens	97
7. En Nueva York, hacia el estudio del anarquismo	107
8. De Londres a Amsterdam y a Francia	122
9. Los primeros pasos en la España franquista	140
10. La investigación y sus obstáculos	149
11. El regreso a Nueva York y la ruptura con la Rockefeller	163
12. Wesleyan y el 68	173
13. Wesleyan, la protesta estudiantil y la fundación de la SSPHS	180
14. Los libreros de viejo	195
15. En la Unión Soviética	199
16. En Stony Brook	217
17. Hacia El Colegio de México, vía la UCLA	230
18. Mi padre y Denah	240
19. Algunas reflexiones sobre los Estados Unidos	252
20. En México	262
21. Sociabilidades tempranas	267
22. <i>Historia Mexicana</i> y los alumnos de El Colegio	282
23. Horizontes plurales y espacios nuevos	288
Epílogo	294
Índice onomástico	297

Nota del editor

Entre junio de 2016 y febrero de 2017, Mario Barbosa entrevistó durante largas y numerosas sesiones a Clara Lida, a partir de un detallado temario. El propósito era conocer diversos aspectos de su vida, de su formación y de su desarrollo como historiadora, así como su trayectoria académica. Más adelante, por iniciativa del propio entrevistador, esas conversaciones fueron laboriosamente transcritas, revisadas y, finalmente, transformadas en la narración personal que los lectores tienen en sus manos.

Si la voz testimonial es de Clara Lida, el artifice del proyecto fue Mario Barbosa. Su perseverancia y esfuerzo durante largo tiempo hicieron que estas páginas llegaran a buen puerto.

Prólogo.

Un viaje en el tiempo con Clara E. Lida

AL TERMINAR UNA DE NUESTRAS PRIMERAS COMIDAS en un restaurante ubicado detrás de la Catedral Metropolitana a comienzos de 2002, mi entonces directora de tesis doctoral, Clara Lida, me dio un “aventón” en su coche. Tomamos la avenida Hidalgo y al llegar a las inmediaciones de la colonia San Rafael, me contó que esos eran sus rumbos de infancia. En la comida habíamos comentado alguno de los textos de mi tesis sobre los trabajadores en las calles a comienzos del siglo xx y ella refirió con detalle recuerdos de su infancia en la ciudad de México cuando había emigrado desde la Argentina con su familia al mediar la década de 1940. El camino de regreso sirvió para ambientar los recuerdos al pasar por la Alameda, la avenida Hidalgo, así como por los márgenes de las colonias Santa María la Ribera y San Cosme. Mientras hablábamos de la venta de productos varios en las calles, aparecieron nuevamente esos momentos vividos en la ciudad, no lejos del mercado de San Cosme, lugar que caminaba de niña junto con su madre.

Con el paso de los años, las historias de aquel día se sumaron a otras que iban surgiendo al discutir capítulos de la tesis, en los encuentros sociales y en las sesiones de seminarios, entre otras ocasiones en que la escuché hablar de su pasado. De cuando en cuando, Clara contaba sus experiencias de niñez en México o en Cambridge, de su adolescencia en Buenos Aires y de sus estudios en la Brandeis University, El Colegio de México y Princeton. Al coincidir en alguna reunión con un exalumno suyo de Stony Brook aparecían también las evocaciones de su actividad como profesora en la Wesleyan University, en Stony Brook y en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), así como de su vida de casi tres décadas en Estados Unidos. Al hablar de anarquismo, hacía

referencias a los archivos europeos y a las dificultades de investigar el tema en tiempos del franquismo. Al recordar a su padre, se refería a cómo había conocido a renombrados integrantes de la intelectualidad mexicana y latinoamericana de los años cuarenta y cincuenta o del mundo universitario estadounidense y europeo en las décadas siguientes.

Con el transcurrir de los años y el fortalecimiento de nuestra amistad, su vida se convirtió para mí en un rompecabezas con distintas piezas ubicadas espacial y temporalmente en múltiples contextos. Desde que las escuché por primera vez, he considerado que son piezas importantes para quien está interesado en conocer los detalles sobre las trayectorias vitales de una reconocida investigadora y una académica exigente, y para pensar cómo se ha construido la investigación de la historia social desde la segunda mitad del siglo xx. Este libro surgió de mi interés en profundizar en algunos de los momentos más significativos de la vida de Clara Lida desde sus recuerdos en la Argentina de sus primeros años de vida hasta su decisión de residir de manera permanente en México en la década de 1980, principalmente. Si bien hay algunas menciones posteriores, el texto se centra en las primeras cinco décadas de su vida.

El relato tiene como base varias sesiones de entrevistas con Clara llevadas a cabo en la Ciudad de México entre 2016 y 2017. Los percances de salud y luego los tiempos convulsos de finales de la década anterior y comienzos de la presente llevaron a que la organización del testimonio oral se retrasara unos años. Una última sesión fue grabada en febrero de 2022 con el fin de contar con un texto que diera un cierre al borrador de manuscrito que teníamos en ese momento.

Cabe señalar que no fue fácil convencerla de emprender este proyecto. Dudó al comienzo, preguntó cómo se haría y cuál sería el destino de estas grabaciones. Luego de pensarlo y de discutir sobre el proyecto, muy generosa, aceptó esta propuesta de comentar asuntos que no habían sido registrados anteriormente, así como de abundar en momentos de su vida que ya había tratado en entrevistas que han quedado plasmadas, algunas de ellas, en prestigias revistas. Por ejemplo, en 2001

Historia Social publicó una entrevista realizada por Javier Paniagua, José Antonio Piqueras y Joaquim Prats, en la cual conversaron en torno a detalles generales de su vida y sobre sus investigaciones sobre anarquistas, emigrantes y exiliados.¹ Una entrevista realizada por Alicia Salmerón y Elisa Speckman, publicada en la revista *Secuencia* en 2006, abundaba sobre todo en la experiencia como estudiante de doctorado en Princeton, así como en las orientaciones de la historia social en México.²

Los recuerdos que aparecían en mis intercambios académicos y sociales con Clara se sumaban a aquellas remembranzas de estas y otras entrevistas que había leído y que me daban una imagen más profunda de mi profesora y amiga. Las conversaciones que tuvimos, a mi modo de ver, dejan ver con mayor amplitud facetas de una de las investigadoras más reconocidas sobre la historia del anarquismo español del siglo XIX, así como de la migración y el exilio español en la primera mitad del siglo XX. Asimismo, brindan una idea de la formación de una sólida trayectoria académica que consolida antes de tener 30 años. También nos hablan de cómo se configura un problema de investigación y de las vicisitudes en la búsqueda de fuentes en contextos poco favorables, como el franquismo. Aunque ella no lo resalte en su testimonio, es perceptible la forma como se consolida el perfil de una mujer académica en medio de un contexto que, todavía, a finales de 1970 era mayoritariamente masculino en Estados Unidos. Y para quienes tenemos el gusto de conocerla, estas páginas dejan ver cómo surge y se afirma su actitud crítica y su exigencia en la discusión histórica y en la formación académica de diversos historiadores.

Seguramente ella no lo recuerda, pero en mi primer día en El Colegio de México, en septiembre de 1999, fue uno de los pocos profesos-

¹ Javier Paniagua, José A. Piqueras y Joaquim Prats, “Clara Lida: sobre anarquistas, emigrantes y exiliados”, *Historia Social*, 8 (otoño de 2001), pp. 4-15.

² Alicia Salmerón y Elisa Speckman, “Una conversación con la profesora Clara Lida”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, 65 (mayo-agosto de 2006), pp. 115-134.

res que se acercaron a platicar con un grupo de asustados estudiantes recién ingresados al programa de doctorado en Historia. Al finalizar la reunión de bienvenida a la generación, con sonrisa afable preguntó nuestros orígenes y las expectativas que teníamos en ese momento. Después dejé de verla durante año y medio. Al comenzar el último semestre escolarizado del plan de estudios, en la primera sesión de un seminario sobre temas de historia social, se interesó por mi primera y difusa propuesta de tesis de doctorado. Uno o dos días más tarde solicité una cita para preguntarle si estaría interesada en dirigir la tesis. Amablemente aceptó y, como suele hacerlo, me señaló las reglas del juego. Como lo han indicado otros de sus alumnos, Clara es una directora exigente, comprometida, lectora crítica y poco complaciente. Los borradores del proyecto de tesis y de los capítulos regresaron a mis manos con muchas observaciones y sugerencias escritas al margen en rojo. Aunque reiteraba que no era especialista en el mundo urbano de la ciudad de México de las primeras décadas del siglo xx, tuvimos largas conversaciones sobre mis textos, mis hallazgos y mis tropiezos. En cada conversación pedía respuestas argumentadas a sus preguntas y críticas, no silencios. Cada presentación pública de la tesis la preparábamos de manera conjunta y minuciosamente; después de cada seminario teníamos largas charlas para discutir las observaciones de los lectores. Me detengo en nuestra relación profesora-alumno para reiterar su compromiso como directora, la seriedad académica con la que ha asumido la formación de sus alumnos.

Quizá lo que acabo de mencionar contraste con una formación académica muy independiente, como se observa en su testimonio de vida. Con excepción de su experiencia en sus estudios de maestría en El Colegio de México y, en particular, de su relación con Silvio Zavala durante la escritura de su primer artículo publicado sobre la sal en la Nueva España, Clara se formó de manera autónoma, dialogando con sus profesores, pero construyendo sus investigaciones sin el seguimiento que ella misma, en cambio, ha dado a sus estudiantes. Ha sido una

mujer independiente desde la adolescencia debido a circunstancias familiares y personales. Quizá, esas circunstancias la llevaron a forjarse y a exigirse a sí misma más que a ninguna otra persona.

Su tesis doctoral defendida en 1968 y la publicación como libro en Siglo XXI de España en 1972, luego de las dificultades interpuestas por parte de la censura franquista debido a una temática controvertida, la convirtieron muy pronto en un referente de los estudios sobre el anarquismo. Fue una investigación construida a partir de una exhaustiva búsqueda de información en archivos y bibliotecas. Recorrió los acervos documentales europeos indagando los orígenes del anarquismo y de la Primera Internacional, así como la consolidación del movimiento obrero español. Tenía menos de 30 años cuando se doctoró y consiguió su primer trabajo como profesora en la Wesleyan University. Participó activamente en la vida académica estadounidense sobre temas españoles y se codeó, desde muy joven, con los hispanistas más reconocidos. Pausadamente fue construyendo una historia del anarquismo español y europeo y de la migración, en diálogo con los estudios existentes sobre el tema, pero con puntos de vista que abrieron novedosos campos de estudio. La sensibilidad social y su gusto por la literatura aparecen en sus obras académicas en medio de los conflictos políticos de los siglos XIX y XX. Desde muy pequeña ha sido una lectora ávida de las buenas narrativas literarias, ha escrito y publicado poesía y se ha preocupado por la claridad y la elegancia en la expresión de las ideas. Su estilo de escritura ha sido forjado desde sus primeros años en una familia de filólogos y buenos lectores.

Los recuerdos plasmados en este libro son un testimonio de cómo se construye una trayectoria académica a lo largo de una vida. Asimismo, permiten conocer cómo se forjó en un mundo prioritariamente masculino, como ya lo decíamos. Aunque ella no lo subraye explícitamente, fue una joven independiente que decidió estudiar en Estados Unidos y fue precursora al entrar a estudiar en una universidad masculina como Princeton en la década de 1960, al investigar en archivos y

acervos españoles el anarquismo del siglo XIX en pleno franquismo, al ser profesora en una universidad para hombres (Wesleyan) y con pocas colegas mujeres. En un programa de la televisión española (RTVE) sobre la organización clandestina “La Mano Negra” que se realizó a comienzos de la década de 1980, se la ve destacándose entre hombres por su conocimiento, sus agudos comentarios y su capacidad de argumentación. Sobresale entre hombres —que se trataban entre ellos como “profesores”, mientras que a ella la llamaban “señorita”, cuando ya era reconocida investigadora universitaria desde hacía 15 años— por su actitud, así como por el conocimiento construido a partir de una investigación seria y documentada. El testimonio también pone énfasis al final en el compromiso de Clara en la formación de investigadores, y en la apertura de espacios de discusión de relevancia académica.

Sin duda, además del reconocimiento académico de su obra, Clara Lida es un referente por impulsar la creación de diversos espacios de diálogo que han enriquecido y proyectado la historia social y la historia de las relaciones entre México y España. Su vida guarda interés por esa vitalidad de la itinerancia entre espacios diversos y por la riqueza de vivencias en su trayectoria como historiadora. Esa profusión de experiencias será uno de los atractivos de la lectura de las siguientes páginas.

Este proyecto tuvo aportes de varias personas. Las grabaciones fueron transcritas por Gerly Corzo Ramírez, y luego Erick Rodríguez Díaz hizo una revisión general. Ambos se interesaron mucho por el testimonio de vida y, además de realizar bien esta labor, hicieron comentarios y preguntas sugerentes. Mariana Garduño revisó los abundantes cambios a mano que Clara Lida introdujo a la primera versión impresa. Por su parte, María Dolores Lorenzo leyó una versión preliminar y contribuyó con comentarios pertinentes. También leyeron el texto y sugirieron alguna modificación en la redacción nuestros colegas Rose Duroux y Juan Pablo Vivaldo. A Antonio Bolívar, nuestro ejemplar editor, ¡mil gracias!

Un reconocimiento especial merece Pablo Yankelevich, director del Centro de Estudios Históricos. Desde una primera conversación apoyó la idea de que este libro se publicara en El Colegio de México, ya que la institución está presente en estas páginas desde sus años tempranos. Que Silvia Giorguli, actual presidenta de la institución, avalara esta idea, también es motivo de nuestro sincero agradecimiento.

El texto transcrito fue editado para mejorar y dar continuidad a la exposición, ampliar algunas cuestiones y eliminar reiteraciones. Aunque las grabaciones originales eran conversaciones, en la edición se eliminó mi voz para que fuera ella quien narrara su historia de vida. Clara participó activamente en la edición y, además de precisar algunos apartados de la transcripción, aportó otros episodios y puntualizaciones de varios momentos de su vida. Sin duda, la comunicación permanente y el intercambio de opiniones sobre el contenido durante el periodo de revisión fueron muy importantes para darle mayor fluidez y para llenar algunos vacíos en el testimonio.

Este libro ha sido un reto asumido con admiración y afecto hacia mi profesora, colega y amiga. Espero que sea un homenaje a sus múltiples itinerarios de vida, a su calidad como investigadora y a su compromiso con el debate académico serio, pero también, con una historia con múltiples posibilidades para explorar la vida social y la pluralidad de sujetos, de procesos y de formas de relacionarse, organizarse y resistir.

MARIO BARBOSA CRUZ

Presentación

EN ESTAS PÁGINAS EVOCO ALGUNOS MOMENTOS vividos desde mi infancia. Son instantáneas que han quedado asentadas en mis recuerdos que, como la palabra lo indica, pasan por el corazón, más que por aquello que se guarda en la mente, en la memoria. Todos ellos transitan por tiempos y lugares plurales por los que he deambulado durante largos años, en una itinerancia vital, en parte forzada por las realidades familiares de destierros y migraciones, en parte por elección, por necesidad o por las vueltas de la fortuna. Muchos de ellos, además, evocan reflexiones personales sobre el mundo que me ha rodeado, lo que en su momento esas experiencias significaron para mí y lo que me enseñaron.

Estos textos se deben a la insistencia cordial y firme de Mario Barbosa, quien fuera alumno y tesista de doctorado en El Colegio de México y, después, querido colega y amigo. Ante mis reticencias y titubeos, él ha sabido practicar con natural delicadeza y decisión la máxima latina, *suaviter in modo, fortiter in re*. Tras prolongadas entrevistas grabadas e infinita paciencia a lo largo de varios años, Mario hizo que aquellas trashumancias y momentos resurgieran y, paulatinamente, pasaran de las largas horas de grabación al papel, y de esas transcripciones a este libro, que fue adquiriendo un tono personal, más narrativo que de diálogo explícito, aunque, en general, conserva la estructura y los temas marcados por las propias entrevistas. Sin embargo, si en ocasiones el texto mantiene un carácter híbrido, es porque ni lo hablado se borró ni la escritura se impuso plenamente, pues mi interlocutor está muy presente y con él converso.

El propósito no ha sido hacer Historia, con mayúscula, sino rescatar recuerdos evocados al calor de las numerosas preguntas de Mario y

a veces reflexionar sobre sus huellas en mí. A menudo guardan un cierto orden cronológico, según los contextos y espacios en los que tuvieron lugar; si bien eso no fue premeditado sino que se fue dando, a veces hay también idas y venidas. En todo caso, lo evocado no tiene afán de totalidad y, menos, de intimidad, sino de recuperar algunas experiencias vividas aquí o allá y su impronta en algunos momentos de mi vida. Hay muchas otras que han sido fundamentales y cuya huella es muy profunda y personal, pero que son ajenas al propósito de estas páginas.

La mayoría de estos recuerdos tienen que ver con el surgimiento paulatino de una temprana conciencia social y, claro, política, pues han ido de la mano, así como con influencias intelectuales, culturales y académicas plurales, adquiridas en países y contextos diversos que fueron forjando aprendizajes varios y un indudable mestizaje cultural. Todos se remontan a las décadas que transcurrieron entre mi primera infancia y mi vida adulta en distintos espacios geográficos, académicos y sociales, desde los años de la Segunda Guerra y el comienzo del peronismo en la Argentina, hasta mi desarrollo en los Estados Unidos y mi posterior inserción definitiva en México. No pienso en estos trasiegos personales como desarraigados, sino que, si acaso, los comparo con esas plantas cuyas raíces aéreas crecen por encima de la tierra y se pueden trasladar a otros aires sin la violencia de la pérdida de un suelo propio.

Reitero que no ha habido ninguna intención de exhaustividad. Ni están todos los recuerdos ni menciono a todos aquellos que con su honda e imborrable influencia personal, emocional e intelectual me ayudaron a crecer y, si acaso, a ser mejor. Si no todo fue como lo hubieran deseado, es solo prueba de mis limitaciones. Estas páginas no son un diario íntimo, sino bocetos de algunos momentos significativos. No todo lo que se menciona importa más allá del hecho, ni todo lo que falta está en el olvido.

CLARA E. LIDA
Ciudad de México,
junio de 2016-agosto de 2022

1. Buenos Aires: los orígenes

NACÍ EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, en pleno verano sureño de 1941, veinte días después del ataque a Pearl Harbor por los japoneses. De modo que mi infancia, mi primera infancia, transcurrió realmente en plena Guerra Mundial y la inmediata posguerra. No es que yo tuviera una idea de esto de niña, pero sin duda afectó a mis padres y, también, al país. Nací en una familia instruida. Mi madre, Leonor García, y mi padre, Raimundo Lida, se habían formado ambos en la Universidad de Buenos Aires. Mi madre estudió filosofía y mi padre, letras, pero siempre con mucho interés también por la filosofía, que en su formación original fue, casi, paralela a las letras. De modo que nací en una casa con libros, una casa en la que se leía y en la cual leer era importante y natural. Supongo que también escribir, pero eso yo no lo veía tanto, como la lectura de mis mayores. Tengo un hermano, Fernando, cinco años mayor que yo, y desde que tengo memoria, él iba a la escuela y a su manera aún infantil, también participaba del mundo de la lectura, que yo envidiaba. Tengo, sin embargo, un recuerdo muy temprano de estar acostada en el suelo, en el estudio de mi padre, pasando muy entretenida las hojas de un libro de arte y mirando los cuadros, que luego supe que eran del Museo del Prado.

La mía no era una familia acomodada; mi padre tenía doble empleo: por las mañanas tenía que trabajar donde pudiera cobrar un sueldo más o menos digno. Durante muchos años fue bibliotecario del Banco Central de la República Argentina, cuando lo dirigía un economista muy renombrado, Raúl Prebisch. En el Banco trabajaba por las mañanas, llegaba a comer a casa, y por las tardes iba a trabajar al Instituto de Filología, en la Universidad, donde participaba en los equipos

de investigación y en la redacción de su *Revista de Filología Hispánica*, cuyo modelo fue la madrileña *Revista de Filología Española*. El director del Instituto era un filólogo español muy reconocido, Amado Alonso. Mi madre, en cambio, se dedicaba a los hijos y al hogar. De modo que era una familia de clase media, que vivía dignamente, pero sin lujos. Realmente creo que los únicos lujos eran los libros, era la biblioteca.

Mis abuelos eran todos de origen humilde. Tres de ellos eran inmigrantes que habían llegado a la Argentina entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Por el lado paterno, mis abuelos eran judíos y provenían de la Europa central. Mi abuela Sara Lehrer había nacido hacia mediados o finales del decenio de 1880 en el entonces Imperio austro-húngaro, en la ciudad de Lemberg (después Lvov y hoy Lviv o Leópolis), en Galitzia, región galitziano-ucraniana, fronteriza con Rusia. Mi abuelo Mauricio había nacido a comienzos de la década de 1880, a poca distancia, en Sandomierz, en el Imperio ruso, en esa misma extensa región. El abuelo se había formado como artesano, encuadernador de oficio, pero huyó de Rusia a raíz de los violentos *pogroms* que tuvieron especial virulencia en esa región ucraniana y se asentó en Lemberg, la ciudad donde vivía mi abuela, supongo que a principios del siglo XX. Ahí conoció a la que sería su jovencísima mujer y ahí se casaron cuando ella tenía entre 14 y 15 años, y mi abuelo 19 o 20. De modo que eran lo que hoy podríamos decir unos chiquillos, en uno de esos típicos matrimonios arreglados, tal vez por la sinagoga local.

Tuvieron un primer hijo, Emilio, que nació en 1903 y, supongo que después de eso, mi abuelo empezó a considerar la posibilidad de emigrar a América. Ésta era una región tan lejana, que se entendía en un sentido muy confuso y se pensaba que toda América era un mismo país. Por ello, se embarcó creyendo que el barco lo trasladaría a los Estados Unidos; menuda sería su sorpresa al acabar en la Argentina. Mauricio debe haber emigrado —esto no lo tengo tan claro—, en algún momento de 1908. Pero dejó atrás a su familia: a su hijo mayor y a su mujer, embarazada de quien sería Raimundo, mi padre, nacido en

noviembre de ese año. Cuando al año siguiente Mauricio se pudo asentar en Buenos Aires y ahorrar algo de dinero, llevó a su familia a la Argentina. Emilio, el hijo mayor, para entonces tenía edad para comenzar la escuela, mientras que mi padre era solo un niño de meses, que llegaba en brazos de su madre. Después, en 1910, el matrimonio tuvo una niña, mi tía María Rosa. En fin, digo esto para mostrar el perfil geográfico y cultural de la familia Lida: una familia muy joven, casi sin instrucción, con la educación que podía tener un pequeño artesano en un gueto europeo hablando *ídish*, posiblemente también algo de ruso y polaco y leyendo algo de hebreo, aprendido quizá en una escuela rabínica o *yeshiva*. Trasladarse a un país cuyo idioma no se conocía, donde no conocía a nadie, pero donde pudo conseguir trabajo y empezar a desarrollar una vida económicamente productiva y tener una familia que iba creciendo e integrándose a un nuevo contexto —tal vez, gracias también a que el apellido de origen eslavo sonaba muy latino—, es una de las tantas historias de los emigrantes a América al comenzar el siglo xx.

Por el lado materno, mi abuela, María Rodríguez Bugarín, había nacido en Puentearreas, en Galicia, en 1882, no lejos del pequeño pueblo de Bugarín, de donde era oriunda su familia materna. María emigró a la Argentina muy joven, a los 15 años, cuando se fue de su casa con el apoyo de su hermana mayor, cuyo nombre siempre nos hacía mucha gracia, pues se llamaba Anacleta y, claro, a los niños nos sonaba a chancleta... La tía Anacleta acogió a su hermana, y la colocó como empleada doméstica en casa de una familia acomodada, y así se fueron desarrollando sus primeros años de vida en Buenos Aires. Una de las familias con las que trabajó pertenecía a la alta oligarquía argentina, los Uriburu-Anchorena; allí conoció a mi abuelo, que era el cocinero, el cotizado chef de la casa.

Mi abuelo Donato Genaro García tenía un origen desconocido, pues había sido abandonado en la puerta del asilo de huérfanos de Buenos Aires, la Casa de Niños Expósitos, en 1876. Ahí creció, aprendiendo malamente un oficio y otro, hasta que encontró el que lo acom-

pañaría toda su vida. Alguna vez él recordaba que hacia los 8 o 9 años, después de pasar por distintos talleres, fue enviado a trabajar en la cocina. Fue lo que en el español general se llama pinche de cocina. Ya de viejo me decía que inicialmente a él le había gustado el oficio, primero, porque la cocina estaba calentita, con lo cual uno imagina lo que deben haber sido los crudos inviernos de Buenos Aires en un orfanatorio; y, segundo, le había gustado porque podía comer bien, pues el cocinero le servía abundantemente. De modo que también podemos imaginar lo que pudo haber sido la vida de privaciones y de hambre de un niño expósito entre 1876, cuando a él lo abandonaron, y aproximadamente 1890 o 91, hacia sus 15 años, cuando salió de allí. Según se contaba en casa, cuando fue abandonado llevaba prendida una notita que decía: “Este niño se llama Donato Genaro”. Esto siempre me ha hecho pensar que la madre pudo haber sido una inmigrante italiana forzada a abandonarlo allí, pero que se preocupó porque el niño fuera registrado con sus dos nombres de pila ya dados. También era curioso que tuviera perforado el lóbulo de una oreja, como si hubiera llevado un arete, costumbre habitual en ciertos lugares de Italia. Sin embargo, como con todos los niños abandonados en el orfelinato porteño, su apellido sería García, lo cual evitaba la humillación de llamarse Expósito. Al dejar el asilo, el joven Donato se enganchó como cocinero en un barco que hacía la travesía de Buenos Aires a Francia y allí, en París, pasó unos años trabajando hasta sentir que dominaba el oficio y podía volver a su tierra como cotizado cocinero francés.

Mi madre, por su parte, nació en Buenos Aires, en marzo de 1908. Un año y medio después nacería su hermano, mi tío Donato. Agregó también que la familia materna era de origen católico, no muy practicantes, pero católicos al fin. Desde luego, los Lida y los García no tenían nada en común, más que sus orígenes humildes, ni se conocían... Lo interesante de ambas familias es que tenían una enorme fe en la educación y compartían la creencia esperanzada de que si sus hijos se educaban, iban a poder ascender socialmente, a diferencia de ellos

que, si acaso lo llegaban a hacer, sería por medio de una enorme voluntad, sacrificios y trabajo. De modo que para los niños Lida y García, la educación fue algo muy importante, inculcada inicialmente por sus padres. Y en efecto, resultaron niños suficientemente talentosos como para ir avanzando en su formación escolar, desde la escuela primaria, pasando por la secundaria, hasta la universidad. Mi madre se recibió en 1930 de Profesora de Filosofía, ese era el título, un poco más elevado que el de licenciatura, y lo mismo mi padre, pues eran compañeros de generación. Él se recibió en Letras, y ese mismo año se naturalizó argentino.

En 1930, en la Argentina, se había dado un golpe militar, el primero del siglo, que depuso al presidente Hipólito Yrigoyen, quien había sido elegido libre y democráticamente. De modo que la Argentina en la que se encontraban esos dos jóvenes recién egresados de la universidad era una Argentina militarista, de tendencia muy conservadora, cuando no fascista, muy cercana a la Iglesia, muy despreciativa y temerosa de las clases bajas y de las clases trabajadoras y con inocultables tintes xenófobos. En fin, era un gobierno de élites cívico-militares, muy representativo de los intereses de las oligarquías argentinas.

Mi padre y mi madre nacieron en 1908, de modo que iniciaron sus estudios primarios hacia 1914, en una Argentina en la que ya existía una ley de enseñanza laica, gratuita y obligatoria. En esos años, la escuela pública argentina era estatal y de muy buen nivel. Además, la educación se había pensado como un instrumento para integrar de alguna manera a esa enorme población inmigrante que llegaba al país. Los valores que la escuela transmitía eran nacionalistas y burgueses, especialmente para los hijos de los nuevos pobladores extranjeros venidos de distintos puntos de Europa y del Mediterráneo oriental. Mis padres se educaron en la escuela pública hasta finalizar el bachillerato y, luego, en la Universidad de Buenos Aires, que también era estatal, gratuita y laica. Está claro que la educación permitía que los hijos de las clases trabajadoras y medias se educaran gratis en un contexto secular y laico, que los iba a formar en la mejor tradición, digamos, del liberalismo

civilista de la época. No estoy segura de si había alguna universidad privada en ese momento, aunque sí había escuelas privadas, sobre todo católicas, pero el Estado no reconocía los títulos de instituciones educativas privadas que no fueran revalidados en el sistema público; en todo caso, los hijos de las oligarquías que no querían estudiar en la Universidad de Buenos Aires irían a estudiar al extranjero. En fin, en ese sentido, por medio de la educación, mis padres se habían integrado muy rápida e intensamente a la vida cultural del país; cuando yo nací, mi padre ya formaba parte de un mundo cultural y académico porteño, bastante cosmopolita en esos años.

Sin embargo, él no había podido obtener un puesto universitario, no por falta de capacidad, sino porque en esa época se necesitaban muchos enchufes para ganar una plaza. Siendo de origen judío, tampoco era fácil que las derechas católicas argentinas, que después de 1930 pululaban en la Universidad, le tuvieran demasiada simpatía. Como hombre más o menos abierto y progresista, en una época en la que los gobiernos eran de derecha y que durante la segunda Guerra Mundial simpatizaron con el Eje, el fascismo y el nazismo, era muy difícil que pudiera acceder a una plaza universitaria remunerada. En cambio, consiguió un nombramiento en la Universidad Nacional de La Plata, en la capital de la provincia de Buenos Aires, que en México tal vez sería como decir Toluca o Puebla, en cuestión de distancia. Ese puesto le permitiría, por primera vez, enseñar a nivel universitario, pero fue un puesto *ad honorem*, en el cual trabajó gratuitamente más de 15 años, se puede decir que por amor al arte —en este caso, por su amor a enseñar y a compartir.

Para ir a La Plata a dar su clase, debía tomar el tren una vez por semana. Por ello compartía el viaje con algunos otros profesores que vivían en Buenos Aires, pero se trasladaban a la provincia. Entre quienes lo hacían, hubo una figura muy destacada en el mundo de la cultura iberoamericana. Se trataba del polígrafo latinoamericano, nacido en la República Dominicana, que había estado en México antes de emigrar

a la Argentina, Pedro Henríquez Ureña. Don Pedro, como se le llamaba en casa, se había vinculado también al Instituto de Filología de Buenos Aires, de modo que mi padre no solo ya lo conocía y lo respetaba enormemente, sino que fue uno de los asiduos compañeros de viaje en esas idas y venidas semanales, hasta que en 1946 don Pedro sufrió un infarto y murió en uno de esos viajes, lo cual fue muy traumático para la familia.

Pero en lo que me concierne, mi infancia tuvo poco de especial. Lo más interesante era ir a casa de mis abuelos maternos, que ya eran mayores y estaban jubilados. Mi abuelo había logrado a lo largo de sus años, como chef muy cotizado y apreciado por las familias ricas argentinas, hacer un pequeño capital, y con ese dinero ir comprando terrenos y construyendo casitas, con la misma mentalidad de la pequeña burguesía europea, que tenía como meta vivir de sus rentas cuando se retirara. Entonces, ellos tenían la casa en la que vivían en Palermo y, al lado, dos o tres propiedades más. Ir a casa de los abuelos era muy grato, y a los nietos nos mimaban mucho. Además, allí coincidía con mi primo Miguel Ángel, de mi edad, desde entonces compinche cariñoso, con quien jugaba gustosamente, y a veces con Beatriz, su hermana mayor. Mi abuelo, ya retirado, cocinaba maravillosamente y preparaba los postres más exquisitos. De modo que, siendo yo más bien una niña flacucha, se deshacía en cocinar para que la nietita comiera. Así fui desarrollando un cierto gusto por la buena comida, y me encanta, cuando puedo, ir a un buen restaurante... Pero bueno, eso, junto con los libros, eran los pequeños lujos familiares. Aunque debo mencionar también un piano, que mi padre tocaba muy bien y que mi hermano estudiaba con manifiesta aptitud, bajo la tutela del muy reconocido Vicente Scaramuzza.

En todo lo demás yo no recuerdo que hubiera algo especial, un juguete o algo por el estilo, aunque el abuelo tenía habilidad manual y podía hacer algún carrito de madera pintada u otra cosita sencilla para jugar. Lo cierto es que no era parte de la costumbre familiar gastar en

cosas consideradas superfluas. Y entre regalarle a un hijo un libro o un juguete, siempre se optaba por lo primero. Lo que sí recuerdo es una situación sorprendente, que ahora puedo entender mejor. Vivíamos en la Avenida Leandro Alem, que conectaba con la casa de gobierno, la Casa Rosada, donde despachaban los presidentes, pero su residencia estaba en Olivos, una población cercana a la Capital, y el trayecto más directo era ir por Leandro Alem hasta enlazar con la ruta que los llevaría a casa. Como niños íbamos mucho a un parque vecino, hoy llamado Plaza Roma, pero entonces era la Plaza Mazzini, porque había una estatua de ese prócer italiano; allí mi hermano y yo teníamos nuestros amiguitos. Como realmente estaba a dos pasos de casa, a veces nos dejaban ir juntos, solos. El hecho es que un día se acercó la escolta presidencial abriendo paso al automóvil que transportaba a Perón y a su mujer, Eva Duarte, y grandes y chicos se acercaron a la calle para verlos pasar. Como estábamos solos, allí nos fuimos Fernando y yo con los demás, al borde de la acera. Cuál no sería nuestra sorpresa al ver que Evita, desde el auto, arrojaba por la ventanilla regalos, creo que en esa ocasión solo juguetes para los chicos. La suerte quiso que una bolsa de bolitas (canicas) cayera a los pies de mi hermano, quien feliz y triunfante la recogió y, muy contentos, nos fuimos para casa a mostrar el botín. Nunca esperé la tremenda reacción de mi padre, enojadísimo por que sus hijos hicieran tales cosas y recibieran regalos de los Perón, lo cual él veía como corrupción y demagogia. Quien recibió el chubasco y el castigo fue mi hermano, so pretexto de que yo era muy pequeña; sin embargo, sentí entonces algo que se podría llamar un instinto de rechazo ante la injusticia y me enfrenté muy enojada con mi padre por maltratar a mi hermano, puesto que ambos habíamos estado allí. No recuerdo en qué acabó el asunto, supongo que castigados, pero sí recuerdo bien el estupor paterno al verse enfrentado por una pulguita de 4 o 5 años. Muchos años después pude entender el enojo de mi padre por lo que él veía como manipulación política. Pero lo que nunca entendí fue el tamaño del enojo con dos niños, y que en vez de explicarles el problema

montara en una cólera tan excepcional en él, normalmente muy controlado y sobrio.

Por la Avenida Leandro Alem pasaban también manifestaciones diversas. Me viene a la memoria otro recuerdo previo, pero muy vívido, que luego supe fechar el 17 de octubre de 1945, a mis casi 4 años, Desde el balcón de nuestro departamento podíamos ver el desfile inacabable de una multitud que se dirigía a la Plaza de Mayo (equivalente al Zócalo, en México) a exigir la liberación del coronel Juan Domingo Perón, entonces enfrentado con el gobierno del presidente *de facto*, general E. Farrell, y para apoyar su candidatura para la presidencia en las elecciones que tendrían lugar al año siguiente, el 24 de febrero, que Perón ganaría cómodamente, con casi 53% de los votos. Pero lo que a mí me impresionó y me queda en el recuerdo fue lo multitudinario de este episodio y oír consignas que, por lo reiteradas se me grabaron en la memoria y que yo también acabé por repetir con inconsciencia infantil ante el enojo paterno: “La Argentina sin Perón, es un barco sin timón”; “Que suba la papa, que suba el carbón, el 24 sube Perón”; “Alpargatas sí, libros no”. Pero lo más impresionante para mí fue que al caer la noche, la muchedumbre desfilara empuñando antorchas encendidas que yo nunca había visto, que proyectaban un resplandor fantasmagórico de luces y sombras en calles y edificios.

Volviendo a la familia más amplia, no he mencionado casi a mis abuelos paternos ni a mis tíos Emilio y María Rosa, porque en esos años prácticamente no los conocí. Cuando mis padres se casaron, el suyo era un matrimonio mixto o interétnico, como se llamaría hoy. Ya dije que él provenía de una familia judía y mi madre de una familia católica. Ninguno de los dos era religioso, ni supe de niña que tuvieran posturas o actividades religiosas: ni a mi hermano ni a mí nos educaron en un mundo religioso. Éramos una familia real y profundamente laica. Pero mis abuelos paternos, como ya dije, provenían de los guetos judíos de Europa central y oriental. Eran —al menos mi abuelo— religiosos. El hecho es que cuando mis padres se casaron, Mauricio Lida no quiso ni

conocer a mi madre, ni tampoco a sus nietos cuando nacimos. Él sentía que la nuestra era una familia *goy*, para decirlo en hebreo; una familia gentil, antítesis de lo judío, a la que no quiso conocer ni reconocer. Rara vez vi a mi abuela Sara, pero tampoco era usual. Si bien mi abuelo no pisó jamás la casa de mis padres, mi abuela, menos religiosa, creo, sí lo hizo alguna vez. También mi tío Emilio, el hermano mayor de mi padre, que era médico, venía muy ocasionalmente, pero no así su hermana, mi tía María Rosa Lida. Puedo imaginar lo que esta situación significó para una joven pareja con hijos pequeños, y bien puedo suponer que para mi madre la actitud de su familia política no solo le resultaría particularmente ingrata, sino también muy dolorosa. No había intercambios ni calidez ni visitas mutuas. Si acaso alguno venía a casa, nosotros nunca fuimos a la suya. Era un claro contraste con mis abuelos maternos; esto lo dejo dicho porque, sin duda, también está en la base misma de la historia familiar, y en parte explicaré posteriormente el divorcio de mis padres y otras cosas. Supongo que el prejuicio y el rechazo dejaron un sentimiento de conflicto y dolor latentes que finalmente explotaron y que, sobre todo para mi madre, fueron muy, muy duros. Nunca pude saber qué pensaría mi padre de todo eso.

Hacia los cuatro años yo tenía muchas ganas de aprender a leer. Veía que mi hermano leía, que mis padres leían, por lo que yo también quería aprender. Mi madre decidió entonces contratar a una maestra que venía a casa a darme clases. La señora Delia Derito me enseñó a leer, a escribir, a hacer números y a hacer sumas sencillas, a dibujar, etc. Y eso fue para mí, creo, lo más importante de mi infancia porteña: aprender a leer, tener un libro y poderlo leer. Era como si hubiera entrado en una especie de masonería doméstica donde hacían cosas a las cuales antes no había podido acceder, hasta que al fin fui iniciada. Lo recuerdo con mucho gusto, y desde entonces, creo que leer ha sido y es lo único que sé hacer más o menos bien, y ha sido y es un gran placer de mi vida. Tanto es así, que más de una vez, caminando por la calle, me he detenido para leer algún papel tirado en la acera, o miran-

do por encima del hombro de otro pasajero en un transporte público, para ver qué leía.

En 1947 todo cambió dramáticamente, cuando ya bajo la primera presidencia de Perón hubo serios problemas universitarios que afectaron al Instituto de Filología, a sus miembros y, por ende, a mi padre. En general, los intelectuales liberales argentinos fueron antiperonistas. En ese contexto, en 1946 Amado Alonso se fue a Estados Unidos, contratado por Harvard, y poco a poco se fueron yendo también varios de sus colaboradores, como Ángel Rosenblat, gran amigo de casa a quien yo quería mucho, Marcos Morínigo, los hermanos Raimundo y María Rosa Lida, y algún otro. En 1947 le llegó el turno a mi padre, quien en la primavera de ese año se exilió a México, adonde había sido invitado desde El Colegio de México por su presidente, Alfonso Reyes, y por el secretario de la institución, Daniel Cosío Villegas, para seguir publicando allí la que se llamaría *Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH)*, continuando la que Alonso había fundado en el Instituto de Filología, y para crear un centro dedicado a los estudios filológicos, que emulara al de Buenos Aires y al que Ramón Menéndez Pidal había creado en Madrid a comienzos de siglo. Esto resultó un terremoto en la vida de la familia. Y creo que fue a partir de entonces, a mis cinco años, cuando empiezo a tener recuerdos más vívidos y menos esporádicos.

En efecto, a mi madre le tocó levantar el departamento, vender o malvender casi todo y conseguir que sus padres le permitieran dejar en su casa las grandes bibliotecas o estanterías repletas de libros, algún baúl y una que otra cosa más. Cualquiera que haya tenido que deshacer su casa e irse de su país apresuradamente comprenderá lo dramático y traumático de la situación. Imagino lo que eso fue para mi madre, quien había construido un hogar con sacrificios y tesón y ahora lo veía deshecho. De algún modo, lo debe haber sido también para mi hermano, ya en cuarto grado de su escuela, y hasta para mí, tanto más pequeña.

No puedo olvidar, por ejemplo, el suplicio que fue obtener pasaportes para nosotros. Hasta hace pocos años, eso solo se hacía en el

Departamento Central de la Policía Federal. El trato dado a mi madre, al no estar en el país el *pater familiae* para autorizar un trámite que debía ser personal, fue humillante y agresivo, y hoy también puedo pensar que hirientemente machista. Prueba de esos sinsabores eran las amargas lágrimas que derramaba y, desde luego, yo también, viéndola. El testimonio gráfico ha quedado en las fotografías tomadas por la propia policía; la de mi madre, con los ojos y la cara mostrando pruebas del sufrimiento, y la mía, en mi primer pasaporte, también llorosa y asustada.

Finalmente, a comienzos de septiembre de 1947 nos embarcamos en un buque de la Delta Lines rumbo a Nueva Orleans, donde nos encontraríamos con mi padre para ir desde allí a nuestro destino final, la ciudad de México. Para mí ese viaje fue maravilloso. El barco era un carguero que tenía unos pocos camarotes para pasajeros. Pienso que en total seríamos apenas una docena escasa, y mi hermano y yo éramos los pequeños. Recuerdo especialmente la paciencia y simpatía de la tripulación hacia mí. Este barco y muchos de los tripulantes habían servido durante la segunda Guerra, y el buque había sido utilizado para el traslado de tropas y materiales. La nuestra era una tripulación mixta, en la que había varios afroestadounidenses, que yo veía por primera vez. Unos y otros nos mimaban, dándonos barritas de un delicioso chocolate Hershey's y chicles Wrigley's de *tutti frutti*, que luego se hicieron inseparables y adictivos durante los años infantiles. También en sus ratos de descanso jugaban conmigo y me acompañaban en recorridos por el barco. Así conocí el cuarto de máquinas, pude ver las bodegas y deambular por los pasillos y sus recovecos. Los únicos lugares prohibidos eran donde estaban el capitán y sus oficiales.

Como era de rigor, el buque paraba en cada puerto importante y con mi madre, cuya curiosidad viajera heredé o aprendí, bajábamos a tierra a recorrer la ciudad. Así fuimos tocando diversos puertos atlánticos hasta llegar al Caribe. Allí la situación fue distinta, pues frente a la tranquilidad anterior del viaje, nos encontramos en medio de un tre-

mendo huracán. Naturalmente, yo no tenía conciencia de lo que ocurría, pero recuerdo que se nos prohibió salir a cubierta y se ordenó llevar puesto día y noche el chaleco salvavidas. Por lo que se comentaba entre los pasajeros, parece que el barco no lograba salir de la zona sin ponerse en mayor peligro y usaba todas sus energías dando vueltas para evitar topar con el ojo del huracán. Lo cierto es que eso duró unos días y, finalmente, logramos enfilarse hacia Nueva Orleans, donde ya nos aguardaba mi padre, muy angustiado por el retraso y el peligro, pues ese mismo huracán había golpeado Nueva Orleans unos días antes. En fin, según mi pasaporte infantil, llegamos a Estados Unidos el 29 de septiembre de 1947 y dos o tres días después emprendimos el viaje en tren a la ciudad de México.

2. El México de mi niñez

ESTE ÚLTIMO TRAMO FUE MUY DIFÍCIL. En efecto, la llegada al país y el viaje desde el norte hasta la capital lo recuerdo cansado, pero también pesados por la impresión de ver, en cada parada, niños y adultos en la miseria, una miseria que hasta para una niña pequeña era impactante y dolorosa. Cómo, con mayor razón, no lo iba a ser para mi madre, a la cual se le saltaban las lágrimas a cada paso. Aunque mi padre trataba de consolarla, era evidente que él mismo estaba alterado ante esa realidad. Todo esto lo digo porque el México de esos años era todavía un país muy pobre, pero a lo largo de mis años de contacto con él puedo dar fe de muchos cambios, aunque volvamos sobre esto más adelante.

En fin, a comienzos de octubre llegamos a la capital para alojarnos en una pensión en la calle de Sevilla, casi esquina con la Avenida Chapultepec, a pocos pasos de la sede del Colegio, en Sevilla 30. Esa era una casa que entonces aprendí que era de estilo californiano, a la cual acudimos de visita a poco de llegar y que me impresionó por lo que me parecía un enorme *hall* central, como nunca había visto. Ahora que lo pienso, tal vez yo sea una de las pocas personas vivas que conocieron todas las sedes independientes del Colegio, por no mencionar la del Fondo de Cultura, en la calle de Pánuco 63, en la que durante sus primeros años ocupó un par de despachos. Fue también en esos días cuando aprendí la para mí entonces difícil palabra “acueducto”, pues estábamos a un paso de los restos coloniales del que está en la Avenida Chapultepec.

Creo que no pasó mucho tiempo antes de mudarnos a un departamento amueblado, que mi madre había encontrado en la calle del Chopo 6, esquina con San Cosme, no lejos de la Facultad de Filosofía y Letras, entonces en Mascarones, donde mi padre también enseñaría.

Ahí supe que en ese edificio habitaban muchos exiliados españoles cuyos hijos jugaban con nosotros. Tengo la idea de que ellos fueron los primeros republicanos que conocí conscientemente y a los cuales recuerdo haber oído hablar por primera vez de la guerra de España y de las penurias sufridas. Aunque el apellido de una de esas familias era castellano, ellos eran vascos; el señor Pérez era un mecánico suficientemente capacitado como para mantener a su familia cómodamente en un edificio clasemediero de entonces. Con los años supe que los obreros cualificados, como el señor Pérez, formaron un contingente importante dentro del numeroso exilio a México.

Mi vida, mi socialización, mexicana, con cierta conciencia del mundo que me rodeaba, realmente empezó cuando a los seis años ingresé a la escuela primaria y comencé a tener amiguitos mexicanos. Al comienzo, yo era la argentinita, pues supongo que llegué con marcado acento porteño. Es cierto que mi abuela insistía en que en su casa sus hijos no vosearan y mi madre hablaba de tú normalmente. Entiendo que desde niño mi padre había adoptado el habla de Buenos Aires y que él y sus hermanos voseaban, pero ya casado, en la cotidianidad doméstica se impuso el dialecto materno. De modo que si bien ya lo usaba en casa, en México tutear fue lo normal; es posible que en Buenos Aires, jugando con otros niños, hablara de vos y que tuviera un doble código, no lo sé, no lo recuerdo, pero es cierto que desde entonces no voseo. En todo caso, volviendo a la escuela en México, pronto adquirí el tono y las formas dialectales locales y dejé de ser la argentinita para ser sencillamente una chica más.

La escuela se llamaba, se llama todavía, creo, The Garside School y era bilingüe y mixta, con estudiantes de diversos orígenes. Así tuve una amiguita muy cercana que era hija de japoneses, Ayako Turu —cuyo apellido original había sido Tsuru, que recuperó años después. Claro está, la mayoría de mis compañeritos eran mexicanos, pero también había algunos norteamericanos, hijos de gente de negocios, aunque también los había de expatriados por el macartismo. Era un mundo

muy variado que, desde un punto de vista personal, yo desconocía, pues antes no había conocido otros chicos que no fueran argentinos. Pero que fuera diferente no significó extraño, y creo que eso me ha permitido a lo largo de los años tener amigos de diversas nacionalidades que me han parecido esencialmente connaturales, más allá del descubrimiento o reconocimiento de otras sociedades, otras culturas, otros dialectos. Al mismo tiempo, el inglés iba siendo más o menos natural, aunque nunca lo aprendí demasiado bien, pues tuve maestras de variada capacidad pedagógica. Recuerdo todavía a una excelente maestra de primer grado, Margarita Fernández MacGregor y Maza, a la que quise mucho y que me guió bien en mis primeros pasos en inglés y en la escuela. El poco inglés que aprendí primero fue gracias a ella. Luego no tuve muy buenas maestras de inglés; tampoco tuve muy buenas maestras de español, debo decir. Ambas cosas le afligían a mi madre cuando revisaba mis cuadernos y veía mis faltas de ortografía; entonces las correcciones y los regaños venían de casa y no tanto de la escuela.

Me mantuve en esa escuela, que estaba entonces en la esquina de Génova y Liverpool, durante toda nuestra estancia en México, mientras que mi hermano concluyó allí la primaria y luego pasó a hacer la secundaria en la American School Foundation, que quedaba mucho más lejos, en Tacubaya, si recuerdo bien, y debía trasladarse en el autobús del colegio. Mi escuela quedaba más cerca, en la Colonia Juárez, a pocas cuadras del Colegio de México, que para entonces se había mudado a una linda casa de estilo porfiriano en Nápoles 5, casi esquina con Insurgentes, de modo que mi padre era quien me llevaba por la mañana, para entrar a las ocho, y me recogía a la una. Es cierto que a veces se olvidaba de ir a buscarme y aquello se volvía una tragedia, porque pasaba el tiempo, eran las dos y las tres de la tarde y él no llegaba y había que llamar a mi madre para que fuera por mí. En fin, esas cosas sucedían con cierta frecuencia, de modo que al final ya era como costumbre: más que distraído era abstraído, y como a veces debía llevar o recoger pruebas o galeras de la *Nueva Revista de Filología*, se iba directamente a la

impresión y se olvidaba de pasar por mí antes. Cuando se acordaba de que había dejado a la hija en la escuela yo ya estaba en casa, porque eso podía ser a las 3 o 4 de la tarde. No recuerdo que aquello me causara excesiva angustia, y solo cuando los porteros de la escuela comenzaban a impacientarse, yo también lo hacía. Pero recordarlo no deja de sorprenderme y no puedo menos que pensar en la rareza de semejantes situaciones.

La escuela fue interesante por varias cosas. La verdad, no la recuerdo como una escuela muy exigente, pero tuve maestras que hacían cosas interesantes. Como ya dije, recuerdo a “Miss Fernández” de primer grado, porque me enseñó inglés y lo fui aprendiendo con naturalidad. Luego, en segundo año, tuve una maestra de español, de apellido Zavala, que había hecho que cada chico llevara un libro a la escuela y lo dejara en un pequeño librero del salón. Si acababas bien las tareas en clase, te daba, como premio, media hora para leer alguno de los libros que se guardaban allí. Eso para mí era lo mejor, pues yo ya sabía leer bien y me encantaba: me apuraba a hacer rápido y bien la tarea asignada y poder así leer algún libro que hubiera llevado un compañerito. Eso me pareció maravilloso, porque ese año estudié mucho para poder leer en las horas extra los libros que la señora Zavala había juntado como biblioteca del salón.

En esa época recuerdo haber leído con fruición *Lo que sabía mi loro*, una especie de antología de pequeños poemas, fábulas, fragmentos en prosa, etcétera, de escritores famosos, todo simpáticamente compilado e ilustrado por José Moreno Villa, quien nos regaló un ejemplar dedicado a mi hermano y a mí que, dada la diferencia de edad, fue casi exclusivamente mío. A esto se sumó poco después *La edad de oro*, un hermosísimo libro que José Martí escribió para los niños. Eran cuentos, poemas, ensayos, en fin, un poco de todo. Era una edición ilustrada, muy temprana y muy bonita. A partir de entonces, Martí fue un escritor que me ha acompañado. Incluso aprendí de memoria varios poemas y algunas páginas en esa hermosa prosa martiana. A los siete u ocho

años, mis gustos literarios, si los puedo llamar así, ya eran bastante eclécticos.

Volviendo a las maestras del Garside, a otras no las recuerdo mucho, sino hasta el último año en que me tocó una norteamericana, Mrs. Smith, ya mayor, educada en Nueva Inglaterra, creo que en Radcliffe College, que fue una extraordinaria maestra de inglés, pero que también nos inició en la literatura. Con ella aprendí de memoria poemas en inglés que hasta ahora recuerdo con gusto, incluyendo un hermoso salmo bíblico, el número 23, que comienza así: “The Lord is my shepherd; I shall not want”. Es decir, empecé y casi terminé mi escuela con excelentes maestras. Sin embargo, en general, en el medio, creo que no aprendí demasiado, pues, aparte de esas experiencias, recuerdo que me aburría bastante en la escuela. Siendo, por otra parte, una niña enfermiza, no dejaba de aprovechar mis ataques nocturnos de asma y frecuentes bronquitis, para no ir al colegio y quedarme en casa, lo cual para mí era un placer, porque entonces sí que leía por las mañanas, mientras que por las tardes venían a jugar mis amiguitos del edificio, ya que ahí había varios niños. Confieso que la pasaba francamente bien sin ir a la escuela, y no sé cómo pasaba de grado. Tampoco sé muy bien qué aprendí, aparte de algo de inglés. Años después mi madre me comentó que estaba preocupadísima porque pensaba que su hija iba a ser casi analfabeta. Hasta hoy me parece sorprendente que viendo que en la escuela aprendía poco y mal, mis padres no hicieran nada por cambiarme a otra. Pero las peculiaridades familiares eran muchas...

Obviamente, la escuela no fue un lugar estimulante para mí; sin embargo, sí fue interesante por un motivo curioso. Hacía poco que había comenzado en México la televisión. Yo tenía dos compañeritos que pertenecían a familias de cierto prestigio: uno que estaba vinculado con la primera gran empresa de televisión, pero cuyo nombre no recuerdo ahora, y el otro Ricardo, “Ricky”, Gaona, que era hijo del gran empresario de la Plaza de Toros México. Eso significaba que, de vez en cuando, Ricky Gaona nos regalaba boletos para los toros. Obviamente,

por otra parte, el Garside conectó bien con Televisión, que una vez al año le cedía un espacio cultural para representaciones en pantalla y hacer nuestras monerías en la tele. En algún momento se montó Blanca Nieves y los siete enanitos y yo tuve que ser uno de los enanos —algo bastante absurdo, pues era más bien alta en comparación con otros compañeritos. Teníamos que ir vestidos según el espectáculo y venían las costureras a la escuela a preparar el disfraz. En fin, eso era muy divertido. Y año con año salíamos en televisión, a veces cantando en inglés y bailando *square dances*, vestidos todos de vaqueros —en algún álbum familiar debe haber una foto mía disfrazada de *cowgirl*. También recuerdo que otra vez, por ser yo argentina, me dijeron que tenía que hacer de “gaucha”. Y como no hay gauchas, sino gauchos, mi madre mandó a hacer un estafalarío disfraz y yo tenía que recitar un poema. Ahí aprendí por primera vez un largo poema que recité en público, el *Santos Vega*, de Rafael Obligado. Ni qué decir que ya antes leía poesía y que en ese entonces Obligado me encantaba. Esos episodios televisivos los recuerdo como algo divertido e interesante de la Garside School, pero poco académico.

Ya en el segundo año en México nos mudamos de casa; pasamos de la colonia Santa María la Ribera a la colonia San Rafael, a un departamento en la calle de Rosas Moreno 46, casi esquina con Alfonso Herrera. Y así como en la casa del Chopo sí había chicos, pero más grandes que yo, en el edificio de Rosas Moreno los había de varias edades y varios eran de mi camada, por decirlo de alguna manera. Eso me permitió tener “una bola” de amiguitos, con los que me llevaba muy bien y jugábamos siempre: éramos traviosos como el demonio. Jugábamos en la terraza del edificio, donde, extrañamente, estaban los tanques de gas, pero normalmente nos extendíamos también a la azotea, donde estaban los cuartos de servicio y de los porteros, los lavaderos y las jaulas para tender la ropa e, incluso, una escalera que subía hasta los “tinacos” o tanques del agua. En esos territorios pasábamos juntos la mayor parte del tiempo libre. Ahí fue mi mayor socialización infantil: patinan-

do, corriendo, tirando cohetes, fumando los primeros cigarrillos, es decir, haciendo travesuras. Éramos unos chiquillos que teníamos 7, 8, 9, 10, 11 años, y cuando juntábamos unos centavos íbamos a comprar golosinas a un quiosco que había enfrente de la casa, o comprábamos a escondidas cohetes para “tronar” o, ya más grandecitos, algún paquete de cigarrillos Faro, los inolvidables Faritos, que eran característicos por ser muy cortitos y muy delgados, más o menos del tamaño de un meñique muy flaquito. Bueno, fumar era un decir; sencillamente echábamos humo y nada más. Como en México no nos dejaban salir solos a la calle, mientras que en la Argentina sí podíamos ir solos al parque, la terraza y la azotea eran “nuestros” territorios, en los que hacíamos de todo, desde jugar, leer y charlar, hasta las picardías de todo niño. Allí nos peleábamos y nos reconciliábamos y cimentamos la sociabilidad y la camaradería. De modo que desde el punto de vista infantil, recuerdo esos años como gratos. Además, como se verá, ese fue también un espacio que me marcó porque empecé a reconocer la marginalidad y a sentir la injusticia que esta implicaba, pues además suele ser poco visible para las clases medias mexicanas.

La vida transcurrió más o menos así hasta que la situación económica de mi padre cambió. Si bien al inicio, El Colegio de México pagaba un sueldo satisfactorio, con las devaluaciones (y se dieron varias desde que llegamos hasta que nos fuimos), ya alcanzaba para poco. En El Colegio mi padre publicaba la *Nueva Revista*, dirigía el Seminario de Filología, antecedente del hoy llamado Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL), pero también, como dije, daba clases en la Facultad de Filosofía y Letras y, además, enseñaba en el México City College (hoy Universidad de las Américas). Era la vida del pluriempleo que ya había vivido en la Argentina y que vivían muchos de los profesores en México. Recuerdo que alguna vez nos encontramos en el autobús con José Gaos, que iba de la Facultad al México City College y luego al Colegio de México a dar sus clases de filosofía, a Agustín Millares Carlo y a otros. Eran pocos los académicos que al avanzar la década de 1940 podían

vivir de un solo sueldo. Hacia 1949 o 50 mi padre comenzó a tener invitaciones de universidades de los Estados Unidos y muchas veces se iba por un trimestre o un semestre a enseñar allí. La más frecuente era a la Ohio State, en Columbus, pero más adelante también a Harvard. Por ello, en el universo casero muchas veces estábamos solamente mi hermano, mi madre y yo. Mi padre estaba por temporadas, pero también por temporadas desaparecía. Sin embargo, no tengo un recuerdo de ausencias angustiosas, pese a que eran temporadas largas. Eso me obligó a escribir cartas, porque mi padre escribía con mucha frecuencia, aunque solo fuera una tarjeta postal, a cada uno de los hijos, supongo que a mi madre también, y teníamos que contestarle porque si no le contestábamos llegaba otra postal quejándose. Ya desde antes también escribíamos de vez en cuando a nuestros abuelos en la Argentina y a veces a mi tío Donato, el hermano de mi madre. Entonces, el mundo del correo y de las cartas era un mundo muy cotidiano y el contacto epistolar fue muy normal para mí desde niña. Esto lo cuento porque tal vez esa rutina hacía que yo no notara tanto la ausencia paterna.

Con Fernando, que como dije era poco más de cinco años mayor que yo, y en ciertos momentos esa diferencia cuenta mucho, a veces éramos un poco como perro y gato. Supongo que yo lo molestaba y que él se fastidiaba, pero lo cierto es que con frecuencia terminábamos peleando. Cuando era posible, si mi padre estaba en México, me llevaba consigo al Colegio de México, para que mi hermano pudiera quedarse en casa haciendo sus tareas, que desde luego eran mucho más complejas que las mías y él era un alumno muy aplicado, y también para dar tregua a mi madre. Así, yo iba muchas veces con él, ya fuera por las tardes o los fines de semana en que solía ir a su despacho. Esto significó que de niña conociera el Colegio. Ahí recuerdo a don Alfonso Reyes, a Daniel Cosío Villegas, a los alumnos de mi padre y a otros profesores, a la bibliotecaria. Me acuerdo dizque escribiendo a máquina y, ya más grandecita, yendo a la pequeña biblioteca de aquel Colegio de Nápoles 5. Aunque hoy parezca inconcebible, el Colegio tenía su biblioteca en lo

que era el garaje de la casa. Ahí recuerdo a una joven bibliotecaria, Surya Peniche, y a otra, tal vez no tan joven, Susana Uribe, que se ausentaba por temporadas; ellas dos cuidaban los libros alojados en el garaje de la casa, que posiblemente no fuera mayor de 30 metros cuadrados. Hacia mis 10 años, en esa biblioteca comencé a leer bastante literatura “seria”, y ya no mis libros infantiles.

Algunos libros eran ya de autores más o menos conocidos. Gracias a la biblioteca del Colegio de México, hacia mis 11 años comencé a leer novelas. *Los bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno, en una edición de varios tomos, fue la primera que devoré. Pero luego leí otros libros de un escritor español hoy muy olvidado, tal vez con razón, Manuel Fernández y González, autor de novelas folletinescas que en su momento me encantaron, como *El cocinero de su majestad* y *Los siete Infantes de Lara*. Pero pronto me zambullí en los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós. ¿Por qué me dio por eso? No tengo la menor idea de cómo fui a parar yo a las series de los *Episodios nacionales*, pero me fascinaron. Para mí, sin ningún discernimiento, todas eran novelas de aventuras; la historia de España contada de una manera literaria que me gustaba. Obviamente, supongo que lo que iba siguiendo era la trama dramática, novelística y aventurera de los personajes, más que entender el mundo de la España de esa época. Pero tanto me quedó ese recuerdo de Galdós que muchos años después, uno de los primeros artículos que publiqué en mi vida y que corrió con suerte, surgido de un trabajo de curso en Princeton con Vicente Llorens, fue sobre los *Episodios nacionales*.

Ya desde antes había leído mucho a Alejandro Dumas: *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después*, *El vizconde de Bragelonne*, *El collar de la reina...* Los habían comprado mis padres para mi hermano, pero al final también los fui leyendo yo. Eran dos gruesos tomos con varias de las novelas de Dumas, que leí con mucho placer. Antes también había devorado a Emilio Salgari, porque a una amiguita del edificio, Magda, le habían regalado la colección completa de las novelas de Salgari, que me prestaba. A ella no le interesaban mucho, así que yo las leía y luego

se las contaba a ella y a los otros chicos del edificio: *El Corsario Negro*, *Sandokan*, etcétera, fueron compañeros de aventuras.

Digo todo esto porque me iba acercando a lecturas muy variadas, sin orden ni concierto y sin ninguna guía, pues mis padres creían en que uno leyerá lo que quisiera y le gustara, ya que lo que no, lo iría dejando de lado. Era natural que para entonces dejaran de comprarme libros para niños y empezara a mi aire a sacar libros de los estantes. Y eso también era algo distinto, porque recuerdo que a mis amiguitos les controlaban las lecturas; en cambio, yo no sabía que hubiera una literatura prohibida. Y, en efecto, recuerdo haber querido leer algunas otras cosas menos accesibles para mi edad, que me resultaron aburridas y que abandoné rápidamente. Entonces, sospecho que mis padres tenían razón: uno mismo va escogiendo lo que le resulta grato y lo que no, lo va apartando para más tarde o nunca, según.

De modo que desde pequeña disfruté un mundo de lecturas variadas, pero desordenadas, aunque, insisto, con gran gozo de novelas y de poesía. Empecé temprano a leer mucha poesía, a memorizar poesía, a aprender qué era la métrica, las rimas asonantes y consonantes, una estrofa, un soneto, un romance, una décima... Además, en casa, mis padres leían poesía en voz alta y eso educaba mi oído, así que la poesía ha sido también parte de mi vida, con su no sé qué, que parafraseando a San Juan queda balbuciendo. Eso sí, casi todo era en español. Yo todavía no sabía francés y leía muy poco en inglés, pese a tener una llamada educación bilingüe; pero sentía o sabía que mi inglés no era bueno y que no podría leer literatura en esa lengua. La literatura inglesa o norteamericana que leía era, generalmente, en traducción: Mark Twain y sus infaltables *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*, los cuentos de Shakespeare en la versión de Charles Lamb, *Robinson Crusoe*, *Los viajes de Gulliver*... y bueno, así fui creciendo en México.

También se me fueron despertando otras sensibilidades, como la social. Como ya dije, los chicos del edificio jugábamos en una terraza, separada de una azotea en la que se desarrollaba el mundo de las em-

pleadas domésticas, con sus tristes cuartuchos, y la vivienda de los porteros, que tenían varios hijos. Dos de las niñas de los porteros, que eran más pequeñas que yo, se nos unían a menudo para jugar, de modo que también era un mundo socialmente mixto. Recuerdo que la mayor de las dos chicas, Josefina, estaba empezando a aprender a leer y a escribir, pero le costaba mucho. Muchas tardes me sentaba con ella a enseñarle, un poco como había hecho mi maestra Delia Derito conmigo cuando era pequeña. Pero aquel mundo de las trabajadoras domésticas era muy pobre y muy marginal; muchas de esas mujeres, apenas si eran adolescentes que trabajaban bárbaramente, de la mañana a la noche: lavaban y tendían la ropa, cocinaban, se ocupaban de servir el desayuno, la comida, la cena. Algunas de ellas ya tenían niños, que quedaban encerrados en los cuartos desde la mañana a la noche, llorando y sin nadie para atenderlos. Recuerdo que más de una vez me trepé a los lavaderos para poder alcanzar la ventana de alguno de los cuartos donde algún bebé lloraba desesperadamente y tratar de hacerle gracias y monerías desde la ventana para distraerlo y tranquilizarlo. En fin, ese era el otro extremo del mundo social y familiar en el cual me movía cotidianamente.

En la azotea también vivían, como dije, los porteros, doña Maura y don José Molina y su familia. Eran dos o tres cuartos, no un departamento, en los que habitaban unas ocho personas, entre padres, hijos e hijas. Todos los días doña Maura cocinaba al aire libre, en un brasero. En casa, mi madre mantuvo siempre la misma dieta que habíamos tenido en la Argentina: el desayuno, con un vaso de leche, una fruta, y un pan; luego la comida y la cena con sopa, carne, papas o a veces pasta, ensalada y fruta u otro postre. Esto fue así todos los días, mañana, mediodía y noche. Yo era de mal comer y, para colmo, aquello me resultaba aburrido. Pero en cambio, veía a la portera cocinar cosas que olían distinto y sabroso y supongo que ponía cara de niña hambrienta, porque doña Maura me ofrecía si quería probar y yo aceptaba. Entonces aprendí a comer chile, a comer frijoles, a comer taquitos, chicharrón, salsas, moles... Todo lo que en mi casa no se comía, lo comía con

la portera en la azotea del edificio. Y eso también me permitió incorporarme fácilmente al mundo de los sabores mexicanos y de sus olores. Años después, por mi interés en el exilio español y en la inmigración española he leído muchos testimonios de inmigrantes y de refugiados en México, y recuerdo que muchos hablaban de su rechazo inicial a los olores y sabores mexicanos. Incluso mi madre era muy ajena a eso, creo que también mi padre y mi hermano, pero para mí eran exquisitos. Así que desde entonces siempre he tenido una dieta “mestiza”; lo mismo puedo hoy comer un mole, que un bife asado, que un pato a la naranja u otros platos de otros orígenes. Esa experiencia infantil, comiendo lo que me daba la portera, jugando con sus hijas y viendo las lamentables condiciones del personal doméstico, sigue siendo para mí algo que me ayudó a reconocer las terribles diferencias sociales y a intentar comprenderlas —y a abominarlas.

El México de mi niñez fueron la capital y algunas ciudades y lugares del país que visitábamos. De la ciudad tengo recuerdos concretos, pero limitados a la que yo transitaba de niña. No era muy amplio el espacio que recorría: era el que iba entre la colonia San Rafael, donde vivíamos, la colonia Cuauhtémoc, en la que estaba el Fondo de Cultura Económica, y la colonia Juárez, donde estaban mi escuela y El Colegio de México, así como incursiones al Centro, cuando acompañaba a mi padre a llevar a las imprentas los materiales para la *Nueva Revista de Filología* y a mi madre, si iba de compras o llevaba a mi hermano a estudiar francés en la Alianza Francesa, entonces en la calle de Palma. De modo que era un espacio urbano bastante restringido, pero lo recuerdo bien. Mi escuela quedaba en la esquina de las calles de Génova y Liverpool. Como era una escuela bilingüe, tenía una relación muy estrecha con la Biblioteca Benjamín Franklin, que estaba muy cerca, sobre la calle de Londres, donde creo que entonces estaba la Embajada de los Estados Unidos. Ahora solo queda una especie de fachada antigua de la casona porfiriana que ocupaba entonces, frente al restaurante Bellinghausen, un poco antes de llegar a Niza. De niña iba mucho a la Franklin, y siempre agrade-

cí que en la escuela nos hubieran enseñado a ir a la biblioteca y sacar libros. Justamente, parte de nuestra tarea era ir a buscar libros y hacer algún informe breve, pequeño, sobre algo que hubiésemos leído.

Era la época más dura de la Guerra Fría. Yo tengo un recuerdo muy especial de ese momento, porque en la Biblioteca Franklin nos daban a los niños unos folletos impresos que eran de propaganda antisoviética. Nos mostraban, por ejemplo, cómo los rusos torturaban a los opositores políticos. Y cuento esto por un incidente que tuvo que ver conmigo misma. Uno de esos folletos decía que los rusos encerraban a los disidentes y a los enemigos políticos en un armario, que tenían que dormir de pie en un closet angosto y estrecho donde no se podían acostar y sólo podían permanecer parados todo el tiempo. Recuerdo que un día, tal vez a los 8 o 9 años, me encerré en un armario de mi casa pensando que era bueno ir preparándome, puesto que nos estaban continuamente bombardeando con la idea de que los soviéticos iban a conquistar el mundo y había que luchar contra eso. Así que me encerré en un armario, pero mi hermano abrió la puerta para buscar algo y me encontró ahí parada y a oscuras. Sorprendido me preguntó qué estaba haciendo ahí adentro. Y cuando le expliqué que “Preparándome por si llegan los rusos”, él, que entonces tendría unos 14 o 15 años, me puso pinta y de tonta no me bajó. Lo recuerdo bien, supongo que porque fue muy humillante para mí que mi hermano se burlara así. Pero también eso muestra el nivel de propaganda turbia y triste que se hacía, incluso dirigida a los niños. Voy a dar un salto y atar esto con mis experiencias en los Estados Unidos, cuando más tarde nos fuimos a ese país y yo ingresé a la escuela a cursar el último grado de primaria, en Cambridge. Ahí había frecuentes simulacros para protegernos contra los bombardeos aéreos y las armas atómicas con las que los rusos iban a bombardear, así que había que ir rápidamente al sótano de la escuela, al refugio antiaéreo. Ese mundo paranoico y guerrero lo recuerdo como algo muy presente en mi infancia escolar, aunque a la vez estaba el placer de poder ir a una biblioteca a buscar y sacar libros, lo cual era muy grato.

En la ciudad de México que recuerdo, las zonas que transitaba cotidianamente eran las de una ciudad más bien de clase media. En ese contexto nos movíamos para ir a la escuela y volver a casa. Pero el centro de la ciudad, en cambio, era otra cosa. El centro era muy plural, pero también había mucha pobreza urbana. Otro lugar cercano de donde vivíamos era el mercado de San Cosme, un espacio al que a veces acompañaba a mi madre a hacer las compras, y ese también era un espacio de enorme miseria y suciedad. Un mercado donde las ratas corrían por el suelo, cosa bastante impresionante; claro, el suelo era un verdadero basurero maloliente. Esa zona, además, estaba llena de cantinas y pulquerías, con sus expendios de bebidas. De las primeras salían hombres borrachos de todas las edades, y a los segundos iban mujeres y niños con jarras o botellas en la mano a comprar pulque para llevar. De modo que esos contrastes, más la miseria cotidiana que se veía por las calles, con numerosos niños y adultos sin techo, desarrapados, durmiendo a la intemperie, si acaso cubiertos por periódicos, era muy impresionante en el México de los años 40 tardíos y comienzos de los 50. Es cierto que ya la ciudad empezaba a cambiar y se sentía un poco “el milagro alemanista”, pero la miseria y la pobreza estaban ahí: niños descalzos, hambrientos, harapientos, y mujeres y hombres también desvalidos. Era una ciudad de contrastes sociales muy fuertes, que en ciertos aspectos sigue siéndolo, incluso en zonas muy céntricas. Estoy hablando de una época en que todavía no existían la Ciudad Universitaria ni el lujoso Pedregal, aunque la ciudad comenzaba a extenderse hacia el sur de lo que hoy es el Viaducto. Y claro, también existía un mundo de clases pudientes en ciertos barrios, como las Lomas. Pero todavía gran parte de la burguesía, en sus distintos niveles, vivía en las colonias tradicionales, donde los contrastes sociales eran muy marcados.

También recuerdo que era una ciudad que en cuanto empezaba la temporada de lluvias se inundaba. Lo recuerdo mucho porque, en las tardes en que mi hermano iba a la Alianza Francesa, lo dejábamos ahí y yo acompañaba a mi madre de tiendas, a las tiendas por departamen-

to que en aquellos tiempos no tenían aún sucursales y estaban cerca de un Zócalo que en esos años todavía tenía césped y árboles. Todo el comercio minorista estaba concentrado en esa zona, de modo que andábamos bastante por esas calles, pero cuando llovía las inundaciones eran tremendas. Aún recuerdo muchas esquinas donde había muchachos o jóvenes que por unas monedas ofrecían cruzarte de acera, cargándote en brazos. Era verdaderamente extraño e inusual, pero las inundaciones eran increíbles: el centro se convertía, literalmente, en una gran alberca, una alberca de aguas sucias, claro. En fin, ese era un poco el México urbano que yo veía con frecuencia.

Por otro lado, a mis padres, especialmente a mi madre, les gustaba mucho salir de la ciudad y conocer el país. Ni tenían auto ni sabían conducir, pero había un matrimonio amigo, los señores García de León, que vivían cerca de mi escuela, y que muchos fines de semana nos invitaban a pasear por los alrededores de la capital. Por otra parte, El Colegio de México muchas veces organizaba excursiones a las que se sumaba la familia. En autobuses escolares alquilados íbamos a diversos sitios históricos, guiados por arqueólogos o antropólogos del INAH, como Wigberto Jiménez Moreno, Francisco de la Maza u otros, o por profesores del propio Colegio, como Silvio Zavala, y acompañados de muchos de los estudiantes, especialmente los extranjeros.

También viajamos mucho por el país. A mi padre lo invitaban de las universidades de los estados a dar alguna conferencia o cursillo, y así fuimos a Jalapa, Guanajuato, Morelia, San Luis Potosí, Guadalajara, Monterrey. Mi madre nos empacaba a todos y toda la familia iba acompañándolo, aprovechando para conocer otros lugares. Eso lo recuerdo como algo muy grato, porque rompía la rutina y nos daba una idea de cómo era un país tan diverso y tan plural: desde Monterrey o Saltillo, áridos y calientes, hasta Oaxaca, con sus iglesias y ruinas fantásticas, donde lo más bonito era trepar y bajar pirámides. De alguna manera, esos sitios iban quedando grabados en mi memoria infantil y dejando muy presente el mundo prehispánico y el mundo colonial mexicanos.

Claro está, yo no tenía un recuerdo así de mi infancia argentina; es cierto que yo era muy niña, pero en ningún caso recuerdo haber visitado edificios, iglesias, ni mucho menos ruinas prehispánicas... Lo más que recuerdo es que alguna vez fuimos a la sierra de Córdoba y alguna otra a la playa, en Mar de Ajó. En México, en cambio, además de ir aquí o allá, pasábamos las vacaciones anuales, en enero, en Veracruz, donde el mar y las playas fueron parte de mi infancia, un espacio natural por el cual siempre me he sentido atraída.

Debo decir que recuerdo dos viajes excepcionales. Uno a Guadalajara, en compañía de los Cosío Villegas, cuando Agustín Yáñez, amigo y colega de mi padre, asumió la gubernatura de Jalisco e invitó a la familia a su multitudinaria toma de posesión, lo cual me resultó terriblemente aburrido... El otro fue a Oaxaca, en compañía de varios conocidos, como Daniel Cosío Villegas y su esposa, Arnaldo Orfila Reynal y su mujer, la arqueóloga Laurette Séjourné, acompañados de Jeannine Kibalchich, apenas adolescente. Ella era la hija menor de Victor [Kibalchich] Serge, quien había sido compañero de Laurette, cuya prematura muerte en México hizo que la niña quedara al cuidado de Laurette y, más tarde, también de Orfila, que la veían como a una hija. En Oaxaca se nos sumó también la hija menor de Pedro Henríquez Ureña, Sonia, quien, a la muerte de su padre, se había trasladado a México con Natacha, su hermana mayor, y con su madre, Isabel Lombardo Toledano. Si recuerdo bien, Sonia estaba entonces en El Colegio, en la sección de Filología, pero en algún momento quiso regresar a la Argentina, donde se casó con el pintor Alfredo Hlito y allí radicó. Finalmente, también nos acompañó el poeta exiliado Jorge Guillén, quien para entonces ya enseñaba en los Estados Unidos y en esos momentos dictaba un cursillo en El Colegio. Además de gratas excursiones a diversos sitios arqueológicos, guiados por Laurette, esos días oaxaqueños estuvieron llenos de conversaciones y, a veces, discusiones políticas entre los adultos, a las cuales asistía sin entender mucho, pero que a ratos me llegaban a interesar por algún motivo.

Lo anterior no era nuevo, pues muchas veces llegaba a comer a casa algún alumno de mi padre o colega, especialmente exiliados españoles, así como algún amigo querido, como Orfila. Con ellos, la sobremesa pasaba obligadamente por la Guerra Civil y Franco, la Argentina y el peronismo y los recovecos de la política mexicana, tan difíciles de entender para los extranjeros.

Quiero mencionar los nombres de otras personas con las que teníamos cercanía y veíamos con frecuencia en casa, en general alumnos o colegas del Colegio, como el nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez, los peruanos Javier Sologuren y José Durand, Carlos Blanco Aguinaga, joven del exilio español, y Juan José Arreola, luego afamado escritor. Pero también a un par de amigos más, como la argentina Angélica Mendoza, quien en su juventud militó y se destacó políticamente como miembro activo del Partido Comunista Argentino. Cuando llegó a México, la militancia había quedado atrás, pero no así su interés por las realidades sociales y políticas de su tiempo. También con trayectoria política de izquierda, era muy asiduo el entonces joven mexicano Guillermo Rousset, bibliófilo, melómano y jugador de ajedrez, tres inclinaciones que mi padre apreciaba mucho. Si no me equivoco, Rousset estuvo cerca del Partido Comunista Mexicano (PCM), si es que no militó en él. Recuerdo alguna vez, también, a Agustín Millares Carlo, a Silvio Zavala, a Amado Alonso, en una ocasional visita a México, y a algunos más cuyos nombres y rostros se me escapan.

Pero quiero hacer un paréntesis para recordar que Mejía Sánchez, en uno de sus viajes a Nicaragua me trajo una tortuguita, no mayor que la palma de una mano, a la que por influencia paterna llamamos homéricamente Briseida. El hecho es que Briseida luego fue a Estados Unidos con nosotros y después también viajó a la Argentina. De hecho, vivió muchos años en casa de mi madre, hasta su muerte accidental en Buenos Aires, más o menos al mediar los años setenta.

Digresiones aparte y volviendo a los viajes, íbamos con cierta frecuencia a Veracruz, que a mi madre le gustaba especialmente. En algu-

na ocasión, paramos en Xalapa, entonces escrita con “J”, pues en esa época allí vivía Gabriela Mistral, la poetisa chilena. Mi padre era amigo de Gabriela, y a veces nos quedábamos en su casa. Ella vivía en El Lencero, que en el siglo XIX había sido la hacienda del general Santa Anna, y ahí nos alojábamos un par de noches, o más. Yo recuerdo aquello con cierto horror, pues el lugar era muy frío, muy lluvioso y húmedo. Siendo muy asmática, resentía mucho el clima de Jalapa y la pasaba bastante mal, pero recuerdo bien a Gabriela, muy cálida y afectuosa con los niños. Alguna vez, incluso, fue a vernos a Veracruz, donde vacacionábamos y pasamos el día con ella. De aquellas visitas quedan testimonios en el álbum de fotografías que fuera de mi madre.

3. De México a Cambridge y de Cambridge a Buenos Aires

EN MÉXICO VIVÍ Y CRECÍ DURANTE SEIS AÑOS y me fui abriendo a horizontes nuevos. Eso duró hasta 1953, cuando a mi padre lo nombraron profesor en Harvard y la familia entera se trasladó a Estados Unidos a comienzos de septiembre de ese año. Nos fuimos en tren desde la ciudad de México hasta Boston, Massachusetts, claro está, cambiando de trenes en la frontera y en algún otro punto, como San Antonio. Fue un largo viaje, esta vez en *pullman*, en esos formidables vagones con compartimentos cuyos asientos se convertían en literas para dormir. A mí me parecía fascinante y divertido; me recordaba un poco el camarote del viaje en barco que había hecho de pequeña, también con camarotes con literas. Era bonito poder ir de vagón en vagón y ver lugares y paisajes nuevos. En fin, fue un viaje que yo recuerdo con agrado. Al llegar a los Estados Unidos se imponía hablar inglés. No sentía que mi inglés fuera muy bueno; de hecho, realmente creo que no lo era. Pero tuve que defenderme en ese idioma. En el tren iban también, al menos por tramos, algunos chiquillos norteamericanos con los que yo jugaba y supongo que hablábamos en inglés. De modo que empezaba a adquirir el sentido de los idiomas como algo natural, algo vivo, y no solo como algo que estudiar para la escuela.

Al irnos de México tuve que dejar el Garside, en agosto de 1953, ya avanzado el curso, que comenzaba en febrero, de modo que no acabé allí el sexto grado. Mi hermano, en cambio, con el calendario norteamericano, pudo terminar a tiempo en el Colegio Americano y cursar su último año de *high school* al llegar a Estados Unidos, pero yo tuve que volver a hacer el sexto año completo. En todo caso, ir a la escuela norteamericana implicó varias novedades: la primera fue que en Cam-

bridge, por primera vez, me dejaban salir sola. Es decir, yo iba sola a la escuela y volvía sola. Fue un salto cualitativo, era como ser adulta. En México me llevaban y me traían; mis padres no nos dejaban andar solos en la calle, pero en Estados Unidos esa fue una independencia que disfruté, haciendo múltiples caminatas en zigzag, a veces acompañada de otras compañeras más o menos vecinas, y conociendo así la ciudad de Cambridge, sobre todo alrededor de la zona de Harvard Square, pero también otras, pues la Agassiz School estaba hacia el norte, en Oxford Street.

La escuela tuvo algo que para mí fue una novedad total: todos los días se empezaba la sesión cantando el himno norteamericano, jurando la bandera y rezando el Padre Nuestro. Era una escuela laica y pública, y, sin embargo, todos los días esa era la rutina, una rutina que yo desconocía por completo. Nunca había aprendido el himno norteamericano, todavía hoy, si acaso, logro tararear la música, pero me parece muy difícil de cantar; desde luego que jurar la bandera norteamericana tampoco lo había hecho, y rezar menos. Quedé muy sorprendida y me acuerdo volviendo a mi casa a contarles a mis padres que eso era lo que tenía que hacer, y recuerdo su sorpresa y hasta molestia. Una cosa era que en la primaria hubiera aprendido de memoria el Salmo 23, que mis padres podían considerar ética y estéticamente atractivos, y otra cosa era el adoctrinamiento sectario. Ambos eran muy laicos y muy poco patrioteros, de modo que mi madre me dijo: “Tú no puedes jurar una bandera que no es la de tu país, y no tienes por qué jurarla. Dile eso a la profesora”. Yo pensé, que si le decía eso a la profesora iba a ser un problema y así se lo dije. “En todo caso”, sugirió, “te pones de pie, te mantienes callada y respetuosa, pero no tienes por qué jurarla. Y rezar tampoco, porque en esta casa nadie te ha enseñado a rezar ni a tener una inclinación religiosa y no tienes por qué estar rezando”. Al final así fue, pero aun así aprendí el Padre Nuestro en inglés de tanto oírlo rezar en voz alta todos los días; todavía lo sé en inglés, aunque no en español. Era algo muy sorprendente, incluso hasta desagradable a mis 11 y 12

años, esa continua insistencia patriótico-religiosa en un mundo que supuestamente era laico y nada nacionalista.

Lo que también había era ese otro lado al cual antes, de alguna manera, hice referencia. Los *drills*, los ejercicios o simulacros para protegernos de los supuestos bombardeos atómicos de la Unión Soviética contra los Estados Unidos, que nos obligaban a dejar el aula, ir escaleras abajo sin empujar, pero caminando rápido, para meternos cuanto antes en el refugio antiaéreo de la escuela. Eso también sucedía con mucha frecuencia.

Los comentarios en casa también eran de molestia, pues a mi hermano, que iba a la *high school* (él terminaba la secundaria a la par que yo concluía la primaria), le pasaba lo mismo, y llegaba a veces despotricando por la obsesión de que llegaban los rusos. *The Russians are coming* fue una película satírica de los años sesenta, sobre esa histeria de los ataques e invasiones de la Unión Soviética. Era grotesco ver cómo se alimentaba el miedo a una invasión rusa a Estados Unidos, mientras, al mismo tiempo, en 1954, estando todavía en Cambridge, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) intervenía directamente en Guatemala, planeando y apoyando el bárbaro golpe militar contra el presidente Jacobo Arbenz, elegido democráticamente tres años antes. En fin, estas experiencias fueron algo que me marcaron con un inconformismo incipiente. También me marcó el hecho de que, si bien en lo cotidiano veíamos una población afroamericana, en la escuela no recuerdo a ningún compañero que no fuera blanco, aunque el mundo exterior fuera racialmente mixto. Pero esa zona de Cambridge, el Square, como se le llama coloquialmente, era entonces muy *waspish*, blanca y protestante, si acaso salpicada por algún católico o judío o extranjero, pero blancos, o si acaso, por algún asiático. De tal modo que la paranoia antisoviética, mezclada con la jura de la bandera y el rezo cotidianos y la mal disimulada etnofobia eran experiencias poco agradables, pero silenciosamente formativas por el rechazo que suscitaban en mí.

También la escuela marcó algo, pero en el mejor sentido. La profesora, Miss Margaret Dempsey, fue una excelente maestra de sexto

grado; pero, además, teníamos un maestro de ciencias (cuyo nombre lamentablemente mucho he olvidado), que por primera vez hizo que sintiera atracción por la ciencia: química, física, ciencias naturales. Teníamos que hacer dibujos, experimentos, buscar explicaciones, y eso fue muy, muy interesante. Nunca lo había hecho en la escuela en México; nunca había tenido un acercamiento directo a un laboratorio, a unas prácticas, y lo disfruté y aprendí mucho. Pero bueno, ese fue el último año de la primaria; nosotros pasamos sólo un año en los Estados Unidos. Alguna vez fuimos a Nueva York también, pero sobre todo estuvimos en Cambridge y Boston. La nieve también fue una revelación: me pareció maravillosa. Después, viví tantos años en Estados Unidos que la nieve acabó por parecerme abrumadora, pero en la infancia fue fantástica.

¿Qué más puedo recordar de Estados Unidos? Ahí me operaron de las amígdalas y pasé la noche previa en el Massachusetts General Hospital, un hospital público. Lo que me impresionó fue que la mañana de la operación me despertó un señor vestido todo de negro que me dijo que venía a rezar conmigo, porque como me iban a operar, podía morir. Resultó ser un sacerdote que, al saber que había una paciente hispánica en el preoperatorio, dio por sentado que sería católica. La verdad, lo primero es que me dio mucho fastidio que me despertara para pensar en mi posible muerte, para que yo cumpliera con los ritos religiosos; lo segundo, es que yo ya era bastante lectora y ya bastante anticlerical y antirreligiosa, influida, además, por algunas novelas, sobre todo de Galdós, muy críticas de la Iglesia y de la mojigatería de toda religiosidad, así que me enojé mucho y le dije: “Usted no tiene por qué decirme que me voy a morir. Además, yo no tengo por qué rezar; yo no soy católica, no soy religiosa, y no tengo por qué estar rezando”. Pero me espetó una pregunta a boca de jarro que me dejó muda: “¿Acaso eres atea?”. La verdad, la pregunta me desconcertó, porque no estaba segura de saber bien qué era eso, pero el tono de la pregunta me hizo responderle tajante: “No sé si soy atea, pero religiosa no soy”. Así fue mi primera

confrontación con un sacerdote que había entrado en mi cuarto para darme la extremaunción a los doce años... Ese era un mundo curioso, en el que lo religioso estaba continuamente imbricado con lo secular y laico. Esos aspectos de Estados Unidos a la vez que me llamaban la atención me desagradaban, porque no eran parte de mi cultura ni de la de mi familia. Debo reiterar que yo no tenía ningún tipo de formación religiosa, porque aunque mi madre fuera de origen católico, no era practicante, y yo no me sentía católica. Pero, por otra parte, aunque mi padre proviniera de una familia judía, yo tampoco me consideraba judía ni sabía bien qué significaba serlo. La cierto es que no tenía ninguna educación religiosa, formal ni informal: ninguna. Si me definía, lo hacía por lo negativo: sabía bien lo que no era.

En Estados Unidos explotaron las desavenencias matrimoniales de mis padres, que ya se habían ido manifestando en México, afectándonos a todos. No es un tema en el cual desee explayarme. Solo puedo advertir que para mi madre los años en México, lejos de su familia, fueron muy difíciles. Mientras mi padre se refugiaba en el trabajo y quienes lo rodeaban, mi madre se fue convirtiendo en un ser solitario, deprimido y no poco desesperado. En Boston llegó el inevitable final matrimonial y se divorciaron en 1954. En esa coyuntura, mi madre decidió que ella volvería a la Argentina con sus hijos, que éramos menores de edad. Por su parte, mi padre se quedaría en los Estados Unidos, en Harvard. Allí, tiempo después, se volvería a casar, rehaciendo su vida.

En este contexto, meses antes de cumplir los 13 años, volvimos a la Argentina mi hermano y yo con mi madre, en octubre de ese año, siete años después de haber emigrado a México en 1947. Volvimos en barco; zarpamos de Nueva York en un buque de pasajeros, de la línea Moore-McCormack, el *SS Brazil*, con destino a Buenos Aires, que fue parando en distintos puertos. De nuevo el viaje en barco me encantó. Además, parar en distintos lugares ya despertaba un interés por todo lo que veía y una conciencia nueva del mundo. Ya no era la diversión de

la niñita que había ido de la Argentina a los Estados Unidos a los cinco años. Ahora realmente era querer bajar en cada lugar, explorarlo, y conocer distintos puertos, distintas ciudades, distinta gente. A mi madre le gustaba mucho viajar, de modo que donde bajábamos y donde paraba el barco dábamos bastantes paseos. Recuerdo con mucho gozo esa experiencia antes de llegar a Buenos Aires.

Paramos en Barbados, en Trinidad, luego en Bahía, en Santos y también en Rio de Janeiro y en Montevideo, para finalmente llegar a nuestro destino. De este modo vimos un poco de las Antillas y casi toda la costa atlántica de Sudamérica. En alguna de las islas no bajábamos, pues el buque solo fondeaba unas horas, supongo que para reabastecerse de combustible, agua potable y alimentos. En todo caso, en los puertos de tierra firme sí podíamos bajar y pasear con calma. Y a veces, además del puerto, como en el caso de Santos, fuimos a la cercana ciudad de São Paulo, pues el barco hacía ahí una escala más o menos larga, de un día y una noche, o algo así. Bueno, también en Rio de Janeiro, y antes, en Bahía —un lugar mágico, que recuerdo como algo muy distinto, muy colonial, pero un colonial muy diferente del colonial mexicano. Claro, era el colonial de los conquistadores holandeses de esa región, repoblada mayormente por afrodescendientes.

Para mí todos estos contrastes eran muy interesantes. Brasil, que fue uno de los países más esclavistas de América, si no el que más, tenía una gran población de origen africano. Hay que recordar que en esa época no se decía afroamericanos sino que el término tradicional en inglés era *negro*, que se había utilizado durante siglos en la trata de esclavos; en los Estados Unidos eso cambió a partir de la década de 1960, cuando se fue imponiendo el uso de *black* y, luego, de *Afro-American*. Así, desde el Caribe hasta Rio de Janeiro, conocí un mundo con mucha población de origen africano, que yo personalmente no había visto antes en tal magnitud. En México había tenido cercanía con lo indígena. Aunque en las escuelas privadas no había ese contacto, sí lo había en la cotidianidad, en el edificio donde vivíamos, entre la gente de

servicio, los porteros, y sus hijas, mis amiguitas, en la calle. A lo que voy es que a los 12 años fui tomando conciencia de mundos étnica y culturalmente plurales, que han resultado connaturales para mí. Esto, además, lo debo agradecer a mis padres, que nunca fueron clasistas ni racistas y nos educaron siempre contra el prejuicio y la desigualdad.

En fin, llegamos a la Argentina en octubre, a comienzos de la primavera sureña, cuando todavía Perón era presidente de la República, y al año siguiente, en febrero o marzo, debía comenzar la escuela secundaria. Allí tuve que revalidar algunas materias, que nunca había estudiado, como historia y geografía argentinas y alguna otra más, así que durante ese verano estudié con una profesora particular para ponerme al día y pasar el examen de ingreso. En fin, volver fue reencontrar a mis abuelos, a mi tío Donato, a mis primos Miguel Ángel y Beatriz García Baspino, y una ciudad que no conocía realmente. Pero allí también me podía mover sola, sin depender de nadie, lo cual me permitió deambular un poco y comenzar a “patear” la ciudad, como se decía en porteño. Vivimos en Palermo, en lo que hoy se ha llamado, ridículamente, Palermo Hollywood, aunque de Hollywood no tenga nada, que entonces era un barrio de pequeña y mediana burguesía. En cambio, la profesora que me daba clases vivía en una zona muy céntrica, en la calle Lavalle, no lejos del Obelisco. Por lo tanto, yendo, viniendo y caminando fui conociendo el centro y los barrios, los autobuses y micros —los “colectivos” porteños—, el metro o “subte”. Yo ya conocía el subterráneo de Nueva York y el de Cambridge a Boston, que usábamos de vez en cuando. Descubrir el subte de Buenos Aires —el “sute”, como decían algunos porteños—, también me resultó muy atractivo, y la línea de Palermo me parecía muy bonita: era más chica, más limpia y menos ruidosa que las de Estados Unidos y tenía las paredes cubiertas de grandes murales de azulejos. Ahí vi por primera vez algo que me impresionó mucho, como realidad sociocultural. En varias estaciones había un busto de Eva Perón, quien había muerto un par de años antes, y mucha de la gente que pasaba por ahí se arrodillaba y rezaba ante el monumento,

o dejaba flores o algo. Había un acercamiento popular muy impresionante, como si fuera una figura religiosa, una santa. Al principio realmente no lo podía entender, me resultaba muy chocante. Pero recuerdo eso como una manifestación muy fuerte de amor popular, de devoción popular por una mujer que para ellos había sido solidaria y benefactora. Como he dicho, me había criado en una familia antiperonista, de modo que ahí empezaron algunos de mis, digamos, cuestionamientos y reacomodos mentales ante un mundo que yo no conocía y que, políticamente, había aprendido a rechazar. Ahora resultaba que merecía la veneración de una población que se arrodillaba ante Evita, a rezarle y llevarle flores, como muchos años antes los niños se lanzaban a recoger lo que arrojaba desde el automóvil presidencial que circulaba frente al parque de mi infancia.

Si esto fue impactante, también lo fue ingresar a la escuela secundaria y pública, al Liceo de Señoritas núm. 1, José Figueroa Alcorta. Por primera vez pasaba yo de la escuela mixta mexicana y estadounidense a una escuela solo de chicas. De repente, en 1955 me encontré con que en la Argentina la educación de varones y de niñas estaba absolutamente segregada: no había ninguna relación de género en las escuelas. Yo hablo de la escuela secundaria, pero supongo que las primarias eran iguales, no lo sé. Muchas otras cosas eran también nuevas: pasar de tener una sola maestra y, si acaso, un profesor de ciencias, a un Liceo donde tenía once o doce materias y once o doce profesores distintos, casi todas mujeres. Era una experiencia absolutamente diferente; una experiencia que además era fuertemente jerárquica, con una disciplina no exenta de autoritarismo. Teníamos que formarnos en fila para entrar a clase, teníamos que esperar a que nos permitieran sentarnos, ponernos de pie cuando entraba el profesor o la profesora al aula, ponernos de pie cada vez que salía, ponernos de pie para responder si se nos preguntaba algo, pasar al frente a dar la lección de pie y bien erguidas. Era algo que yo en mi vida había hecho y que jamás había visto que se hiciera. Si además no lo hacías, había una “celadora”, que nos vigilaba y ponía las

amonestaciones, es decir, los puntos de castigo. Al cabo de equis número de amonestaciones te podían suspender o expulsar, y aquello no era broma. Para sobrevivir había que seguir el ritual de la jerarquía y del orden. No podías interrumpir la clase, no podías preguntar algo sin levantar la mano, esperar a que te reconocieran y ponerte de pie para hablar. En fin, un sistema muy regimentado que me desagradó mucho desde el comienzo. Haberme formado en una escuela mixta, bastante desordenada como podía ser la escuela privada en México, donde no había una sensación de gran disciplina, ni de gran jerarquía, o en Estados Unidos, que era muy flexible como sistema, era un contraste enorme. También la duración de las clases de 45 minutos, el sonido del timbre que daba 5 minutos de descanso para volver puntualmente a los 5 minutos me eran extraños. Todo ello empezó a servirme para entender cierta mentalidad argentina, o al menos porteña, que poco a poco se me fue revelando: la mentalidad de una sociedad autoritaria, jerárquica y, a su manera, represiva. Un ejemplo de esto fue un incidente con una profesora de historia, que al hablar de la Conquista de América, confundió a Moctezuma con Atahualpa. Claro está, después de haber aprendido historia de México no pude evitarlo y se me ocurrió corregirla. La respuesta fue explosiva y llegué a temer que me expulsara. Con los años he pensado en lo bueno que sería que desde niños, en nuestros países nos enseñaran aquella máxima de Antonio Machado: “¿Tu verdad? No, la Verdad, / y ven conmigo a buscarla. / La tuya, guárdatela”.

En fin, no voy a entrar en el mundo de los estudios, aunque sí quiero decir que desde un punto de vista académico, reconozco que, excepto contadas excepciones, la educación del Liceo fue buena. Allí aprendí latín y comencé a estudiar francés, que luego reforzaría yendo en los veranos a la Alianza Francesa. También me acerqué más y mejor a la literatura y a la lengua, a la historia y a la geografía, a las humanidades y a las ciencias en general.

Más adelanté diré algo más al respecto, pero ahora quiero mencionar una experiencia inusual y sorprendente. Teníamos una materia de

educación física, de ejercicios físicos, pero no era en el Liceo, que no tenía instalaciones ni espacio para hacer gimnasia, sino bastante lejos. Yo estaba en un turno vespertino, pero por la mañana, un par de veces por semana, tenía que ir a la residencia presidencial, en Olivos. Si uno piensa en México, sería como ir a Los Pinos, suponiendo que estuviera en las afueras de la ciudad, en los suburbios. Olivos es una jurisdicción de la provincia de Buenos Aires, fuera de la Capital. Allí, en los terrenos de la Casa presidencial, a orillas del Río de la Plata, Perón había instalado un gran gimnasio para que las alumnas de las escuelas secundarias hiciéramos ejercicio. Sin embargo, para poder cumplir y tener un carnet de ingreso, a los 13 años me tuve que afiliar a la peronista Unión de Estudiantes Secundarios (UES). Hasta hace poco todavía guardaba el carnet, que le regalé a mi sobrina Miranda, que nunca antes había visto algo semejante y lo llevó como un curioso recuerdo histórico.

Muy contra las tendencias de mi familia que, repito, era antiperonista, tener que ir a la Quinta presidencial de Olivos parecía un contradictorio —y, claro está, una imposición del régimen. Pero cuando comencé a ir, al inicio del año escolar, hacia marzo, la verdad es que me resultó fascinante: eran unas instalaciones increíbles. Yo, por ejemplo, como era asmática estaba exenta de hacer gimnasia, pero podía cambiarla por otra actividad menos intensa. Olivos tiene hermosas barrancas que dan al Río de la Plata. Allí también había botes para practicar remo; había bicicletas para montar, había alberca y, como dije, había gimnasio. Yo no era atlética y por el asma me fatigaba fácilmente, pero me gustaba mucho andar en bicicleta, así que cumplí con mis ejercicios bicicleteando por los hermosos jardines y senderos de la residencia presidencial. Nunca vi a Perón, ni a nadie que rondara por ahí, más que a las propias profesoras de educación física. Digo esto porque a la caída de Perón, se dijo mucho que Perón y su círculo más cercano usaban Olivos como prostíbulo, aprovechándose de las estudiantes, lo cual bien podría ser, como se dice ahora, *fake news*, propaganda para calum-

nir. En todo caso, ir a Olivos dos veces por semana, hasta mediados de año, fue parte de mi rutina escolar y no la lamenté.

Pero a mediados de junio de 1955, el día 16 de junio, las cosas comenzaron a cambiar. No bien acabábamos de entrar al salón de clases, se produjo una alteración y un desasosiego general. Habíamos ingresado como de costumbre, hacia la una de la tarde, mientras escuchábamos el ruido muy fuerte de motores de aviones que sobrevolaban la ciudad bastante bajo. Nuestro salón tenía balcones a la calle, sobre la Avenida Santa Fe, así que podíamos ver pasar aviones hacia el centro; poco después, escuchamos explosiones y ráfagas que supusimos eran de ametralladora. ¿Qué pasaba? Profesores y celadoras llegaron muy apresuradas a decirnos que llamáramos urgentemente a casa para que nos viniera a buscar un adulto, pero mientras esperábamos, desde el balcón de la escuela seguíamos viendo los aviones y escuchando las bombas y la metralla. En fin, eventualmente, hacia las 3, llegó a buscarme mi madre muy asustada y nos fuimos para Palermo. Entonces supe que había habido un levantamiento militar para derrocar a Perón. El golpe del 16 de junio no prosperó, pero lo que sí se produjo fue una terrible masacre de civiles en el centro de la ciudad de Buenos Aires, en la Plaza de Mayo y alrededores. Esto es, para explicarlo en términos locales, como bombardear el Zócalo a la hora de la comida. Mucha gente muerta y mucha más herida, la casa de gobierno, la llamada Casa Rosada bombardeada, edificios destruidos, fachadas ametralladas, autos y colectivos con pasajeros bombardeados, ametrallados, incendiados. El golpe se frustró, pero empezó la terrible inquietud de que las cosas en la Argentina estaban muy complicadas y que no tardaría mucho en producirse otro golpe. Así fue poco después, en septiembre, cuando la situación explotó con un alzamiento militar triunfante que derrocó a Perón, quien tuvo que huir del país. Entonces comenzó una especie de cacería de peronistas: una fuerte represión, la proscripción del Partido Justicialista, gente que era echada de sus puestos por haber sido partidaria del gobierno y un régimen

militar que se establecía *de facto*, con mano dura y represiva, en nombre de la libertad y la democracia.

Ese primer año en el Liceo —y en la Argentina— estuvo lleno de sorpresas. Para mí, una de ellas al ingresar en él fue enterarme de que Perón había introducido la enseñanza religiosa en la educación. La única flexibilidad que teníamos era poder elegir entre un curso de Religión, que esencialmente era doctrina católica, u otro llamado de Moral, que me cuesta trabajo definir, pues yo pensaba que trataría de filosofía, aunque resultó un popurrí sin estructura ni claridad, pero bastante clericalón. Estaba claro que no elegiría Religión, así que seguí el de Moral. En él éramos pocas alumnas, la mayoría chicas judías y alguna que otra como yo, sin adscripción religiosa. Aquello era algo sin pies ni cabeza y, de alguna manera, se discutían temas más cercanos a la religión que a la filosofía. Recuerdo una sesión dedicada a la existencia de Dios. El verano anterior yo había leído un ensayo de Bertrand Russell sobre la religión y la existencia o no de Dios, que me había interesado y gustado mucho, de modo que armada de tanta sabiduría ahí me lancé a discutir con la profesora, quien, claro está, ignoraba quién era Russell y que no era muy ducha para discutir y que, desde luego, creía en Dios y en la religión, de modo que aquello acabó mal y yo fui rigurosamente reprobada.

En el colegio también tuvimos que estudiar la “doctrina justicialista”. Teníamos un curso que se llamaba algo como “Cultura ciudadana”, y el libro de texto era, sobre todo, sobre peronismo. Según recuerdo, tampoco salí muy bien parada de él. Más aún, en la clase de castellano teníamos como lectura obligatoria un libro de Eva Duarte de Perón que se llamaba *La razón de mi vida*, y la tarea era, más o menos, memorizar un capítulo por semana. Ahí sucedió algo muy sorprendente. Yo era más o menos estudiosa y cumplía con las tareas, así que memorizaba el capítulo asignado. Era un libro bastante pobrecito, escrito por no sé quién, aunque era una supuesta “autobiografía” de Evita que exaltaba a Perón. La tarea consistía en pasar al frente a dar la lección —esa era otra

parte de la educación argentina: pararse frente al salón y hablarle al grupo como cotorrita, cosa que me era muy desagradable. En fin, yo daba mi lección y la profesora me decía: “Siéntese, Lida, tiene usted un cinco”. La nota máxima era diez. Pero sabía que había dado la lección perfectamente. La siguiente vez, lo mismo: “Lida, tiene usted un cuatro”, pero luego pasaba alguna chica que ni siquiera había leído el texto y le decía: “Siéntese, Fulana, tiene usted diez”. Claro, después caí en la cuenta de lo que estaba pasando, aunque tardé en hacerlo: esta mujer era una antiperonista rabiosa. Su apellido era Rawson de Dellepiane, creo que Elvira de nombre. Dellepiane era un apellido más o menos conocido y había entonces un Rawson, que había sido un militar, tal vez general, golpista, que supongo que sería su pariente. En su antiperonismo furibundo, esta profesora castigaba a las chicas que dábamos bien la lección, ¡como si lo hubiéramos hecho por militancia política! Y en cambio, felicitaba a las que no habían hecho nada, como si fueran las grandes demócratas. Esa sí era una lección objetiva de la aplicación de la política en las aulas, un mundo de abusos y excesos presentes y por venir. Claro, estaba segura de que perdería el curso, pues para pasar debía tener, al menos, un promedio de siete, de lo contrario tendría que ir a examen extraordinario en diciembre o en marzo, según fuera la calificación final. Yo empezaba a despertar políticamente, así que ver ese mundo tan maniqueo, injusto y bastante miserable en muchas cosas me lastimaba, pues aunque todavía era chica, estaba comenzando a tener conciencia de la realidad. Tenía 13 años cuando tuvieron lugar los dos golpes de Estado, el de junio, bombardeando Buenos Aires, y el de septiembre, que derrocó a Perón; apenas estaba comenzando a desarrollar una cultura política elemental, por decirlo de alguna manera. No quiero dejar de decir que la consecuencia directa que para mí tuvo el derrocamiento de Perón fue que el gobierno surgido del golpe de Estado en septiembre de 1955 decretó que ese año, los cursos, excepcionalmente, se aprobarían con un promedio mínimo de cuatro, de modo que de chiripa no perdí el año...

El siguiente año, el segundo de bachillerato, fue bastante distinto. Había empezado a leer los periódicos todos los días, cosa que casi nunca había hecho antes; como el diario llegaba a mi casa, poco a poco lo fui haciendo. Mi hermano, ya en la universidad, por su parte, compraba revistas o semanarios políticos, que también comencé a leer: *La Vanguardia*, del Partido Socialista Argentino, a veces *Nuestra Palabra*, del Partido Comunista, y algunas revistas críticas, y hacia 1957, cuando comenzó el formidable semanario satírico *Tía Vicenta*, ya empezaba a tener una visión más compleja, más informada y más crítica de mi mundo. Lo cierto es que estábamos bajo un régimen militar, y así fue hasta las elecciones de 1958, cuando eligieron, todavía con el peronismo proscrito, un primer gobierno civil, el de Arturo Frondizi, por la Unión Cívica Radical Intransigente. Estaba claro que un sector muy numeroso de la Argentina no podía estar representado electoralmente, de modo que gran parte del voto peronista fue de apoyo a Frondizi, de quien se dijo que así lo había pactado con el propio Perón, desde el exilio. En fin, esas fueron las primeras elecciones más o menos democráticas que había habido desde 1951, cuando se reeligió a Perón para un segundo mandato. Ya para entonces yo estaba más consciente de lo que pasaba a mi alrededor: leía más e incluso con las compañeras hablábamos de política. A veces varias chicas caminábamos hacia Palermo, donde algunas vivíamos, o porque ahí otras tomaban el tren hacia ciertos suburbios del conurbado bonaerense. Eran unas veinte o veinticinco cuadras hasta Plaza Italia o Pacífico, donde nos despedíamos, y durante esas caminatas daba tiempo para charlar y discutir. Muchas estábamos más informadas y el ambiente del Liceo se revelaba más densamente político.

En 1957-1958 fue la campaña electoral. De los candidatos, Arturo Frondizi parecía el más progresista, digamos. Yo no votaba, claro, pues era menor de edad y estaba lejos de poder votar, pero me mantenía atenta a la campaña y a lo que estaba pasando. Frondizi ganó las elecciones en febrero y subió a la Presidencia en mayo de 1958, pero con-

trario a lo esperado, nombró en su gabinete a gente políticamente bastante derechosa, ultraliberal y privatizadora en el sentido económico. Pocos meses después, se supo que Frondizi quería promulgar una ley de “enseñanza libre”. Desde finales del siglo XIX, la ley argentina, que el propio Perón había modificado unos años antes para introducir la enseñanza religiosa, señalaba que la escuela sería laica, gratuita y obligatoria y que solo la universidad estatal podría otorgar títulos que habilitaran para el desempeño público de una profesión. Frondizi, al proponer al Congreso reformar la ley, para hacerla “libre”, cambiaba esa tradición laica, seguramente copiada de la Tercera República francesa, para otorgar a las instituciones universitarias privadas, incluso a las de carácter religioso, el derecho a emitir títulos equiparables a las laicas y públicas. Tácitamente, la idea permitía suponer que algo semejante podría suceder con la enseñanza en otros niveles, hasta entonces dependientes del Ministerio de Educación. Así, cuando a finales del invierno austral de 1958, se confirmó que Frondizi estaba avalando este cambio, se desató una enorme movilización estudiantil —tanto de los colegios secundarios, como de las universidades— en contra de la educación libre y en favor de la laica, que recibió un amplio apoyo de la población. Era natural que yo también participara activamente.

En el Liceo empezamos a actuar políticamente; ya entonces me habían elegido Secretaria General para representar a las alumnas del Liceo en una nueva federación estudiantil que en la capital se llamó Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios (Femes). A partir de ese momento, las escuelas secundarias, con el apoyo de los compañeros universitarios, comenzaron a organizarse como parte de una gran federación estudiantil de escuelas secundarias en todo el país. Yo era la representante de mi colegio con otra gran amiga: Lydia Berdicevski. Pese a ser ambas alumnas del mismo salón o división, del 4o. año, 2a. división, nos eligieron a las dos como representantes del Liceo. Cuando se proclamó la huelga general de estudiantes (“los laicos”, identificados con una insignia morada contra el proyecto de ley de Frondizi, que era

apoyado por “los libres”, que usaban una insignia verde), la asamblea del Liceo votó abrumadoramente por sumarse al paro. Las movilizaciones fueron intensísimas. Mañana y tarde organizábamos actividades callejeras, armando piquetes —pequeños grupos móviles de estudiantes— que llevábamos hojas sueltas escritas en papel violáceo, como distintivo del movimiento, que habíamos impreso en mimeógrafo o incluso hecho a mano y que cuando podíamos repartíamos o pegábamos en las paredes; a veces también dábamos discursitos o lanzábamos consignas en las esquinas. Otras veces nos reuníamos con piquetes de varones de otros colegios y actuábamos juntos, pero de lo que se trataba era de que los piquetes fueran pequeños, de tres a cinco personas máximo y fueran relámpago, es decir móviles y cortos. Pero en general, en los piquetes del Liceo éramos sobre todo chicas. Así, dos o tres vigilaban de un lado y otro, cuidando que no viniera la policía o una “patota” —un grupo de choque— de estudiantes de escuelas católicas, sobre todo de la Universidad de El Salvador o de la Universidad Católica Argentina a golpearnos, pues también había mucha agresión física, mientras las otras pegábamos los carteles en las paredes y alguna que otra hablaba. Teníamos que ser muy veloces y muy ágiles para trasladarnos de un lugar a otro a toda prisa. Naturalmente, otra de las obligaciones de las representantes era acudir a las asambleas de la Femes para informar de las actividades realizadas y decidir qué seguía. Todo eso también me dio cierta experiencia política. Finalmente, la huelga estudiantil desembocó en una manifestación muy numerosa, que llegó a más de un millón de personas en la Plaza del Congreso, en Buenos Aires. Pero al final, de nada sirvieron todos nuestros esfuerzos: la ley se votó con la mayoría del partido radical y de los partidos conservadores, lo que desató una represión “de baja intensidad” contra los chicos y chicas que habíamos estado más activos.

Hacia finales de octubre, más o menos (el año escolar terminaba al concluir noviembre y luego comenzaban los exámenes para quienes no hubieran aprobado alguna materia o estudiaran por libre), vino al co-

legio un Viceministro de Educación acompañado del director del Liceo, ya con una lista de nombres en mano. Pasó revista con los nombres de quienes habíamos liderado la huelga, ordenando que nos pusiéramos de pie, y después de llamarnos carneros de Panurgo y otras lindezas, en una cursi referencia a Rabelais, nos informó que íbamos a quedar suspendidas durante el siguiente año académico. No era una amenaza, era una represalia real. Dio la casualidad de que la mayoría de las chicas que estábamos en esto éramos estudiantes de muy buen nivel académico; éramos las “abanderadas” de nuestras divisiones, con buenas calificaciones; que nos suspendieran significaba que nos cortarían o, al menos, retrasarían nuestro desarrollo, planes y la posibilidad de ingreso universitario para quienes pensábamos hacerlo. Entonces, con mi amiga y compañera de andanzas, Lydia, decidimos actuar contra el castigo impuesto, planeando como esquivarlo. En la Argentina se podían dar los exámenes y aprobar año por libre. En época de exámenes uno se podía inscribir para presentar cada materia. Así por ejemplo, se podía adelantar de año, según la capacidad que tuvieras para presentar exámenes de distintos niveles. Lydia y yo decidimos que, si íbamos a estar suspendidas a partir del siguiente año académico que empezaba en marzo, en el verano daríamos libre nuestro último año de Liceo, el quinto. Preparar los exámenes a toda marcha para diciembre y marzo, aprobarlos, y recibirnos del bachillerato fue todo uno. Y esa fue una hazaña fantástica para nosotras, porque volvimos al Liceo ya con nuestro título en la mano. El director del Liceo había sido muy autoritario y duro; a mí, de hecho, me identificaba bien, pues me tenía en la mira, porque, como Secretaria General, había sido la más responsable de las actividades huelguísticas. En fin, el hecho es que Lydia y yo volvimos con nuestro diploma en mano a decirle que, si bien nos había querido dañar, suspendiéndonos por un año, ya nos habíamos recibido y que seguiríamos luchando por lo que creíamos. Su enojo fue tan intenso que, rojo de ira y sin poder hablar, con el dedo extendido, como queriendo apuñalar el aire, nos señalaba repetidamente la puerta, antes de poder recobrar la

voz; no poco asustadas de nuestra audacia, salimos a toda prisa. Pero lo importante para nosotras fue que, pese a todo, pudimos acabar el bachillerato gracias a esa rendija que en la expulsión no habían considerado: que podíamos dar el año por libre, lo cual nos permitió recibirnos y en marzo de 1959 ingresar a la Universidad de Buenos Aires.

Por entonces, yo pensaba estudiar medicina, pero también me gustaban las letras, las humanidades. Entonces me inscribí en los cursos de ingreso de la Facultad de Medicina, pero también en los de ingreso a Filosofía y Letras. Los de medicina eran por la mañana, los de filosofía y letras, por la tarde; así fui cursando, poco a poco, las materias para ingresar en ambas facultades. De modo que con el título de bachillerato ya bajo el brazo pude ingresar a las dos carreras.

Todo esto merece una breve explicación sobre el contexto familiar. De regreso en la Argentina, mi madre enfermó, pasando de una gran depresión a una fuerte psicosis. No voy a entrar en detalles tristes y penosos de esos años, sino tratar de explicar a grandes rasgos la crisis. El divorcio había sido ya muy doloroso y difícil para todos, pero especialmente para ella. Era una persona sensible y afectiva que enfrentaba con enorme dificultad los cambios y los golpes de la vida. Al vivir solos en México, sin familia ni, casi, amigos, mi madre estaba muy sola año tras año, lo cual debe haberle sido muy duro. Cuando a mi padre lo invitaron al Colegio de México, se pensaba que volverían a Buenos Aires en un par de años, de modo que mi madre salió contenta a la aventura de conocer otro país. Ya antes de que yo naciera, a mi padre le habían otorgado una beca Guggenheim para estar un año en Harvard, en 1939-1940, preparando su investigación sobre Santayana, que era el tema de su tesis doctoral. De modo que habían vivido en el extranjero, en los Estados Unidos, con Fernando aún pequeño, y pese a haber sido el comienzo de la guerra en Europa, todo les había sido muy grato. Ahora, estar dos años en México lejos de la familia no parecía suponer mayor problema. Pero lo de México fue muy distinto: la estadía se fue extendiendo más y más y la situación argentina no mejoraba, de modo

que mi padre no quería volver a un contexto universitario, académico, intelectual que estaba cada vez más empobrecido y desmantelado y en manos de una derecha católica, bastante parecida, por ejemplo, a la que imperaba entonces en España.

Así fue como nos fuimos quedando en México, pero ese irse quedando a mi madre le fue provocando una desazón creciente; sospecho que se sentía muy aislada socialmente, muy perdida y temerosa de un futuro incierto. Lejos de su familia y en un mundo que le era ajeno, era una mujer solitaria y —pensando hacia atrás—, seguramente muy deprimida. Digo todo esto, porque desde entonces venía arrastrando una situación psicológicamente muy difícil. En Estados Unidos, en 1954, como ya dije, se produjo el divorcio, volvimos a la Argentina y, a poco de volver, mi madre empezó a presentar serios problemas que, al cabo de uno o dos años, hicieron explosión y en 1957 tuvo que ser internada por primera vez, durante varios meses, en un sanatorio psiquiátrico, pues fue desarrollando un delirio de persecución muy agudo, que no solo la alteró a ella dramáticamente, sino a todos. Era poco lo que se sabía entonces sobre la paranoia y los tratamientos, como el electrochoque que le aplicaron, eran brutales.

Mi padre trató de que sus hijos nos fuéramos con él a Estados Unidos, pero no quisimos dejar sola a mi madre, de modo que seguimos en Buenos Aires. En 1958, cuando yo estaba aún en el Liceo, mi madre volvió a recaer gravemente y volvió a ser internada. Simultáneamente, como ya lo expliqué, la situación política en la Argentina se iba poniendo muy fea. Se veían los desaciertos del gobierno de Frondizi, el creciente poder de las derechas y se sentía un ambiente de malestar que en 1962 sería pretexto para un nuevo golpe de Estado militar y el derrocamiento presidencial. En este contexto, mi padre insistía mucho en que yo, todavía menor de edad, me fuera a Estados Unidos. Para entonces, mi hermano ya era mayor de edad, de modo que con él no regía la patria potestad.

La situación doméstica, familiar, era muy deprimente y deprimida. Además, yo estaba ingresando a la universidad, vinculándome más y

más en política. Mi padre lo supo por mi tío Emilio y me conminó con lo que en síntesis era una fórmula sencilla: “o vienes o vienes”. Refunfuñé, sin duda, pero lo cierto es que la situación con mi madre era muy dura y muy difícil y no veía que se pudiera realmente resolver. Por fin, a mediados de 1959 acepté ir a Estados Unidos, pero solo por un año o dos, mientras se veía cómo seguía mi madre y qué sucedía en el país. También, en unos meses iba a ser mayor de edad y al cabo de un año podría decidir qué haría, sin la tutela paterna. En fin, me fui a Estados Unidos, pero he ahí que el año o dos se transformaron en cuatro, pues me quedé para completar allí mi carrera universitaria.

Cabe señalar que al llegar a Buenos Aires, en octubre de 1954, fuimos a parar a casa de mis abuelos maternos. Por muy buena que fuera la voluntad de todos, lo cierto es que las desavenencias aumentaban y la situación era muy complicada. Estoy segura de que ya entonces mi madre estaba muy mal mentalmente, aunque nadie entendiera bien qué le sucedía. Unos meses después, ya en el 55, mi madre alquiló un departamento bastante cercano a la casa de sus padres, en Palermo. Mi hermano y yo hablábamos poco de nuestras preocupaciones, pues todavía la diferencia de edad pesaba mucho. Pero pienso que él tuvo una de las peores suertes de su vida, porque los jóvenes eran llamados a filas al cumplir 21 años, para hacer el servicio militar obligatorio que, como conscriptos, normalmente era por un año en cuartel. Naturalmente que para Fernando esto significaba interrumpir severamente su carrera de matemáticas, que ya estaba cursando. Como dije antes, la situación política era muy complicada, y por esto o aquello, lo mantuvieron acuartelado casi un año y medio o más. De modo que, la verdad, el pobre tuvo experiencias militares poco gratas, que, naturalmente, le impidieron seguir estudiando. Esto explica que yo viviera prácticamente sola con mi madre. Mi hermano venía cuando le daban permiso, pero eso, si acaso, era una vez cada dos semanas o cada mes, por un fin de semana, para luego volver al cuartel. Cuando mi madre enfermó la primera vez en 1957 y hubo que internarla por la fuerza en un sanatorio psi-

quiátrico donde estuvo unos ocho meses, mi hermano estaba acuartelado, aunque consiguió permiso para venir y enfrentar esa crisis que, como hijo mayor de edad, recayó duramente sobre sus hombros.

Debo aclarar que, para entonces, yo había conocido y tenido contacto con Emilio Lida, mi tío, su esposa Rebeca y sus dos hijas, Isabel y Sonia [Sonya], aún pequeñas, y debo decir que fueron muy cordiales conmigo. En su casa también conocí a mis abuelos paternos, entonces separados o divorciados, no lo sé. Con Mauricio la relación fue escasa, pues era más bien taciturno, pero con Sara fue un poco más cercana, ya que trataba de ser afable, a lo cual yo intentaba corresponder, aunque nos faltara calidez. Supongo que al no haberlos tratado de pequeña seguían siendo bastante extraños para mí y que su rechazo a mi madre no había dejado de hacer mella en mis propios sentimientos. Por otra parte, no faltaban momentos enojosos de un lado y otro de la familia, casi calcados mutuamente, en los que lo único que podía hacer era ignorarlos o romper con ellos. Así, no faltó alguna vez el comentario de mi abuela Sara sobre mi madre, diciéndome que era una buena mujer, “lástima que fuera *goy*”, mientras que en otros momentos, la abuela María se podía referir a mi padre como un buen hombre, “lástima que fuera judío”. Eran actitudes entre profundamente grotescas y, a la vez, horriblemente prejuiciadas y racistas. Y decírselo a la hija apenas adolescente era sencillamente insensible de parte y parte.

Cuando mi madre enfermó, la situación conmigo era complicada, pues apenas tenía 15 años. Mis abuelos maternos querían que me fuera a vivir con ellos; el hermano de mi padre, mi tío Emilio, insistía en que fuera con ellos, pero la verdad yo quería quedarme en casa; después de haber vivido situaciones tan poco gratas, no tenía ningún deseo de ir a vivir ni con unos ni con otros. Por otra parte, aunque era chica, era bastante competente y responsable: sabía cocinar, sabía hacer tareas domésticas y estar sola no me parecía nada del otro mundo. Además, tenía la rutina escolar que me tenía ocupada. Al final, después de muchas discusiones familiares y de muchos dimes y diretes me quedé sola

en la casa. Claro, tenía mucha libertad; era como si tuviera mi propio departamento, algo inusitado a esa edad, pero reconozco que, por suerte, era bastante sensata y juiciosa en mi conducta.

Algo de todo esto explica la posibilidad de haber participado activamente en política estudiantil en la secundaria, pues no tenía que rendir cuentas a nadie ni nadie me preguntaba dónde estaba, qué había hecho, ni por qué regresaba tan tarde. La verdad, era una situación de excepción en la que los dramas familiares a la vez que los problemas políticos forjaron la coyuntura en la que yo pude participar con bastante libertad en asuntos de la vida pública del país, cuidando a la vez de mis obligaciones filiales, personales y como estudiante.

He hablado un poco de mi experiencia como adolescente que comenzaba la secundaria en la Argentina. Digo la secundaria, porque en la Argentina el sistema de separar la secundaria de la preparatoria, como en México, no existía, de modo que secundaria y prepa eran una misma cosa, era el bachillerato, por decirlo también en términos argentinos no poco afrancesados. Hablé un poco del Liceo, un poco de las huelgas estudiantiles, pero ahora quiero contar una situación respecto de la huelga de estudiantes del 58, que a mí me sirvió para tener una visión un poco más crítica del mundo político, porque, como dije, era Secretaria General de mi escuela y era quien tenía que llevar a cabo la comunicación entre los comités de huelga y las compañeras del Liceo. En el momento mismo en que comenzábamos la huelga, que ya se había votado, una de las compañeras, algo mayor y del turno matutino, Aitana Alberti, hija de Rafael Alberti, el conocido poeta español que se había exiliado a la Argentina con su mujer, María Teresa León, me dijo que su padre me quería conocer, porque estaba un poco preocupado por las decisiones que estábamos tomando. A Aitana yo no la conocía, casi, y me pareció un poco raro que Alberti se metiera en eso, aunque sabía que era un hombre políticamente comprometido y activo militante comunista. De hecho, me citó en su casa y ahí me fui a ver a Rafael Alberti, a quien no conocía, aunque lo había leído mucho; por

su parte él sí identificaba perfectamente a mi padre. No lo había tratado nunca, pero me recibió muy cordial. Estaba con otra persona que me presentó como “un compañero”. Era Víctor [Vittorio] Codovilla, cabeza del Partido Comunista Argentino, lo cual me resultó un poco chocante, porque yo no sabía de qué trataría la reunión y pensé que sería de tipo familiar.

Por mi parte, creía que el Partido Comunista apoyaría la huelga, porque era una huelga contra la educación clerical. Que se quisiera imponer la educación religiosa, pensaba yo, era algo que las izquierdas no podrían aceptar. Pero en la conversación con Alberti, me encontré con que lo que estaban diciendo tanto él como Codovilla, era que había que frenar la huelga, porque eso era hacerle el juego a las derechas. Era un argumento bastante extraño, ¡si eran las derechas las que estaban queriendo imponer la educación religiosa! Decir que la huelga le estaba haciendo el juego a las derechas me parecía, verdaderamente, bastante falaz. Y así lo dije. La respuesta fue algo como: “Usted no entiende, es muy joven. Lo que está tratando la derecha es de ponerle una zancadilla al presidente Frondizi y nosotros estamos apoyando a Frondizi contra los manejos de las derechas. Ustedes tienen que dejar esto, porque están siendo usadas contra él”. Discutimos, expliqué que ya habíamos convocado a la huelga, que ya se había votado abrumadoramente. Creo que el noventa y tantos por ciento de las chicas del Liceo votamos por la huelga, y lo mismo en otras instituciones de enseñanza secundaria, de modo que no estábamos armando un movimiento aislado y minoritario. En fin, fue una discusión fuerte: les dije que no íbamos a parar la huelga, que para eso teníamos que volver a votar, y que la huelga empezaría a la media noche de ese día, que no podíamos ir contra la voluntad de la mayoría y que me sorprendía que pretendieran darnos semejante consigna, que no íbamos a acatar. Además, como colectivo estudiantil, ni estábamos afiliados al Partido Comunista ni a las Juventudes Comunistas ni a ningún otro partido político. La reunión fue muy antipática porque ambos, especialmente Codovilla, pretendían

darnos órdenes como a subalternas, sin el menor respeto por todo un proceso político. En ese momento quedé muy defraudada por lo que estaba viendo, y más de una vez he vuelto a quedar defraudada por las políticas convenencieras de partidos de izquierda. Pero fue una enseñanza interesante para mí ver cómo funcionaba el manejo vertical y por consigna de las cosas. Nunca lo había vivido, era mi primera gran experiencia política —“gran”, entre comillas. Pero también me resultó importante ver, justamente, cómo se podía actuar tan verticalmente, que se transmitiera una orden, como si todos estuviéramos sometidos a una autoridad central, jerárquica. En fin, recuerdo esto, no solo porque fue muy desagradable, sino también porque con los años, ya a la distancia, me han parecido antipopulares las actitudes del Partido Comunista Argentino en momentos muy duros y porque he ido sabiendo más sobre la historia gris, si no negra, de Codovilla.

En cambio, la experiencia de la huelga en sí fue importante por la solidaridad, por la movilización solidaria entre estudiantes, pero también de la población civil, de la población en general: muchos jóvenes, muchos obreros, hombres y mujeres de todos los orígenes, amas de casa o no, trabajadores, empleados, gente de muy diversos sectores sociales y ocupacionales nos apoyaban y daban aliento para seguir adelante. Realmente sentí que las causas dignas tenían apoyo y que era importante que la movilización y la conciencia de la movilización estuvieran presentes y no las traicionáramos. Fue una pena que después todo eso se disolviera, como suele suceder; fue triste pasar de esos momentos esporádicos de organización a los de desánimo porque se pierde la batalla, en lugar de seguir adelante, organizando y tratando de continuar con el impulso de la movilización y la conciencia. Pero, en fin, de todos modos fue un momento y una lección importantes. Y para mí hubo momentos importantes a lo largo de mis pocos años en la Argentina, desde octubre del 54, hasta septiembre del 59, es decir, durante casi cinco años. Ya de mayor aprendí una frase de un emigrado republicano español, escritor muy conocido, a quien traté en México, Max Aub,

quien también había vivido y se había formado en países y situaciones muy variadas. Él decía algo que me ha parecido pintiparado para mí; algo así como que “uno es de donde ha hecho el bachillerato”. Mi itinerancia vital me ha hecho poco argentina, pero reconozco que mi despertar al mundo se produjo, en efecto, donde hice la secundaria, pues fue el momento en el que dejaba atrás el mundo contenido, autorreferencial, de la infancia y comenzaba a abrirme a nuevas ideas, experiencias y retos y a desarrollar una conciencia mayor de mí, como individuo ante la colectividad. Sin embargo, también pienso, y hasta afirmo, que los vaivenes y trasplantes culturales y vitales son modos distintos de forjar una identidad abierta al mundo y a su diversidad.

La Argentina también fue importante para mí por razones culturales, debido a la intensidad, variedad y voracidad de lecturas durante esos años, especialmente al tener en casa la nutrida biblioteca de mis padres, poder leer ya con bastante fluidez en inglés y francés y tener acceso al increíble mundo de las librerías porteñas, sin dejar de mencionar las recomendaciones, los intercambios y los préstamos de libros entre amigos. Por otra parte, en la Argentina había habido una fuerte tradición cinematográfica; los argentinos que yo conocía y conozco han sido, en general, muy cinéfilos. Basta pensar en Bioy Casares y Borges; este último, aun cuando no veía, gustaba de ir al cine, porque, según decía, al ver las sombras en la pantalla podía imaginar las imágenes. El cine fue importante también para mí a esa edad. Venía de una familia a la que le gustaba mucho, especialmente a mi madre, que desde pequeños nos llevaba con frecuencia a mi hermano y a mí. Y aunque en casa no sobraba el dinero y vivíamos modestamente, lo mismo puedo decir de ir a conciertos, al teatro, a funciones a menudo gratuitas o de poco costo, pero que ofrecían gran variedad, desde lo más clásico hasta lo más experimental. Fue una época de descubrimiento y de apertura a una vida cultural intensa.

Algo semejante sucedió con el mundo de la cultura académica, sobre todo hacia el final del bachillerato, yendo a conferencias en la uni-

versidad, a mesas redondas, a debates. En fin, estar en contacto con intercambios y discusiones intelectuales, culturales, políticas continuas, que tenían lugar en el Buenos Aires de esos años, me marcó mucho desde un punto de vista intelectual, ¡ni qué negarlo! Y también son un ejemplo de lo que puede ser un momento vital para un país, cuando hay espacios de participación y de cierto intercambio más o menos intenso de ideas. A pesar de los altibajos políticos de la época, la vida porteña era cultural e intelectualmente muy viva, con librerías, exposiciones, conferencias, etc. Con mis compañeras y amigos aprovechábamos mucho estas oportunidades. Era natural que jóvenes de 16 o 17 años participáramos en ellas. Íbamos un poco de mirones, si se quiere, porque a esa edad tampoco teníamos mucha capacidad para participar activamente, pero teníamos gran curiosidad por un mundo tan intenso de cultura, de diálogo, de discusión, de debate. Digo todo esto porque, en efecto, he comprobado en carne propia que, hasta cierto punto, uno es de donde hizo el bachillerato, y yo sí tengo la sensación de que esos años en la Argentina fueron muy formativos para mí de mil maneras.

Decir que todo eso cambió bastante cuando me fui a Estados Unidos es una obviedad, pero así fue. Ahí se abrió otro momento para mí, de descubrimiento de otro mundo y de otro tipo de experiencias. Como dije antes, me fui pensando que iba a estar un año o dos, no mucho más, y, en total, acabé quedándome en Estados Unidos casi 30 años. Aprendí que la vida no se arma *a priori* ni en teoría, sino en la práctica, viviéndola, y esa práctica fue para mí muy plural.

4. Brandeis: mis primeros pasos en la Historia

EL 1 DE SEPTIEMBRE DE 1959 partí de Buenos Aires a los Estados Unidos. Este era mi primer viaje en avión, pues antes había viajado sólo en barco. Fue un viaje muy largo, que duró 25 horas, en un avión cuatrimotor que iba de Buenos Aires hasta Miami, donde debía conectar con un vuelo a Nueva York. El avión paraba en Santiago, en Lima, en Guayaquil, en Panamá, para finalmente llegar a Miami. Allí tenía que pasar inmigración, aduana y todos los demás trámites y cambiar de avión. Pero el clima jugó algunas malas pasadas y retrasó bastante el vuelo. En efecto, a mi salida de Buenos Aires se había desatado la proverbial tormenta de Santa Rosa y, cerca de Panamá, un huracán. Todo eso hizo que perdiera la conexión a La Guardia y que en Miami tuviera que esperar casi diez horas por el cambio de avión. Entonces, sin saber bien cómo matar el tiempo, tomé un *tour* y me fui a dar una vuelta por Miami, siguiendo la costumbre materna de querer conocer los lugares donde iba parando. Recuerdo como algo horrendo, sí, parar en Ciudad de Panamá, porque el calor y la humedad eran asfixiantes, un verdadero sauna. En el propio aeropuerto, a pesar del aire acondicionado, el clima era abrumador. Yo no sufro tanto el calor, pero aquello era increíble. Comparativamente, frente a Panamá, Miami era un lugar fresco. Al fin, después de pasear por la ciudad y alrededores, pude embarcar hacia Nueva York, donde me estaba esperando mi padre.

Me reencontré con él después de cinco años. Él se había vuelto a casar y ahí conocí a mi madrastra, Denah (cuyo nombre se pronuncia Dina), y a su familia, porque pasamos esa noche con ellos antes de partir para Boston. Ella era neoyorquina, de familia greco-sefardí que hablaba ladino; era profesora de español, se había doctorado en Le-

tras Hispánicas, por lo cual hablaba español moderno perfectamente. Al día siguiente salimos a Boston, en un autito Hillman que conducía Denah, y ahí comenzó una nueva etapa de mi vida, ahora estadounidense.

Antes, no expliqué que para emigrar a los Estados Unidos, obviamente había tenido que sacar una visa norteamericana. Tenía todos los papeles, el permiso de viaje de mi padre, quien por tener la patria potestad, era quien tenía que dar el permiso de viaje y no mi madre, aunque en Estados Unidos el divorcio le había otorgado a ella la custodia de los hijos. De modo que mi padre fue quien tuvo que dar la autorización, y como yo iba a estar con él, yo tenía derecho a obtener “la tarjeta verde”, la visa de residente permanente. Para eso tenía que hacer todos los trámites consulares. A los 17 años me presenté con todos mis papeles ante el funcionario correspondiente, y entonces empezó un largo y extraño interrogatorio. Eran varias preguntas, pero recuerdo dos o tres que fueron las que más me irritaron. La primera era si yo había sido en algún momento militante o colaboradora del Partido Comunista: si había participado en el Partido Comunista y si juraba que no lo había hecho y que no quería derrocar al gobierno de los Estados Unidos. Claro que lo juré, pero no sin cierto fastidio, pues volvía a recordar las obsesiones anticomunistas que había vivido antes, en mi infancia. Sentía que a pocos meses para entrar en la década de 1960, volvía a ese momento de la Guerra Fría y de la escuela primaria, cuando los rusos “amenazaban” con destruirnos a todos. La siguiente pregunta fue si yo juraba no haber ejercido nunca la prostitución. Con eso sí que me molesté, porque me pareció una pregunta vulgar, grosera y tonta, y me reí. La reacción del funcionario fue fuerte y en tono amenazador me espetó: “Don’t laugh; people like you are all suspects!”. La entrevista era en inglés y, claro, en ese contexto no podía discutir, pero las preguntas de si había sido o no comunista y prostituta me habían indignado mucho. Por un lado, por lo que implicaban como mentalidad política, pero también como moralina social, y, sobre todo, por la profunda y absurda

ingenuidad de suponer que alguien fuera a contestar que sí era comunista y, por añadidura, prostituta.

Llegué a Estados Unidos justo a tiempo para iniciar la universidad. Yo no había hecho ningún plan al respecto y ya era bastante tarde según los tiempos para solicitar ingreso. Sin embargo, tenía alguna opción, gracias a la familia. Una era de ir, no a Harvard, porque todavía en esa época Harvard era un *college* solo de varones, pero sí a su contraparte femenina, que era Radcliffe. Como mi padre era profesor de Harvard, existía la posibilidad de que, pese a ser tarde en el verano, yo pudiera ingresar sin demasiada dificultad. Pero eso no me agradaba mucho: primero, porque no quería estar demasiado cerca de la figura paterna; segundo, porque a mí no me gustaba la idea estar en un *college* solo de chicas. Las instituciones de educación segregadas por sexos o por cualquier motivo, me resultaban francamente aborrecibles y empobrecedoras en muchos sentidos. De modo que la otra opción, más accesible, era la de ir a una universidad que se llama Brandeis, que está también en los alrededores de Boston, en Waltham, donde Denah, mi madrastra, enseñaba lengua y literatura españolas.

Brandeis era una universidad relativamente pequeña y joven, con fama de ser entonces bastante progresista. Se había fundado en 1948, con el apoyo de Eleanor Roosevelt, la viuda del presidente Roosevelt, y otras personalidades estadounidenses y de sectores judíos liberales, especialmente de la Costa Este. En realidad, era una universidad judía, pero sin denominación religiosa explícita (*non denominational*), pensada, sobre todo, para dar un espacio académico a estudiantes y profesores judíos, especialmente a los refugiados del nazismo, que no encontraban cabida en otras instituciones, pues en muchas de las universidades norteamericanas había cuotas mínimas para admitir profesores y estudiantes judíos. Algo que generalmente olvidamos es el sistema de cuotas segregacionistas que imperaba en la educación norteamericana: cuotas para hispánicos o “latinos”, cuotas para negros, cuotas para judíos, para católicos, etcétera. La idea de fundar Brandeis después de la segunda Gue-

rra Mundial, fue la de abrir un espacio académico para intelectuales de primer nivel que por esas exclusiones no encontraban puestos en la educación superior del país. Y, en efecto, aunque era una universidad predominantemente judía, era progresista, mixta, secular y laica. Además, tenía un increíble programa de becas para estudiantes extranjeros, que incluía a más de 100 estudiantes de los cinco continentes; era un programa multinacional y multiétnico excepcional. Y también tenía un amplio programa de becas para las llamadas minorías norteamericanas —afroamericanas, puertorriqueñas y nativo-americanas. De modo que en un *college* relativamente pequeño, estaban becados entre 100 y 150 estudiantes extranjeros y de diversas minorías nacionales.

Ahí ingresé en el otoño de 1959 y, realmente, se me abrió el mundo en todos sentidos: por un lado, al ir conociendo los Estados Unidos; por el otro, al vincularme con compañeros de muchos, muchos lugares. Hice entonces buenos amigos africanos, latinoamericanos, europeos, asiáticos y descubrí un mundo sin fronteras y, a la vez, aprendí mucho de relaciones tan plurales y diversas. Como digo, hice buenos amigos que, después de largos años, ahora quedan en el recuerdo. Varios eran africanos muy queridos, con los que luego, en las guerras civiles en África, en la década de los setenta, perdí contacto y por los que temí lo peor. De modo que también me queda ese recuerdo triste, de gente joven con ganas de construir el futuro de sus países, destruidos por situaciones políticas, en las cuales... en fin, no tengo que decir que la responsabilidad de Occidente también fue muy grande en eso.

El hecho es que, por un lado, estaba ese mundo tan plural de estudiantes, pero, por otro, también me encontré con un mundo de profesores muy plural y muy intenso. Muy distinto, claro, de mi vida como estudiante de escuela secundaria.

La exigencia y disciplina académica de Brandeis, y creo que la de las buenas universidades norteamericanas en esa época, eran muy grandes. No había descanso en materia de lecturas, de clases, de *papers* (trabajos escritos), de exposiciones orales, etc. Ahí aprendí a usar la biblioteca

muchas horas al día, cumplir con los plazos, investigar y pensar independientemente, pero sustentando todo en conocimientos lo más sólidos posible, sin decir “creo”, sino a saber y decirlo o a callar y aprender. A la larga, ese aprendizaje fue muy rico. Al principio la pasé muy mal, porque carecía de una experiencia de trabajo y de rigor intelectuales así; tampoco tenía un buen manejo del inglés, aunque lo hubiera estudiado de chica y hubiera cursado en Estados Unidos el último grado de primaria y haberlo pulido más en la secundaria. Mi inglés era suficiente, pero no bueno. En la Argentina había estudiado francés y lo había aprendido con gusto y bien, pero creo que interfirió con mi conocimiento del inglés, que avanzó, pero lentamente en esos años porteños. Así que, cuando llegué a Brandeis, sufrí bastante el primer año.

También sufrí porque quería estudiar medicina y, en efecto, me inscribí en lo que en Estados Unidos llaman *pre-med*, ya que allí la medicina era una carrera de posgrado. Se estudia después de terminar el *college*. En el *college* lo que uno hacía era cursar materias de ciencia necesarias para ingresar a una escuela de medicina: biología, física, matemáticas, química... En fin, una serie de materias muy especializadas. También podía ser psicología, pero, sobre todo, se trataba de preparar científicamente al estudiante para que luego ingresara a una escuela de medicina. En el *college* no se estudiaba medicina, sino que se apuntaban y desarrollaban los conocimientos científicos. En fin, me lancé a ser *pre-med*, con lo cual me anoté en una gran cantidad de cursos de ciencias que me fueron abrumando, literalmente abrumando. Tenía muchas horas de materias teóricas y de laboratorios: laboratorio de biología, de química. Mañanas y tardes encerrada estudiando o haciendo experimentos. Y no tenía tan buenas bases en ciencia ni una vocación científica tan exclusiva. Quería estudiar medicina, sí, pero no quería estudiar solamente ciencias, sino tener contacto con la parte humana, con las enfermedades y su tratamiento. Al final, claro está, no me fue muy bien. Mi desempeño ese primer año en Brandeis fue muy desigual y mediocre, por no decir malo. No me echaron de la universidad por-

que compensaba las malas calificaciones en ciencias con las notas más o menos buenas en otras materias que también debía cursar, en ciencias sociales y humanidades. Entonces ahí iba yo compensando una “C”, ¡o peor!, con una “A”, pero demostrando que no estaba realmente preparada para las carreras de ciencia. Eso me llevó en el segundo año, como *sophomore*, a ir dejando los requisitos de *pre-med* y a cursar más materias de humanidades y ciencias sociales.

Sin embargo, para no cortar de cuajo, pasé entonces a estudiar psicología, que también podía ser una especialidad premédica, así que durante ese año hice, sobre todo, cursos en psicología. Había ciertos cursos que me interesaban mucho, en los que leí a Freud, a Jung, al más desconocido Sándor Ferenczi, a Adler y a otros clásicos del psicoanálisis, y eso me fascinó. Pero el libro de una psicoanalista suiza, Marguerite Sècheyne, que había estudiado la esquizofrenia y que había sido alumna de Ferdinand de Saussure, lo cual la había acercado también al análisis del lenguaje simbólico, me abrió una ventana muy rica y conmovedora para comprender aspectos de la paranoia de mi madre que luego pude descodificar con menos sobresalto y angustia. Sin embargo, lo que en esos años dominaba en los Estados Unidos eran otras escuelas con una fuerte influencia *behaviorista*, muy influidas por un biologismo psicológico que no me agradaba. Tuve, sin embargo, un profesor muy reconocido, que se llamaba Abraham Maslow, uno de los fundadores de la psicología humanista junto con Erich Fromm, cuyos cursos me abrieron al universo más reflexivo sobre la mente y la influencia de la experiencia colectiva, social. Maslow era una de las tres “M” famosas de Brandeis: Maslow, Herbert Marcuse y, el tercero, el historiador Frank Manuel. En fin, estudiar con Maslow me permitió leer mucho sobre psicoanálisis, lo cual me resultó muy interesante, pero yo veía cada vez más claramente que me iba dirigiendo hacia otros rumbos.

Lo primero fue la Historia de las ideas, como se le llamaba entonces a lo que luego sería Historia intelectual o del pensamiento. Por obligación o por elección, ese año también tuve mis primeros cursos especia-

lizados de historia, pues antes habían sido introducciones generales a la civilización europea, a la civilización occidental. En otras palabras, los primeros cursos especializados fueron en ese segundo año, desde la Edad Media, el Renacimiento y la Reforma, hasta la Ilustración y el largo siglo XIX al XX. Poco a poco empecé a interesarme cada vez más por el pensamiento europeo del siglo XX, de tal manera que para el tercer año de la universidad yo declaré que mi especialidad, mi *major*, iba a ser la historia. Y como había que precisar más el campo, fue la historia de Europa desde la Ilustración hasta el presente.

Por otra parte, también había empezado a estudiar literatura. Algún curso de literatura española, pero también aprendí italiano y portugués, porque quería leer a los autores en los idiomas originales, y haber estudiado latín en el Liceo me daba cierta facilidad para las lenguas romances. Así que la literatura española y la francesa se combinaron con la luso-brasileña y la italiana. De hecho, eso me permitió, por ejemplo, seguir, entre otros, un curso sobre la *Divina Comedia* y otro sobre Camões y *Os Lusíadas*, así como un, para mí novedoso, curso sobre la novela francesa del siglo XVIII y un espléndido seminario de poesía francesa desde los simbolistas hasta los inicios del surrealismo, dictado por el poeta y crítico Yves Bonnefoy.

Claro está, a medida que iba encontrando mi camino, mi vocación, intereses y gustos, mi desarrollo académico fue mejorando. Ya en el segundo año, estaba sacando buenas calificaciones y empezaba a sentirme una alumna más o menos competente, después de las frustraciones del primer año.

La historia que estudié en Brandeis era, sobre todo, historia de las ideas, historia intelectual, cultural y también política. Nunca tuve un curso o un acercamiento a algo que se llamara historia social. En esos años realmente me formé con mucha asiduidad y muy sistemáticamente en una mezcla entre filosofía e historia del pensamiento europeo, desde el Renacimiento hasta el siglo XX, según los contextos de cada época, aunque incursioné también en otros temas. Un profesor como

Herbert Marcuse, por ejemplo, daba un seminario graduado basado exclusivamente en la lectura de textos de Platón. Fue un semestre entero dedicado a leer y discutir los *Diálogos*, al cual pude asistir como “oyente-leyente-participante”, como decía Marcuse. En realidad, la mía estaba siendo una formación entre filosófica, histórica y cultural-literaria, interesante y muy intensa.

Estudí también, y mucho, con un, entonces, joven profesor, Heinz —“Harry”— Lubasz, quien enseñaba historia del pensamiento político europeo en los siglos XIX y XX. Con él leí desde Fourier, Saint-Simon, Marx y Engels hasta Lenin, Trotski y Luxemburgo. En fin, desde los primeros socialistas, pasando por todos los clásicos del pensamiento de izquierda, hasta Koestler, Arendt, Camus, Sartre. De este último recuerdo, especialmente, *L'homme révolté*, posiblemente el primer texto que yo leía donde se hablara de anarquismo. Pero también autores de la derecha, como Burke, De Maistre y Bonald, hasta el fascismo y el nazismo. Claro, no faltaron Croce y el historicismo, pero tampoco Pareto, de cuya *Sociología* recuerdo particularmente la explicación sobre los eufemismos y cómo el lenguaje, según la intención del emisor, permite hacer afirmaciones contradictorias entre sí, pero igualmente válidas, como que Orestes fue el vengador de su padre (Agamenón), pero también que Orestes fue el asesino de su madre (Clitemnestra). Es decir, que entender la intención detrás de un texto es tan fundamental como entender el significado del texto en sí.

La tercera “M” de Brandeis era la de un gran historiador del pensamiento socialista temprano: Frank Manuel, que escribió varios libros importantes sobre lo que Engels llamó el socialismo utópico. Con él seguí un par de cursos formidables, también leyendo a Fourier y a Saint-Simon, así como a Owen, Feuerbach, Proudhon y otros. En fin, el mundo de los socialistas premarxistas de la primera mitad del siglo XIX e, incluso, de los precursores del siglo XVIII. También con él leí un poco sobre la historia del pensamiento utópico desde Tomás Moro hasta Orwell. Un panorama amplio del mundo de las ideas.

Este amplio arco de lecturas sobre el pensamiento europeo fue excepcionalmente formativo. Además, si uno piensa que en ese momento Estados Unidos estaba saliendo de los fantasmas del macartismo, sorprende que mis primeros acercamientos sistemáticos al pensamiento socialista y marxista fueran justamente en ese país, en los cursos de historia en Brandeis. Miro ahora hacia atrás pensando en lo intelectualmente importante que fue aquello, pero también en lo paradójico que resulta que, dados mis intereses actuales, yo no hubiera tomado un solo curso que tuviera que ver con historia social. No sé si los cursos de historia de Estados Unidos, que estudié poco, eran también sobre historia del pensamiento norteamericano, pero quiero pensar que habría acercamientos más sociales. Seguramente se discutía la esclavitud y la emancipación, aunque creo que en esos años se hacía más hincapié en lo económico y lo político de la Guerra Civil, que en los sujetos y su mundo.

Por otro lado, en Brandeis también tuve un seminario muy bueno sobre Historia medieval, con el profesor Edgar Johnson. Era un curso tan bueno que me entusiasmé mucho con la Edad Media e hice un par de trabajos sobre temas que se vinculaban con la España musulmana, sobre todo con el Califato de Córdoba. Ahí me entró la idea de querer aprender árabe para poder estudiar algún tema vinculado con el mundo hispanoárabe. En la Harvard University Press se había publicado por entonces un libro fascinante de un profesor inglés, Richard W. Southern, cuyo título en español podría traducirse algo así como “Visiones occidentales del Islam en la Edad Media”. A mí me había gustado mucho y pensé que me gustaría emularlo desde una óptica inversa: examinar la visión que sobre Occidente había tenido el Islam durante los largos siglos de contactos y conflictos. Claro está, para eso necesitaba estudiar árabe. Era mi último año de *college* y ya no lo intenté, pero aquello me quedó rondando y, paradójicamente, lo pude hacer al año siguiente en El Colegio de México. Por otra parte, también me interesaba mucho la Ilustración, que junto con el siglo xx eran las épocas que

conocía mejor. Está claro que en ese entonces todavía no estaba decidida por nada, pero sí abierta a temas muy variados. Sin embargo, en realidad mi formación en esa época era, ante todo, en historia del pensamiento europeo.

El verano de 1962 afectó profundamente a mi familia, y naturalmente a mí. El año anterior, mi tía María Rosa Lida había sido diagnosticada con cáncer en el cerebro. Creo que todo empezó en 1960, con lo que parecía una molestia en el oído, pero que continuó aumentando; ya preocupada, en 1961 vino a Boston, donde había un centro oncológico importante. Ahí la diagnosticaron, pero fueron categóricos: era un cáncer incurable. A María Rosa la conocí entonces, en plena pesadumbre. Claro, la aflicción de mi padre no tuvo límites. Compromisos previos le impedían ir a Berkeley, donde ella vivía, así que al acercarse el verano siguiente me pidió si podía ir yo, para acompañarla en lo posible.

María Rosa, nacida en 1910, era filóloga, classicista y medievalista muy notable, que estaba casada con otro connotado filólogo romanista, Yakov, “Yasha”, Malkiel, distinguido profesor en Berkeley. Yasha había nacido en Kiev, entonces Rusia, en 1914, pero se había formado en Alemania y luego emigrado a Estados Unidos al comenzar el nazismo. A su vez, María Rosa había enseñado en Stanford, hasta que la enfermedad se lo impidió, pero ese verano daría en Berkeley un curso graduado —el último que enseñaría, pues moriría pocas semanas después de concluir.

Aunque casi no la había tratado, acepté ir, pero no quería estar con los brazos cruzados ni ser una carga para mis tíos, por lo cual me matriculé en un curso intensivo de alemán y me alojé en la International House, cerca de la Universidad. Los cursos de verano solían ser diarios, de modo que María Rosa, Yasha y yo nos encontrábamos todos los días en el campus, almorzábamos juntos y luego yo la acompañaba a su casa, algo alejada, lo cual exigía tomar un autobús, mientras Yasha acababa sus labores por la tarde y me relevaba. Lo cierto es que la enfermedad y sus estragos avanzaban a pasos acelerados.

Mi curso era de dos horas y terminaba justo cuando mi tía comenzaba su seminario, así que algunas veces entraba a escucharla. La literatura medieval me era bastante desconocida y las literaturas clásicas también. Debo confesar que a menudo las eruditas exposiciones sobre las fuentes clásicas de Berceo, del Arcipreste o de Fernando de Rojas me aburrían soberanamente, aunque intentara disimularlo, pero ver a María Rosa transformarse y sacar fuerzas de la debilidad y mantener la tensión intelectual durante toda la clase en un esfuerzo heroico, lo recuerdo como una gran demostración de voluntad personal y devoción académica. Que al llegar a su casa se derrumbara era el lado triste de la medalla, que anunciaba un final inminente. Al fin, Denah y mi padre pudieron ir a Berkeley y yo regresé a Boston al concluir agosto. Ellos estuvieron allí unas semanas, hasta poco antes del final, que llegó el 25 de septiembre, cuando María Rosa no había cumplido aún los 52 años.

Por mi parte regresé en tren, como había ido, solo que, si de ida a California lo hice atravesando los estados del Sur, el regreso lo emprendí por el norte, por los estados del Middle West y los Grandes Lagos. Pude apreciar así la variedad y dimensiones del país al recorrer palmo a palmo esos casi 10 000 kilómetros, entre ida y vuelta. Si bien todo me resultaba bastante nuevo y desconocido, no puedo dejar de rendir homenaje a la increíble e imponente belleza y grandiosidad del Gran Cañón del Colorado. Junto con el cruce de los Andes, en el cuatrimotor que tres años antes había sobrevolado la Cordillera llevándome de Buenos Aires a los Estados Unidos, esta fue la otra gran maravilla natural que me conmovió profundamente.

De regreso a clases, en mi último año universitario 1962-1963, mis intereses experimentaron cierto cambio. Debo recordar que en octubre tuvo lugar la crisis de los cohetes o misiles en Cuba. En Brandeis, como en todo el país, se suscitó una intensa ola de miedo porque los rusos iban a lanzar sus cohetes sobre los Estados Unidos. Algunos de los estudiantes extranjeros veíamos con suspicacia esa renovada histeria anti-

soviética y anticubana, sobre todo después del intento de invasión en Playa Girón, en 1961, y los continuos sabotajes encubiertos por la Operación Mangosta, así que nuestras discusiones al respecto eran inacabables. Pero hubo un incidente que nos sacudió a todos, pues en una de esas sobremesas, se nos acercó un compañero japonés, Yoshío, en un evidente estado de agitación, para pedirnos a los tres o cuatro argentinos que estábamos allí que le diéramos información sobre la Patagonia. Ante nuestro estupor, nos explicó que su padre le había enviado un boleto de avión para la Argentina, con la orden expresa de trasladarse lo más al sur posible en la Patagonia, para escapar del bombardeo nuclear que se avecinaba. Su propia familia con excepción del padre, había muerto en 1945 por la bomba atómica norteamericana arrojada a Nagasaki. Tratamos de calmarlo, pero fue imposible. Al día siguiente, Yoshío desapareció de Brandeis.

Hasta entonces, no había habido ningún curso de historia latinoamericana, pero en 1962 se contrató a Milton Vanger, especialista en historia del Uruguay. Claro está, prácticamente todos los estudiantes latinoamericanos en grupo —uruguayos, argentinos, costarricenses, guatemaltecos, puertorriqueños—, en total unos ocho o nueve, entre *sophomores*, *juniors* y *seniors*, nos matriculamos en su curso y aquello acabó siendo una verdadera batahola en la que todos discutíamos con todos, con el profesor y entre nosotros ante el asombro de los pocos alumnos norteamericanos, intimidados por nuestro apasionamiento y vehemencia. Creo que al pobre Vanger también lo dejamos apabullado, según me enteré después... La verdad, no sé cuánto aprendíamos, pero que discutíamos como fieras era evidente.

Estas experiencias me abrieron nuevos horizontes, así que cuando terminé en Brandeis ya me estaba interesando también por aprender más sobre Latinoamérica.

5. Maestría en El Colegio de México

EN ESTADOS UNIDOS, si uno piensa en la escuela graduada debe ir tramitando el ingreso desde finales del tercer año o comienzos del cuarto. Al mediar mi *junior year*, durante el primer semestre de 1962, comencé a escribir a diversas universidades norteamericanas solicitando ingreso y becas. Fue por entonces cuando mi padre me pasó un folleto que le acababa de llegar de El Colegio de México, informando que se había inaugurado una maestría en Historia. La noticia me interesó y escribí pidiendo más información; pasó el tiempo sin respuesta alguna y, en cambio, empecé a recibir cartas de aceptación de distintas universidades estadounidenses, como Berkeley y Brown. Al final elegí ir a Columbia, en Nueva York, para estudiar historia latinoamericana y europea comparadas. Columbia tenía un excelente departamento y un prestigioso programa de estudios latinoamericanos, la ciudad me gustaba mucho y me becaban. ¿Qué más podía pedir? Ya me había olvidado del Colegio de México, pues nunca me contestaron, así que en junio de 1963, recién graduada, estaba preparándome para mudarme a Nueva York a comienzos de julio, cuando de repente me llegó una carta del Colegio de México, firmada por un tal Luis González, director del Centro de Estudios Históricos, diciéndome que dado mi interés por ir al Colegio, me habían aceptado y otorgado una beca, y que las clases comenzaban en breve. Esto fue de lo más inesperado, sobre todo teniendo en cuenta que había pasado un año desde que les había escrito únicamente para pedir información.

De repente todo cambió. Ya había aceptado la oferta de Columbia, pero al leer la carta del Colegio me entusiasmé muchísimo. La idea de ir a México, de volver a México al cabo de diez años, y a Latinoamérica,

me emocionó. Además, sería con una beca, lo cual me permitía no tener que depender de mi padre. Recuerdo bien que a la hora de la comida expliqué en casa lo que había pasado y que creía que me iba a México. La respuesta de Denah y de mi padre fue de asombro total: “¿Cómo que te vas a México?”. Bueno, aquello acabó en una fuerte discusión, porque veían mi decisión como intempestiva, poco seria y, seguramente, descabellada; además de que se habían hecho ya a la idea de que iría a Columbia. El hecho es que, al final, partí para México.

Hacia mediados de julio de 1963 llegué a la ciudad. En ese momento empezaba el segundo semestre del año académico. Llegar a México me resultó muy, muy grato. Hasta el entonces pequeño aeropuerto de la ciudad me pareció acogedor, con sus macetones con flores a la entrada de la pista, sillones de piel en las salas de espera, pisos de mármol e, incluso, una salita donde había una exposición de pintores mexicanos. Viniendo de los grandes aeropuertos, como La Guardia o Kennedy, aquello era un contraste total. Y el clima era maravilloso después del calor sofocante de Boston en julio: fresco y agradable, primaveral digamos, con un precioso cielo despejado ¡y los volcanes allá, en el fondo! Era un México que ya rara vez vemos; era el de mi infancia, claro, más moderno, pero todavía de tamaño humano. Una ciudad muy caminable, con antiguos tranvías, los primeros trolebuses y los infaltables peseros, entonces taxis colectivos que costaban un peso y recorrían las avenidas principales por una ruta fija.

En fin, primero me quedé en casa de unos amigos unos días para buscar dónde vivir y presentarme cuanto antes al Colegio de México. Mi primer hospedaje fue una habitación en casa de una familia en la Colonia del Valle y, al año siguiente, otra en la Hipódromo Condesa. En todo caso, en cuanto pude, me presenté al pequeño edificio recién construido del Colegio en la calle de Guanajuato 125, justo al mismo tiempo que llegaba otro estudiante extranjero. Los dos coincidimos a la entrada, preguntándole a la recepcionista dónde estaba el Centro de Estudios Históricos. Allí nos presentamos, su nombre era Gervasio Luis

García y resultó ser un alumno de Puerto Rico, que también había acabado la universidad y que, al igual que yo, venía a la maestría. Mi primer encuentro “colmexiano” fue con Gervasio, y a partir de entonces fuimos y seguimos siendo grandes amigos.

La del Colegio fue para mí una experiencia muy grata y formativa. Por una parte, el grupo de estudiantes era pequeño, amistoso y solidario. La maestría duraba tres años y ellos habían comenzado desde el inicio, en febrero de 1962, de modo que nosotros llegábamos con un año y medio de retraso, a la mitad. A esa maestría se podía acceder sin tener la licenciatura acabada, razón por la que supongo que nos aceptaron a Gervasio y a mí a medio camino, pues ya estábamos recibidos. Como pocos de los compañeros habían concluido la licenciatura, ellos a veces cursaban materias que nosotros ya habíamos tomado en el *college*, especialmente de historia europea y de Estados Unidos, que nos convalidaron para que pudiéramos ingresar normalmente al programa. Sin embargo, había una gran diferencia: los compañeros tenían ya asignado un tema de investigación, que realizaban bajo la dirección de Silvio Zavala y nosotros apenas íbamos a comenzar. No quiero dejar de mencionar los nombres de aquellos con los que completamos la maestría a finales de 1964 y formamos un octeto muy unido: además de Gervasio, los más cercanos fueron José Antonio Matesanz y José Adolfo Rodríguez Gallardo, y junto con ellos Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano, Lucía Espinosa Nieto y Carmen Villatoro. Aunque alguno ya no está, todos me siguen acompañando en su amistad inolvidable.

En esa época, el doctor Zavala era nuestro profesor de historia colonial, y era también el presidente del Colegio. Ese fue el primer acercamiento que tuve a una nueva experiencia de aprendizaje, muy distinta de la que había tenido en Estados Unidos, aunque bastante parecida a la Argentina, por jerárquica. Al llegar, fue don Silvio quien nos asignó el tema: “Usted tiene que estudiar tal cosa y usted investigar tal otra”: no había elección. En los Estados Unidos los profesores jamás te daban

el tema, tú lo tenías que buscar, encontrar y desarrollar. Bueno, como Gervasio y yo llegamos tarde a esa maestría, y ya varios compañeros habían empezado el seminario de investigación con Zavala desde hacía un semestre, a nosotros nos tocaron los temas que “habían sobrado”. Sin ningún preámbulo, don Silvio me dijo: “Clara, usted tiene que estudiar la sal en la Nueva España”. Y a Gervasio también le dio un tema sobre el comercio de Puerto Rico o de las islas de Barlovento, no recuerdo exactamente, con Veracruz. Aún hoy recuerdo el asombro de ambos cuando nos lo dijo: ¿qué era eso de la sal?, ¿qué aquello del comercio con Veracruz? Entonces, ahí nos fuimos Gervasio y yo a decirle a Zavala que no nos interesaban en absoluto los temas que nos había asignado y que queríamos escoger otros. Zavala nos recibió muy cordialmente; nos hizo sentar en su oficina, nos escuchó y después de oírnos, nos dijo algo como: “Yo entiendo, jóvenes, que ustedes no se van a especializar en estos temas. Pero miren, el estudio de la Historia es como el aprendizaje de un oficio: uno entra en un taller para ser ebanista, pero antes tiene que pulir una tabla, hacer un banco, tornear las patas de una mesa. En fin, tiene que aprender el oficio desde abajo. Lo que yo quiero es que ustedes también aprendan el oficio investigando distintos temas. Tal vez no se dediquen nunca a la sal ni al comercio con Veracruz, pero van a estar en un archivo, van a aprender a manejar documentos, a hacer preguntas y a ir adquiriendo el oficio de investigar. Y alguna satisfacción van a tener una vez que hagan un estudio digno. De modo que sigan ustedes con los temas”. Y ahí terminó nuestra protesta, porque no había forma de evadirse ni de cambiar, pero, sobre todo, porque lo que decía resultaba muy razonable. Ese fue un aprendizaje muy curioso para mí, porque era un sistema muy vertical que yo no había conocido a nivel universitario, pero que luego descubrí que se practicaba bastante en Europa, donde el director de la tesis prácticamente asignaba los temas a sus alumnos. En fin, así era y no había discusión. Pero también reconozco que don Silvio había tenido razón y que la experiencia fue enriquecedora, pues yo no había entrado nun-

ca a un archivo histórico; había llegado a una maestría en Historia sin haber pisado un archivo. En Estados Unidos había leído de todo, conocía las bibliotecas de arriba abajo, conocía las revistas especializadas de pe a pa, pero en mi vida había tenido un documento original en mis manos. De modo que ir al Archivo General de la Nación, que en esa época estaba en un ala de Palacio Nacional, en el Zócalo, pasar ahí horas mirando, oliendo, palpando y leyendo folio tras folio, la verdad, me empezó a gustar.

Finalmente, resultó que don Silvio, en lugar de pedirnos una tesis de maestría, nos exigió que los trabajos para ese seminario fueran investigaciones cortas que se convirtieran en artículos publicables en *Historia Mexicana*. De ese modo, uno adquiriría el grado de maestría publicando en esa prestigiosa revista. Y así fue cómo, sin que fuera *motu proprio*, publiqué el que sería mi primer artículo, sobre la producción de la sal en la Nueva España en el siglo XVIII, que luego, con sorpresa, he visto citado muchas veces... Ahora bien, resultó que sin darme cuenta, sin realmente pensarlo, lo que yo estudié no fue, exactamente, la producción de la sal, sino cómo se trabajaba en las salinas y cómo era la vida de quienes trabajaban en ellas. Sin saberlo, estaba empezando a acercarme a la historia social. Pero no lo sabía, nadie me lo dijo. Y bueno, así vi mi primer artículo en letras de molde.

En el Colegio, el profesor Claude Bataillon nos dio un curso sobre geografía humana, materia que me era desconocida, pero en la cual los franceses destacaban. Tuve otros cursos excelentes, como uno con Luis Villoro, sobre Filosofía de la Historia, que era un campo en el que me sentía muy cómoda y en el cual el profesor combinaba sabiduría con brillantez, y en el último semestre, otro con José Gaos, que era una aproximación filosófica a las ciencias humanas. En esa ocasión compartimos clases con alumnos de la segunda generación de maestría que entonces cursaban materias propedéuticas como paso previo al ingreso al Centro como becarios, por lo cual los nombramos “los prehistóricos”. Entre ellos destacaban Andrés Lira, Hira de Gortari, Guillermo

Palacios, Bernardo García Martínez, Elsa Malvido y varios otros con los que trabamos buena amistad.

Pero de todos los cursos ofrecidos en 1964 tuve uno que redefinió mi vocación. A poco de comenzar el último semestre de la maestría, de julio a diciembre de ese año, Zavala nos anunció que vendría un profesor visitante francés a enseñarnos historia de Rusia, el profesor René Girault. El curso sería en francés y para poder acreditarlo, quienes no conocieran el idioma debían seguir un curso intensivo en el Instituto Francés de América Latina (IFAL). Yo sabía francés y para mí no había problema, pero la mayoría de mis compañeros, no. Fue curioso, pero estudiar francés les encantó y, poco a poco, todos comenzaron a entenderlo y parlotearlo. Tan bueno resultó el curso del IFAL que, cuando Girault llegó, todos se pudieron defender perfectamente, leer en francés, entender las clases y hablarlo un poco. Eso da una idea de cómo funcionaba el Colegio. De repente te decían: “Van a tener un curso de tal tipo y hemos arreglado un curso intensivo para que ustedes estén preparados para el próximo semestre”. Por un lado, se trataba de dar una formación a los estudiantes; por otro, proveerlos de los instrumentos necesarios para ampliar los conocimientos y, por el tercero, había una exigencia inapelable, pues no se trataba de que uno quisiera o no. Eran cursos obligatorios y no optativos, y si no querías te quitaban la beca y te ibas a casita. Aquel Colegio tenía esa mezcla de paternalismo ilustrado y paternalismo a secas, pero lo ilustrado dominaba decididamente. Para mí fue muy formativo, porque había una cabeza inteligente, como la de Zavala, que sabía lo que se necesitaba para que jóvenes estudiantes se volvieran historiadores comprometidos, tenía conciencia clara de lo que estaba haciendo y sabía explicarnos por qué lo hacía. No dudo que en otros momentos haya habido situaciones en las que no haya sido tan inteligentemente paternalista, sino autoritario a secas, pero a mí me tocó un Colegio muy, muy formativo.

Volviendo al curso de historia de Rusia, resultó que René Girault estaba haciendo la tesis, su Doctorado de Estado, en París, bajo la di-

rección del reconocido esclavista Roger Portal. Esas tesis eran investigaciones monumentales, que antes del 68 tardaban mucho, a veces 15, 20 o más años en elaborarse. Girault era un historiador económico y, si no me equivoco, estudiaba la Nueva Política Económica soviética. Pero a nosotros nos dio un curso desde Iván el Terrible hasta la Revolución bolchevique, desde el siglo XVI al XX. Ahí oí por primera vez conceptos tales como movimientos sociales, revueltas populares y campesinas, crisis de subsistencias. Todo era nuevo para mí... Bueno, también por primera vez entendí cómo eran y por qué importaban los movimientos de población, las crisis de natalidad y las epidemias, la demografía histórica, cosas de las que yo en Brandeis no había oído hablar. Tan nuevo era para mí el tema, que en algún momento confundí *mouvement populaire* con *mouvement de population*, y Girault me corrigió, explicando la diferencia entre un movimiento popular y un movimiento poblacional, términos que luego encontrarían preeminencia en mis propios intereses. Ese curso de historia de Rusia fue muy formativo e interesante, sobre un tema del cual casi no sabía nada. Sí había leído a Lenin y a Trotski e, incluso, algo de Stalin, pero como pensamiento político, sin saber de la Revolución rusa ni de sus antecedentes ni sobre otros temas. De modo que por primera vez me acerqué a problemas y enfoques que luego iba a hacer míos. Tal vez, si no hubiera sido por el curso de Girault, no habría llegado a la historia social, lo cual me entenece recordar y me parece inaudito, y alguna vez, en París, se lo hice saber personalmente. Es decir, en mis años universitarios había sido prácticamente nula la atención a los problemas y contextos sociales: los movimientos, la protesta, el conflicto. Que la influencia viniera de un profesor francés en El Colegio de México no debía sorprenderme, no solo por la apertura de la institución a lo internacional, sino porque luego fui conociendo la historiografía francesa y dándome cuenta de cuánto se estudiaba todo esto. Lo que sí quiero subrayar es en cuántos sentidos el Colegio fue formativo para mí y cómo me enriqueció, abrió distintas puertas, nuevas ideas y posibilidades.

Quiero hacer un breve paréntesis y señalar que, al igual que en Brandeis, en el Colegio también me acerqué a otros Centros y a otros cursos. Así, supe que al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL) vendrían como profesores invitados Noël Salomon, hispanista francés, destacado especialista en los aspectos sociales de la literatura de los siglos de oro, con quien desde entonces mantuve larga amistad, y Emir Rodríguez Monegal, del Uruguay, quien dictaría un curso sobre literatura hispanoamericana. Pedí, y se me concedió, permiso para asistir como oyente, lo cual hice con gran gusto y provecho. Por otra parte, no abandoné mi interés por el mundo árabe y la España musulmana, así que aproveché que en el Colegio se acababa de abrir una Sección de Estudios Orientales para matricularme en un curso de árabe, que no resultó ser lo que esperaba, pues mi idea era aprender árabe clásico y este era de árabe moderno y bastante coloquial, con lo cual aprendí cosas tan inútiles para mí como decir que “mi camello tiene sed” o que “el mono toca el tambor” En cambio, también seguí un excelente curso de alemán, en el que aprendí mucho del poco alemán que sé.

Durante mi estancia en México, pensé que me iba a dedicar a estudiar la Guerra Civil española, pero centrándome en el desarrollo de las izquierdas marxistas en España, desde un enfoque político-ideológico. Eso me llevó a acercarme a distintos exiliados españoles que hubieran tenido algún acercamiento a dichas izquierdas. El primero, fue el propio José Gaos, con quien me pude sentar a hablar más de una vez. Él siempre fue muy cordial fuera de clase; en clase era el conferenciante magistral, pero fuera de clase era un conversador muy asequible. No me dijo mucho sobre lo que yo quería explorar, pero hablar con él fue muy interesante, pues compartió recuerdos de su época universitaria como discípulo de Ortega y Gasset, luego como rector en la Universidad de Madrid y, finalmente, como republicano que había vivido la Guerra Civil desde distintas trincheras. Sobre todo, fueron interesantes sus comentarios sobre Ortega, y recuerdo una frase muy lapidaria, diciendo que desde el comienzo de la Guerra él se había distanciado de su gran-

de y admirado maestro, porque la postura política de Ortega le había decepcionado. Según Gaos, palabras más, palabras menos, Ortega y otros habían tenido siglos de paciencia con la Monarquía, pero muy escasa paciencia con la joven República. Me pareció extraordinaria la observación, porque, en efecto, cuánta paciencia, ¡hasta hoy!, la de España y la de muchos intelectuales con la Monarquía y cuán poca con la República, ¿verdad?

De Gaos me sorprendían esas frases, como me sorprendió que un día me contara que, para ser ayudante de cátedra de Ortega —él fue uno de sus jóvenes asistentes—, Ortega les dijera que no darían clase mientras no pasaran un mes mirándose, observándose ante un espejo y supieran cómo los veían los demás. Tenían que exponer frente al espejo, saber cómo movían las manos, cómo sonreían, cómo miraban; en síntesis, conocer y manejar su gestualidad, como un actor en un escenario, algo que el propio Gaos dominaba a la perfección. Me pareció una anécdota fantástica, que luego puse en práctica conmigo misma, aunque sin tanto éxito, para dar clases, conferencias, etcétera. En efecto, el espejo es un gran crítico, porque lo obliga a uno a mirarse como si fuera su propio público. Alguna vez lo comenté con mis compañeros y algunos también lo hicieron. Nuestra pequeña generación de historiadores le debe a Gaos, quien a su vez le debía a Ortega, haber aprendido a hablar en público. Con Gaos hablé un poco sobre la guerra, pero no mucho de política. En cambio, conocí a muchos otros exiliados españoles en México que me permitieron tener una visión bastante amplia sobre las distintas posturas y grupos del amplio espectro político del exilio republicano. Yo era bastante jovencita, tenía 22 años, pero a pesar de ser una chiquilla, o por ello mismo, muchos hablaban francamente de sus experiencias, de modo que en ese trato tan directo y tan cordial fui entendiendo más lo que habían sido la guerra y el exilio. Creo que en general fui muy bien recibida, pues unos me recomendaban con otros y fui conociendo el mundo del exilio en México y su pluralidad.

6. A Princeton con Vicente Llorens

EN DICIEMBRE DE 1964 CONCLUÍ LA MAESTRÍA en el Colegio y, mientras tanto, había ido pidiendo prórrogas a Columbia para continuar mis estudios graduados. Les había escrito por primera vez en 1963, pidiéndoles una prórroga de un año; luego les había vuelto a escribir pidiendo una segunda prórroga, para mantener activa la posibilidad de concluir allí mi posgrado. Pero hacia finales de 1964, año y medio después de llegar a México, todo cambió, pues Latinoamérica ya no era tan central en mis intereses, que se habían ido decantando por España. Además, a mí me gustaba México y no me quería ir. Una vez más, el Colegio volvió a ser generoso, porque Silvio Zavala me dijo algo como: “Vuelva usted el año próximo, en febrero, pues la vamos a contratar para que ayude en *Historia Mexicana* revisando trabajos, corrigiendo galeras, etc. Esto será provisional, porque usted debe ir a hacer su doctorado a Estados Unidos, y tenemos la posibilidad de conseguir becas de la Fundación Rockefeller, de modo que voy a tratar de que haya becas para algunos de los egresados de esta promoción para estudiar fuera. En México no se debe quedar, Clara, pues no hay doctorados en Historia y una maestría no es suficiente: tiene que seguir formándose”. Y en efecto, Zavala consiguió dos becas para Estados Unidos, una para José Antonio Matesanz, para ir a Berkeley, y otra para mí, a Princeton. Hubo dos más para Francia, para que Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano cursaran un tercer ciclo, pero creo recordar que esas fueron del gobierno francés.

La verdad, lo de Princeton también fue algo muy raro. Como para entonces me estaba inclinando ya por estudiar historia y pensamiento españoles, Zavala me preguntó a dónde quería ir. Yo había estado ave-

riguando un poco y le dije que estaba fulano en Harvard, mengano en Berkeley y zutano en Brown que se ocupaban de estos campos, de modo que tal vez me gustaría ir a Harvard o a Brown. En realidad, Berkeley me interesaba menos. Pero Zavala me respondió categórico: “No, a mí no me parece que hay mejores especialistas. Usted debe ir a Princeton a trabajar con Vicente Llorens”. Yo solo sabía quién era Vicente Llorens de nombre, pues no lo había tratado ni leído, casi. Cuando le pregunté por qué, me respondió que era la persona más seria y más competente en el campo, que había estudiado muy bien a los emigrados españoles en el siglo XIX y que estaba investigando el exilio español en el siglo XX. Y continuó: “Usted debe estudiar con Llorens. Es persona excelente, en todo sentido, de modo que vaya usted a Princeton”. Una vez más, se imponía el paternalismo ilustrado de don Silvio. Sin embargo, yo sabía que Princeton era una escuela solo de varones y le dije que me parecía evidente que no me iban a admitir, pero Zavala fue categórico: “Usted va a ir a Princeton, Clara. Haga su solicitud, prepare su proyecto y estoy seguro de que eso no va a ser ningún obstáculo”. Evidentemente Zavala sabía más que yo del mundo y no me dejaba mucha opción, así que, un poco desconcertada y muy escéptica, me fui a preparar mi solicitud.

El hecho es que de la Fundación Rockefeller vinieron a entrevistarnos y, en efecto, me concedieron la beca. Supuse entonces que ellos arreglaron con Princeton para que la Universidad también me aceptara, por lo que pensé que sería por algún acuerdo entre ambas instituciones. Luego me enteré de que, en realidad, había una historia previa a mi llegada a Princeton, que se remontaba a los derechos civiles en los Estados Unidos. Para entonces las leyes prohibían discriminar por raza, nacionalidad, religión, etc., y, como resultado, en las solicitudes no se podían pedir fotografías de los candidatos ni especificar la raza. Esos dos requisitos que antes existían estaban prohibidos y la solicitud se llenaba con otros datos, pero sin fotografía. Estando en Princeton, me enteré de que esto había causado una situación inesperada que permitió

el ingreso de mujeres a la escuela graduada. En efecto, hubo un reconocido Premio Nobel de Física que recomendó a alguien de China para que hiciera su doctorado en Princeton. Esta persona hizo la solicitud. Parece que era genial y que Princeton aceptó sin dudarlo. Pero cuando llegó, resultó ser una mujer, una joven china y no un chino como habían creído, pero como la solicitud no incluía ni la foto ni la identidad de género, obviamente, por ser una universidad de varones, la candidata no había sido identificada previamente como mujer. Eso había sido un par de años antes de que yo llegara a Princeton. El asunto creó un gran problema, porque al haberla aceptado formalmente, ofreciéndole una beca, si luego se retractaban por ser mujer, supongo que podía haber una demanda legal importante. En esa coyuntura, la Universidad decidió que a la escuela graduada, pero solo a la escuela graduada, podrían ingresar mujeres si tenían una justificación suficientemente convincente, como que quisieran trabajar con un determinado profesor o en un área muy específica. En cambio, el *college* seguiría siendo exclusivamente de varones.

Cuando llegué a Princeton éramos en total unas seis mujeres en todo el posgrado; en Historia yo era la única y supe que en algunos departamentos de literatura (eslavas y romances) había alguna que otra. Evidentemente, eso lo sabían Silvio Zavala y la Rockefeller, pero yo no. Entonces, si presentaba un proyecto que sólo se pudiera realizar con un profesor determinado, como Llorens, y cumplía con los demás requisitos académicos, la Universidad me podría aceptar. El problema era que Llorens estaba en el Departamento de Lenguas y Literaturas Románicas y yo quería hacer Historia; esto se decidió salomónicamente, pues Princeton tenía un Joint Program in History and Literature. Y fue para ese programa para el que solicité ingreso, porque no podía estar trabajando con un profesor de otro departamento si estaba en el Departamento de Historia, pero el Joint Program sí lo permitía.

Sin embargo, en Princeton nadie tenía idea de cómo funcionaba dicho Programa; ni en Historia ni en Literatura, pues nunca habían

tenido estudiantes matriculados en él; era un programa solo en el papel y ahora, en la práctica, yo resultaba a la vez pionera y conejillo de Indias. El resultado fue abrumador, pues acabé haciendo dos carreras casi simultáneamente, teniendo que presentar los exámenes de titulación en ambos departamentos, en Literatura y en Historia; es decir, debía obtener los créditos que exigía cada departamento y cumplir con los requisitos de cada uno. Aquello me parecía una locura, pero ya estaba allí y me lancé. Como lo señalé antes, los estudios de literatura no me eran ajenos: había leído mucho, también de crítica literaria, había seguido varios y buenos cursos de literatura en Brandeis y en El Colegio. Mi formación en historia también había sido bastante buena, así que me sentía tranquila en ambos frentes. Y no solo sabía bastante francés, sino que conocía bastante bien la literatura, pues también se requería tener fluidez en otras literaturas románicas. Así, lo que hice en Princeton fue cursar materias en uno y otro departamentos para llenar lagunas. Por ejemplo, nunca había estudiado literatura medieval ni historia de la lengua, por lo que me inscribí en ambos cursos; nunca había estudiado a fondo historia del siglo XIX europeo. Había estudiado los siglos XVIII y XX bien, pero el XIX no tanto, excepto en historia del pensamiento y en historia de Rusia, por lo tanto asistí a un curso de Historia del siglo XIX europeo que impartía Carl Schorske, especialista en el pensamiento y la cultura germánicas. Llené las que yo consideraba mis lagunas y al cabo de un semestre pude presentar los exámenes de cualificación (*qualifying*) para el doctorado, en los que, al aprobarlos, automáticamente se otorgaba la maestría y, a la vez, se daba o no el pase al doctorado. La verdad, me fue muy bien.

Luego, al cabo del segundo semestre me propuse presentar los *general exams*, para poder dedicarme a la tesis. Nada me exigía apurar tanto los tiempos, pues por reglamento hubiera podido esperar dos o tres años más, pero la verdad es que Princeton no me resultaba tan atractivo. Llorens fue un profesor generoso y una gran persona: muy cálida, muy receptiva, con quien mantuve una relación muy afectuosa

hasta su súbita e inesperada muerte, en 1979. Con otros profesores, como Stanley Stein, me sentía también muy bien, pero el hecho es que era una universidad segregada por género y no faltaba la misoginia: las mujeres no podíamos entrar a muchos de los lugares donde los hombres sí podían hacerlo. Por ejemplo, había un comedor para estudiantes graduados, en el cual las mujeres no podíamos comer, aunque fuéramos estudiantes graduadas de la universidad y solo podíamos ir si nos invitaba un *Princeton gentleman*, y si llevábamos puesta una toga, supongo que para no distraer a los varones... Y eso únicamente los viernes por la noche. Recuerdo que un viernes me invitó un compañero costarricense, José Luis Vega, y ahí fui con la toga puesta y descubrí lo terriblemente arcaico que en muchas cosas era Princeton. Tenían todavía una *high table*, donde, en un estrado, se sentaban a comer los profesores del *college*, y abajo, en mesas largas, se sentaban los alumnos. Por ser una universidad de origen presbiteriano, en la cena se rezaba la acción de gracias antes de comenzar; claro que luego aquello era el caos total, porque la verdad es que todos esos jóvenes iban a cenar no a rezar. Eran formas y apariencias pretenciosas y vetustas a mediados del siglo xx. Por otra parte, las alumnas tampoco podíamos conseguir habitación en los dormitorios universitarios, de modo que teníamos que buscar por nuestra cuenta dónde vivir en el pueblo. Pero, siendo una universidad masculina, que una mujer llegara como estudiante a una comunidad pueblerina que ni siquiera sabía que pudiera haber mujeres en la escuela graduada, hacía que los comentarios fueran bastante desagradables: “Ja, ja, sí, cómo no. Usted viene a estudiar solo porque hay muchos hombres en Princeton, ¿verdad? Ja, ja”. Esas situaciones e insinuaciones vulgares —que hoy llamaríamos hostigamiento— las teníamos que enfrentar una y otra vez las pocas mujeres que estudiábamos en la Universidad. Desde ese punto de vista, la vida social de Princeton me parecía bastante desagradable. Ser la única mujer y soltera tenía sus lados chuscos, pero también sus bemoles, sobre todo con algunos compañeros. Entonces mi deseo era acabar rápido e irme a escribir la tesis a otro

lugar y, en especial, a Europa. Esto lo digo para explicar por qué avancé tan de prisa y preparé sin descanso y con el mayor empeño mis exámenes, logrando pasarlos y cumplir en un año todos los requisitos académicos de la escuela graduada, incluyendo un examen de latín, otro de alemán, y dos de otras lenguas romances que no fueran la propia. Al final los cumplí tan bien que se me otorgó el excepcional nombramiento de *Princeton Fellow*. Por su parte, también la Rockefeller me renovó la beca.

Comenzaba el verano de 1966 y ya podía dedicarme tranquilamente a la tesis. Ya sabía que para hacerla sería importante estar cerca de las excelentes bibliotecas neoyorquinas, cuyas colecciones hispánicas eran famosas, especialmente en la New York Public Library, la Hispanic Society y la biblioteca Butler, en Columbia. Esto sin olvidar que en el Tamiment Institute, de la Universidad de Nueva York, había un fondo importante de historia del trabajo y los movimientos obreros. Debo decir que Llorens estuvo de acuerdo y me apoyó, y la Universidad no tuvo objeción, pues había cumplido con mis requisitos y cumplido bien. Yo había pensado pasar un semestre investigando en Nueva York, para luego ir un semestre o un año a Europa, a consultar archivos, hemerotecas y recoger materiales para mi tesis.

Antes de proseguir, quiero decir que en Princeton tuve un curso que me hizo cambiar de idea sobre lo que iba a investigar. En realidad, hubo dos cosas que influyeron: una fue que, como dije, había pensado en estudiar la izquierda marxista en la Segunda República y la Guerra Civil. Esa fue la propuesta que le hice desde México a Llorens, que era un hombre liberal y muy abierto, que había militado en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) antes de salir de España; sin embargo, el marxismo no era lo suyo. Fue así como me encontré en una situación en la que mi futuro director de tesis no estaba muy entusiasmado con lo que yo quería hacer. Incluso, en algún momento temí que podíamos acabar discutiendo, si no distanciándonos. Por otra parte, Sir Isaiah Berlin, el reconocido estudioso de la historia rusa del siglo XIX, de la

historia intelectual rusa y, en general, del pensamiento europeo del siglo XIX había ido de Oxford, donde residía y enseñaba, a Princeton, como profesor visitante. Me inscribí en ese seminario, que resultó una experiencia muy *sui generis*. No sé qué edad tendría Isaiah Berlin entonces, pero parecía un hombre bastante mayor, sin serlo. Nuestro curso era de tres horas justo después de la comida, de 13 a 16 horas, con una breve pausa en el medio. En la primera sesión, nos reunimos un grupo bastante grande y Berlin dio algunas explicaciones e ideas generales, repartió la lista de lecturas y asignó los temas para los informes orales a lo largo del semestre. Pero esa fue una primera sesión corta de presentación. A la clase siguiente iniciamos formalmente. A un par de compañeros les tocaba dar sus informes; Berlin habló unos pocos minutos, cedió la palabra y uno de los compañeros comenzó la primera exposición. ¡Pero ante nuestro estupor, Berlin se fue quedando dormido, hasta hacerlo profundamente! El compañero no supo qué hacer, siguió exponiendo y el profesor siguió dormido. Cuando acabó su informe, 45 minutos después, Isaiah Berlin, ya finalizado el arrullo de la voz, despertó súbitamente, sobresaltado, y dijo: “Very good, very good!”, y nos instó a ir por un café. Yo estaba verdaderamente desconcertada. Hicimos una pausa y comenzó la segunda parte del seminario, con la exposición de otro compañero, pero unos minutos después volvió a pasar lo mismo: otra vez Sir Isaiah Berlin se había vuelto a quedar dormido. Nunca había visto una cosa así; seguramente era una reacción posprandial, pero que un famoso historiador que dictaba un seminario de doctorado lo único que hiciera fuera dormirse, era francamente inusitado. Quedé verdaderamente estupefacta, pero también molesta; ahí mismo me dije que era absurdo continuar así, de modo que me di de baja.

Sin embargo, como me interesaba el tema, decidí que lo que podía hacer, con base en la lista de lecturas, era pedirle al propio Berlin que me diera un curso individual de lecturas dirigidas, más que un seminario colectivo, lo cual aceptó enseguida, indicando varias lecturas más. “¿Cuándo quiere que lo vea?”, le pregunté, y su respuesta nada entu-

siasta fue: “Cuando usted tenga alguna duda”. En fin, me puse a hacer las lecturas, pero conociendo suficientemente bien el sistema norteamericano de las “directed readings”, lo menos que debía hacer era no desaparecer, sino reportarme periódicamente, aunque él no tuviera ningún interés en que yo lo molestara demasiado. Pero, bueno, una vez cada tres o cuatro semanas, más o menos, le tocaba la puerta para verlo, aunque su actitud revelaba muy pocas ganas de que yo lo distrajera. Como alumna, la relación con Sir Isaiah Berlin fue única: ¿era evidente que no le interesaba para nada enseñar! Pero las lecturas sí eran nuevas para mí. De hecho, el primer día en que lo vi para convenir el tema, me preguntó si había leído a Marx. Cuando le respondí que sí y le expliqué qué había leído, me respondió: “Ah, muy bien. ¿Ha leído sobre anarquismo?”. “No”. “Entonces lea esto”, y me sugirió varios autores y títulos. Así fuimos haciendo una lista de lecturas que, por primera vez, me acercaron al anarquismo y al pensamiento social revolucionario de la época, sobre todo de Rusia, y bueno, bastante de Europa occidental en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. Por primera vez supe qué era la Primera Internacional, qué había significado, cuáles habían sido los conflictos entre marxistas y anarquistas, cómo ellos habían incidido en el desarrollo de los socialismos antes de la Revolución de 1917. Y, claro está, todo ello me resultó muy interesante.

Se lo comenté alguna vez a Llorens, a quien también le llamó la atención, lo cual hizo que acabara hablando muy críticamente sobre la postura de los anarquistas durante la Guerra Civil, por querer hacer, simultáneamente, la guerra al fascismo y la revolución social. Para Llorens eso había sido un duro golpe para la República en su retaguardia. Yo, por mi parte, sin saber mucho del tema, excepto lo que entonces había leído aquí y allá, no dejaba de coincidir parcialmente con la visión crítica sobre la conducta anarcosindicalista y trotskista durante la Guerra Civil. Siempre he pensado que hay momentos en los que solo la unión hace la fuerza y las divisiones internas pueden acabar haciéndole el caldo gordo al enemigo. Más o menos coincidíamos entonces

sobre este punto, pero no sobre el tema que a mí me interesaba más, que era el marxismo. En todo caso, volviendo a Isaiah Berlin, seguí leyendo sobre anarquismo y viéndolo de vez en cuando e informándole de mis avances.

Así, cuando llegó el momento de los exámenes generales, mi bagaje académico resultaba bastante heterogéneo y curioso en historia y literatura europeas, especialmente desde la Ilustración, y no poco sobre las latinoamericanas. Los exámenes orales eran abiertos y podía asistir cualquier profesor de cualquier departamento de la Universidad que quisiera y se interesara, pues se anunciaban públicamente. Para mi sorpresa, un profesor francés de Literatura comparada me preguntó qué sabía yo sobre anarquismo; si había leído a fulano, mengano y zutano. Me llamó la atención la pregunta, porque pocos sabían de anarquismo. Berlin era una excepción, obviamente, pero ya había vuelto a Oxford. Respondí muy detallada y ampliamente, dejando a todos muy sorprendidos de que yo pareciera saber tanto sobre el tema. El hecho es que también hubo una pregunta sobre marxismo y comunismo, y ahí sí hubo más debate y menos simpatía por mis intereses: no cabía la menor duda de que en Princeton todavía se sentían fuertes los ramalazos de la Guerra Fría y que la guerra de Vietnam estaba ya polarizando ideológicamente al país.

En esos días estaba en Estados Unidos mi hermano, que se acababa de casar y regresaba con su mujer, Marta Morello, del viaje de bodas por Europa, camino a la Argentina. El día de mis exámenes les sugerí que fueran a Princeton conmigo, pues estábamos entonces en Nueva York con mi padre y Denah. Cuando salí del examen, mi hermano me preguntó qué tal me había ido; yo estaba algo desconcertada, así que le dije: “Creo que me fue bien, pero sospecho que lo del marxismo no va a funcionar, pues les suena a comunismo y no les interesa. No sé qué voy a hacer”. A lo cual me respondió: “¿Por qué no cambias de tema?” Ya le había contado que había habido una pregunta sobre anarquismo, así que continuó, “¿Por qué no haces algo sobre anarquismo? Si con eso

los dejaste bien impresionados y con lo otro vas a tener pleitos todos los días, cambia de tema”. Esa fue, más o menos, la tónica de la conversación. Días después, cuando me dieron las calificaciones resultó que me había ido muy bien en todo. Incluso, como dije antes, me dieron una importante distinción como reconocimiento por haber sido la mejor de todos los alumnos de la escuela graduada ese año, lo cual ni me lo había sospechado.

Pero el problema seguía siendo qué hacer, porque ahora sí que tenía que decidir sobre la tesis y la conversación con mi hermano no dejaba de rondarme. Como de mis lecturas me había interesado mucho la Primera Internacional, y eso suponía examinar a marxistas y anarquistas, me comencé a plantear la posibilidad de ir hacia atrás y centrarme en esa época, enfocando con más atención el anarquismo. Así, no dejaba de lado el marxismo y lo podía ver en contraste. Hablé con Llorens y le pregunté qué le parecería si cambiaba de tema y época. Su respuesta fue inmediata: “¡Excelente!” Sin duda, Llorens respiraba quitándose el problema de la Guerra Civil y de la Guerra Fría de encima y las discusiones que preveía, con alguna razón, que acabaríamos teniendo, pese al hondo afecto que le profesaba. Ese verano me mudé de Princeton a Nueva York, y ahí empezó otra etapa importante, al comenzar la investigación hacia la tesis. Luego, un semestre más tarde, a comienzos de 1967, pude viajar a Europa para investigar *in situ*.

7. En Nueva York, hacia el estudio del anarquismo

ANTES DE PASAR A LA EXPERIENCIA NEOYORQUINA, me gustaría volver atrás y reflexionar un poco sobre cómo, por situaciones y circunstancias familiares y personales, me interesé por España. El hecho de que mi padre fuera un hispanista y que desde niña en casa hubiera frecuente contacto con gente del exilio republicano español, sin duda fue creando en mí un interés por el tema. Inicialmente todo me resultaba anecdótico al escuchar hablar sobre la Guerra Civil, la República, el exilio. Pero a medida que pasaban los años, a medida que entraba en la adolescencia y después, eso no fue solo anécdota, sino que, por lecturas y al avanzar en mis estudios, me fui dando cuenta de la importancia que estaba marcando en mí el conocimiento y la familiaridad con esos temas. De este modo, aunque todavía no era un campo en el que yo pensara centrarme, en Brandeis, por ejemplo, tuve un par de cursos sobre historia de Europa del siglo xx, en el cual se había tratado la Guerra Civil y me había interesado investigarla para algunas monografías. Al ir a México en 1963, a hacer la maestría en El Colegio, estaba muy viva en la institución la evocación republicana, por haber sido en sus orígenes una institución de acogida al exilio y por tener aún profesores exiliados. Ya por mi cuenta, también me fui conectando un poco más con los republicanos en México, incluyendo con quienes, como Bernardo Giner de los Ríos, mantenían vivo en el exilio el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza; don Bernardo había reunido y presidía un grupo de antiguos alumnos de la ILE.

Poco antes de ir a Princeton, en México me presentaron a una pareja de jóvenes exiliados de origen catalán: Neus y Luis Escalera, de quienes me hice amiga y quienes me invitaban a su casa con frecuencia. Ellos

militaban en el Partido Comunista de España en el exilio; gracias a ellos, en su casa fui conociendo a otros comunistas españoles exiliados que hablaban de sus experiencias, de algunas experiencias carcelarias duras y otras por haberse exiliado en la Unión Soviética o Checoslovaquia o Yugoslavia, en fin, en alguno de los países de la órbita soviética. Ahí también coincidí en un par de ocasiones con dos figuras entonces polémicas del Partido Comunista de España en el exilio en Francia: Jorge Semprún y Fernando Claudín, que se habían distanciado del PC y acababan de ser o serían en breve expulsados del Partido. A ellos los volvería a encontrar unos años después en París. Otro conocido más sería el cuñado de Claudín, Antonio Pérez, casado con Pilar Claudín, quien había estado en la cárcel franquista. Si recuerdo bien, los Pérez Claudín se habían exiliado primero en la URSS y luego en Checoslovaquia, y hablaban con amargura sobre los contrastes entre Checoslovaquia y la Unión Soviética y sobre las divisiones entre los españoles en esta última. En fin, a través de los ojos de toda esta gente iba adquiriendo un panorama rico y muy personal de la influencia y la importancia y los conflictos del Partido Comunista de España en la guerra y luego en el exilio.

Un par de años después, por recomendación de Llorens, tuve la suerte de conocer a su amigo desde la adolescencia, el escritor Max Aub, quien me recibió muy cordialmente en su casa. Max fue una de las figuras intelectuales del exilio español más importantes en el mundo de las letras y de la cultura en México. Con él pude hablar mucho de su experiencia durante la Guerra, pero también de su mirada crítica sobre ciertos aspectos políticos del exilio; era un hombre más de izquierda que la media del exilio en México. Aub era un hombre mucho más cercano, diría yo, a una izquierda socialista, pero no antagónico al Partido Comunista de España. Por él supe un poco más sobre estos temas, algo de lo que se hablaba poco en el exilio, en general mucho más moderado, políticamente hablando. Max Aub fue muy cordial conmigo y no solo me abrió las puertas de su casa, sino de sus recuerdos y me ayudó a comprender que había habido un movimiento marxista importante, tanto de socialistas como de comu-

nistas; él era un hombre de izquierda, buen conocedor y respetuoso del marxismo y en algunos aspectos un seguidor antidogmático.

Quiero señalar que también en Princeton siguió mi contacto con distintos republicanos exiliados, puesto que frecuentaba mucho la casa de Llorens, a la que acudía gente muy, muy diversa, desde su viejo amigo, el guitarrista Andrés Segovia, con quien a veces hacía dúo de guitarra clásica, hasta el pintor Esteban Vicente, quien formaba parte de la escuela neoyorkina de expresionismo abstracto, con Pollock, Rothko y otros, hasta un pintor surrealista y trotskista militante, que había compartido con don Vicente el exilio en Santo Domingo, Eugenio [Fernández] Granell. Naturalmente, también asistía gente de letras e hispanistas, como Ricardo Gullón, Francisco García Lorca, Francisco Ayala, con quien luego mantuve largo contacto en Nueva York, y el historiador Javier Malagón, entonces funcionario de la OEA, en Washington.

Con estos antecedentes y experiencias a cuestas, mi traslado a Nueva York se produjo, por fin, en el verano de 1965. Estaba entonces conmigo Iris Zavala, hispanista puertorriqueña, a quien había conocido en El Colegio de México. Iris se había doctorado en Salamanca, con una tesis sobre el teatro de Unamuno, y había ido al Colegio para trabajar con José Gaos, pues quería estudiar el siglo XVIII español y allí nos hicimos muy amigas. Luego obtuvo una beca Guggenheim y se trasladó a Estados Unidos donde volvimos a compartir amistad y andanzas. Como ella también deseaba estar en Nueva York, pues la Hispanic Society le sería esencial, decidimos alquilar juntas un departamento. Allí tuvimos una experiencia entre chusca y sorprendente, que quiero relatar.

La zona ideal para nosotras era Times Square, que entonces no solo era barata, pues estaba muy degradada, sino que estaba muy bien comunicada hacia todo Manhattan. La Biblioteca Pública quedaba muy cerca a pie, pero también había líneas de metro que iban por Broadway al noroeste de la ciudad, parando cerca de Columbia y de la Hispanic Society, situada en la calle 155, y hacia al sur, donde está la New York University. Después de mucho caminar, dimos con el anuncio de un pequeño departamento

malamente amueblado, pero que nos resultaría bastante económico, puesto que dividiríamos la renta, situado en la calle 44, a la vuelta de Broadway, en un viejo edificio de los años 20, de aspecto bastante descuidado. Al hablar con el agente, le explicamos que estar cerca del metro y de la Public Library nos era esencial y lo único que le pedíamos era que pusiera dos escritorios, para poder trabajar. Su expresión de sorpresa nos llamó la atención, y más cuando nos preguntó con mucha insistencia qué era eso de trabajar en una biblioteca y en casa con un escritorio. Fue una conversación rara, pero al final todo quedó arreglado y ahí nos mudamos.

Así transcurrió la primera semana, saliendo cada cual por la mañana a sus respectivos quehaceres y volviendo a la tarde, ya para cenar. Pero no bien pasaron varios días, una tarde llamó a la puerta un vecino que se presentó como Nick. Era un hombre relativamente joven, alto, guapo, bien vestido, un afroamericano muy amable, quien nos dio la bienvenida a “su” edificio. Nos sorprendió que fuera el propietario, pero no, era un decir, pues vivía allí desde hacía algún tiempo y conocía a todas “las chicas” que lo habitaban. La conversación era bastante rara y más lo era una sensación de que estábamos hablando en dos canales distintos sin acabar de entendernos, ya que al explicarle que hacíamos investigación en bibliotecas públicas ponía una cara de desconcierto e incluso desconfianza, correspondida por nosotras. Al final saltó la liebre, cuando nos dijo que nos había estado observando desde que nos mudamos y nos proponía que trabajáramos para él. Bueno, resultó que el edificio era mayoritariamente un prostíbulo y él era, en efecto, su *pimp* —el chulo, el alcahuete— quien manejaba, administraba o como se diga, el negocio. La verdad es que todo era sorprendente y disparatado, pero al final lo convencimos de que no nos dedicábamos al comercio sexual, sino que, en serio, éramos universitarias dedicadas a la historia y a las letras, respectivamente. El resultado de todo eso fue que Nick debe haber hecho correr la voz de que éramos intocables, porque a partir de entonces todas las vecinas que antes nos miraban con la suspicacia de la competencia, se volvieron muy cordiales y cariñosas. En fin, éramos muy jóvenes y

pasamos a ser tratadas, casi, como si fuéramos las hermanitas menores, a las que cuidar y proteger. Y no faltaron las que venían a contarnos sus cuitas, siempre sorprendidas de ver las máquinas de escribir, los libros y los papeles desparramados sobre los inusuales escritorios...

Pero volviendo a la investigación y a la tesis, descubrí entonces la dificultad de acceder a las fuentes. La verdad es que del anarquismo no sabía casi nada más que lo que había leído para el curso con Isaiah Berlin, pero eso había sido, en realidad, sobre el pensamiento anarquista, y no tenía una idea clara del desarrollo del movimiento en España ni en Europa ni más allá. Entonces, me pareció lógico ir hacia atrás, y al mismo tiempo combinar mi interés por el marxismo con el estudio del anarquismo y remontarme a la Primera Internacional. Creo que esto ya lo mencioné antes, pero lo repito. Se trataba de ver cómo esa, en realidad, fue la arena en la cual se discutirían y perfilarían ambas corrientes ideológicas y sus mecanismos de organización socialista obrera, que abrirían paso a las organizaciones revolucionarias modernas. Así, poco a poco, me fui adentrando en el tema de los socialismos en el siglo XIX y del anarquismo en sus orígenes, y claro, puesto que las lecturas me obligaban a reflexionar sobre los sujetos, sus asociaciones y sociabilidades, y no solamente sobre las ideas, fui entendiendo que no se puede estudiar un movimiento de gran impacto social sin conocer la sociedad y sus actores, sin entender cómo se transforma una teoría política en una ideología militante y de acción y, en concreto, de acción revolucionaria, ni sin entender quiénes eran los actores, qué hacían, cómo lo hacían, cómo se organizaban, etcétera. Es decir, de manera autodidacta, intuitiva y sobre la marcha fui aprendiendo lentamente a hacer historia social y de los movimientos socialistas en España y sus largos intervalos proscritos y en la clandestinidad. La propia investigación me fue llevando a pensar cómo acercarme a ello.

Para eso fue importante volver a la lectura de Franco Venturi sobre el populismo ruso, que había realizado antes, en México, con Girault, ya que el ejemplo de los movimientos sociales y socialistas rusos me parecía bastante comparable a los desarrollos en España, pues también

fueron clandestinos, estuvieron influidos por las realidades campesinas, a la vez que las urbanas, gestados lentamente y alimentados de influencias y experiencias diversas y con liderazgos y militancias muy variados. Entonces empecé a darme cuenta de que hacer historia social no era historiar las ideas socialistas, que había estudiado antes, no era solamente conocer los mecanismos intelectuales, las construcciones ideológicas, sino que tenía que entender quiénes eran quienes las pensaban o las seguían, no sólo como una abstracción ideológica, sino como actores en la organización y la transformación social, y también conocer bien los contextos en los que estos hombres y estas mujeres se insertaban. Así me fui adentrando realmente en el mundo del anarquismo y de la historia social del anarquismo español, hacia adelante y hacia atrás, porque otra de las cosas que fui entendiendo es que no podía comprender la Primera Internacional en España sin saber qué había pasado antes, sin conocer las raíces de la revolución, como se titulaba el libro de Franco Venturi en inglés (en traducción de Isaiah Berlin): *Roots of Revolution*.

Poco a poco me fui dando cuenta de que este proceso no se había producido en una campana de cristal, sino que había habido un magma previo que tenía que entender: había antecedentes y los debía conocer. Entonces fui yendo hacia atrás hasta encontrar a los primeros socialistas y los primeros movimientos socialistas en España, algunos vinculados con el republicanismo; un incipiente republicanismo español, un temprano socialismo español y europeo en los años treinta y cuarenta del siglo XIX. Esos movimientos habían gozado de pocos momentos a la luz pública, habían sido y, en gran medida, habían vivido en las sombras, de manera subterránea, clandestina. De ahí en adelante tuve que entender cómo se había ido forjando paulatinamente, a lo largo de prácticamente medio siglo, un proceso de organización a veces pública y a menudo clandestina, de acción política revolucionaria y toma de conciencia de clase en la España de esa época. Repito, era como querer emular, con las debidas e indudables distancias y limitaciones de una principiante, el estudio de las raíces de la revolución que tan magistralmente había investigado Venturi para Rusia.

También es cierto que en eso influyeron otras lecturas, como *The Making of the English Working Class*, de E.P. Thompson, sabiendo bien que no se trataba de la clase obrera inglesa con sus movimientos organizados y sus largas luchas, con su temprano e intenso proceso de industrialización, con una clase artesanal, manufacturera e industrial que se había ido definiendo a sí misma en un tiempo largo, sino un mundo del trabajo que en materia de organización, experiencia y autodefinición era muy incipiente, muy distinto del inglés. Como ya dije, para mí era importante el libro de Franco Venturi sobre el populismo ruso, pues mostraba bien que los movimientos intelectuales y políticos se sustentaban en una base social interclasista, en la que había pequeños intelectuales y estudiantes —hombres y mujeres—, trabajadores y artesanos en un mundo apenas industrializado, con pocos obreros en fábricas y muchos en talleres artesanales y campesinos. Thompson, Venturi, Eric Hobsbawm, George Rudé, Albert Soboul y otros, que casi no había leído antes, me ayudaron a reconocer y a pensar en algo de lo que yo aún no tenía conciencia: en el mundo campesino y en el del trabajador de oficio, del artesano; me enseñaron a entender la particularidad de los actores populares en un entorno en transformación que comenzaba a entrar en un paulatino proceso de industrialización, pero que en la España de la época todavía era predominantemente rural, artesanal y de servicios varios. En fin, todo eso se fue perfilando con las lecturas y por medio de la investigación; no lo había aprendido en mis cursos, pues había tenido una formación, como lo he reiterado ya, muy orientada hacia la historia intelectual, como si solo las ideas movieran el mundo y nada más que las ideas. Entender que no era tan simple, que el mundo lo movemos los seres humanos de maneras muy diversas, me abrió un camino que, desde entonces he seguido: tratar de entender mejor los mecanismos con los que, a lo largo de los años, transformamos nuestro entorno y nuestra realidad social, cultural, económica y política; en fin, que en el mundo en el que nos desarrollamos, gestamos colectivamente estrategias e instrumentos diversos para transformarlo.

Ahora bien, repito que eso lo fui descubriendo sobre la marcha de la investigación: me fui dando cuenta de los problemas, de las dudas que debía resolver, de las preguntas que tenía que ir formulándome, pero también me fui dando cuenta de que sobre el tema que me proponía estudiar no había prácticamente nada escrito para el caso español y muy poco para el mundo europeo. Estoy hablando del segundo semestre de 1966. En Nueva York me lancé a revisar catálogos, los viejos catálogos de fichas de papel, que a veces echo de menos, porque esos catálogos permitían ir pulsando lentamente ficha por ficha y, de repente, descubrir algo que no sospechabas que existiera y correr a leerlo. Ahora uno entra directamente al registro y ya no “hojea” ni “ojea” un fichero. Es parecido a la diferencia entre un diccionario electrónico y un diccionario de papel, en el que se van pasando las páginas y explorando distintas entradas, en las que uno se puede detener, curiosarse, descubrir y aprender. Tiene algo el papel que en ciertos casos se ha perdido con los avances digitales, aunque se hayan ganado rapidez y precisión. Pero bueno, reitero que lo que había sobre mis temas era escasísimo: poquísimas investigaciones sólidas, algunas memorias de militantes y una que otra fuente de época. Para el caso concreto español, había muy poco. En general, eran historias del movimiento obrero, muy tradicionales o fuertemente ideologizadas en un sentido u otro. Los actores, los obreros de carne y hueso casi no aparecían. Eran historias sobre las organizaciones obreras, si acaso con alguna bibliografía. Descubrí entonces que la excepción era Cataluña, donde había surgido un pequeño grupo de jóvenes historiadores que habían empezado a investigar estos temas con Jaime [Jaume] Vicens Vives, quien los congregó en la Universidad de Barcelona y los impulsó en esa dirección, algo que luego continuó su sucesor en la cátedra, Carlos Seco Serrano. Cito los nombres de algunos de ellos, pues dejaron huella pionera: Casimiro Martí, José [Josep] Termes, Oriol Vergés Mundó (doy los nombres en castellano, pues así firmaban entonces y así los llamábamos). En todo caso, como suele suceder, lo que más estudiaban era lo local: lo catalán. Armada de estas

lecturas me lancé a consultar la poca prensa española de época que había en los Estados Unidos —especialmente en la increíble biblioteca de la Hispanic Society— y a darme cuenta poco a poco de lo que estaba pasando en el mundo español de esas décadas.

Antes de continuar, tengo que volver atrás, al Colegio de México, con un querido compañero mío, José Antonio Matesanz. No sé si había mencionado que entonces a él le interesaba el anarquismo y a mí el marxismo y teníamos grandes discusiones, aunque, como suele pasar a esa edad, sin saber mucho de ello ninguno de los dos... Él hizo un viaje a España en 1965 y volvió con un libro debajo del brazo que me regaló: era la primera edición de una voluminosa historia de los movimientos campesinos en Andalucía, de Juan Díaz del Moral, publicada en 1929. Díaz del Moral había sido un notario en un pueblo de la provincia de Córdoba, Bujalance, y se había propuesto estudiar los movimientos sociales en el campo andaluz, explorando los archivos locales. ¿Por qué menciono ahora el libro de Díaz del Moral? En concreto, porque él fue de los primeros en vincular los movimientos campesinos con el anarquismo. La primera parte de su libro fue para mí muy reveladora desde antes de ir a España. Es decir, en 1966 ya había leído el libro y sabido sobre el campesinado militante, del que antes no conocía ni el abc. Como dije, en Cataluña se estaba investigando el movimiento de los trabajadores fabriles organizados en el que sería un gran centro del anarquismo español y europeo en el siglo XIX. Pero gracias a Díaz del Moral supe que había otro anarquismo, aunque entonces no hubiera más estudios sobre ese tema. Para mí fue una revelación leer este libro, que había quedado prácticamente olvidado desde 1929, y su lectura me llevó a ampliar mi enfoque para incluir el mundo agrario.

Creo haber dicho ya que nunca había tenido cursos sobre historia de España, así que, en cierto sentido, fui autodidacta también en esa materia, pues si había estudiado o leído alguna cosa siempre había sido en el contexto europeo, pero nunca en un curso sobre España en sí. Entonces fui empezando a conocer lo que se había publicado sobre el

tema, a tener un panorama más claro, a armar un rompecabezas de datos, a determinar cuáles eran las regiones donde había habido más anarquismo y por qué, pues ese “por qué” me preocupaba. Creía entender mejor por qué el anarquismo había sido tan importante en Barcelona y su provincia, que era una zona fabril por excelencia, con fuerte tradición asociacionista, pero Barcelona no era el único centro. Ahí estaba Madrid, donde había larga presencia artesanal; Madrid era la capital y, en una España centralista y centralizada, casi todo pasaba por Madrid, desde lo suntuario hasta lo político. Madrid era un centro de producción y consumo de productos artesanales dependiente de una extensa base social, y por ser el centro político, era un foco importante para la transmisión de las ideas y para la creación de una prensa anarquista. En otras palabras, Madrid, al igual que Barcelona, eran centros urbanos con una notable producción de impresos, de prensa y de imprentas e impresores y la sede de muchos trabajadores manuales en diversos oficios y servicios. En los centros urbanos de Cataluña había habido una larga tradición gremial, con un fuerte asociacionismo entre obreros textiles y manuales en general, de distintas tendencias sociales y socialistas, sobre todo provenientes del resto de Europa: proudhonianos, cabetistas, socialistas tempranos, mutualistas, colectivistas, etc. y algo de esto, con poca presencia fabril y más artesanal, también había llegado a la Villa y Corte. Sin embargo, Madrid se había estudiado muy poco y de otras regiones no había estudios. Tampoco de Andalucía se hablaba, casi, pese al libro de Díaz del Moral, que todavía permanecía inaccesible y muy desconocido. El hecho es que a finales de 1966 ya había explorado muchas de las fuentes secundarias y varias de las hemerográficas en Nueva York, y sentía que había llenado muchas lagunas, aunque me quedaran muchas más, y que era hora de aprestarme para ir a Europa a investigar directamente en los archivos locales y seguir leyendo.

Antes de pasar al mundo europeo, debo decir que esa estancia neoyorquina fue importante en otro sentido. En 1966 se dio el golpe militar de Juan Carlos Onganía en la Argentina, la clausura de las universidades

y la infaltable persecución de intelectuales, académicos y estudiantes, líderes y militantes sindicales y de izquierda, etcétera, por lo que, con otros amigos, pensamos en organizar protestas desde Nueva York. Cuando digo “nosotros”, es porque estaban Iris Zavala y también Juan Corradi, que había sido compañero mío argentino muy querido, de Brandeis, que me había ido a visitar a Nueva York, y con él, otro amigo costarricense de Brandeis y luego de Princeton, José Luis Vega, ambos sociólogos. Los cuatro estábamos muy afligidos por lo que sucedía en la Argentina, y Juan y yo, además, muy especialmente preocupados por nuestras familias.

Aquí se enlazan varios hilos en distintas direcciones. A Princeton había ido a enseñar en 1966 un conocido intelectual español, profesor de derecho político en Salamanca, que un año antes había participado en una protesta contra Franco y había sido cesado de su cátedra, Enrique Tierno Galván, que luego sería muy conocido, pues en 1979, después de la dictadura, fue elegido alcalde de Madrid. Tierno había sido expulsado de la universidad española junto con otros profesores y Llorens había gestionado activamente para que se le invitara a Princeton. De modo que ahí lo conocí. Iris ya lo conocía de Salamanca, por lo cual nos fue muy fácil acercarnos a él para pedirle que nos apoyara, pues tenía muchos vínculos en los Estados Unidos.

A Tierno no le entusiasmaba mucho meterse en asuntos argentinos, pero sugirió que fuéramos a ver a una conocida exiliada española, que vivía en Nueva York, Victoria Kent, quien había sido una importante abogada, diputada en la República y directora de prisiones en España. Durante la República y la Guerra fue una mujer activamente militante, que eventualmente salió al exilio, primero a México y luego a los Estados Unidos. Allí fundó una revista llamada *Ibérica*, que tuvo mucha presencia en los círculos republicanos y antifranquistas españoles e internacionales. Tierno sugirió que la fuéramos a ver para publicar en *Ibérica* algún artículo contra la dictadura de Onganía y que por medio de la revista se organizara alguna manifestación para protestar contra lo que sucedía en la Argentina.

Sin dudarlo, fui a ver a Victoria Kent, quien me recibió correctamente, pues iba recomendada por Enrique Tierno, quien ya la había llamado; sin embargo, palabras más o menos, me dijo que lo argentino le interesaba poco, pues estaba muy ocupada con España y “lo que sucede en América Latina, bueno, es tan complicado...”. Cuento esto para mostrar cómo dentro del mundo del exilio español podía existir muy poco interés por los problemas de otras latitudes, aunque fuera Hispanoamérica. En ese momento me di cuenta de que el exilio en los Estados Unidos vivía muy ensimismado en lo español y que, aunque los problemas en otros países tuvieran que ver con golpes de Estado, con represión militar, incluso con compatriotas en otras latitudes, era bastante impermeable a los problemas latinoamericanos, lo cual no dejó de producirme cierto pesar y malestar. Me alegré en ese momento de estar trabajando a los anarquistas del siglo XIX, en vez de las izquierdas españolas del siglo XX, en este caso concreto, bastante menos solidarias de lo que yo hubiera esperado e imaginado.

Así pues, por ese lado no logramos apoyo, pero, en cambio, el propio Tierno nos sugirió que nos acercáramos a una institución neoyorquina que se llamaba Freedom House, para ver si nos podían apoyar. Ni yo ni mis amigos sabíamos qué era, pero después de hablar con los encargados tuvimos la extraña impresión de que era una especie de fachada de algo poco claro: ¿la CIA, el Departamento de Estado? El hecho es que por la razón que fuera, ofrecieron apoyarnos y prestarnos su auditorio para realizar un acto contra la dictadura argentina, si nosotros conseguíamos a los participantes y lo organizábamos. De hecho, ya teníamos apalabrados al sociólogo ítaloargentino, Gino Germani, entonces invitado en Harvard, al matemático del Massachusetts Institute of Technology (MIT), Warren Ambrose, quien había estado en Buenos Aires, invitado para enseñar en la Facultad de Ciencias Exactas, cuando se produjo la llamada Noche de los bastones largos, a finales de julio, y había vivido en carne propia la violencia de la policía que irrumpió a golpes en diversas Facultades, mientras se anulaba la autonomía y se

intervenían las universidades. Por parte de los organizadores hablaría nuestro compañero Juan Corradi. El hecho es que pudimos organizar un acto multitudinario de protesta, del cual surgió un Comité de Ayuda a Académicos Argentinos, e, incluso, conseguimos que se publicara un artículo en el *New York Times*, que apareció en la primera plana de la edición dominical. En él explicamos qué estábamos haciendo y con mucha fantasía afirmábamos que teníamos una gran red de apoyo por todo Estados Unidos, con filiales hasta en California. Ahí estaba estudiando José Antonio Matesanz, a quien llamé a Berkeley para advertirle que no se asustara si se encontraba mencionado en el *New York Times*. Lo mismo hice con otro amigo en Austin y otro más en Chicago; el hecho es que, en efecto, parecía que teníamos una red nacional de protesta. En fin, tuvimos bastante visibilidad, pero claro, también aprendí que organizar era una cosa, pero que sostener la actividad en el tiempo es otra. Lo cierto es que en breve, Iris y yo nos iríamos a Europa; Juan se volvería a Boston y José Luis regresaría a Costa Rica. Estaba claro que no éramos militantes, sino entusiastas; la protesta política en serio exige un compromiso y una dedicación que, realmente, no teníamos. Habíamos armado algunas redes, logrado denunciar la situación argentina, teníamos los sentimientos y con Antonio Machado podíamos decir que teníamos la rabia y la idea, pero no la persistencia de la acción.

Ese momento no era el nuestro, pero sí supimos que lo hecho había molestado mucho al gobierno argentino, pues era exhibirlo en un importante periódico y en un acto público en una gran ciudad de Estados Unidos. También descubrí lo fácil que puede ser manipular a la prensa y cuánto se puede influir con una noticia ficticia. Éramos, literalmente, cuatro gatos, pero parecíamos una organización numerosa, casi listos para formar un gobierno en el exilio... Así, por experiencia directa, descubrí el impacto que tiene lo que aparece en los medios, sea cierto o no, y a desconfiar de las noticias no comprobadas.

En lo personal, esto tuvo un lado penoso, porque ese domingo, mi padre, que solía leer el *New York Times* dominical, vio la noticia sobre

la Argentina en la que yo aparecía, y ni corto ni perezoso se apersonó en Nueva York a decirme que lo hecho era muy irresponsable, que cómo se me había ocurrido eso estando en la Argentina mi hermano, mi madre, sus padres, su hermano y el resto de la familia, a la que yo comprometía haciendo cosas así. Bueno, tuvimos una discusión muy fuerte. Pero el hecho de que mi padre, quien no se movía fácilmente de Cambridge, hubiera ido a Boston a tomar el tren para llegar a Nueva York, me dio realmente la idea de su gran preocupación y angustia ante la posibilidad de una represión real, que ni habíamos contemplado.

Lo que sí sucedió, puesto que Iris y yo nos íbamos ya a Europa, es que llevábamos bajo el brazo una hoja con una caricatura y un texto de denuncia del gobierno de Onganía. Primero, desde Nueva York la mandamos a cuantos amigos teníamos. Eran las primeras copias xerox, que se acababa de inventar, y eran todavía bastante caras comparadas con lo que recibíamos de nuestras becas. Sin embargo, imprimimos varias docenas que mandamos a amigos en distintas universidades para que las pegaran en pizarras y a las embajadas y consulados argentinos en Estados Unidos, en México y en distintos lugares de Europa. Esto daba la apariencia de que existía una red internacional contra el gobierno militar. Pero claro, el gobierno, ni corto ni perezoso informó a sus embajadas que averiguaran quiénes éramos y también, ni corto ni perezoso, investigó a nuestras familias en Buenos Aires. Además, en mi caso y en el de Juan, quedó un registro en la Policía Federal argentina que, además de ser la que reprimía, era la encargada de renovar todos los pasaportes. Así, durante mucho tiempo, no pude volver a la Argentina porque tenía marcado mi expediente personal.

Esto lo cuento porque de alguna manera tiene que ver un poco con una visión superficial, ignorante e inconsciente de mi parte, y más realista de mi padre, pero que me dio una idea más directa de cómo ocurre la represión, a veces sin que uno piense siquiera en las consecuencias para otros inocentes. A veces las protestas salen bien, pero otras muy mal; solo si hay perseverancia y trabajo político asiduo se puede hacer

algo, y eso me serviría de enseñanza histórica sobre cómo se organizaban movimientos colectivos como, por ejemplo, el anarquismo en la España del siglo XIX. Finalmente, lo cierto es que nosotros no éramos más que un puñadito de jóvenes novatos dispuesto a luchar contra un sistema, pero sin experiencia ni dedicación ni cultura política, armados solo de buenas intenciones. Y éramos un grupito que también creía que podía cambiar algo con una hoja suelta, con un pequeño desplegado, y que pasarlo de mano en mano para que lo leyeran otros contribuiría a transformar el mundo. Pero no: lo que se necesitaba era la perseverancia, la dedicación y la organización para ir creando redes de acción política. Esto lo había explicado muy bien Lenin en *¿Qué hacer?*, pero lo teníamos olvidado o poco aprendido o ni siquiera leído... Repito que todo esto me sirvió como enseñanza de algo que más tarde me sería importante para comprender cómo funcionaban las redes anarquistas en los años de 1870 y 1880 en España, y cómo habían funcionado antes redes republicanas o socialistas, clandestinas, con muy poca gente, porque en efecto los números eran muy escasos, pero con la dedicación, la pasión, el compromiso, el activismo sin reservas. En aquellos años había habido mucha intensidad, compromiso y militancia, pero nosotros estábamos muy lejos de todo ello. Cuento lo anterior vinculándolo con mis temas, pero más como una autocrítica: lo nuestro tenía mucho de espontaneísmo, de "*wishful thinking*" juvenil, cuando lo verdaderamente serio hubiera implicado una dedicación y un compromiso realmente continuos.

En fin, con esto cierro las consideraciones sobre cómo iba forjando mi camino hacia la investigación y hacia una conciencia de lo que era el compromiso político y la necesidad de entender la práctica revolucionaria. Pero ahora lo hago como reflexión, consciente de que yo, para la acción, demostraba muy poca dedicación. A comienzos de 1967 se cerró esta etapa en los Estados Unidos y paso, ahora, a lo que fue mi viaje a Europa.

8. De Londres a Amsterdam y a Francia

SIETE U OCHO MESES DESPUÉS DE ESTAR INVESTIGANDO en las bibliotecas de Nueva York, me resultaba ya imprescindible comenzar a explorar fuentes primarias, es decir, empezar a conocer, por un lado, los archivos y ver qué podía encontrar, pero también, por otro lado, a revisar una hemerografía amplia, que en Estados Unidos apenas si estaba a mi alcance. Ya sabía, por colegas y por distintas personas, que en España me iba a ser muy difícil la investigación, pues durante la Guerra Civil se había destruido muchísimo, aunque más destruyó y prohibió el franquismo, porque todo lo que tuviera que ver con movimientos revolucionarios, socialistas, de izquierda, republicanos, liberales incluso, eran temas prohibidos, tabú, y muchas de sus fuentes eran prácticamente inaccesibles. De modo que todos me auguraban que en España no iba a encontrar materiales y que, si acaso, debía buscar en otros países donde pudiera haber repositorios afines o cercanos. Pero, en general, la idea era que la investigación iba a ser muy difícil. De todos modos, después de ese semestre largo en Nueva York leyendo todo lo que pude en fuentes secundarias, para llenar mis lagunas, que eran enormes, sentí que ya tenía un bagaje mínimo para empezar la investigación directamente en Europa. Mis cálculos eran estar allí un semestre y el verano para luego volver a Nueva York a redactar la tesis, teniendo a mano las fuentes secundarias faltantes.

Aquí debo hacer un paréntesis, para señalar que yo ya había estado en Europa unos años antes. En efecto, en el verano de 1961, a los diecinueve años, había ido con una compañera de Brandeis, Judy Secunda, como modesta estudiante, armada de 300 dólares y un pase de ferrocarril, que permitía hacer cuantos viajes se quisieran por la Europa occi-

dental. Ambas habíamos coincidido en visitar extensamente tres países, Inglaterra, Francia y España. En este último nos alcanzaría un amigo matemático, profesor de Brandeis, Joe Kohn, quien había ofrecido alquilar un coche para que viajáramos con él por el sur de España.

Detalles aparte, todo fue grato y novedoso, aunque también impresionante por las cicatrices que quedaban en muchos lugares de los bombardeos sufridos durante la Segunda Guerra y las penurias de la posguerra, y en España, por las de la Guerra Civil. Aunque el presupuesto solo nos alcanzaba para pagar modestos hostales y hotelitos y, en el mejor de los casos, comer en pequeñas fondas, donde las hubiera, recorrimos en tren partes de Inglaterra y Francia y, con Joe, en un pequeñísimo Seat 600, ciudad por ciudad desde Madrid a Valencia y de ahí, bordeando el Mediterráneo, hacia Andalucía. Un momento especialmente duro fue al cruzar en el auto la Sierra Nevada, con su entonces evidente pobreza rural, y llegar a un poblamiento gitano donde quisimos comprar algo para beber. Inmediatamente nos rodearon chiquillos harapientos, que me recordaron escenas semejantes a las del México de mi infancia. Estaba claro que la marginalidad étnica y la económica iban de la mano. Al final, Joe debía partir, así que desde Córdoba completamos el viaje en tren, en segunda y tercera clase, lo cual nos permitió, también, cierta cercanía con mujeres y hombres de pueblo que, literalmente, compartían con nosotras el pan y el vino, en botas y botijos, y anécdotas y experiencias. Ese fue un primer acercamiento desde abajo a la España franquista.

Nosotras debíamos regresar a Estados Unidos en septiembre. Pero al mediar agosto, el caluroso verano español nos estaba resultando muy pesado, así que rehicimos planes. También se nos estaba agotando el dinero, pero teníamos todavía vigente el pase en ferrocarril. Siendo jóvenes y creyéndonos muy prácticas, decidimos aprovechar las últimas dos semanas en Europa yendo al norte, en busca de fresco: viajaríamos de noche, para dormir en el tren y gastar lo menos posible en hoteles, y visitaríamos los lugares de día. Así fue, y en una sucesión de paradas

y breves estancias, salimos de España a Francia y de allí a Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suecia, para luego regresar a Inglaterra y embarcar rumbo a nuestras casas.

Lo cierto es que seis años después, en 1967, ir a Europa para avanzar en la tesis no tenía ya un aura de novedad turística, sino que se había convertido en un objetivo académico. Ya no era la adolescente que iba a explorar y descubrir mundo, sino una joven adulta en busca de archivos. Haber visitado Europa en el verano de 1961 me permitía orientarme, ahora sin afanes paseanderos, en las diversas ciudades en las que debería detenerme.

Por otra parte, la beca Rockefeller resultaba suficiente, aunque se había reducido a la mitad, so pretexto de que Europa era más barata; de hecho, pasar de 300 a 150 dólares fue una limitación inesperada en materia de recursos. Iris y yo viajaríamos juntas pues ella tenía la beca Guggenheim para hacer investigación en bibliotecas europeas, lo cual nos permitiría compartir algunos gastos, pero a mí me limitaba bastante el presupuesto. Antes de ir, sin embargo, entre las dos también decidimos comprar un auto de segunda mano para llevar a Europa desde Nueva York, pues después de hacer cálculos y cuentas, vimos que, si comprábamos un coche usado, barato, y lo llevábamos, iba a ser más económico que viajar en tren o comprar un auto en Europa. En Princeton compramos un Studebaker Lark azul, modelo 1964, a una señora ya mayor, que había sido la única propietaria: tenía muy poco kilometraje y la dueña lo conservaba en muy buen estado. El auto nos costó 200 dólares y otros 200 dólares transportarlo hasta Rotterdam. Lo que no sabíamos cuando lo compramos en 1966 era que el Studebaker acababa de ser discontinuado, así que compramos un auto de una marca que ya no existía. Era un auto robusto de seis cilindros, de los que todavía tenían los cambios en el volante, con una carrocería sólida, muy grande y cómodo. Claro, yo nunca imaginé que las calles europeas podían ser tan estrechitas. ¡Cómo sudé en Europa manejando ese coche y en Amsterdam estacionando en los canales, temiendo irme de frente

y caerme al agua! Pero era un coche formidable, aguantador, veloz, que permitía ir rápida y cómodamente de un lugar a otro.

La otra opción hubiera sido comprar algo pequeñísimo, pero más caro, como un Citroën 2CV en Francia o un Seat 600 en España, pero excedían nuestras modestas becas. Esos eran los más baratos, pero eran bastante enclenques y, además, no hubiéramos podido luego llevarlo a Estados Unidos, porque tendríamos que pagar derechos de importación y hubiera resultado mucho más caro. Entonces llevar y traer el Studebaker era lo más económico según nuestros cálculos. Lo que no calculamos era que estábamos comprando un auto que consumía gasolina que era un encanto: la gasolina en Europa era muy cara en esa época. De todos modos, llevarlo costó menos de lo que hubiéramos gastado en trenes, autobuses u otro tipo de transportes. Así recorrí gran parte de Europa y, luego, en ese auto, mientras Iris permanecía sobre todo en Madrid, pues la investigación para su tema estaba allí, pude explorar aquellos lugares donde quería consultar archivos. Gracias al Studebaker pude ir de archivo en archivo y, literalmente, de pueblo en pueblo, donde a veces ni siquiera llegaban autobuses ni trenes.

Como anécdota, recuerdo llegar a Cádiz y que unos jóvenes estudiantes se acercaran fascinados por mi auto y admirados de que una “americana” viniera a estudiar el anarquismo. Aquello fue muy gracioso, porque se volvieron mis “escuderos”, presentándome a todo el mundo y acompañándome provincia arriba y abajo. Pero lo cierto es que cuando llegaba a cualquier pueblo, la gente se paraba y salía a ver el auto. Bueno, no había un auto así en España; lo más grande que había, ocasionalmente, era el Mercedes de un ricachón, pero del Mercedes se pasaba, casi, al Seat 600, prácticamente sin transición en el medio, en cambio yo iba y venía con mi gran tanque americano azul...

Para viajar a Europa también buscamos el vuelo más barato. Resultó que Icelandic Airlines, Loftleidir, que iba de Nueva York a Islandia y de Reikiavik a Inglaterra era lo más económico. Aunque resultara un

viaje muy largo, para jóvenes, como éramos, eso no era un problema. Así que Londres fue la primera parada.

Ya sabía qué fuentes debía consultar sobre movimientos sociales en el siglo XIX, en cada país. Sabía que la correspondencia diplomática podía ser muy útil para entender las condiciones en cada lugar, sobre todo la correspondencia de cónsules, pero también la de embajadores, que se encontraba en el Foreign Office. Claro que sabía que Marx había pasado muchas horas en el Museo Británico, muchas y largas horas durante su exilio inglés, y que posiblemente en la Biblioteca del Museo Británico habría materiales que tuvieran que ver con los socialismos y con la Primera Internacional. Dos países, Suiza y el Reino Unido, habían sido neutrales ante la persecución continental organizada contra los anarquistas en la década de 1870, después de la Comuna de París, y desde décadas anteriores habían sido receptores de exiliados políticos de diversas tendencias, siempre y cuando no se inmiscuyeran en asuntos nacionales. Un ejemplo español había sido el del demócrata y republicano Fernando Garrido. Entonces pensé que en la biblioteca de este museo podría encontrar algún material, pues tenía fama de ser extraordinaria. Estuve unas semanas en Londres revisando exhaustivamente, día tras día, desde muy temprano hasta muy tarde esos repositorios. Yo ya venía ejercitada en largas jornadas de investigación en bibliotecas y, en efecto, las fuentes fueron muchas.

La correspondencia diplomática fue especialmente útil. Empecé a encontrar en esos documentos referencias al republicanismo temprano, al anarquismo, a las protestas campesinas, que se pensaba que pudieran estar infiltradas por grupos anarquistas, y gran variedad de datos sueltos sobre los contextos locales. Yo siempre digo que investigar en ciertos países y sobre ciertos temas es como ir armando un gran rompecabezas al que le faltan muchas piezas: España es uno de ellos. Hay que armar poco a poco las que tienes y pensar cómo rellenas los huecos, pero hay que comenzar por juntar las piezas existentes y luego ver qué falta. Y en efecto, en el Foreign Office pude encontrar material importante para lo

que yo quería. También la biblioteca del British Museum fue importante, pues no solo tenía periódicos españoles, sino también fuentes sobre la Primera Internacional: recopilación de discursos, de actas, de esto y lo otro. Años después, en Moscú se publicaron todas las actas de la Primera Internacional, pero en ese momento tenías que buscar de lugar en lugar, viendo cómo compaginabas los materiales, pero fue una suerte enorme que el Museo Británico tuviera esa gran colección. El problema era que entonces los documentos británicos no se podían consultar a menos que tuvieran cien años de antigüedad, y yo estaba empezando en 1967, de modo que la documentación me daba información temprana, pero no posterior, sobre movilizaciones y conflictos sociales, grupos socialistas y republicanos tempranos, lo cual me permitió formarme una idea bastante clara de los antecedentes, pero no del anarquismo en sí.

Hago aquí una breve digresión, pues debido a la restricción de los cien años tuve que volver a Inglaterra prácticamente cada año o cada dos años, a medida que, buenamente, pudiera ir avanzando en el tiempo y cubrir mi periodo. Yo no había contado con todas esas restricciones y nadie me había dicho que había esas limitaciones de tiempo. Luego descubrí que en todos los archivos europeos existían entonces restricciones de tiempo, que muy rara vez eran menores a las cinco o siete décadas. En todo caso, al ser argentina, a raíz de la Guerra de las Malvinas y la ruptura de relaciones entre el Reino Unido y la Argentina, durante varios años se cerró la posibilidad de obtener un visado para ingresar a Inglaterra y volver a consultar las fuentes en ese país.

En Londres di, pues, mis primeros pasos en Europa, ya que fue la primera estancia larga de investigación. De Inglaterra me dirigí a Amsterdam. Sabía que allí había un importante centro para la historia de los socialismos: el Instituto Internacional de Historia Social (IISG). Entonces no era demasiado conocido ni se sabía bien qué tenía, pues no había un catálogo impreso, pero lo que sí sabía era que debía ir. En Amsterdam quedé deslumbrada; el IISG fue fundamental, porque no solo tenían un importante archivo, sino también una gran hemeroteca.

Ellos habían recibido donativos de documentación internacional y de prensa de distintos individuos, asociaciones, clubes, sindicatos, partidos, etc., de distintos países. Con la Guerra Civil, Federica Montseny, había logrado rescatar una gran colección de prensa anarquista española que había depositado en Amsterdam. Eran, sobre todo, periódicos del siglo xx, aunque el Instituto tenía muchos otros del siglo xix. Pero eso no fue lo único importante para mí; allí se habían recibido diversos archivos, entre ellos los de un historiador, un erudito y polígrafo anarquista austriaco, quien durante las primeras décadas del siglo xx había recopilado no solo una enorme cantidad de materiales, sino que había escrito y publicado amplia y abundantemente sobre la historia del movimiento anarquista en Europa: desde Alemania hasta Italia, desde Francia hasta España. Max Nettlau, a quien algún correligionario había llamado con no poca razón el “Herodoto del anarquismo”, antes de morir había donado sus archivos a ese Instituto. Nettlau había sido un gran coleccionista y un gran corresponsal con los actores históricos que aún vivían en su juventud —Piotr Kropotkin, Élisée Reclus, Errico Malatesta, etc.— y había reunido materiales increíblemente abundantes y ricos. Lo suyo era una extraordinaria fuente de primera mano. El archivo de Max Nettlau fue fundamental para mí. Nettlau murió dejando un extenso manuscrito en francés, una historia de la Primera Internacional en España, que pude consultar cuando estaba aún inédita. Solo se editó y publicó dos años después, por Mme. Renée Lambert, en una espléndida edición del propio IISG, pero lo que entonces consulté fueron las hojas manuscritas en la letra menudita y abigarrada de Nettlau. En el Instituto de Amsterdam había también cartas inéditas de Kropotkin, Malatesta, Paul Robin, Reclus, José García Viñas, Anselmo Lorenzo... cartas y papeles de los propios militantes. ¡Solo puedo decir que es un archivo extraordinario! Por la riqueza documental que encontré, tuve que pasar en Amsterdam bastante más tiempo del que yo había calculado. Estuve ahí casi tres meses, dedicada todos los días al Instituto.

Ahí descubrí entonces la verdadera riqueza del tema; era mucho más de lo que había imaginado. Es cierto que mucho de lo que había sobre España tenía que ver con Cataluña, porque el mismo Nettlau se había relacionado muy directamente con anarquistas catalanes, pero, también, había datos que me permitían concentrarme no solo en Cataluña, sino también en Madrid y en el resto de la Península. Yo no tenía todavía muy claro qué iba a encontrar en España cuando llegara; sabía que no quería terminar haciendo una historia general del movimiento anarquista en España, pero sí quería hacer una historia social del anarquismo en España, aunque aún la idea era muy vaga.

Al llegar Semana Santa, el Instituto cerraba por unos días, por lo cual pensé hacer alguna excursión durante ese asueto. Esto lo cuento como una anécdota marginal, que resultó muy interesante. Yo alquilaba un cuarto en una casa cuyos dueños eran una simpática joven pareja con la cual conversaba mucho. Cuando les dije que me gustaría aprovechar las vacaciones e ir a algún lugar y les pregunté qué me recomendaban, su respuesta fue que un día podía ir a La Haya, otro día a Rotterdam, otro a Nimega... Yo tenía el auto, así que cuando miré el mapa para orientarme bien, resultaba que era como conducir 30 kilómetros por día, lo cual podía hacer en media hora sin necesidad de una semana. Iris estaba entonces en Francia y le propuse reunirnos e ir juntas de vacaciones a Checoslovaquia. Así fue: nos encontramos en Alemania y de ahí nos fuimos manejando a Checoslovaquia. Europa resulta tan pequeña para los americanos, que los europeos no se dan cuenta de que viniendo de América, aquella es un pañuelito. Bueno, nos fuimos a Checoslovaquia unos meses antes de que estallara la llamada Primavera de Praga. Nos alojamos en un hostel de estudiantes y buscamos a gente de la misión cubana, que alguien nos había recomendado. Con ellos estuvimos paseando a distintos lugares, pudimos ver cosas muy interesantes y también experimentar los continuos controles y retenes militares y policiales. Tener un automóvil con matrícula norteamericana llamaba mucho la atención y más de una vez nos detuvieron, hasta removiendo

los asientos y sacando todo; prácticamente desarmaban el coche mirando si no llevábamos armas o material subversivo o lo que fuera. El control era enorme y me impresionó mucho, como me impresionó que nuestros compañeros de la Embajada cubana cuestionaran mucho ese socialismo todavía estalinista que se evidenciaba sin reparos; ellos predecían que algo iba a explotar, porque los jóvenes estaban cada vez más descontentos y nadie los escuchaba. Para mí todo era muy interesante; era el primer país más allá de la “cortina de hierro” que yo visitaba y me pareció una experiencia novedosa, importante, pero no necesariamente alegre; y, reitero, se sentía mucho el duro control policial y militar. En fin, este fue un breve paréntesis, porque debía volver a Holanda. Al regresar, les conté a mis anfitriones que me había ido a Checoslovaquia, pero no lo podían creer. Eso no se podía hacer en una semana, sino en un mes, por lo menos, y fue difícil convencerlos de que era cierto. ¡No cabe duda de que las distancias y los tiempos son una apreciación cultural y subjetiva!

Después de Amsterdam yo no estaba segura hacia dónde ir, si a Italia, donde había habido un movimiento anarquista importante, o si primero a Francia. Finalmente me pareció conveniente ir primero a Francia, porque tenía noticia de que los archivos franceses eran muy ricos y que estaban bien catalogados. No sabía mucho al respecto, pero sí había visto en algunos libros sobre el movimiento obrero en Francia muchas referencias a las fuentes diplomáticas y de la policía de París, que parecían muy sustanciales para mi época e intereses y no cualquier bagatela. Eran muchas las referencias que me orientaban a ir a París y ahí decidir cuál sería el siguiente paso antes de llegar a España, ya que mi preocupación era tener materiales suficientes en caso de que la investigación en España resultara un fracaso, como me lo habían augurado.

En Francia estuve un par de meses, y mi primer acercamiento fue a la Biblioteca Nacional, por un lado, y a los archivos diplomáticos y a los de la policía, por otro. Los archivos de la policía de París resultaron una mina riquísima; eran los archivos de la policía política, de la Pre-

fectura de Policía, como la llaman ellos. Desde la Prefectura se organizaba la vigilancia y el espionaje político. En 1871, durante la Comuna de París se habían quemado los archivos policiales y solo se habían salvado unos pocos expedientes para mi época, que se encontraban en los Archivos Nacionales, que consulté rápidamente. Lo sustancial de la Prefectura empezaba en 1871. Hay que recordar que a partir de la Comuna de París, la represión de la Internacional, del anarquismo y demás socialismos europeos había sido muy intensa y la gran mayoría de los gobiernos se sumaron a la prohibición. La policía de París fue la gran policía política de Europa, tenía agentes y espías en casi todos los países y a menudo en más de una ciudad, de modo que la información no solo era sobre lo que pasaba en Francia, sino que había una enorme información continental, sobre España, Italia, los Países Bajos, Portugal e, incluso, la neutral Suiza; era un modelo de centralización de información sobre los movimientos políticos en Europa. Esto sin olvidar el contacto e intercambio con otras policías políticas de gran parte del resto de Europa, incluidas Alemania y Rusia.

Yo sabía, o más bien creía saber, que había que tener mucha cautela con los documentos policiales, pues no solo podían ser poco certeros, sino contener información distorsionada y falseada a propósito, para incriminar. Lo que ignoraba es que la policía de París era a menudo ¡tan rigurosa como los historiadores!, y que mucho de lo que afirmaban lo hacían anexando pruebas, comprobantes, documentos diversos: si se infiltraba una reunión política, si se delataba una hoja suelta, un periódico clandestino, se adjuntaba el periódico o el cartel o la hoja o una carta original junto con el informe del agente. Aun si era un periódico clandestino, una carta manuscrita o un cartel arrancado de un muro, se anexaban al informe. Aunque en este último su autor pudiera exagerar, tergiversar o mentir, los documentos eran auténticos. Pero además, todo se leía, se cotejaba e, incluso, se anotaba al margen en el gabinete del Prefecto. Es decir, los movimientos estaban infiltrados por la policía parisina o por sus espías y soplones a sueldo —o forzados por algún

mecanismo de chantaje—, pero la verificación corría a cargo de otros agentes. En otras palabras, eran muy desconfiados de un solo agente y cuidadosos de tener algún otro que confirmara o refutara lo dicho.

Los informes están firmados críticamente, pues carecen de nombre real y la firma podía ser lo mismo una palabra, una letra, un símbolo, un número o lo que fuera. Nunca pude saber quiénes eran los informantes, pues nunca encontré la lista con los códigos y nombres, aunque seguramente existía. Sin embargo, en ciertos casos era evidente que alguno de los militantes era un soplón dentro del propio grupo, que informaba a la policía. Pongo un ejemplo: en algún caso concreto se daban detalles de una reunión de Piotr Kropotkin con un “grupo íntimo” de amigos, de una célula secreta; se sabía que había células, pero no se sabía mucho sobre ellas. En esta instancia podían estar reunidos Kropotkin y media docena más de correligionarios. Pues bien, uno de ellos estaba pasando información, anexaba o copiaba las cartas de Kropotkin u otros, o daba detalles muy precisos a la policía. En otras palabras, los informes y las pruebas no solamente eran verídicos, sino que también daban una idea de cómo funcionaban la infiltración y los mecanismos de control de un movimiento revolucionario, posiblemente por medio de la extorsión y la amenaza contra alguno de sus miembros. En algún caso he creído identificar al autor, pero nunca pude afirmarlo a ciencia cierta.

No solo la propia policía era “internacionalista”, pues estaba en contacto con otras policías de Europa, sino que sus soplones muchas veces también lo eran, pues alguno, evidentemente, era un extranjero, miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), o de alguna de sus secciones. La policía política de París enviaba información a la de Alemania o de Rusia y estas respondían con más información. España y otros países no eran una excepción en esto. La policía francesa, como he dicho, formaba parte de, si no es que armaba, una Internacional de la represión contra la Internacional de la revolución, por lo que los informes de sus redes eran riquísimos.

Para el caso concreto español, se recibían informes de distintos lugares de la Península, además de los relacionados con los exiliados en otros puntos de Europa. En la Prefectura de París empecé a encontrar datos sobre movimientos y organizaciones en diversos lugares, incluso en Andalucía, que me permitían armar un rompecabezas que poco a poco iba adquiriendo forma. También los archivos diplomáticos, con los minuciosos informes de sus representantes en España, fueron, si cabe, más ricos que los británicos, pues la atención prestada a lo regional y local me permitió atisbar una cotidianidad observada y narrada con la minuciosidad del etnógrafo, a la vez que del agente interesado.

En la Biblioteca Nacional —todavía en su antigua sede de la calle Richelieu— encontré materiales importantes sobre movimientos socialistas y republicanos previos al anarquismo, cuya riqueza me permitía reconstruir las redes de los socialistas europeos con los españoles y de los republicanos españoles con los franceses y europeos, en general. Todo esto significaba que mi tesis se iba transformando: dejaba de estar enfocada exclusivamente en el anarquismo, para irse convirtiendo, en realidad, en los orígenes y el desarrollo de la Primera Internacional en España. Como libro llevó por título *Anarquismo y revolución*, pero se centró en medio siglo de organización y protesta social y socialista en España entre en 1833 y 1888. Fue en Francia, precisamente, donde empecé a descubrir las redes internacionales de esos primeros socialistas, es decir, a entender que el internacionalismo había comenzado mucho antes que la AIT y que los intercambios y movilizaciones concertados en distintos países no surgieron con la Primera Internacional, sino que tenían una larga tradición, sobre todo a partir de la década de 1830 en Europa, incluyendo a España. En fin, todo ello me permitió adquirir conocimientos más sólidos hacia adelante y hacia atrás en el tiempo.

Después de París, me quedaba claro que sería necesario ir a otras ciudades francesas mencionadas en dichos informes policiales. Para entonces fuimos juntas Iris y yo, pues eventualmente nos dirigiríamos a España, pero dando antes bastantes vueltas por distintos puntos de

Francia donde yo sabía que habían ido a parar anarquistas españoles o donde había habido contactos con España; los archivos departamentales y los locales en Marsella, Lyon, Toulouse, Burdeos y otras ciudades también resultaron minas de información. Se trataba de hurgar en los archivos de provincia que, en general, a nadie se le había ocurrido explorar para estudiar lo español. Justamente ahí fui encontrando vínculos poco conocidos. Aquellos habían sido momentos económicamente complejos, de crisis y éxodos por desempleo y carestías, de migraciones en busca de trabajo, pero también de represiones en España y huidas para salvar la vida o la libertad personal. La historia de España era de altibajos, de años de represión y de pocos meses de libertad. Exagero, claro, pero durante décadas hubo numerosos exilios, emigraciones, desplazamientos intereuropeos y transcontinentales de anarquistas. Mucho de eso se podía ver en los archivos departamentales y locales adonde habían llegado españoles. Así, antes de ir a España, fui acumulando materiales muy variados. En este sentido, la experiencia fue mucho más compleja y más rica, porque todavía no sabía con qué me iba a encontrar allí y así fui descubriendo un camino hacia lo transpirenaico, aunque manteniendo siempre la visión comparada, internacional.

En los archivos de provincia había mucha documentación de las policías locales. Recordemos que eran los años en los que también en Francia los movimientos socialistas sobrevivían clandestinamente, a menudo fragmentados en pequeños grupos. En esos archivos podía haber documentación de las propias asociaciones francesas que habían sido prohibidas o de los propios militantes, cuyos papeles eran recogidos durante las redadas de las autoridades. También abundaban los informes y censos municipales y departamentales sobre extranjeros trabajadores. Así se podía apreciar, por ejemplo, que eran muchos los españoles que llegaban a trabajar en industrias y centros manufactureros, pero también que acudían a realizar labores agrícolas estacionales, que requerían mano de obra jornalera. En esos listados minuciosos venían

los nombres, la ocupación, el lugar de origen, y entre esos nombres de repente aparecía alguno que yo había visto vinculado por la policía de París o la local con algún grupo anarquista francés. De modo que se podían ver las redes y conexiones y, claro, ver también cómo, de alguna manera, se relacionaban con los movimientos locales. Es decir, muchos de estos archivos mostraban que desde muy temprano había una gran actividad transfronteriza, incluso preanarquista, que trascendía el espacio local y vinculaba el nacional con el internacional.

Como ya dije, las circunstancias que en el caso español estimulaban estos desplazamientos eran las crisis económicas, que empujaban a migraciones internas y transpirenaicas en busca de trabajo, y las crisis políticas, que obligaban a éxodos y exilios, a huir cuando fracasaba un levantamiento, una protesta o una incipiente revolución. Se atravesaban fronteras para escapar de una represión segura y se buscaba refugio en Francia o donde fuera posible, incluyendo Portugal, Gibraltar, el norte de África o América. En la época, cruzar fronteras no era tan difícil, pues eran relativamente permeables, pero hay que tener en cuenta que fueron muchos los movimientos, alzamientos y represiones a lo largo de esos cincuenta años que estudié y muchos sus fracasos y éxodos. Así, republicanos, demócratas, progresistas, militantes de diversas tendencias debieron marchar al exilio, muchos vinculándose con correligionarios fuera del país, pero también entretejiendo redes plurales. No siempre era claro decir que tal sujeto era republicano, pero no socialista, éste socialista, pero no demócrata; los socialistas solían ser republicanos, y a veces los demócratas y progresistas también. Claro que no todos los republicanos eran socialistas, porque el republicanismo nunca fue homogéneo y tuvo muchas tendencias. A veces esos entrecruzamientos permitían descubrir movimientos políticos diferentes, pero que a menudo se apoyaban y aliaban coyunturalmente entre sí, teniendo claro que no eran los mismos, pero que podían compartir intereses en común y solidaridades ocasionales. Sin embargo, es importante recordar también que el fenómeno no era de

una sola vía, sino que podía tener sentido contrario, ya fuera, por ejemplo, en la revolución de 1830, en la de 1848 o en la Comuna de París, cuando se producían éxodos importantes de insurrectos franceses que, a su vez, buscaban refugio en España. Un revolucionario como Auguste Blanqui, el gran jacobino francés, cruzaría a España y dejaría un diario inédito de su estancia en Valencia, cuyo manuscrito en francés tengo fotocopiado de la Biblioteca Nacional de París, pues alguna vez pensé traducirlo y publicarlo. Son entrecruzamientos, enlaces y redes que no se debieran desconocer.

Todas estas ideas iban surgiendo a medida que avanzaba en la consulta de los archivos locales, así como obtenía alguna información notable sobre personajes españoles u otros que tenían gran capacidad de desplazarse: iban y venían, se vinculaban con otros movimientos europeos, y volvían a España cuando podían, organizaban algo, luego huían a Francia, a Suiza o a Inglaterra y volvían para irse otra vez con la siguiente persecución, y así sucesivamente. El revolucionarismo del siglo XIX era muy cosmopolita y transnacional, pero también estaba vinculado con represiones y exilios, aunque frecuentemente nos olvidemos de todo ello. No era casual que un Karl Marx viviera y actuara en París, Bruselas o Londres, o un Mijaíl Bakunin en Italia y Suiza; no, no eran casualidades, sino reglas: Giuseppe Mazzini y Fernando Garrido, Piotr Kropotkin y Anselmo Lorenzo, Paul Lafargue y Vera Zassulich iban, volvían, se movían de un lugar a otro: cuando las represiones empezaban aquí, iban allá y acullá, y así, a salto de mata, seguían fieles a sus actividades. Era realmente una devoción revolucionaria, una dedicación y un compromiso, pero a menudo también una necesidad económica para quienes eran trabajadores y tenían que sobrevivir gracias a la solidaridad de los compañeros que los acogían, y conseguían entrar a un taller, a trabajar en una fábrica o como impresor o jornalero en los campos o como lo que fuera, según sus destrezas. Había fronteras muy porosas, sin duda, pero también ayudas personales y solidaridades de clase, ideológicas y revolucionarias.

De lo que no he hablado, pero querría hacerlo, es de que antes de llegar a Francia ya había tenido la oportunidad de vincularme por correo con gente que deseaba conocer, diciéndoles que iba a estar allí y que me gustaría verlos. Ya desde México había leído con gran admiración a Pierre Vilar y, la verdad, lo pensaba como una inteligencia deslumbrante. Le escribí, porque lo quería conocer y para contarle lo que investigaba y saber qué le parecería. Fue muy cordial en contestarme y al llegar a París lo llamé inmediatamente. Él estaba por salir de vacaciones, pues ya era casi verano y se iba a su casa en los Pirineos. Cuando lo llamé me pidió que lo fuera a ver, pues tenía poco tiempo y en unas pocas horas iba a tomar el tren. Me citó en su departamento donde, en efecto, los muebles de la sala ya estaban cubiertos con esas sábanas o fundas muy típicas de las burguesías de los países latinos, que lo cubrían todo para que no se empolvara. Como dije, sentía gran admiración por Vilar, de modo que le expliqué lo que estaba haciendo, y ahí vino una de mis mayores sorpresas y desencantos, porque al contarle que quería estudiar el anarquismo español, me respondió, palabras más o menos: “Pero ese tema no tiene la menor importancia; el anarquismo en sí mismo es un tema secundario, un movimiento que no llevó a ningún lado. No pierda el tiempo en eso. En España hay que estudiar un tema fundamental que son las burguesías y, sobre todo, la catalana. Deje usted el anarquismo y póngase a estudiar la burguesía en Cataluña”. Que Vilar me dijera eso fue para mí como un balde de agua fría. Yo, que estaba esperando encontrar en él a la persona que me alentaría, me quedé demudada, muy decepcionada y me fui descorazonada y francamente perpleja. Estaba claro que no iba a cambiar de tema. ¡Cómo que estudiar la burguesía catalana, si no me interesaba para nada, más que como contraste con el mundo obrero y revolucionario! Cuento esto como anécdota de cómo hasta el más pintado puede enfocarse tanto en un tema que deje de reconocer otros. Sin embargo, tres años después todo cambió y, con el tiempo, entablé una gran amistad con Vilar y con su esposa, Gabrielle Berrogain. Pero no me quiero adelantar.

En todo caso, ese fue mi primer desencanto en Francia. Claro que después hice contacto con otros profesores e investigadores franceses con los cuales mantuve amistad. Nos encontrábamos sobre todo en los archivos y luego íbamos a algún *bistrot* a tomar algo. Así fui contactando con jóvenes cercanos a mis temas que me contaban un poco lo que hacían y cómo trabajaban. Algo que me impresionó de todo eso fue que allí se trabajaba bastante en equipo, según los intereses del director. Así aprendí cómo un profesor organizaba seminarios con estudiantes y colegas jóvenes o mayores, incluso de diversas instituciones, que se reunían a discutir los avances de sus investigaciones, a plantear problemas historiográficos, a discutir sus trabajos. Incluso quienes trabajaban con Vilar, no solo lo hacían sobre España, que era su gran tema, sino también sobre Francia, Italia, América Latina. En fin, descubrir cómo se organizaban grupos de investigación y de diálogo me daba cierta nostalgia y tristeza, porque en los Estados Unidos la tradición era muy individualista, totalmente distinta, y cada uno trabajaba por su cuenta. Ese sentido de formar grupos de investigación en las humanidades era muy nuevo para mí y dejó una semilla importante que luego florecería, tratando de emularlo en lo posible.

También en Francia estaban mis compañeros del Colegio de México Enrique Florescano y Alejandra Moreno Toscano, que al igual que yo, que había ido a Princeton, habían ido a París a hacer su doctorado. Enrique trabajaba con Ruggiero Romano, y Alejandra lo hacía con Jean-Pierre Berthe. El hecho es que al encontrarnos en Francia, donde ya estaba Silvio Zavala como Embajador de México, también nos veíamos mucho, hablábamos mucho de lo que hacíamos, hasta tal punto que una noche después de cenar juntos —era el momento en que estaba muy en boga la discusión sobre la *longue durée*, la *structure* y la *conjuncture*, el estudio de las estructuras y la larga duración frente a las coyunturas—, seguí charlando con Enrique, quien, primero, me iba a acompañar al metro, pero luego se subió conmigo para acompañarme al hotel; pero estábamos tan entusiasmados discutiendo y hablando que

se pasaron las estaciones y llegamos hasta el final de la línea y seguíamos charlando. Nos regresamos y nos volvimos a pasar. Fuimos de arriba abajo en el metro un par de veces antes de decidir irnos ya cada uno a su casa. Pero había un entusiasmo y un fervor por el trabajo que estábamos haciendo, y de parte de Enrique y Alejandra por el que se hacía en los seminarios que frecuentaban, que la nostalgia por algo así abonó en mí la importancia de lo colectivo y de crear espacios plurales.

En Francia, como dije, también estaba Silvio Zavala como Embajador. Don Silvio fue enormemente cordial y cálido, me introdujo a diversos grupos y me presentó a algunos de los latinoamericanistas que estaban en París. Era el momento en que se estaba planeando el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de 1970 y Zavala me puso en contacto con el Comité Internacional de Ciencias Históricas, el CICH, para que hablara yo con Mme. Denise Fauvel-Rouif, secretaria de la Comisión sobre los movimientos sociales. Ella era menos académica que administrativa, pero era la encargada de la organización y, por iniciativa de Zavala, me invitó a que participara en el Congreso que iba a tener lugar en Moscú en el verano de 1970. ¡Cómo no iba a aceptar, si, además, uno de los temas del congreso iba a ser, precisamente, los movimientos campesinos! Ella me pidió que participara en un equipo sobre España, encabezado por Emilio [Emili] Giralt, y que contribuyera con algo sobre lo que yo estuviera investigando. En fin, digo todo esto porque lo que sí encontré en Francia, en general, fue ese ánimo muy a flor de piel de discutir y hablar de historia e historiografía y de organizar grupos y reuniones. Para mí, en ese sentido, el ambiente francés fue muy atractivo, y yo, que no dejaba de ser algo francófila, tenía un poco la nostalgia de no haber ido a París a hacer el doctorado, en vez de a Estados Unidos. Pero, en fin, cuento esto como algo que también influyó, por un lado, en los contactos personales y profesionales, pero también, por otro lado, en dejar sembradas ideas sobre cómo trabajar colectivamente, aun en lugares donde no existía esa tradición. Claro está que las tradiciones se inventan, como bien lo explicó Eric Hobsbawn.

9. Los primeros pasos en la España franquista

DESPUÉS DE FRANCIA, Iris y yo nos fuimos a España. En esos meses en Francia, había entablado contacto con diversos grupos de exiliados españoles. Creo que en alguna sesión anterior mencioné que en México ya había conocido a Fernando Claudín y a Jorge Semprún, pero en Francia me había vuelto a poner en contacto con ellos, habíamos hablado varias veces y me pidieron que llevara a España algún material impreso. El auto tenía matrícula de Estados Unidos; Iris, como puertorriqueña, tenía pasaporte norteamericano, ya que Puerto Rico es, *de facto*, una colonia de Estados Unidos, y yo tenía pasaporte argentino, así que pensando que la nacionalidad nos ampararía, aceptamos llevar esos paquetes, que según nos dijeron eran impresos. Al llegar a la frontera española, a la frontera franquista, estábamos, sin embargo, bastante nerviosas. Llevábamos los materiales en la cajuela del auto escondidos debajo de la rueda de repuesto, con las maletas y con unas cajas de libros que habíamos ido adquiriendo en el camino encima. Al llegar a la frontera la guardia fronteriza nos pidió que vaciáramos el coche porque lo tenían que revisar y tenían que revisar el equipaje. Era tarde ya, de noche, estaba oscuro, eran las 8 o 9, y entonces empezamos a quejarnos buscando evitar hacer lo que pedían: “¿Cómo nos va pedir hacer eso oficial? Es muy tarde, ya está muy oscuro y tenemos que llegar a San Sebastián. No vamos a poder llegar si usted... ¿Qué cree que nosotras llevamos en el coche? Solo las maletas y algunos libros. Vamos a tardar mucho. Tenga un poco de compasión. Además es de noche. ¿Cómo nos va a ir en el camino si usted nos detiene tanto tiempo?”. Bueno, dimos tantas vueltas y revueltas que el guardia, entre hartó e indiferente, nos dejó pasar. Fue un gran alivio, porque yo ya me veía en una situación complicadísima,

con material clandestino, que ni sabíamos bien qué era. Pero estaba claro que si lo descubrían, nos meteríamos en un verdadero lío.

Entramos en la España franquista con la sensación de que estábamos entrando en un territorio desconocido, con contextos políticos y policiales muy diferentes de los que dejábamos a atrás. En fin, no me detengo en el viaje. El objetivo era llegar cuanto antes a Madrid. Ahí, el primer lugar en el que nos hospedamos fue una pensión que nos había recomendado un profesor español exiliado en Estados Unidos, Ramón Martínez López, que paraba en ese lugar cuando iba a España: “Es una casa de huéspedes muy decente y las van a atender muy bien. Yo le escribo a la dueña para que las reciba. Además, está muy bien situada, en la Gran Vía”.

Bueno, ahí fuimos a parar. En efecto, era un piso muy grande, en un edificio de departamentos muy amplios de los años veinte. Había pocos huéspedes, tal vez un par o tres y nosotras. Allí comíamos, con la dueña de la pensión, sentada con los huéspedes y hablábamos de lo que hacía cada uno. Nosotras explicamos que nos interesaba la historia, la literatura, el siglo XIX. Yo ya sabía que en España decir anarquismo era tabú y que decir ciertas cosas también era imprudente, que había que utilizar eufemismos, no decir abiertamente las cosas porque podía ser complicado. En general, trataba de aparentar la mayor ignorancia y achacarle a mi director de tesis haberme asignado temas que para mí eran totalmente desconocidos y sobre los cuales necesitaba la mayor asesoría posible. Así, un buen día la dueña de la pensión nos dijo que a su hermano le interesaban mucho las cosas que investigábamos y que le gustaría conocernos. “Él vive aquí, lo que pasa es que vive en la otra ala de la casa, en las habitaciones privadas. Déjenme hablar con él para que me diga cuándo y las presento con él, que sabe mucho de estas cosas”. Naturalmente le pregunté el nombre y me dijo Mauricio Carlavilla. Me pareció curioso que el nombre me sonara, pero no atiné a precisar de dónde. Uno o dos días después, nos llevó a ver a su hermano en una habitación repleta de libros. Carlavilla era un señor ya de

cierta edad. Digamos que para mis veintipocos años, me parecía un hombre muy mayor; tal vez de unos 70 años o más. Para entonces ya había recuperado el nombre y, además, lo había buscado en el fichero de la Biblioteca Nacional y me di cuenta de que nos estábamos metiendo en la boca del lobo. Mauricio Carlavilla había sido... Bueno, él firmaba con el seudónimo de Mauricio Karl libros que eran, sencillamente, de un nazismo y un antisemitismo absolutos. Nada más entrar en la habitación, vi una esvástica y una bandera nazi colgadas en la pared.

Este Mauricio Carlavilla había sido un policía franquista, posiblemente todavía lo fuera, pero también uno de los mayores publicistas del nazismo en España, y de la ultraderecha española. Había publicado varios libros sobre el tema. Ya había visto algunos títulos en el catálogo, pero no sabía hasta qué punto iba a quedar atónita viendo una bandera nazi colgada detrás de su silla. En fin, ahí me di cuenta de que tenía que ser sumamente cauta, pues era una situación difícil. Karl o Carlavilla había publicado bastantes pasquines contra el comunismo, la masonería, el anarquismo e, incluso, la homosexualidad, como las lacras de España y del mundo moderno. Nos comenzó a mostrar y ofrecer sus libros, y a tratar como unas pobres norteamericanas despistadas. El problema no era para Iris, que navegaba con bandera de inocente estudiantosa de letras modernas, sino para mí que, naturalmente, trataba de no soltar prenda y decir solo vaguedades sobre el siglo XIX. Pero salió de él decirme: “Usted tiene que conocer a un amigo mío, a un excelente amigo mío. Este es el gran estudioso de los temas que a usted le podrían interesar, se llama Eduardo Comín Colomer”. Ese nombre yo sí que lo tenía muy presente, porque Comín había publicado, entre muchas otras cosas, una historia en tres tomos sobre y contra el anarquismo español. A diferencia de Carlavilla, que solo era panfletario, Comín Colomer revelaba que había tenido acceso a documentos originales. Había visto el libro antes de salir de Estados Unidos y lo había consultado. Y bueno, respondí que sí, que me interesaba conocer a Comín. Sabiendo que era amigo de Carlavilla me generaba aprensión, pero no

sabía bien quién era, qué hacía ni a qué se dedicaba; sólo conocía su nombre y esa publicación.

Sin más, Carlavilla nos consiguió una cita para una semana más tarde, pero mientras tanto Iris y yo convinimos en que nos teníamos que ir de esa pensión porque no era segura, ya que bien podían revisar nuestras cosas y papeles, si es que no lo habían hecho ya. No podíamos seguir en un lugar donde Carlavilla era el dueño de una pensión en la que estábamos pagando para que el señor siguiera escribiendo basura dañina. En fin, nos mudamos a un hotelito en la calle del Príncipe, mientras llegaba el momento de ver a Comín Colomer. El acuerdo era que lo llamaría para confirmar la cita. Así lo hice y me atendió él mismo, muy amable, y me citó en su casa a las 11 de la noche. Me pareció muy raro eso de vernos a esa hora, pero Comín respondió: “Es que yo trabajo hasta muy tarde y llego a mi casa a merendar a las 10, y entonces a las 11 la puedo recibir”. Le pregunté si no le molestaba que me acompañara una amiga puertorriqueña que también se interesaba por temas españoles. “Es doctora por Salamanca. De hecho, hizo su tesis sobre el teatro de Unamuno”, le dije. “No. No. Vengan las dos. Yo encantado”. Era tarde y no estábamos muy tranquilas, pero allí nos fuimos a lo de Eduardo Comín Colomer, que vivía no muy lejos de la Puerta del Sol, en una casa de departamentos, donde ocupaba un gran piso en la planta baja del edificio. En esa época, la Puerta del Sol albergaba la Dirección General de Seguridad, de triste memoria, y Comín vivía un poco más allá, a pocos metros de la calle Mayor, que no quedaba demasiado lejos del hotel donde nos alojábamos. Ahí fuimos, pues, a casa de Comín a tocar el timbre a las 11 de la noche. Nos abrió una señora, que supusimos era su esposa, y nos hizo pasar a una habitación delantera, muy amplia, repleta de anaqueles de metal, como en una biblioteca, con anaqueles perpendiculares a las paredes, y paralelos entre sí, de doble vista. Una biblioteca privada extraordinaria por el tamaño, la cantidad de estanterías alineadas, una tras otra, colmadas de libros. Poco después entró Comín Colomer, con aspecto avuncular; un abuelo de, posiblemente, unos

sesenta y pico de años, no muy alto, algo regordete, haciendo gala de caballerosidad y amabilidad.

Minutos después volvió la esposa trayendo una bandeja con copas y café que dejó sobre la mesa y se retiró, mientras Comín quedaba de anfitrión, ofreciéndonos café acompañado de un coñac de 1820. Al servir, nos mostró la botella, exclamando: “¡Miren ustedes qué coñac, miren ustedes qué coñac! Este coñac yo lo conseguí hace años en mis andanzas y luego lo he seguido consiguiendo porque, bueno, yo tengo muchos contactos”. Yo no era nada bebedora, y tampoco me parecía hora para estar bebiendo coñac con este señor, que se sirvió una buena copa mientras prendía un grueso puro.

Él siguió hablando y nosotras también, explicando con generalidades qué hacíamos, pero sin decir mucho. Iris le dijo que ella trabajaba Unamuno, y que desde luego estaba muy interesada en ciertas cosas de Unamuno, aunque también se interesaba por el siglo XVIII. Comín la interrumpió diciéndole: “Vengan ustedes por aquí. Les voy a mostrar algo que les va a fascinar.” Y entonces, de uno de los muchos librereros, sacó unos impresos. Recordemos que durante la dictadura de Primo de Rivera, Unamuno fue desterrado de Salamanca a Fuerteventura por ser opositor al régimen, y que luego cruzó la frontera y se instaló en Hendaya. Desde ahí colaboró en *Hojas Libres*, una revista contra la dictadura y la monarquía que publicaba desde Francia Eduardo Ortega y Gasset. Comín tenía la colección completa de esa publicación. Iris no se contuvo y le preguntó cómo había conseguido esas joyas. “Si usted supiera todo lo que tengo —respondió”.

Bueno, seguimos, y dirigiéndose a mí me dijo que, como tenía curiosidad por los anarquistas, “Le voy a mostrar otra joyita”. A todo esto, seguía bebiendo coñac; bebía, vaciaba la copa, volvía a servirla y así. Al fin me condujo a otro anaquel, y sacó algo que parecía un álbum. “Venga, siéntese. Mire, aquí hay luz, mire qué fotografías fantásticas.” Eran fotografías de anarquistas que habían sido estrangulados por garrote vil... Foto tras foto de anarquistas, de hombres con el rostro de-

formado por la agonía, agarrotados y abajo con la fecha, “Fulano de tal. Ejecutado en tal fecha.” Un álbum infame, de fotografías policiales auténticas de anarquistas ejecutados, agarrotados; era un álbum de la represión más brutal. Y él diciendo: “Mire usted, mire usted esa cara. Mire usted la cara con la que quedan estos tíos”. Todo era monstruoso. Estábamos metidas en la madriguera y había que tratar de salir de ahí. Pero él estaba muy entusiasmado teniéndonos de público.

Luego, entusiasmado por mostrar sus tesoros, se fue a buscar alguna otra cosa y, de repente... Ya dije que los suyos eran anaqueles de metal, como los que hay en una biblioteca, así que al ir a buscar otro libro o algo que nos quiso enseñar, de repente se oyó un ruido tremendo de metal que caía. Nos acercamos sobresaltadas a ver si le había pasado algo. “No. No se preocupen. Bueno, miren, son mis pistolas. Es que yo guardo las armas detrás de los libros”. Las armas, en plural. “No, miren ustedes, cuando yo me pongo muy nervioso... Como esta planta del edificio está muy bien aislada, no se oyen los ruidos, no se oye nada... Cuando yo me pongo muy nervioso... Miren, vengan para acá, ¿ven ahí al fondo?”. Al fondo había un sillón contra la pared lleno de periódicos, y delante de los periódicos una foto de Dolores Ibárruri, la Pasionaria, toda agujereada. “Cuando me pongo nervioso, tiro al blanco contra esa tía”. Bueno, fue terrible: estábamos en la guarida de un loco, peligroso y tenebroso. En efecto, era una gran foto, una foto ampliada de Dolores Ibárruri acribilada a balazos. Estaba claro que teníamos que salir de ahí como fuera.

Él seguía sirviéndose coñac y cuando volvíamos de ver esa terrible escena, de repente al pasar frente a uno de los anaqueles nos dijo: “Miren, miren, miren este librero, es la mejor colección de pornografía que hay en España”. Y, en efecto, eran las dos caras de los anaqueles, de techo a suelo, llenos de libros pornográficos en distintos idiomas, “¿Quieren ver las fotos?”. Tajantemente nos negamos y comenzamos a recoger nuestras cosas, mientras nos explicaba que una vez al año iba a París, “de putas”, así, con esa frase, porque claro, en España eso no lo podía hacer y menos en su puesto, porque en su puesto tenía que cuidar

las apariencias: “Las cosas hay que hacerlas fuera de España y qué mejor lugar que París, ya saben ustedes cómo son las francesas”.

Como todavía no tenía muy claro cuál era su puesto, se lo pregunté tal cual, y su respuesta fue tan escalofriante como el resto: “Bueno, ¿cómo creen ustedes que yo tengo estos libros?”. Y a continuación, ya suelto de lengua, lo que nos contó fue más o menos lo siguiente: “Yo empecé como comisario en la brigada que incautaba las bibliotecas y de los libros de los rojos yo elegía para mí los que más me interesaban. Por ejemplo, las *Hojas libres* que les mostré se las expropiamos a Eduardo Ortega y Gasset, porque incautamos la biblioteca completa del hermano de José Ortega. Y bueno, también otras. Tengo libros de las bibliotecas de muchos de esos rojos que estaban aquí y que, bueno... a mí me gustan mucho los libros e hice mi propia colección. Después pasé a la policía política y ahora soy el jefe de la Brigada política en el Ministerio del Interior”. Y ya embalado, habló de lo mal que le iba al régimen ahora, porque “Ya no es como antes; ahora está abriendo demasiado las puertas, y eso para España no es bueno y Franco ya está muy mal y rodeado de indeseables. Los años cuarenta y cincuenta, esos sí estuvieron muy bien, pero con tantos cambios tengo miedo de que esto va a acabar mal, porque no es posible que dejemos por ahí a gente que sabemos perfectamente que está contra del régimen, que es capaz de traicionarnos en cualquier momento”. Estaba muy locuaz y muy alegre por tener público femenino y juvenil, y, sin duda, por el recuerdo de París y por el alcohol que había ingerido...

En fin, en algún momento pudimos irnos y él quedó en hacer unas copias de los artículos de Unamuno y algo sobre el anarquismo. Nos fuimos mientras nos decía: “Llamen ustedes en una semana y yo les voy a decir a dónde pueden pasar a recoger las copias y cuándo”. Te imaginarás en qué estado de ánimo salimos de ahí, pensando que verdaderamente éste era un degenerado total, un tipo peligroso y enfermo que había llegado a jefe de la policía política de España, un represor en la Dirección General de Seguridad del Ministerio del Interior, donde se

encarcelaba y se interrogaba a los presos políticos; decir interrogar es una manera generosa de decir torturar, golpear, destruir. Nos fuimos pensando en no volver a verlo, aunque Iris quedó picada con lo de Unamuno.

Por cierto, debo decir que al salir del departamento, Comín nos acompañó a la calle y miró con atención el auto y exclamó: “¡Ah!, matrículas norteamericanas. Pero qué bien, qué auto fantástico. ¿Qué es? Ah, sí: un Studebaker. ¡Qué coches aquellos!”. Había identificado perfectamente el auto. En fin, a comienzos de junio, cuando ya había transcurrido más o menos una semana de aquel encuentro, Iris, que había quedado muy interesada en los artículos de Unamuno en *Hojas Libres*, lo llamó. A mí me alarmó mucho que en vez de citarnos en su casa lo hiciera en su despacho en la Dirección General de Seguridad, un mediodía. Pero, bueno, ahí fuimos, y este sujeto nos recibió sentado detrás de un escritorio, con dos gendarmes a la puerta. Nos saludó muy fríamente, y sin más preámbulo dijo: “Yo sé lo que hacen ustedes, ustedes están en contacto con gente *non grata*. ¿Ustedes creen que yo soy tonto? ¿Que yo no las hice seguir? Si yo tocara un timbre ahora mismo desaparecerían. Basta con que yo toque este timbre, para que ustedes desaparezcan para siempre. Pero son extranjeras, mucha gente sabe quiénes son y seguramente mucha gente sabe que han estado conmigo. De modo que las voy a dejar ir, porque yo hablé de más la otra noche. Fui imprudente y descuidado y ustedes bien pudieron haberme grabado. No voy a hacer nada ahora, pero si las pesco dando un paso en falso, sabrán quién soy. Y de las fotocopias, olvídense”. Nos retiramos con una impresión de horror total. El círculo se había cerrado perfectamente. Este señor había tomado nota del coche, y supongo que en el Madrid de los años sesenta, pueblerino como era entonces, con un extenso cuerpo de serenos, ordenó que averiguaran dónde parábamos, qué hacíamos y a quiénes veíamos. En fin, esa fue, casi, casi, de las primeras experiencias que tuve en España en junio de 1967. Y realmente sentí miedo; ese hombre era capaz de cualquier cosa. Por suerte sí conocíamos a mucha gente, contamos mucho la experiencia y, tal vez, eso nos protegió, no

sé. Claro que nunca más volví a ver a Comín Colomer, excepto alguna vez, años después, todavía bajo el franquismo, caminando por la calle rumbo a su casa, con un sombrero andaluz y fumando su puro. Luego he sabido que murió hacia mediados de los 70, casi a la par que Franco, y que su biblioteca, la que armó robando y saqueando las de republicanos y otros, pasó a la Biblioteca Nacional de España como Fondo Comín Colomer, como si legítimamente fuera de él. Era una biblioteca hecha del espolio de víctimas del franquismo. Es una vergüenza que este hombre resulte ser un gran bibliófilo español, en vez del gran miserable, policía, ladrón, torturador y ejecutor de la peor represión que ha habido en la España moderna.

Con esto cierro una historia que todavía me estremece y que revela mucho lo que era la España franquista y muestra también nuestra ingenuidad al meternos en la boca del lobo, porque evidentemente cuando dijo “yo oprimo este botón”, no lo decía en broma. En efecto, debe haber apretado miles de veces ese botón para desaparecer, para torturar, destruir gente. Todavía hoy me horroriza. Ahora, la Dirección General ha desaparecido de la Puerta del Sol, pero no deja de acongojarme cada vez que paso por ahí y veo ese edificio, pensar en los horrores que sucedieron ahí adentro. Claro está, la de Carlavilla y esa fueron dos de mis experiencias más repugnantes en esa España.

Pero había otras caras. Mientras tanto hacíamos nuestra vida, veíamos a otra gente con la que teníamos relación en Madrid. Algunas eran personas con las que nos había puesto en contacto Tierno Galván desde Princeton, discípulos suyos como Raúl Morodo y Elías Díaz, que habían sido amigos de Iris en Salamanca; otros, gente de una izquierda liberal o progresista, como Jaime Salinas, con quien mantuve larga amistad; algunos, colegas de mi padre o amigos de Llorens y de otros exiliados, y algunos compañeros de estudios en Estados Unidos. En general, eran antifranquistas, como, entre varios otros, Gabriel Tortella, Javier Pradera, Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio, Gonzalo Anes, por mencionar a unos pocos.

10. La investigación y sus obstáculos

GRACIAS AL AUTOMÓVIL PUDE VIAJAR mucho por España y recorrer distintos lugares. Como ya lo dije, Barcelona era el único lugar en el cual había habido algunas investigaciones significativas sobre el anarquismo catalán, gracias a la presencia en la Universidad de Barcelona de Jaume Vicens Vives, uno de los historiadores más importantes de Cataluña, y uno de los renovadores de la historiografía liberal en el siglo xx. También su sucesor, el historiador castellano Carlos Seco Serrano había alentado el estudio del anarquismo, de modo que ese pequeño grupo catalán fue el primero con el que entré en contacto por ser el más cercano a mis intereses. Entre ellos, el mayor, fue José [Josep] Fontana (en esa época todos tenían nombres castellanizados que volvieron al catalán después de la muerte de Franco), quien me presentó a José [Josep] Termes y a Casimiro Martí, así como a gente más joven, como Miguel [Miquel] Izard y Jorge [Jordi] Maluquer de Motes, buen amigo, que luego hizo un libro importante sobre el primer socialismo en España. Era un grupo de historiadores relativamente jóvenes con los cuales desarrollé amistad en esos años, aunque luego con algunos perdiera contacto.

Carlos Seco Serrano llegó a Barcelona a finales de los cincuenta, donde se encontró con una serie de jóvenes que ya estaban trabajando el anarquismo, y aunque él era hombre más bien conservador, se dio cuenta de que era un campo que casi no se había estudiado, de modo que dio impulso a esas investigaciones. De hecho, rescató los libros de actas y la correspondencia de la Federación Regional Española e inició su publicación en la Universidad de Barcelona. Esta es una fuente fantástica para quienes quieran investigar los años de la Primera Internacional. Hay que agradecer a Carlos Seco la posibilidad de recorrer sus

miles de páginas. Sin embargo, en cuanto pudo, él se trasladó a una cátedra en Madrid, contento de irse de un lugar en el que nunca estuvo muy a gusto. Pero bueno, debo decir que conmigo siempre fue muy cordial. Pero volviendo a mis investigaciones, muchas de las cosas que en Barcelona eran interesantes para mi tema ya las habían trabajado o estaban trabajando estos jóvenes catalanes. Me quedaba claro que yo iba sencillamente a revisar lo que ya habían estudiado dignamente otros y que no tenía caso que volviera sobre lo mismo.

De esta estancia en Barcelona quiero mencionar especialmente la Biblioteca Pública Arús, una biblioteca obrera fundada a fines del siglo XIX, pero que después de la Guerra Civil había permanecido cerrada a cal y canto. Por algunos militantes anarquistas exiliados en Francia yo sabía de su importancia. Sabía que dentro se guardaban importantes colecciones y no entendía por qué motivo los franquistas no habían entrado a mansalva, como habían saqueado otras. Aunque la casona parecía abandonada por fuera, sabía que debía tocar a la puerta hasta que me abrieran. En efecto, apareció un cuidador viejecillo al que le expliqué que yo venía de Francia, que era Argentina, que estudiaba el anarquismo, y que me enviaban fulano y mengano. Con amabilidad me respondió, “Señorita, aquí no hay nadie, pero venga venga, pase, le voy a mostrar”. No era posible trabajar allí, estaba desolado, pero quedaban las estanterías con sus libros, las mesas; en fin, parecía una fotografía de época, congelada en el tiempo. Pude ver algunas cosas, pero realmente no podía consultar mucho en esas condiciones inhóspitas y sin un catálogo para orientarme. Solo lo pude hacer muchos años después, pero tampoco había tanto sobre la Primera Internacional, que no hubiera visto ya en Amsterdam y París. Sin embargo, el recuerdo de esa biblioteca obrera olvidada en el tiempo me sigue pareciendo conmovedor.

Después de Barcelona comencé mi periplo hacia el sur de España, pasando por distintas ciudades del Mediterráneo: Valencia, Alicante, Alcoy, recogiendo materiales interesantes aquí y allá. Alcoy es una ciudad industrial alicantina, productora de textiles y de papel, y en el siglo XIX

había sido un centro manufacturero importante. En 1873 fue la sede de la Comisión Federal de la Federación Regional Española, es decir, el centro neurálgico de la conducción del anarquismo en España estaba asentado allí. Ese año, en Alcoy, hubo una huelga general que resultó en una gran represión obrera e internacionalista. Esto se mencionaba, pero no se había estudiado a fondo. En los archivos municipales de Alcoy, encontré los procesos judiciales y otros documentos, y pude hacer el primer estudio original de la represión alcoyana, examinando y mostrando quiénes habían sido perseguidos, cómo se inventaron o exageraron testimonios, cuáles habían sido las acusaciones, magnificadas por la prensa y por las autoridades, para poder llevar a cabo la que fuera una gran represión, durante la Primera República española. En fin, en Alcoy encontré mucha documentación desconocida, que después otros han explorado más. De ahí seguí rumbo a Andalucía, zigzagueando entre pueblos y ciudades, buscando, encontrando y recogiendo datos aquí y allá, siempre fragmentarios, nunca nada completo, pero de fragmento en fragmento me iban permitiendo armar el rompecabezas, y de fragmento en fragmento me iban revelando la importancia que desde muy temprano habían tenido diversas regiones de España, además de Cataluña y Madrid, en el desarrollo de los socialismos y radicalismos del siglo XIX.

Hay que pensar lo complicado y difícil que era entonces lograr que en España le permitieran a uno investigar ciertos temas, porque, repito, decir anarquismo o socialismo era muy negativo, y peor si se sumaban protesta, insurrección ¡y no se diga revolución! Una y otra vez me vi obligada a desarrollar eufemismos y paráfrasis como sistema para lidiar con las prohibiciones, censuras y temores. Solía usar vaguedades para explicar qué me interesaba, como que deseaba estudiar cómo era el trabajo en la España del siglo XIX, cómo vivían los jornaleros del campo y los artesanos de la ciudad, pero no mencionar si había descontento o protestas laborales pues era tabú. Consultar algunas fuentes a veces evocaba simpatía y me dejaban, pero otras veces no, por lo cual debía dar vueltas con circunloquios y generalidades.

No olvidaré jamás el caso, precisamente en Jerez de la Frontera, una importante ciudad en la provincia de Cádiz, en la gran zona productora del fino vino de ese nombre. Jerez era y es un gran centro de bodegueros, productores y exportadores y una ciudad de un rancio señoritismo andaluz. Hay que ver las marcas del Jerez para saber que ahí vivían y que ahí tenían bodegas grandes nombres de industriales del vino. Si no las tenían ahí, las tenían en el puerto de Santa María o en Sanlúcar de Barrameda, en ese importante triángulo vitivinícola. En fin, esa zona era muy importante como centro, por un lado, de producción de vinos finos, de brandis y de aguardientes y, por otro lado, de una rica región cerealera, que había sido escenario continuo de movilizaciones campesinas y anarquistas, como la de la llamada Mano Negra, entre ellas. En todo caso, en Jerez de la Frontera había un rico archivo-biblioteca municipal, pero si al principio el archivista de Jerez me permitió consultarlo sin problema, a medida que le pedía más cosas, este hombre fue siendo cada vez menos amable. Hacia el segundo o tercer día ya era bastante áspero y, a diferencia de los días anteriores, comenzó a sentarse en la misma gran mesa en la que yo trabajaba, la única que había, abría el periódico del día y comenzaba a leer las noticias en voz alta. Al comienzo pensé que se había vuelto loco, pero, ¿qué podía hacer? A medida que eso continuaba, ya no pude ignorarlo y le dije, “Mire usted, si sigue leyendo en voz alta, no voy a poder trabajar”. Me quedé pasmada cuando me respondió: “Pues de eso se trata. Yo como archivista tengo la obligación de permitirle consultar los documentos, pero como falangista tengo la obligación de no dejarla trabajar. Así que si usted quiere seguir trabajando yo voy a seguir impidiéndole que trabaje”. Lo inaudito de esta situación da una idea de lo que se vivía en España. Y en efecto, estuve una semana o diez días trabajando en Jerez de la Frontera, y este tío me daba todo lo que le pedía, pero a rajatabla leía el periódico en voz alta a mi lado, en la misma mesa, sin parar. Pese a todo, conseguí concentrarme y avanzar mucho, haciendo de tripas corazón y tratando de no distraerme, al mismo tiempo que pensaba para mis adentros que era

una situación demencial que no dejaba de preocuparme y darme temor, ya que mi tenacidad bien podría irritarlo más y hasta agredirme...

En Jerez de la Frontera también presencié una escena terrible. Era una ciudad de extremos, con un mundo de jornaleros del campo, de gente humilde trabajando aquí y allá y de humildes trabajadores urbanos. Un día que iba caminando por la acera, unos metros más adelante de mí iba un par de hombres de evidente extracción proletaria. En sentido contrario venía un jinete montado en uno de esos hermosos y finos caballos andaluces. El sujeto, joven señoritingo, se les fue acercando, gritándoles con la fusta levantada: "¡Hala, fuera!". Y les dio un par de latigazos para que se hicieran a un lado y le cedieran paso. Todo fue muy rápido, pero al verme mirándolo horrorizada, sin duda reconoció que era extranjera, bajó rápidamente a la calzada y se alejó trotando. Esto no me lo contaron, lo vi yo misma, demudada, en 1967, en pleno centro de Jerez de la Frontera. Ese mundo no había cambiado a través de los siglos; era la prepotencia clasista más bárbara, la falta de respeto por los seres humanos, especialmente los humildes; era algo absolutamente ruin y miserable. La distancia sociocultural entre una ciudad como Jerez y otra ciudad portuaria como Cádiz, más liberal, más abierta, era muy notable, aunque estuvieran a pocos kilómetros. Por eso, me hospedaba en Cádiz e iba a Jerez todas las mañanas y volvía todas las tardes, antes que quedarme a vivir allí, en esa ciudad todavía de antiguo régimen, despótica y clasista, por no decir algo peor.

Sin embargo, en materia de archivos, Cádiz también tenía lo suyo. El Archivo de la Diputación era muy rico y ahí trabajé varios días. Pero recuerdo una mañana que, al llegar, me encontré a la directora y al bedel rompiendo documentos y tirándolos a la basura. Incredula, pregunté qué hacían y la respuesta de la directora fue que estaban haciendo espacio, porque eran expedientes del ramo Pasaportes, que nadie consultaba y ocupaban demasiado lugar. Justamente ese día me había citado con un joven periodista del *Diario de Cádiz*, Fernando Samaniego, que me quería entrevistar y llegó al Archivo con un fotógrafo. Sin

pensarlo dos veces, les pedí que tomaran fotos del cesto de basura para que quedara algún testimonio gráfico de los destrozos...

Conseguir que en España me dejaran consultar libremente los archivos era toda una victoria. Lo contrario era la regla, pues las dificultades eran muy variadas. Una de ellas, muy sorprendente para alguien que llegaba de fuera, era lo que llamaría corruptelas y privilegios. Me refiero, por ejemplo, a la práctica bastante común de que en un archivo pudieran negar un expediente o varios, porque estaban reservados o porque los estaba consultando el catedrático fulano o don mengano, como si tuvieran rango o prerrogativas y fueros especiales, por encima de los demás investigadores. Esto lo mismo podía suceder en el Archivo Histórico Nacional que en uno de provincia. Otra ocurrencia frecuente, era sobornar a bedeles u otros empleados para saber qué investigaba y fotocopiar a otro investigador y así ahorrarse el trabajo de hacer la propia investigación, conseguir segundas copias y usufructuar el trabajo ajeno.

Si esas eran prácticas desvergonzadas, además estaban los horarios endemoniados y la sagrada siesta, así que las horas disponibles para estar en muchos de los archivos eran muy pocas, durante las mañanas. Esto se agravaba en verano, por reducción de horarios, vacaciones y cualquier otro pretexto. Recuerdo haber ido especialmente a Sevilla para consultar el Archivo Municipal, y encontrarme que estaba cerrado por no sé qué trabajo de pintura en una sala y con ello cerrarlo por completo, enlazando luego el cierre con las vacaciones de agosto. Había llegado justo a tiempo para hablar con la archivista, pero esta me dijo: "No, no se puede. Cerramos hoy y ya no volvemos a abrir hasta septiembre". Al preguntarle si ella iba a estar me dijo que sí, pero que no me podría atender. Como los archivos municipales dependen del Ayuntamiento, ahí me fui yo a buscar al Alcalde de Sevilla. Antes de ir a verlo, me había enterado de que era un terrateniente, propietario de fincas y ganado. Entonces se me ocurrió decirle que yo era una periodista argentina, que estaba en Sevilla para hacer reportajes sobre la ganadería sevillana, "Porque usted sabe, señor Alcalde, que en la Argenti-

na la ganadería nos interesa mucho y a mí me encargaron un artículo histórico para un periódico de Buenos Aires”. De allí pasé a lamentarme de haber viajado *ex professo* para consultar el archivo, pero que lo iban a cerrar al público. Su respuesta fue inesperada: “Claro, yo he ido a comprar reses a Buenos Aires. ¡Lo que es el ganado argentino! Las exposiciones son algo extraordinario”. Y ahí mismo ordenó que me abrieran el archivo y me dejaran consultar lo que quisiera.

Esos subterfugios para enfrentar mundos arbitrarios, donde los archivos no eran para consultarse ni los horarios para cumplirse, sino para estar cerrados o no permitir el acceso o destruir los documentos o censurar al investigador, cosas que resultaban muy desagradables, sobre todo cuando, como extranjera, sabías que tu tiempo estaba contado y no podrías volver. Todo dependía de un yo supremo: “Yo permito, yo no permito”. Esa España arbitraria y discrecional, sin reglas, era el pan diario de los investigadores, y peor si se atrevían a cuestionar las prohibiciones ideológicas. En ese sentido, ser “americana” tenía la ventaja de que la mayor parte del tiempo te trataban con evidente curiosidad y cierto paternalismo, sabiendo que eras extranjera y, aparentemente, no entendías nada. Pero, en general, los archiveros tenían un sentido patrimonial de “su” archivo, que trataban como su feudo al que permitían o no el acceso según la inspiración del momento, al margen de toda reglamentación. Cuando no era un archivero que se declaraba falangista, era el bedel, que resultaba ser un militar o un guardia civil jubilado, quien te “servía” o no lo que pedías, y vendía información sobre tu trabajo y consultas según su santa voluntad, interés material o ideología. Lo cierto es que las más de las veces, investigar era una lamentable carrera de obstáculos, puestos al tuntún: si fracasabas, ni modo...

En fin, este era el mundo español que fui conociendo en esos meses de 1967. No faltaron tampoco las escenas chuscas y costumbristas, como por ejemplo, salir de un archivo en la provincia de Córdoba, a 42 o 43 grados de temperatura en la plaza central, con un sol tremendo... Salir del archivo, que estaba en el Ayuntamiento, muerta de sed y de

calor, y atravesar la plaza a un bar o taberna para tomar algo fresco fue todo uno. La plaza estaba llena de hombres, sobre todo trabajadores que habían salido a la hora de la comida para volver al trabajo después de la siesta. Yo buscaba beber algo fresco, pero al llegar vi que el lugar era, sobre todo, un expendio de bebidas alcohólicas. Al preguntarle al cantinero qué había para beber que estuviera bien frío, me respondió que solo tenían vino y cerveza, lo cual no era lo que buscaba. Me quedé pensando qué hacer, pues veía que, en efecto, no había nada más. Entonces se me ocurrió preguntar: “¿Tendrán hielo, verdad?”. “Sí, tenemos una barra”. “¿Y tienen té?”. “Sí”. “¿Me podría preparar un té, traerme unos trozos de hielo y un vaso de agua?”. “Pues sí”. Se le veía dudar ante un pedido tan inusual, pues no se acostumbraba a tomar té a menos que uno se sintiera mal. Adentro solo había unos cuantos hombres que miraban la escena con curiosidad, seguramente pensando, “¡Vaya con la americanita!”. Por fin me trajo el té y le pedí que me partiera también un limón. De reojo veía la mirada de extrañeza de todos y oía el murmullo de sorpresa cuando, sin más, eché el té en el vaso lleno de hielo... Estaba claro que el tabernero moría de curiosidad y no pudo contenerse y preguntar, “¿Eso qué es?”. “Pues, té helado, es muy refrescante”. Mientras tanto, el local se había ido llenando porque “la americana está haciendo una cosa rarísima”. Al acabar de preparar el té y comenzar a tomarlo, quienes miraban se soltaron a gritar ¡olé, olé!, y a aplaudir. Era realmente una escena sacada de una antología costumbrista sobre viajeros del siglo XIX. En su vida habían visto tomar té helado. Al salir, varios me acompañaron hasta el auto, entusiasmados por mi exotismo; estaba claro que había revolucionado las costumbres del pueblo. Estamos hablando ya en vísperas del 68, de una Europa donde un refrigerador eléctrico era, en general, parte del mobiliario de un bar en cualquier ciudad. Bueno, ahí no. El hielo todavía se vendía en barras y lo tenían que picar para juntar algunos trozos. Era un mundo en el cual no paraban más extranjeros que una “americana”, como decían ellos, que iba a ver un archivo al Palacio Municipal y a tomar té helado en la

plaza central. En fin, era una España, especialmente una Andalucía, pobre y muy atrasada. En esos pueblos dejados de la mano de Dios, o más bien del Estado, se veía lo que era realmente la dictadura: lo que era el abandono, el aislamiento, lo que eran el señoritismo y la pobreza.

Estoy hablando de unos treinta años después de la Guerra Civil, pero lo cierto es que, en términos generales, la dictadura seguía siendo implacable y era muy difícil, prácticamente imposible, decir abiertamente lo que se estaba investigando. En mi caso estaba claro que no podía decir que investigaba el anarquismo. Esto lo reitero, porque me creaba una enorme dificultad tener que buscar medias palabras y dar mil vueltas para poder acceder a la documentación, ya que siempre había que recurrir a eufemismos y circunloquios para poder explicar de alguna manera lo que me interesaba consultar. En ese sentido, hubo momentos que no se me han borrado de la memoria en materia de archivos, como el de Jerez, con ese archivista, militante falangista, casi esquizofrénico entre su profesión y su ideología.

Otro caso extremo lo encontré en Madrid. Con Iris Zavala fuimos a consultar el Archivo General de Palacio, aunque no era muy frecuente hacerlo para épocas tardías, sino más tempranas. En general es un archivo administrativo de la Casa Real y su patrimonio contiene amplia documentación sobre los Borbones, pero por alguien nos enteramos de que podía haber documentos de índole política. Para avanzar más rápido, pues los tiempos se nos hacían cortos, nos distribuimos un poco el trabajo: Iris estaba buscando referencias sobre la masonería, el carbonarismo y el mundo político radical vinculado con el Trienio Liberal de 1820 a 1823, que le había comenzado a interesar por entonces, y, a mi vez, yo buscaba lo que hubiera sobre republicanos, socialistas tempranos y anarquismo. Todo estaba bastante mal ordenado, de modo que entre las dos nos ayudábamos pasándonos la una a la otra lo que le pudiera interesar. Como no te dejaban consultar directamente el catálogo, había que preguntarle al director qué había sobre tal o cual periodo o tal tema y esperar a ver qué te daba; todo era muy absurdo porque,

¿cómo pedir sin saber qué había? En general, los procedimientos son al revés; consultas el catálogo, decides qué quieres y lo pides. Pero en Palacio no: ahí no sabías qué había y todo era al buen tuntún.

En ese momento investigaba, en parte, asuntos vinculados a los reinados de Isabel II y de Alfonso XII, por lo cual le pedía documentos sobre ciertos años. Mientras tanto, Iris se remontaba a comienzos de siglo; pero un día, por casualidad, entre los documentos que le dieron a ella apareció evidentemente trasapelado uno que se refería a algo distinto, en décadas posteriores. Me lo mostró preguntándome si me interesaba. Al mirarlo me di cuenta de que era un documento prácticamente desconocido que tenía que ver con el anarquismo en Andalucía. Eran un reglamento y unos estatutos de una “Sociedad de pobres contra sus ladrones y verdugos”, es decir, de pobres contra sus explotadores, ¡realmente muy sorprendente y muy interesante!

En ese archivo solo podías entrar con un cuaderno u hojas sueltas y tomar notas a lápiz. Para copiar algo largo había que pedírselo a un amanuense, un copista, que trabajaba ahí. Claro, no había Xerox ni fotocopias. En fin, como el documento se lo habían dado a Iris, fue ella quien pidió que se lo copiaran. Sin más, el copista le respondió que pasara a buscarlo a la semana siguiente, y agregó: “Pero es el director quien acuerda y fija el precio”. El director se llamaba Morterero, no lo olvidaré jamás. Era un documento de varias páginas, de modo que copiarlo a mano nos hubiera tomado bastante tiempo, lo cual no tenía sentido habiendo un amanuense que, por oficio, lo haría más rápido. Pero lo que no sabíamos es que el copista era a la vez censor, de modo que cuando leía el documento decidía si lo entregaba o no, lo cual consultaba con el director; si éste aceptaba, entonces se le daba al interesado. En fin, el hecho es que se convino e hicimos el pago anticipado, pero cuando volvimos a la semana siguiente, el propio director del archivo nos dijo: “Este documento no puede circular; es un documento reservado y no se los puedo entregar”. “¿Cómo que reservado? Usted mismo nos lo facilitó la vez pasada, ya hemos tomado notas, ya lo he-

mos pagado, aquí tenemos el recibo firmado de su puño y letra. ¿Cómo que no nos puede dar la copia?”... Bueno, aquello fue una verdadera batahola para conseguir que el señor Morterero nos entregara la copia que el amanuense ya había hecho. En fin, siendo “americanas”, inventamos todas las amenazas del mundo, diciendo que nos íbamos a quejar en nuestras embajadas, que íbamos a escribir en todos los periódicos diciendo que en España y en Palacio no se permitía la investigación. En fin, fue tal la retahíla de amenazas —claro está, imaginarias—, que al final este señor se intimidó. No había tantos extranjeros, ni otros, consultando el Archivo. Nunca vi a nadie más en esas salas. Después de muchos dimes y diretes, Morterero finalmente nos entregó el documento, pero nos prohibió volver.

Todas estas y más eran las dificultades que debíamos enfrentar para poder investigar en la España franquista temas considerados subversivos y prohibidos por el régimen. A lo que voy es que era un mundo paranoico y arbitrario, de censuras y de miedos ante el pasado... Pero, para concluir, quiero cerrar con una anécdota chusca, pues comentando todo el incidente con Carmen Martín Gaité, en cuyo piso y de Rafael Sánchez Ferlosio nos hospedábamos por esos días, al despotricar contra el tal Morterero, Carmen, picada por la curiosidad, preguntó sorprendida, qué clase de insulto era “morterero” en nuestros países. Desde entonces fue un chiste entre todas llamar morterero a algún indeseable...

Debo agregar un par de cosas más. Dio la casualidad de que un día el director se ausentó y los ficheros quedaron sin custodiar, lo cual me permitió echarles una mirada rápida. Como estaban organizados por épocas, me fue fácil ojear las fichas sobre el periodo isabelino. Por casualidad, el primer cajón que abrí contenía, nada más y nada menos, que las fichas de los expedientes médicos personales sobre la reina: la buena de Isabel II era un compendio de lacras de todo tipo. Lo cierto es que estaba haciendo algo no autorizado y lo mío fue una consulta verdaderamente furtiva, pero que me dejó muy picada: Valle-Inclán y su cachonda reina castiza se quedaban cortos. Varios años después, a

finales de la década de 1980 pude volver, sabiendo —o pensando— que las cosas habían cambiado. En efecto, el catálogo ya se podía consultar y, ni corta ni perezosa, busqué esos expedientes, pensando que eran desconocidos y que podría hacer un articulito. Busqué de arriba abajo, pero ya no estaban; con el retorno de la democracia y de la monarquía, el catálogo había sido expurgado.

Como éste, hubo otros casos. Como ya dije, los bedeles eran quienes buscaban y “servían” los periódicos, los libros, etcétera. En muchas de las bibliotecas y archivos españoles, los bedeles eran exmilitares jubilados que, por contactos, por enchufes o por lo que fuera, conseguían ese trabajo extra para tener algún ingreso mayor, pues la jubilación obviamente no era muy grande. Y claro, los bedeles también censuraban lo que pedías. Me acuerdo de un compañero francés en la Biblioteca Nacional de Madrid que quería ver qué traducciones había de Marx al español. Un día se las dieron, pero al día siguiente el bedel le dijo: “Ya las pidió usted ayer, ¿para qué las quiere de nuevo?” Como si uno tuviera límites para consultar un libro, las horas y las veces que el bedel autorizara. Algunos recurrían a darles “una propina, para tomarse una caña”, una cerveza, y comprar favores; yo nunca lo hice ni hubiera sabido cómo hacerlo. Lo cierto es que había muchos obstáculos para investigar temas que no estuvieran dentro del estrecho repertorio ideológico del franquismo. Recuerdo un caso en Cádiz, donde había varios periódicos del XIX que a mí me interesaban mucho. Ahí no había fotocopadoras, pero sí había una casa de fotografías cerca del Archivo Municipal donde podían sacar las copias. Pero, claro, yo no podía llevar el periódico, lo tenía que hacer el bedel y yo acompañarlo. Ese bedel había revisado las páginas que yo había marcado. Había muchas cosas relacionadas con protestas sociales, populares o campesinas, y en el camino me dijo: “Oiga, usted está leyendo cosas muy raras. No es usual que alguien busque las cosas que usted ha marcado. ¿Usted qué estudia?” Lo vi genuinamente interesado y había sido amable y simpático todo el tiempo. Al fin respondí: “Estudio el anarquismo”. Su respuesta, en su caracte-

rístico gracejo gaditano, fue de verdadera alarma: “¡Santa María, no diga usted eso, que se me erizan los cabellos!”, exclamó, pero de ahí no pasó la cosa. Siempre sospeché que, sin decirlo, tenía una cierta simpatía por el asunto. Creo que con la práctica iba aprendiendo un poco a medir, a tomarle el pulso a la situación, a los encargados y empleados, así que, mal que bien, el hecho es que al final, pese a las trabas, pude trabajar mucho y conseguir bastante información entonces novedosa.

Los archivos y bibliotecas eran también espacios de sociabilidad, en los que ibas conociendo a otros investigadores, tanto españoles como extranjeros, en realidad más extranjeros que españoles, porque a todos les pasaba un poco lo que me pasaba a mí: los extranjeros teníamos el tiempo muy contado y eran muchos los fondos que explorar, de tal manera que sabíamos que teníamos que investigar de sol a sol. En cambio, los compañeros españoles, para sorpresa mía, lo hacían con gran parsimonia. En el Archivo Histórico Nacional, en Madrid, por ejemplo, o en la Biblioteca Nacional, pero también en otros, había un café o un bar dentro o cerca, y muchos llegaban, dejaban sus cosas, y se iban a tomar el café o la copa. Claro, te invitaban, y si respondías: “no puedo, mejor cuando cierren”, la respuesta era la misma: “Chica, no seas tan exagerada, vamos a tomar algo”. En fin, todo se tomaba con mucha calma y cachaza; era, claro, la calma de quien vive en el lugar, de quien no tiene prisa y sabe que puede regresar otro día. Era un contraste fuerte, en general, entre los investigadores extranjeros, que estábamos ahí sin levantar la cabeza, y los españoles que, en general, eran menos obsesivos. De todas maneras, había bastante intercambio y sociabilidad entre todos.

Ahí conocí a varios futuros colegas y amigos. A veces cuando nos encontramos todavía recordamos, “Te conocí en tal o cual archivo”, o si no, “En la cafetería del archivo”. Pero bueno, conocí gente muy simpática, gente muy valiosa, gente con la que todavía mantengo relaciones, y gente con la que se podía, de alguna manera hablar, discutir, etcétera. Por otra parte, en los años sesenta, entre los jóvenes, había un antifranquismo crítico, no siempre claro, no siempre abierto, pero ahí

estaba. Había habido ya disidencias universitarias fuertes, sobre todo de profesores que habían sido expulsados, como Tierno Galván, que había ido a Princeton, y otros, pero también de estudiantes. Ese mundo de los archivos y de las bibliotecas españolas, en muchas ocasiones resultó un mundo de sociabilidades muy gratas y de compañerismos; aunque es cierto que tampoco faltaron las envidias y las zancadillas lamentables, cuando no miserables. Tampoco era usual que hubiera “americanas”, como nos decían ellos, haciendo investigación, y casi no veías mujeres. En el mundo de los archivos dominaban los hombres, lo cual me hacía preguntarme cómo sería por dentro el mundo universitario, con el que todavía no había tenido contacto, si el que veía en ámbitos públicos era tan abrumadoramente masculino, tan dispar en materia de género.

En España estuve algo más de tres meses, recorriéndola en pleno verano. Era de las pocas o únicas personas que andaban por ahí, atravesando Andalucía al rayo del sol, buscando archivos en el increíble calor estival. Estaba claro que en agosto, mes de vacaciones, todo permanecería cerrado y no iba a lograr mucho más, así que decidí volver a Francia y a Holanda, pues ya empezaba a ver la dirección que tomaría mi investigación y me daba cuenta de que tenía que volver a revisar cosas que originalmente no había mirado bien, así como otras que me faltaban. Era hora de encauzar lo que estaba haciendo. Todavía tenía septiembre y parte de octubre por delante antes de volver a Nueva York. De hecho, Iris ya se había vuelto, pues comenzaría a enseñar ese otoño, pero a mí todavía me quedaban un mes o dos en Francia y Holanda, para concluir mi estancia europea. La idea era volver a Estados Unidos a escribir la tesis. Llevaba algo más de un año de investigación intensa desde que había concluido los exámenes en Princeton; seis meses en Nueva York y pocos más en Europa. Ya había recogido gran cantidad de materiales que, pese a algunas lagunas, me permitían saber que eventualmente tendría suficiente material para comenzar a redactar. Así fue que en octubre de 1967 regresé a Nueva York.

11. El regreso a Nueva York y la ruptura con la Rockefeller

AL CONCLUIR MI ESTANCIA EN EUROPA, camino de regreso a los Estados Unidos, me sucedió algo muy inesperado y muy sorprendente. Mi boleto de vuelta, al igual que el de ida, era por Icelandic Airlines, Loftleidir, que, como dije antes, era el vuelo más barato que había para ir o venir entre Nueva York y Europa, siempre parando en Reikiavik. Yo creí que tenía el vuelo de Londres a Nueva York reservado, pero cuál sería mi sorpresa que al llegar a Islandia me informaron que no tenía reservación para el tramo a Nueva York, que el vuelo estaba lleno y que no habría otro avión hasta dos días después. Me quedé fría. No estaba en mis planes —ni en mi modesto presupuesto de becaria— quedarme en Reikiavik. El paisaje que había visto al aterrizar era algo lunar, con géiseres y cráteres y casi sin espacios verdes, en apariencia poco atractivo, y en esa época no era para nada un lugar turístico. Sin más remedio, fui al mostrador de turismo para que me reservaran un hotel, pero al pedir una habitación me respondieron que no había ningún cuarto libre en todo Reikiavik, porque había un congreso ¡de maestros mexicanos! Era un congreso del Sindicato Nacional de Maestros, que debe haber escogido Islandia por barato. Los dos o tres hoteles que había en la ciudad estaban completamente tomados por los maestros mexicanos y las casas de huéspedes llenas. No sé cuántos eran, pero me dijeron que varios miles; pero el hecho es que no había habitaciones. ¿Qué hacer? Me fui al Centro de Convenciones y ahí me puse a hablar con los organizadores mexicanos. Fueron todos encantadores, me tomaron bajo su ala protectora, y en un grupito, un maestro me dijo: “Yo te cedo mi habitación, pero no te preocupes, yo me voy con mi compañero. Te dejo mi habitación”. Rehusé, “No, no, ¿cómo va a ser?” Insistió, me dio su llave,

vació la habitación y durante dos días me arroparon. Comí con ellos, bailé con ellos, fue una pachanga continua. Si aquello era una convención sindical, yo soy china: ¡aquello no tenía nada que ver con mis austeros y puritanos congresos de anarquistas del siglo XIX! La verdad fue una experiencia muy divertida, pero también muy curiosa. Quién iba a pensar encontrarse en Islandia con un mar de maestros y maestras mexicanas. En fin, todo fue muy raro, muy relajado, muy solidario y muy amistoso y, para mí, lo menos sindical imaginable. Y bueno, finalmente logré embarcar para Nueva York.

Mi idea era aprovechar el tiempo y en los meses siguientes escribir la tesis. Estamos hablando del otoño del 67 y yo pensaba defender la tesis hacia finales del semestre de primavera, en mayo o junio o, a más tardar, al acabar el verano del 68. Es decir, contaba con varios meses para escribirla y pensé que lo podría hacer y a eso me dediqué.

Tenía la beca Rockefeller y al inicio me había comprometido con la Fundación Rockefeller y con Silvio Zavala a volver a México, al Colegio. Ese era el acuerdo que teníamos todos quienes salimos a doctorarnos fuera; doctorarnos, para luego regresar. Pero en 1966, Zavala había sido nombrado Embajador en París, y en el Colegio había un nuevo presidente que yo no conocía. Se trataba del economista Víctor Urquidí. Mi idea era incorporarme al Colegio de México en el otoño de 1968. Al regresar a Nueva York, escribí y llamé por teléfono a Urquidí para presentarme y decirle que iba a acabar la tesis en un año, que tenía el compromiso de volver al Colegio y que me gustaría hacerlo. Claro está, él no sabía nada de mí, pero cuando me preguntó qué investigaba y le expliqué, me dijo muy secamente algo como: “¿España y el anarquismo? ¿Y usted qué quiere hacer en México con eso?” Muy tranquila le repliqué que en principio seguiría trabajando temas sociales del siglo XIX español y, luego tal vez pasaría a estudiar el exilio. Su respuesta fue tajante: “No, eso no nos interesa para nada. Si usted quiere volver al Colegio, tiene que dedicarse a la historia de México, y ya veríamos si nos interesa su propuesta”. Quedé muy desconcertada; en síntesis, lo que

Urquidi me decía tácitamente era: “Ni se moleste. No nos interesa lo que hace, ni nos interesa mucho que vuelva”. La verdad es que aquello fue un terrible balde de agua fría porque yo sí deseaba volver a México, no solo porque era mi compromiso, sino porque era algo que quería hacer. Nunca había contemplado quedarme en Estados Unidos, ni mucho menos trabajar allí. A raíz de la respuesta de Urquidi, me quedaba en el aire y no tenía la menor idea de lo que iba a pasar, pero entendí que lo importante, lo urgente, era acabar la tesis; el resto ya se vería.

Nunca había hecho un trabajo tan complejo, ni tenía idea de cómo se hacía una tesis. Debo reconocer que mi director de tesis, Vicente Llorens, me quería mucho, y yo lo quería mucho a él, pero la verdad no se ocupaba demasiado por guiarme; trabajaba sola, pues prácticamente no me orientaba, tal vez porque mi tema tampoco le era muy familiar. Ya en Amsterdam, de regreso de España, había comentado con Rudolf de Jong, del IISG, el documento que tenía del Archivo de Palacio, de ese reglamento y estatutos desconocidos. Rudolf me sugirió hacer un artículo para la revista del Instituto, la *International Review of Social History* (IRSH), y yo había aceptado. Ello me sirvió de punto de partida, hacia adelante y hacia atrás, para estudiar las organizaciones anarquistas y sus orígenes, hasta la Mano Negra. Así, fui armando, sin saberlo entonces, lo que sería el esbozo de mi propia tesis sobre el anarquismo en la clandestinidad durante la década de 1870 y comienzos de la siguiente y sobre lo que había ido encontrando en torno a los antecedentes sociales, republicanos, socialistas y sobre las sociedades secretas en el mundo español del segundo tercio del siglo XIX.

Al escribir el artículo para la IRSH me fui dando cuenta de que ese documento estaba asociado con un posible grupo anarquista secreto forjado, como tantos otros en España y en otros países, como resultado de la represión y la subsiguiente clandestinidad de las respectivas Federaciones ácratas. El discurso, el vocabulario y toda la construcción correspondía mucho al episodio que después se denominaría de la Mano Negra, que en 1883 se había dado a conocer en la prensa española e

internacional y había servido de amplio pretexto represivo que, en gran medida, destruyó en Andalucía, y, en general, en España, la primera etapa del movimiento anarquista organizado. A partir de lo anterior, pensé que escribir el artículo me permitiría no solo dar a conocer un documento inédito muy novedoso, sino a la vez avanzar hacia mi tesis y mostrar medio siglo de movimientos revolucionarios, así como las trayectorias y la larga tradición que en España habían tenido las asociaciones clandestinas, revolucionarias, secretas, ante las sucesivas represiones desde el poder. La idea era analizar los socialismos tempranos y las organizaciones socialistas vinculadas con los socialismos europeos y con el carbonarismo y jacobinismo revolucionario y republicano, a veces efímeramente públicos y otras largamente clandestinos, e ir mostrando cómo llegaron y se difundieron en España, dando lugar no solo a la formación de organizaciones y movilizaciones revolucionarias antimonárquicas, sino también de una conciencia social y socialista en el mundo del trabajo en la Península. Eso lo fui concibiendo como los antecedentes de la Primera Internacional, del surgimiento del marxismo y del anarquismo, hasta la clandestinidad posterior a la Comuna de París y la Primera República, y el breve regreso a la vida pública, hasta la Mano Negra. En fin, el artículo se publicó en 1969 y fue muy bien recibido. Además, al concluirlo ya había ido redactando *in extenso* las diferentes partes de mi tesis. Fue un proceso curioso, pues antes que en la tesis pensé en el artículo y, luego, a partir del artículo, pude desarrollar la tesis. Creo que es un procedimiento inusual, que no recomiendo en general a mis alumnos, pero conmigo funcionó y, si se da, pues adelante, porque no se trata tanto del cómo, sino del qué, no del camino, sino de llegar y llegar bien.

Estando en Nueva York ocupada en estos menesteres, un día recibí la llamada telefónica de un colega hispanista que enseñaba en Wesleyan, en Connecticut. Se trataba del profesor Julio Rodríguez-Luis, a quien había conocido en Cambridge hacía unos años, junto con un joven español, profesor en Berkeley, Rafael Pérez de la Dehesa. A Rafael lo

había vuelto a encontrar brevemente en Amsterdam el año anterior, en 1967. En ese momento trabajaban su esposa Lily Litvak y él algunos temas relacionados con literatura anarquista. Cuando lo conocí en Cambridge estudiaba la Generación del 98: Costa, Baroja, etc., y había ido con Julio a saludar a mi padre. Yo acababa entonces de tomar un curso en Brandeis sobre la Generación del 98 y había leído mucho y con entusiasmo sobre el tema y la época. Cuando empezaron a hablar, intervine, y ellos se sorprendieron de que yo supiera del asunto. En fin, tuvimos entonces una larga conversación y alguna discusión sobre el 98; evidentemente a Rafael y a Julio les había impresionado que, aunque jovencita, estuviera tan informada. Entonces, era apenas una *sophomore*, estaba en mi segundo año de universidad, así que cuando Julio me llamó a Nueva York habían pasado ya varios años. Él mismo había egresado de Princeton tras estudiar con Llorens, quien le había dado mi teléfono. Lo cierto es que me llamó para decirme que se iba a abrir un puesto en Wesleyan University y me preguntó si aceptaría que me propusiera como candidata. Le dije honestamente que no quería enseñar español, pero me respondió: “No, no, será un *joint appointment*, un nombramiento conjunto con el Departamento de Historia. Enseñarás lo que quieras y en el Departamento de Literatura darías lo que se llaman cursos de civilización, civilización y pensamiento latinoamericano y español, que en el fondo serían historia de las ideas y de la cultura. Con un *joint appointment* en ambos departamentos estarás en tus temas”. La verdad, la idea me pareció muy interesante, sobre todo después de que Urquidi no había expresado interés en que yo volviera al Colegio: mi compromiso se desvanecía y no tenía plan alguno. Entonces le dije a Julio que me interesaba, desde luego, pero que antes quería acabar la tesis. Su respuesta fue la lógica: “Sí sí, es importante tener la tesis terminada para que se te pueda nombrar *Assistant Professor*, de lo contrario serías solo *Instructor*. Empezarías en septiembre; mándame tu currículum y procedemos”. En fin, así fue como la fortuna me permitió obtener mi primer puesto académico, sin siquiera haberlo buscado.

En medio de lo anterior se produjo una situación lamentable. De la Fundación Rockefeller (FR) mandaron a un veedor a Princeton para informarse de sus becarios. Era algo que hacían con todas las universidades. Yo ya les había escrito que a mi regreso de Europa, en acuerdo con mi director, residiría en Nueva York, para poder concluir la tesis y ellos habían dado su visto bueno. Por lo visto este señor no se había enterado, y al no encontrarme en Princeton, informó a la Rockefeller que no estaba cumpliendo con mi beca y había abandonado mis obligaciones. Claro está, recibí una carta de la Rockefeller diciéndome que por lo anterior iban a cancelarme la beca. Lo cierto es que me molesté mucho, pues siempre había sido muy cuidadosa en cumplir en todo e informarles de cada paso, así que llamé a la persona que firmaba eso y le dije que me parecía inaceptable. “Yo estoy trabajando y a punto de terminar la tesis, y ustedes recibieron mi informe”. La respuesta me sorprendió: “Mr. Fischelis —¡nunca me olvidaré el nombre!—, dice que usted no está cumpliendo y ello debe ser así”. Fue una discusión fuerte e insistí en que no solo había cumplido, sino que la FR tenía mis informes semestre por semestre, así que pedí una cita para que habláramos personalmente.

De ahí me fui a la Rockefeller y hubo un careo largo y antipático con Fischelis y un alto funcionario, cuyo nombre no recuerdo. Yo iba armada con copias de todos mis papeles, así que cuando el primero me dijo que yo había abandonado mis obligaciones y solo estaba pasándola bien en Nueva York, palabras más, palabras menos, le respondí francamente molesta, mostrándole los capítulos que llevaba ya escritos de la tesis, agregando que la iba a defender antes de concluir el año académico. Bueno, fue una discusión tremenda, mientras el funcionario que presidía la reunión miraba entre sorprendido y sobresaltado. Yo estaba muy enojada, y no fui muy recatada en mi enojo. Esta persona me preguntó entonces por qué no estaba en Princeton, y muy impaciente le respondí, “¿Por qué no leen la correspondencia? Yo les escribí avisándoles que estaría en Nueva York para consultar las bibliotecas con fondos sobre mi tema y aquí está la respuesta de ustedes autorizándolo”. Ya

sin argumentos, Fischelis, supongo que sintiéndose acorralado tuvo a bien amenazarme: “Pues le vamos a quitar la beca y la visa”. Esa fue la gota que derramó el vaso: “¿Ah, sí? ¿Cómo que me va a quitar usted la visa? ¡Atrévase!” Como lo comenté antes, yo tenía visa de residente permanente desde que llegué a Estados Unidos en 1959, cuando fui a estudiar a Brandeis, y era residente legal, así que le espeté: “Usted no puede tocar mi visa, yo tengo visa de residente permanente”. Inmediatamente vi su sorpresa: “¿Cómo que tiene visa de residente permanente, si a los residentes permanentes no les damos beca?” ¡Bueno, aquello estaba resultando un absurdo total! Claro que tenían copia de todos mis documentos, mi pasaporte, mi visa, todo. Ya furiosa le dije: “Busquen el expediente, tienen toda la información, tienen mis informes, tienen copia de mis documentos y encima me viene a decir que ustedes no saben nada de mi expediente, y si esto sigue así los voy a demandar por hostigamiento”. Mientras tanto, inquieto, el otro funcionario había ido a buscar mi expediente y ahí estaban mis cartas, mi visa, toda mi documentación. Tratando de componer las cosas dijo: “Bueno, dejemos esto. El señor Fischelis tiene la obligación de estar supervisando a los becarios y no hay ningún problema”. Entonces a mí me entró, como diría un mexicano, el “masiosare”, la rabia por el maltrato gratuito, y dije: “¿Pues sabe qué? La que va a dejar esto soy yo: renuncio a la beca”. Había podido hacer algunos ahorros y, aunque apretadamente, por unos meses podía aguantar sin beca. Además, tenía asegurado un puesto para el otoño en Wesleyan. Entonces, ya muy, muy enojada les repetí: “Pues renuncio a la beca”. Y agregué, “Quédense con su beca, porque no estoy dispuesta a aguantar estas amenazas y prepotencia. Es una pésima actitud la de ustedes y una increíble muestra de desorden e incompetencia de la Fundación”. Me levanté y me fui. Esa misma tarde escribí la carta de renuncia y acabé mi relación con la Rockefeller de la manera más súbita, inesperada y desagradable.

Algo que no mencioné antes, pero que también viene al caso y que me impresionó mucho durante este altercado, es que, de repente, Mr.

Fischelis, que se había puesto a hojear mi expediente, sacó un recorte del *New York Times*. Era el artículo del periódico que mencioné anteriormente, en el que se hablaba de la protesta que habíamos realizado en 1966 contra la dictadura de Onganía. Y sin más me espetó: “Además, usted ha estado haciendo actividades políticas, que están prohibidas para los becarios”. Y agregó: “¿Cómo se atreve usted a participar en esto, siendo becaria nuestra?” Y ya triunfante agregó: “¿Cómo se atreve usted a participar en asuntos políticos sobre la Argentina?”. Yo estaba estupefacta de que en mi expediente académico estuviera ese recorte. “Perdone usted, Sr. Fischelis —le respondí—, pero usted no me puede poner una mordaza política y, ante todo, yo soy argentina”. Bueno, aquello siguió siendo un diálogo de locos. “¿Cómo que usted es argentina?” “¿Cómo que cómo soy argentina? ¿Acaso no tiene usted ahí copia de mi pasaporte? ¿No tiene la visa, señor? ¿Ustedes no saben leer?”. “Pero si usted es mexicana”. “No señor, soy argentina”. “¿Pero viene del Colegio de México?”. “Sí, pero soy argentina con residencia permanente en Estados Unidos. Ustedes acaban de ver que tienen todos mis documentos, nunca fueron engañados. Si hubo algún problema, el problema es de ustedes y no mío. Pero, además de ser un problema de ustedes, esta es una censura política inaceptable. ¿Usted me va a decir que yo, como argentina, no puedo opinar sobre la política de mi país y sobre una dictadura militar en mi país?”. Hasta entonces había tenido una relación perfectamente correcta, hasta cordial con la Fundación que me había becado y con la que había cumplido puntualmente y bien todo lo convenido. Aunque sabía que la Fundación Rockefeller tenía una larga historia de intromisión política e ideológica en muchos lugares del mundo y, concretamente, en América Latina, conmigo no había habido hasta entonces ningún problema, ni un “quítame allí esas pajas”, nada; en poco menos de tres años esa fue la primera y la última vez.

Soy la única becaria que conozco que ha renunciado así a una beca de la FR, y siempre que encuentro colegas que han ido al archivo de la

Fundación y me dicen que encontraron mi expediente, les cuento de mi enojo, cuestionando las formas de vigilancia y amenazas de un funcionario de segundo nivel que, en lugar de enterarse de lo que estaban haciendo los becarios, los hostigaba sin más, y todavía hoy estoy atónita ante el desorden burocrático de esa importante institución norteamericana. Ahora confieso que me hubiera gustado ver mi propio expediente, porque supongo que el informe de Fischelis debe haber sido terrible, pero jamás hice el esfuerzo y solo sé de él por comentarios de otros. En fin, así concluyó entonces mi relación con la Rockefeller, con una sensación de enorme desagrado, pero sin gran pesar. No quiero pensar qué hubiera podido pasar tarde o temprano con ese señor, especie de perro policía mordiéndome los talones y tratando de hacer méritos ante sus jefes. En la primavera de 1968 terminó así mi relación con la Rockefeller, que había comenzado en el otoño de 1965 gracias al apoyo del Colegio de México, por intermediación directa y generosa de Silvio Zavala.

Era el 68... El golpe de Onganía había tenido lugar en 1966 y, como dije, había sido particularmente duro contra la Universidad, contra los intelectuales y académicos que habían salido expulsados o renunciado por solidaridad. A Estados Unidos ya habían comenzado a llegar los primeros exiliados argentinos: Tulio Halperín Donghi había ido a Cambridge, a enseñar en Harvard; allí también llegó el sociólogo Gino Germani; a Yale había ido Roberto Cortés Conde y ya se anunciaba la llegada de Nicolás Sánchez-Albornoz a la Universidad de Nueva York (NYU). Por Enrique Florescano supe que en el otoño iban a tener una reunión de historia económica y que en algún momento varios estarían en Nueva York. Entonces quedé con Enrique en que me avisara para hacer una reunión en casa. Tenía especial deseo de conocer a Nicolás, a quien solo había visto, pero nunca tratado. Sí había leído con mucho provecho un libro publicado en la Argentina en 1963, sobre historia económica del siglo XIX español: *Las crisis de subsistencias*, que a finales de 1964 me había regalado una compañera de letras del Colegio de México que venía de Rosario, en cuya Universidad se había publicado.

Yo no tenía especial vocación por la historia económica, pero empecé a hojearlo y me pareció fascinante, porque era una historia económico-social de España, que se centraba en el impacto social de las crisis de subsistencias, sobre lo cual ya tenía alguna idea por el curso de Girault. De modo que tenía a Nicolás en una estima muy alta y me hacía ilusión conocerlo personalmente. Para entonces, ya estaba enseñando en Wesleyan, pero vivía en Nueva York, así que lo llamé por teléfono para invitarlo a casa. Su respuesta fue muy espontánea y simpática: “¡Feliz de la vida, encantado!”. Y así, natural y nada acartonado como fue por teléfono, resultó en persona. En ese momento, en Columbia estaban Herbert Klein, así como Marcello Carmagnani, quien más tarde iría al Colegio de México; a partir de entonces, con Nicolás mantuve una camaradería entrañable que dura hasta hoy, de amigos, sí, pero también de alguien a quien siempre he admirado mucho.

En Nueva York, en casa, se reunía gente que pasaba por ahí o que vivía allí. Siempre fue un lugar de encuentro. Alguna vez, gracias a un querido amigo puertorriqueño, Rafael, “Rafi”, Rodríguez, quien tenía lo que García Lorca llamara duende: el encanto y la gracia de una persona auténticamente generosa y cordial, con gracejo caribeño fino, divertido y cautivador; vinieron también funcionarios de la Misión de Cuba en las Naciones Unidas, entre otros, el embajador Ricardo Alarcón, quien luego fue Ministro de Relaciones Exteriores de su país. Ya en estos momentos Ricardo era muy activo como representante de Cuba y con él mantuvimos muy buena relación, junto con otros compañeros de la misión. De modo que por casa pasaban amigos españoles, mexicanos, argentinos del exilio, puertorriqueños, los propios norteamericanos y cubanos, entre muchos otros. Nueva York fue un lugar de sociabilidad para mí, de aprendizajes y amistades importantes, pero también de mucho trabajo.

12. Wesleyan y el 68

AL CONCLUIR EL PRIMER SEMESTRE ACADÉMICO de 1968 pude entregar mi tesis a Princeton, con la idea de que su defensa fuera al comenzar el siguiente semestre, en septiembre, días más días menos antes de comenzar las clases en Wesleyan. Había prometido que para entonces tendría la tesis terminada y, en efecto, la entregué a la Universidad antes del verano. De hecho, ya tenía la carta oficial de que la habían recibido y que la defensa sería en algún momento de septiembre.

Ese verano Llorens iba a España, e Iris y yo también iríamos a Europa. Ella ya enseñaba y quería aprovechar el viaje para comprar un auto nuevo en Europa y llevarlo a Estados Unidos, lo cual siempre sería más económico que comprarlo en una agencia local. Si lo llevabas ya usado, no tenías que pagar tantos impuestos de importación, por lo que arregló comprar un Volkswagen, que nos entregarían en Luxemburgo, a donde también volaba Loftleidir. Esto nos permitiría ir primero a Francia y luego a España, para volver a sumergirnos en los archivos locales.

Pero en Francia nos recibió el 68 parisino. Antes le había escrito a Pierre Vilar diciéndole que me gustaría pasar a saludarlo porque —aunque el año anterior me había desanimado diciéndome que el anarquismo no tenía ninguna importancia, que lo que tenía que estudiar era la burguesía catalana—, yo seguía teniéndole gran admiración. Lo fui a ver justamente cuando ya estaban en pleno auge las movilizaciones estudiantiles. Lo encontré muy preocupado, pues si bien Vilar no era del partido comunista, sí era un marxista bastante ortodoxo, con ideas muy definidas sobre lo que debía ser la revolución. Y claro, en esos momentos sentía que el mundo se estaba cayendo, que los estudiantes eran

unos pequeñoburgueses irresponsables, que no se daban cuenta de que estaban dándole armas a las derechas siendo De Gaulle presidente. Esta era, en parte, la postura de muchos: bastaba hablar con Soboul, con Labrousse y otros destacados catedráticos e historiadores de izquierda, para ver la distancia que sentían frente a la protesta estudiantil. Por su parte, otros más jóvenes se sentían marginados en el sistema universitario francés, en el que, por ejemplo, defender una tesis de doctorado de Estado y obtener un puesto seguro podía tardar, a veces, veinte años, o se tenía que jubilar o morir el profesor para que se pudiera concursar por una plaza. En el fondo era un problema laboral en muchos ámbitos, pero en el universitario, fuertemente jerárquico y piramidal, no se abrían plazas y menos de alto nivel. Los menos jóvenes no tenían cómo ascender y los más jóvenes encontraban inaceptable ese verticalismo cerrado. Siempre había sido así, y los grandes nombres de la izquierda intelectual francesa eran figuras que, si bien tenían gran influencia intelectual, representaban y en gran parte sostenían esa jerarquización rígida y tradicional.

Bueno, hacia mediados de mayo llegamos a París y aquello era un verdadero maremágnum. Empezaban las revueltas en el Barrio Latino, en la Sorbona, pero también las protestas y huelgas obreras; en la ciudad entera se sentía el nerviosismo y había mucha exasperación general y, en particular, juvenil. Se habla de la alegría del 68, sí, pero también había mucha tensión y mucha rabia de parte de los jóvenes cuyo futuro no parecía nada sonriente y de los trabajadores en un contexto de crisis económica. Estaba en plena expansión también la guerra de Vietnam (la antigua Indochina francesa) y, naturalmente, el movimiento también era contra Estados Unidos y contra el colonialismo. A su vez, Francia acababa de salir de la guerra de Argelia y la lucha por la descolonización estaba muy fresca. En fin, había muchos motivos de tensión política.

La situación en París se iba poniendo bastante violenta, con mucho barullo general. Desde luego, ¡ni pensar en consultar archivos! Parecía que lo mejor era que nos fuéramos a España cuanto antes, pues todo

podía acabar mal; además las protestas y la huelga comenzaban a extenderse a todas partes. ¿Cómo íbamos a salir de Francia si hasta la gasolina escaseaba, con las gasolineras cerradas? Por suerte habíamos llenado el coche al llegar y había quedado guardado en París, pero ¿nos alcanzaría para llegar a España? Era todo muy difícil de saber, y al mismo tiempo era muy, muy impresionante ver el bullicio juvenil y la energía de la protesta, de las consignas, de las manifestaciones, pero también era preocupante ver cómo se iba endureciendo la postura del gobierno y cómo la propia policía reprimía ya con violencia. Eso amenazaba con acabar mal. En todo caso, en medio de la huelga, en pleno auge de la huelga, salimos de París, y por todas partes nos encontramos con protestas, así que decidimos hacer el recorrido sin parar, manejando entre las dos directamente hasta la frontera de España. Al salir de Francia debíamos presentar documentación, pero no había policía de fronteras; la frontera estaba abierta, con lo cual, la verdad eso sí me pareció una huelga revolucionaria, pues hasta la policía de frontera, es decir, la Gendarmería, había reducido la vigilancia. Todo era muy inusitado.

Cruzamos a España, pero en la frontera española también estaban tan confundidos que casi no nos pidieron documentación ni, por suerte, nos revisaron nada. Antes de dejar París, había vuelto a ver a Semprún y a Claudín. Nos encontramos en pleno Barrio Latino y pude comprobar que ellos tampoco apoyaban a los estudiantes. Es más, en la conversación surgió el tema de Cuba y de América Latina y me sorprendió la falta de simpatía que la Revolución evocaba en ellos y lo poco que entendían de este continente. Teníamos ya claras diferencias, pero pese a ello nuevamente me pidieron que llevara algunas cosas a España, lo cual, naturalmente, acepté; pero esta vez, al llegar a España ni siquiera tuvimos que bajarnos del auto, pues dejaban pasar casi sin ejercer vigilancia, algo que nunca había visto en una frontera europea, y menos española.

Así llegamos a Madrid donde nos encontramos con Llorens y su esposa, Amalia, quienes nos contaron que a ellos les había pasado lo

mismo: habían salido de París poco antes que nosotras, también en auto, excepto que ellos sí tuvieron un problema por falta de gasolina. Al final, al buen estilo de Llorens, familiarizado con la guerra y con los refugiados, y en el mejor estilo de hombre que conocía bien el mundo campesino, y el de las solidaridades e insolidaridades, y que hablaba buen francés, se detuvieron en una granja, a pedir si tenían gasolina, y sí, le vendieron unos cuantos litros, con lo cual pudieron llegar a la frontera. Al final, en mayo del 68, Francia resultó una experiencia muy excepcional.

Otra fue a finales de agosto del 68, cuando en México se reuniría el congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, y a mi padre le iban a dar un reconocimiento. Iris también iba a participar y yo, sin dudarlo, dado mi gusto por el país, había decidido ir también a México y reunirme allí con Denah y mi padre. Por lo tanto, regresamos de Europa a Nueva York y de Nueva York nos fuimos a México, semanas antes de comenzar las clases en Wesleyan, en septiembre. Al llegar a México, también nos encontramos con el movimiento estudiantil en plena efervescencia, de modo que salir de Europa para volver a América, y salir de París para venir a la ciudad de México, era un poco como seguir la ruta de la protesta y del malestar estudiantil.

Al Colegio de México lo ametrallaron ese septiembre, en un atentado del cual no tengo muy claras las causas, pues ya no estaba en México entonces, pero debe haber sido para intimidar, dada la participación de alumnos y profesores en las manifestaciones y huelgas. Era un atentado muy grave. Yo me acuerdo haber firmado desde Estados Unidos una carta de solidaridad, que Alejandra Moreno Toscano me había enviado. El Colegio estaba muy politizado, como lo pude comprobar personalmente, pues había asambleas continuas en el auditorio del edificio de la calle de Guanajuato. En realidad, el mundo estudiantil mexicano vibraba, y con él también el resto de la gente. Estaba por comenzar el Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas a fin de mes, pero yo debía volver para incorporarme a Wesleyan, mi

primer puesto docente, de modo que tampoco estuve en México cuando sucedió la masacre estudiantil en Tlatelolco, por parte del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Sin embargo, desde antes había gran inquietud, gran movilización, como pude comprobar personalmente una y otra vez.

Llegué a Wesleyan a enseñar y entonces comenzó una nueva etapa de mi vida, ahora como profesora. También allí los estudiantes iniciaban las movilizaciones del 68 norteamericano. De eso hablaremos más adelante, porque estuve muy involucrada. Wesleyan era sobre todo una universidad de varones, a la que se le consideraba como una *Little Princeton* y formaba parte de las *Little Ivies*, en contraste con las ocho grandes universidades de la *Ivy League*. En ese momento los jóvenes estaban amenazados con el servicio militar y el reclutamiento para luchar en Vietnam, de modo que era una situación por la cual mis alumnos se sentían directamente afectados. De hecho, estaban muy angustiados, discutiendo qué hacer y, bueno, hicieron algunos *meetings*, *teach-ins* y *sit-ins*. Apoyé mucho el movimiento estudiantil de la Universidad y vi que era un momento de mucha energía juvenil protestando. Tal vez la protesta estaba muy acotada al mundo estudiantil, pero era muy intensa, sobre todo en un país donde eso no se había visto antes, donde individualmente se podía ser de izquierda o “progre” o lo que fuera, pero en ese momento había una movilización colectiva, *in crescendo*. Era conmovedor ver a estos jóvenes sacudir las inercias políticas norteamericanas y lanzarse por primera vez a una protesta masiva.

En muchos casos no eran huelgas, exactamente, sino los llamados *teach-ins*, que significaba que no eran clases formales, sino reuniones de los estudiantes con los profesores que estuvieran dispuestos a formar grupos de discusión con ellos sobre temas que se proponían entre todos y que no tenían que ver, necesariamente, con el programa de un curso. En fin, luego volveré sobre aquello, pero es importante señalar que a partir de ese momento también me vi involucrada en otro movimiento de Wesleyan.

La universidad era privada y muy WASP (White, Anglo-Saxon and Protestant), es decir, con un perfil muy blanco, anglosajón y, como su nombre lo indica, de origen protestante, metodista, aunque secular. Era una universidad de varones que formaban parte de una élite intelectual y académica, pero también económica, ya que las colegiaturas eran muy elevadas. No había minorías, ni hispánicas ni, casi, afroamericanas. Sin embargo, a partir del 68 también se intensificó la condena contra la discriminación. De hecho, un grupo de estudiantes tomó la presidencia de la Universidad —hizo un *sit-in*— para exigir que se establecieran becas para que estudiantes de minorías económicas y de minorías étnicas pudieran ir a Wesleyan. Varios habían sido mis alumnos y me eligieron su representante ante la rectoría, para negociar que se admitiera y becara a estudiantes étnica y económicamente discriminados. Eso fue importante, porque se logró que se iniciara el reclutamiento sistemático de estudiantes afroamericanos y de origen hispánico, sobre todo puertorriqueños, provenientes mayoritariamente de Nueva York: los llamados *newyoricans* o *nuyoricans*. En esos años, los puertorriqueños eran, realmente, la primera y más numerosa minoría hispánica de la región.

Así comencé mi vida académica en Estados Unidos, aunque con un percance inesperado, pues no pude defender mi tesis a tiempo. Vicente Llorens, como dije, había ido a España en el verano, pero sufrió un infarto al regresar a Princeton. Naturalmente, en ese momento lo más importante era que se repusiera. Cuando me informaron —me avisaron Amalieta, su esposa, y también de la Universidad—, ya teníamos fijada la fecha para la defensa. En Princeton me dijeron que lo podían reemplazar, pero a mí no me pareció correcto, así que pedí posponer el examen de tesis hasta que él se recuperara, lo cual no sucedió hasta comienzos del 69. A mí lo de posponer no me parecía un problema, en el sentido de que ya había terminado el trabajo y no pensé que eso me afectara mayormente. La defendí, en efecto, al comenzar el primer semestre del 69, en enero o febrero, no lo recuerdo, cuando Llorens estuvo plenamente recuperado. Estaba claro que mi contrato exigía que ese

año académico tuviera la tesis, así que estaba tranquila, pero cuando en abril llegó el momento de la revisión de contrato me llamó el decano y me dijo: “Usted no ha cumplido pues tenía que haber defendido la tesis este año como habíamos convenido”. Al responderle que ya la había defendido hacía dos o tres meses su asombro y enojo fueron mayúsculos: “¿Cómo que la defendió, y no fue para avisarnos? ¿Cómo quiere que nosotros adivinemos que usted ha defendido la tesis?” La verdad, ¡jamás se me había ocurrido que tenía que avisarles! Ahí aprendí que, para bien o para mal, uno tiene la obligación de mantener informadas a las autoridades correspondientes de cualquier asunto que afecte administrativamente a una institución. Fue un verdadero y justo regaño, pero creo que yo tontamente pensaba que una universidad le avisaría a la otra; nunca se me había ocurrido que era yo quien tenía que decirles “fíjense que ya soy doctora”. Es decir, iba aprendiendo paso a paso lo que eran las formalidades en el mundo académico y las aprendí sobre la marcha, a veces a trompicones. Desde entonces, les insisto a mis alumnos que avisen cualquier novedad que tenga que ver con la institución en la que estudian o trabajan.

13. Wesleyan, la protesta estudiantil y la fundación de la SSPHS

DE LOS CUATRO COMPAÑEROS del Colegio que salimos al extranjero —Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano, José Antonio Matesanz, que fue a Berkeley, y yo—, Alejandra y Enrique terminaron sus tesis de tercer ciclo hacia 1968 y, como dije, yo la de doctorado. Ellos regresaron a México, y yo ya conté que me quedé en Estados Unidos. En el seminario de maestría, con Silvio Zavala, José Antonio había estudiado la ganadería en la Nueva España y, según creo que lo señalé antes, su texto se publicó con mucho éxito en *Historia Mexicana*. Él era hijo de ganadero, y a don Silvio le pareció muy fácil y muy normal hacerle seguir con el tema. En efecto, hizo un artículo muy novedoso y muy bien investigado, pues, además, él mismo conocía por dentro ese mundo. En todo caso, a José también le dieron la Rockefeller para ir a Berkeley a estudiar con Woodrow Borah y seguir trabajando la ganadería y su relación con la Mesta peninsular. Si recuerdo bien, en Berkeley, Borah quiso que hiciera un censo del ganado de la Nueva España, con lo cual el entusiasmo de Matesanz se fue enfriando con cierta rapidez, pues eso no le interesó. El descubrimiento del mundo norteamericano también le resultó impactante. Berkeley ya era entonces una ciudad universitaria muy efervescente y poco convencional. Había en desarrollo una contracultura muy notable y tenía una población muy abierta, muy *hippie*. El hecho es que Matesanz encontró esa libertad y se dedicó a descubrir el mundo. Hizo eso, pero la universidad se acabó y se acabó la beca, pues no concluyó su doctorado. De este modo, también se acabó el Colegio de México, porque para el Colegio de entonces fue la oveja negra. Pero bueno, a él lo contrataron en la Universidad Nacional y empezó a enseñar en la UNAM, en Estudios Latinoamericanos. La tesis

de doctorado no la hizo sino hasta muchos años después, cuando yo ya estaba en el Colegio y se la dirigí. Fue un novedoso estudio sobre los orígenes, “las raíces”, las llamó, del exilio español; es decir, sobre las políticas de México ante la República española y la Guerra Civil. Es un libro formidable que el Colegio publicó y ha reeditado. Eso era lo que le entusiasmaba: no la ganadería ni contar cabezas de ganado. Él mismo lo decía: “Es que ni en mis peores pesadillas hubiera yo... Borah contaba indios, como sabes, la población de la Nueva España, los debates sobre la población mesoamericana, etc. ¡Y yo iba a ser el Borah de las vacas!”. En efecto, yo sabía que esa no era la vocación de José Antonio, pero nadie pensó que fuera a despeinarse tanto en el mundo berkeleyano. Un buen amigo del Colegio, que por entonces era un joven profesor del Colegio, Rafael Segovia, con quien llevábamos una relación muy buena desde que éramos estudiantes, decía: “Es que se equivocaron de raíz: a ti te debieron mandar a Berkeley, y a Matesanz a Princeton”. Creo que se hubiera desbocado igual en Princeton o en otro lado, pues salir de los horizontes domésticos y correr en libertad puede ser una experiencia gozosa si uno le pone bridas. El hecho es que algo falló al querer empujarlo a investigar un tema que no le entusiasmaba. Una cosa era cumplir y cumplir bien con el seminario de don Silvio, otra dedicarse a contar vacas el resto de la vida.

Claro, éramos todos muy jóvenes, Enrique, Alejandra y José son algo mayores que yo, pero éramos muy jóvenes. Yo concluí la tesis y comencé a enseñar a los 26 años. Creo que era muy joven y que cumplí con todo bastante rápido. No era usual, por ejemplo, acabar los cursos de doctorado, la residencia, los exámenes y demás requisitos académicos en un año. No, no era usual. Eso solía llevar unos tres años, y tampoco era usual hacer la tesis en dos años, eso solía llevar de tres a cuatro años más. En general, se salía con la tesis bajo el brazo a los 30 años pasados. Es cierto que era muy joven, eso lo reconozco retrospectivamente, pero a mí no me parecía tan raro; no era una carrera mía contra el tiempo, sino que se dio así. La verdad, disfrutaba

lo que hacía y no sentía necesidad de más tiempo, aunque tal vez no me hubiera venido mal un poco más de reposo intelectual en algún momento, en lugar de avanzar sin pausa. Pero, al mismo tiempo, uno tampoco decide esas cosas: se van dando. Sí era muy joven enseñando a los 26 años; bueno, todos mis colegas eran mucho mayores que yo, al menos diez años mayores. Ninguno tenía menos de 35 años. Además, en Wesleyan yo era la única mujer enseñando historia y literaturas hispánicas. En total, estamos hablando de tres o cuatro mujeres en toda la Universidad, pero siempre fui la más joven, lo cual era motivo de sorpresa y extrañeza.

En mi progresiva integración al mundo académico en Estados Unidos, 1968 fue un año muy importante. Ya mencioné las protestas contra la guerra de Vietnam y el ingreso de estudiantes de minorías étnicas. Era el momento de movilizaciones estudiantiles universales: hablé antes de París, desde luego de México y, luego de llegar a Wesleyan, de la movilización de los estudiantes norteamericanos ante la guerra de Vietnam. Me acuerdo haber tenido entonces un buenísimo estudiante, Geoffrey T., que había sido llamado a filas. Era un poquito mayor que sus compañeros, de modo que ya podía ser reclutado para Vietnam. Un día se presentó en mi oficina, supongo que sabiendo de mi poca simpatía por la guerra y por la política belicista norteamericana, a decirme: “Profesora, necesito que usted me apoye en algo”. “¿En qué?, le pregunté”. “Mire, tengo que ir al examen médico para el reclutamiento y estoy desesperado, porque no quiero ir a Vietnam. Si me reclutan, yo me voy a Canadá: me niego ir a la guerra. Pero, lo que voy a empezar a hacer, es a tomar pastillas para no dormir y estar totalmente descentrado y como loco, insomne durante varios días, para llegar verdaderamente mal al examen médico. Necesito que usted me perdone, porque no iré a su clase: voy a estar una semana o dos fuera de combate, pero quiero que sepa que no es que no quiera ir al curso, sino que no estaré en condiciones para seguir yendo a clases por un tiempo”. Le pregunté si no había otro método y respondió: “No hay ninguna otra forma. O me eximen

por inestabilidad mental o me fugo a Canadá: esas son mis únicas opciones. Quiero terminar el *college*, pero para que me eximan, tengo que llegar en un estado físico y mental desastroso”. Le pedí que no hiciera nada sin hablar con un médico, pero no sé si lo hizo o no. Lo que sí sucedió es que estuvo ausente dos o tres semanas y cuando regresó lo hizo en un estado físico muy deteriorado. Lo fui a ver a la enfermería y me contó que había conseguido eximirse. Era muy triste, pero como él hubo muchos otros. Para mí fue vivir desde dentro la angustia de estos muchachos, que estaban contra la guerra y, además, contra el servicio militar —o, al menos, de ese servicio militar. En síntesis, en una universidad como Wesleyan, que era una universidad de élites, una universidad de chicos de muy alto nivel académico, pero también económico, como suelen ser las universidades privadas en Estados Unidos, se palpaba muy directamente el antagonismo de aquellos jóvenes a una política exterior estadounidense, que en este caso los afectaba directamente.

Tanto era así que, poco después de lo de Geoff, que fue uno de los primeros casos de protesta individual con los que me topé, los estudiantes entraron en huelga, en paro universitario. Como ya expliqué, lo que hacían eran *teach-ins*, especies de boicots a clases, reuniéndose fuera del aula, en grupos de estudio sobre distintos asuntos que les interesaban. A mí me pidieron que les hablara de la Revolución cubana. Aclaro que en Wesleyan enseñaba historia de España y de Hispanoamérica y que tenía suficiente conocimiento y suficientes materiales didácticos como para apoyarlos, dándoles lecturas, charlas, información. Digamos que eran grupos de estudio en los que estos chicos, que eran muy listos y muy dedicados, leían y aprendían aquello que les interesaba, pero que no tuviera que ver con sus cursos, sino abriendo otros espacios de reflexión. Entonces leyeron algunos textos de historia y materiales varios de y sobre Cuba, como la Segunda Declaración de La Habana, un largo discurso de Fidel Castro, claro, traducido al inglés, y los discutíamos. Este último es un texto interesante literariamente, que, según me han dicho, lo escribió un estudioso martiano muy reconocido, espléndido

crítico literario y, más adelante, director de Casa de las Américas, Roberto Fernández Retamar, luego gran amigo. Romper estereotipos, esquemas preestablecidos, verdades absolutas, también era parte de lo que significaba el movimiento de esos jóvenes, que tenían curiosidad por cosas distintas de lo que la prensa, la televisión, los medios les marcaban. Querían saber qué pasaba en Cuba, querían saber qué pasaba en América Latina. Les conté lo que estaba pasando en México, de Tlatelolco, de las protestas y la masacre estudiantil, de la inestabilidad y represión argentinas. No lo sabían, pues los medios informaban poco o nada sobre Latinoamérica y, si lo hacían, los sesgos eran evidentes. Esos *teach-ins* no solo sirvieron para que muchos despertaran su curiosidad más allá de lo estrictamente académico, sino que, además, sirvieron para movilizar una conciencia social, que a partir del 68 y durante algunos años, fue bastante visible en los Estados Unidos; diría que desde el 68 hasta la defenestración de Nixon y la derrota en Vietnam a mediados de los setenta, más o menos.

También entonces, claro, se les despertó la conciencia socio-étnica: “¿Por qué Wesleyan es una universidad sólo de blancos?”. Si miraban a su alrededor, prácticamente no había nadie de ninguna minoría estadounidense, ni tampoco mujeres. Podía haber algunos pocos, muy pocos, chicos judíos, blancos, y unos pocos extranjeros, sobre todo europeos. Creo que ya mencioné antes que en muchas universidades privadas (y hasta públicas) de los Estados Unidos había cuotas para estudiantes que no fueran WASP, o, si acaso, católicos o judíos, pero tampoco muchos. Eso dependía de las universidades. Pero negros, puertorriqueños, asiáticos y otros, pese a ser minorías visibles, y numéricamente importantes, rara vez ingresaban en las universidades de élite, las llamadas *Ivy League* o *Semi Ivy League*, que también así se les decía, porque por un lado eran muy caras y, por otro, porque rara vez se les admitía ni daban becas.

Como dije, estos muchachos fueron teniendo más conciencia, insistiendo también con sus profesores norteamericanos en que querían

tener más compañeros de minorías, que Wesleyan era una universidad rica y tenía la obligación de becarlos para que hubiera mayores oportunidades y mayor diversidad étnica. Así, en 1969, un grupo ocupó la presidencia de la universidad, haciendo un *sit-in* con el presidente y los decanos dentro. Los estudiantes exigieron que se formara un comité de selección y que yo fuera la representante para que se abriera el ingreso de alumnos provenientes de grupos minoritarios. Así se pudo empezar a traer chicas y chicos puertorriqueños y negros. Fue tan visible esto, que en un periódico local de Middletown salió un artículo contra mí, que llevaba como título: “Female Cohn-Bendit Teaching at Wesleyan”. Recordarás que Daniel Cohn-Bendit había sido una de las cabezas directivas del 68 francés. Un encabezado más agresivo no podía ser. Sin embargo, debo subrayar también la otra cara de una institución, que si no era progresista, sí era liberal, en el mejor sentido del término. Primero, la universidad contestó diciendo que yo era un miembro destacado del claustro, de la *Faculty*, y, segundo, que el artículo daba una imagen distorsionada de un proceso de apertura que tenía que ver con las libertades civiles y los principios igualitarios. Que la universidad saliera en mi defensa me pareció un gesto muy generoso de apoyo a una extranjera, a una mujer y a alguien de izquierda. Yo realmente lo agradecí y reconocí la importancia y decencia de ese mundo, cuando era tolerante, abierto y capaz de tomar en cuenta críticas y sugerencias para el cambio, vinieran de quien vinieran y, para entonces, genuinamente dispuestos a abrirse a las minorías. Esto no era algo común en la vida cotidiana estadounidense (ni, tal vez, de otros lugares), pero lo fue en Wesleyan y quiero dejar constancia de ello.

Un poco en relación con esto, recuerdo que cuando éramos estudiantes en Brandeis, un grupo de latinoamericanos habíamos ido de viaje a Washington con algunos compañeros africanos, pero en un restaurante les prohibieron entrar pese a la protesta de los demás; claro, todos nos dimos media vuelta y nos fuimos, no sin antes reclamar contra el racismo. En fin, eso era también el pan nuestro de cada día, de

modo que el que una institución se manifestara como un espacio abierto y tolerante era algo que merecía reconocimiento. Eso y lo contrario eran posturas que coexistían en esos años, pero también es cierto que la Costa Nordeste de los Estados Unidos era bastante excepcional, pues tal vez fuera la región más tolerante, progresista y abierta del país, junto con algunas otras ciudades, como Berkeley, en California.

De Wesleyan quiero recordar muy especialmente a alguien a quien conocí allí y con quien mantuve una relación muy cordial: don Juan Roura Parella, ya entonces retirado de la docencia. Roura fue un reconocido filósofo de la educación y pedagogo catalán, que había sido discípulo de Eduard Spranger, en Alemania. Con la Guerra Civil, se exilió en Francia y de ahí pasó a México, a La Casa de España y, luego, al Colegio de México. Al concluir la Segunda Guerra, él y su mujer, Teresa Ramón, emigraron a los Estados Unidos, a Wesleyan, donde yo los conocí y traté con mucha asiduidad. A don Juan, como a tantos otros exiliados, los recuerdos de la España anterior a la Guerra lo desbordaban y hablar de la Universidad de Barcelona, de sus colegas, del mundo de la cultura catalana le era, casi, una necesidad; conmigo lo hizo mucho y largo, y también del México que los acogió durante unos años.

El departamentito de los Roura en Middletown fue un rincón de la memoria del exilio en medio de las tormentas de Vietnam, y recuerdo con emoción y gratitud su afecto casi avuncular. Él me regalo la fotografía que ilustra la cubierta de mi *Caleidoscopio del exilio*, en la que don Juan aparece en un pequeño grupo, junto con los hermanos José y Antonio Machado y otros, en un descanso camino de la frontera de Francia en la primavera de 1939. Él también me contó una anécdota que me conmovió hondamente. Al cruzar la frontera, los hermanos Machado con su madre y el pequeño grupo que los acompañaba al destierro se vieron empujados por un joven impaciente ante el andar lento y cansino que llevaban. Según Roura, el poeta, sin alterarse, volteó para cederle el lugar, diciéndole: “Pase usted, joven, pues lleva prisa; nosotros tenemos la eternidad por delante”. Conmovedoras y premo-

nitarias fueron esas casi últimas palabras al salir de España, pues pocas semanas después, la eternidad, inexorable, los alcanzaría a él y a su madre en Colliure.

Finalmente, durante mi estancia en Wesleyan se presentó una oportunidad a la que venía dándole vueltas desde que había estado en Europa, y sobre todo en Francia. Era algo que había conversado mucho con Iris y luego con Nicolás Sánchez-Albornoz, quien para entonces ya estaba en la Universidad de Nueva York y nos habíamos hecho muy amigos. Con ellos, junto con otros colegas amigos, como Temma Kaplan, Gabriel Jackson, Carlos Blanco Aguinaga y alguno más, habíamos pensado en la necesidad de crear un foro público, un seminario interinstitucional o una asociación o algo por el estilo, que permitiera agrupar a los historiadores dedicados a España y Portugal, es decir, a historiadores iberistas. La coyuntura fue propicia, porque en 1969 se conmemoraban los 30 años del final de la Guerra Civil, la consiguiente derrota de la Segunda República y la destrucción de la democracia en España. Con mi colega y amigo en el Departamento de Español, a quien ya mencioné antes, Julio Rodríguez-Luis, hablamos de la posibilidad de hacer algo para la primavera del 69. Entonces armamos un encuentro, un coloquio que duraría un par de días. Invitamos a distintos colegas a participar en distintas mesas, sobre literatura, historia, política, etc., para debatir sobre la Guerra Civil. La universidad nos apoyó generosamente y nosotros hicimos la difusión, vimos qué cuotas cobrar que fueran razonables, incluyendo las comidas, etc. Ese encuentro funcionó muy bien y el interés de la gente por participar fue muy grande.

Como iban a venir muchos colegas vinculados con el mundo hispánico, aunque en ese caso fuera particularmente con la Guerra Civil, con Nicolás, Iris y Temma pensamos aprovechar este encuentro para plantear la creación de una asociación de estudios sobre España y Portugal. Me senté a redactar unos reglamentos, unos estatutos, después de revisar los de diferentes organizaciones y asociaciones de historiadores en Estados Unidos, para poder tener los lineamientos generales. Tam-

bién empezamos a barajar nombres de quienes podrían estar en la directiva. La verdad es que el núcleo estaba armado con nosotros cuatro: tres en Nueva York y Temma en California. Entonces pensamos que antes de la clausura, antes de que terminara la última mesa, programaríamos una asamblea, un *business meeting*, para hablar de las próximas actividades. Fue un diálogo con los participantes, con el público, y yo planteé la posibilidad de que se hiciera una sociedad de estudios sobre España y Portugal. Antes, ya había hablado por teléfono con algunos otros colegas y todos apoyaron la idea, así que declaramos esta reunión como la sesión fundacional de la Society for Spanish and Portuguese Historical Studies (SSPHS), que existe hasta ahora, aunque haya cambiado el nombre de Society por el de Association.

En esa sesión presentamos una propuesta de nombres para una mesa directiva, profesores conocidos dentro del hispanismo estadounidense, aunque la mayoría eran colegas dedicados al estudio del siglo xx. A partir de ese momento, pudimos arrancar con una convocatoria para un Primer Congreso de la asociación para el siguiente año. Ahí se nombró también a un editor *ex officio*, que tenía voz, pero no voto, y que debía tener el apoyo de su universidad para poder imprimir una *Newsletter*. Estamos hablando de una época en que no existían internet, computadoras e impresoras personales, por lo que se necesitaba ese apoyo, aunque fuera para imprimir en mimeógrafo cuatro paginitas informativas, para fijar las cuotas de los asociados, para afiliarse, en fin, las cosas básicas que se necesitaban para lanzar una asociación. Y en efecto, al año siguiente tuvimos el primer congreso de la asociación en 1970, también en Wesleyan.

La Universidad nos apoyó muchísimo, contratando una ayudante, pagando el correo, las llamadas de larga distancia para difundir, informar, etc. Todo esto lo cubría muy generosamente Wesleyan. Así pudimos convocar con mucho éxito a ese Primer Congreso, traer como invitado de Oxford a un conocido historiador inglés, que había publicado una importante historia de España de 1808 a 1939, Raymond Carr. Y

Carr fue realmente nuestra estrella, en más de un sentido, pero sobre todo por su conferencia inaugural, pues era un conferenciante muy atractivo. Digo en más de un sentido, porque luego me enteré de que en los congresos norteamericanos, y supongo que en el resto del mundo, una de las cosas que abundan son los flirteos y encuentros sexuales, aunque sean ocasionales y efímeros. Resultó que Raymond Carr hizo migas con una mujer muy conocida, que había asistido de público —voy a decirlo porque ya era *vox populi*—, que se llamaba Barbara Probst Solomon, y era entonces la editora del *New York Review of Books*. Barbara había estado en París en los años cuarenta y, con la hermana de Norman Mailer, había participado en una expedición, organizada desde el exilio, para sacar de la cárcel de Cuelgamuros (luego llamado Valle de los Caídos), a dos presos políticos que participaban en la clandestina FUE (Federación Universitaria Escolar): Nicolás Sánchez-Albornoz y Manuel Lamana, por entonces jóvenes estudiantes. Barbara y la hermana de Mailer, no recuerdo ahora el nombre, debían ir a España conduciendo el coche de Norman Mailer y detenerse en un lugar previamente convenido. La FUE les hizo saber a estos muchachos que en un lugar dado iba a estar esperándolos un auto con placas extranjeras, manejado por dos norteamericanas y que iba a estar en tales momentos, tales días y horas. La idea era que en cuanto pudieran evadirse, fueran a ese lugar y ahí las iban a encontrar.

No voy a contar la historia de Nicolás, que él mismo ha contado y de la cual se ha hecho una película, ni la de Manuel Lamana, que escribió una novela, *Otros hombres*, que fue realmente la primera narración de toda esta historia. Pero bueno, la joven Barbara Probst había estado en eso, con la joven Mailer. Estos dos chicos, jóvenes, de veintipocos años, lograron escaparse de Cuelgamuros después de ir a misa y salir caminando del penal sin que los guardias se dieran cuenta. Subieron al auto y se fueron; algo increíble en esa España franquista, dura, de la década de los años cuarenta. Sin embargo, con las dos chicas extranjeras, parecían dos parejas de enamorados. Salieron desde El Escorial,

desde Cuelgamuros, hasta la frontera catalana. Luego, desde ahí, ellos tuvieron que cruzar los Pirineos a pie. En fin, fue toda una aventura, muy famosa también porque Nicolás Sánchez-Albornoz era hijo no solo de un historiador muy conocido, Claudio Sánchez-Albornoz, sino que su padre era un activo político de la República en el exilio. Nicolás era un preso importante para el franquismo, y su fuga también fue una hazaña importante para los republicanos en el exilio. Así que la huida de Nicolás y de Manuel Lamana fue muy sonada.

En fin, volviendo a Wesleyan, ahí estaba Barbara Probst, y al día siguiente fue la comidilla de todos que Barbara Probst y Raymond Carr habían tenido un tórrido romance nocturno. Era parte de la cotidianidad del encuentro. Esto es puro cotilleo académico, pero lo que sí hay que reconocer es que a partir de ese encuentro y de la fundación de este Primer Congreso, pudimos ir haciendo congresos anuales, rotando de universidad en universidad, consiguiendo traer gente de fuera, y haciendo que los historiadores de España y Portugal se fueran asociando hasta, incluso, darse a conocer y tener una presencia en la American Historical Association, que es la gran sombrilla profesional para diversas asociaciones de historiadores en Estados Unidos. A Pierre Vilar y a su esposa, una destacada archivista francesa, Gabrielle Berrogain, los invitamos al segundo congreso de la SSPHS, que fue en Stony Brook; Antonio Domínguez Ortiz vino al tercero y Jordi Nadal al cuarto. En fin, realmente pudimos tener una presencia significativa de figuras importantes en el mundo de la historiografía, pero también personas que provenían de un mundo progresista, como Vilar, hombre de izquierda, hasta un liberal inglés, como Raymond Carr, o un distinguidísimo historiador marginado por el franquismo, como Antonio Domínguez Ortiz, al cual no se le había permitido acceder en oposiciones a una cátedra universitaria. Durante el franquismo él fue profesor de instituto, de bachillerato, porque era *persona non grata* para el franquismo. Cuando acabó la dictadura, la Academia de la Historia lo quiso nombrar académico y Domínguez Ortiz dijo no: “He estado todos estos años sin que ustedes se

interesaran por mí. Hoy no tengo ninguna necesidad de interesarme por ustedes”. Pero era una figura señera, gran historiador de la España de los Austria, y desde luego alguien intachable, no sólo como historiador sino como persona. Entonces también fue un poco eso: tratar de traer y de mostrar en Estados Unidos qué historia se podía hacer, sin quedar subsumidos en los tejemanejes de aquella España franquista.

En la SSPHS hubo dos o tres situaciones muy incómodas para mí, siendo su Secretaria General, que últimamente ha mencionado un apreciado amigo y destacado historiador español, Ángel Viñas. Entre los hispanistas había colegas a los que les importaba mucho colaborar con el gobierno español, pues así conseguían apoyos económicos y facilidades de investigación. Una de las cosas importantes de nuestra asociación, lo cual estaba explícitamente dicho en los estatutos, es que como asociación no tendríamos una orientación política y que seríamos independientes. Esto implicaba no tener relaciones institucionales formales con partido ni gobierno alguno. Recordemos que en España estaba Franco y en Portugal, Oliveira Salazar. Claro está que no íbamos a tener relaciones con representantes oficiales de esos países, ni ningún otro. Por otra parte, si sus funcionarios querían participar, lo podían hacer a título meramente personal, como cualquier afiliado, pero no como representantes oficiales de un Estado. Sin embargo, no faltaba quien quería traer como invitados especiales a gente que participaba en el gobierno español. Una de esas personas era Ricardo de la Cierva, quien desde el Ministerio de Información y Turismo tuvo mucho que ver con la censura en España y el acceso a ciertos archivos. Varios nos opusimos tajantemente a invitar a un funcionario del régimen franquista. Era totalmente contrario al espíritu y a la letra de la asociación invitar a alguien así. Ángel Viñas, amigo muy apreciado, hace poco encontró un documento en el cual Ricardo de la Cierva escribía pestes de mí, negándome el acceso al archivo en Salamanca. Hay que recordar que con el franquismo se creó en esa ciudad un archivo al que fueron a parar documentos y libros incautados por el régimen durante la Guerra; un poco como

hacía Comín Colomer en privado, pero a nivel nacional y en grande. Era un Archivo con materiales de y sobre la masonería, el socialismo, el anarquismo, el comunismo y también el republicanismo. Para entrar ahí había que solicitar un permiso especial; lo solicité, y Viñas encontró la carta en la que De la Cierva ordenaba al director del dicho archivo que se me impidiese la entrada. No era muy simpático lo que escribió sobre mí, pero era, supongo, la justa retribución frente a mi negativa de que no se le invitara a la SSPHS. Y así como él, a algunos otros franquistas destacados. Durante los tres o cuatro años que fui Secretaria General, desde su fundación hasta 1973, no entró nadie de ese perfil, pese a la insistencia de varios colegas como Stanley Payne, Ed Malefakis y Juan Linz, que no tenían el menor escrúpulo en acercarse al régimen, ya fuera por convicción o por el deseo de que se les llevara y se les trajera.

Pero volviendo a la SSPHS, en sus años fundacionales esa asociación fue una obra importante, aunque la hicimos contra viento y marea, porque la historia de España, y no se diga la de Portugal, no eran temas *mainstream* en la academia norteamericana. La Península Ibérica era escasamente prioritaria frente a la importancia asignada a Francia, Alemania, Inglaterra, y no se diga, claro está, a los Estados Unidos e, incluso, a Latinoamérica, sobre todo después de la Revolución cubana; pero España era marginal. Entonces, hacer que adquiriera visibilidad, que hubiera una asociación que representara a ese mundo de investigadores, aunque no fuera numeroso, fue una hazaña de la que me siento orgullosa.

En esos años, en Nueva York había una librería hispánica que se llamaba Las Americas, que había fundado un exiliado italiano, Gaetano Massa, que luego supe que había sido un muy activo luchador contra Mussolini y el fascismo. El hecho es que esa librería existía desde los años cuarenta, creo. Massa tenía también una editorial, Las Americas Publishing Company. En 1968 se cumplió el primer centenario de la revolución antiborbónica que logró en España deponer a la reina Isabel II e iniciar un periodo de cambio liberal. La Revolución de 1868 estuvo seguida de un sexenio en el cual hubo desde un rey extranjero que ocupó el

trono de España, el príncipe italiano Amadeo de Saboya, hasta una sobresaltada y efímera Primera República, proclamada en febrero de 1873. Luego, a principios de 1874, todo esto fue cortado de tajo por un golpe militar que, a finales de ese año, restauró la monarquía borbónica, con el hijo de Isabel II, Alfonso XII. Yo había estudiado el 68, porque en ese año también se conoció en España la Primera Internacional, empezaron a llegar los primeros enviados de Bakunin y las primeras organizaciones internacionalistas. En ese entonces Iris trabajaba la novela del siglo XIX y Nicolás hacía historia económica del siglo XIX; entonces, los tres pensamos hacer un libro sobre el 68. Se trataba de una compilación de artículos académicos que se llamaría *La Revolución de 1868. Historia, pensamiento y literatura*. Cada cual se iba a encargar de conseguir colaboradores para cada una de esas partes y tratar de que se publicara en España. Bueno, fue imposible conseguir un editor español porque para el franquismo la Revolución del 68 era tabú. Al final, se lo propusimos a Massa, quien aceptó, y ese fue el primer libro que se publicaba desde los años de 1930 sobre el sexenio revolucionario. También fue la primera compilación de estudios académicos especializados sobre el tema, de modo que marcó época.

Entre tanto, Massa, que ya era bastante mayor, había pensado vender su librería y su editorial, es decir, su sello editorial, y Germán Sánchez Ruipérez, dueño de la editorial Anaya, en Salamanca, entró en tratos con él. Germán estuvo en Nueva York, y Massa nos lo presentó. Creo que el hecho de que Nicolás Sánchez-Albornoz estuviera con nosotras fue muy importante, no solamente por la fama de haber huido de la cárcel franquista, sino porque ya era un reconocido historiador económico. A Germán le sugerimos que ya que él iba a comprar Las Americas, por qué Anaya no publicaba una revista de historia de España, pues no había entonces una revista internacional de ese tema, y que eso le daría visibilidad a la nueva editorial Anaya-Las Americas. A Germán le gustó la idea, aunque estaba un poco temeroso; como buen empresario editorial sabía qué se podía hacer y qué no con la censura en

el franquismo. En todo caso, nosotros le propusimos hacer esa revista, le presentamos el proyecto de un primer número y él finalmente aceptó. La revista se llamaría *Historia Ibérica*, porque también queríamos que, de alguna manera, incluyera a Portugal. Formamos un comité editorial, que, entre otros, incluyó a Pierre Vilar y a Gabriel Jackson. El hecho es que Sánchez Ruipérez nos dio luz verde para que preparáramos un primer número, en el que había artículos de P. Vilar, D. Ringrose y G. Tortella, entre otros. Como se imprimiría en España, pues era más barato que imprimir en los Estados Unidos, le mandamos todo a Germán, quien ya tenía la maqueta lista. Pero aquello se detenía y se detenía y el número no acababa de salir. Finalmente, Germán nos dijo: “Lo vamos a publicar, pero tenemos un problema con la censura y como editorial no podemos arriesgarnos a que nos pongan una multa o nos cierren; ya está impreso, pero no lo vamos a poder vender en España. Vamos a mandar la edición para venderla desde Nueva York, pero será el primero y último número”. De modo que una vez más, la censura franquista se había encargado de impedir una publicación nuestra. Debo decir, y se me pasó decirlo antes, que el libro sobre la Revolución del 68 se publicó en Nueva York, por Las Americas Publishing Co., pero había sido impreso en España, pues según Massa era más barato. Ese libro también había sido prohibido en partes, pues se había producido en España y tuvo que pasar censura previa ahí. Cotejando el prólogo original con el que se pudo publicar, se podían ver las tonterías de la censura, siempre poco diestra en lo que se prohibía. Por un lado, se les pasaban muchas cosas de las que no se daban cuenta, pues los censores hacían su trabajo para mostrar que habían cumplido, pero sin mucho interés ni conocimiento, a ojo de buen —o mal— cubero. También prohibieron algún apéndice documental, alguna frase aquí y allá, y varias cosas del prólogo. Aun así, el libro no pudo circular en España. En otras palabras, teníamos un continuo “estira y afloja” con la censura, si queríamos publicar para que en España se nos leyera.

14. Los libreros de viejo

HEMOS HABLADO sobre mi ingreso al mundo académico norteamericano al enseñar en Wesleyan, pero me he quedado pensando que hay un aspecto de los años previos, y también posteriores, que querría mencionar. Y es cuán fundamentales han sido para mí las librerías, especialmente las de viejo, tanto en México y en España, como alguna en Francia y en otros lugares, pero sobre todo en los dos primeros países.

Ya desde los años en que era estudiante del Colegio había en México librerías muy interesantes, no sólo de viejo, sino también contemporáneas, que atraían mucho a los estudiantes. Iba con frecuencia al centro de la ciudad, donde estaban las principales. No lejos del Archivo General, entonces en Palacio Nacional, estaba un negocio de un viejo comunista, la librería Navarro, que tenía una rica variedad de libros de izquierda, publicados desde Moscú hasta Sudamérica, pasando por muchos aspectos de y sobre la República y la Guerra Civil, que pude comprar. También había una gran librería, Zaplana, en la avenida que entonces se llamaba San Juan de Letrán, que luego fue Lázaro Cárdenas y ahora es el Eje Central. La librería Zaplana estaba muy bien surtida; era de un español exiliado, Andrés Zaplana, de los pocos que importaban libros de España. Allí compré muchos, incluyendo ediciones ya agotadas. La beca, aunque modesta, nos alcanzaba: era una beca de cien dólares (1 250 pesos de entonces), que daba para pagar casa y comida, comprar cigarrillos, pues fumábamos mucho, pero también libros. Es sorprendente cómo los estudiantes nos contentábamos con vivir muy modestamente, alquilando un cuarto con alguna familia, pero sin lujos, sin coche, etc. En cambio, el dinero de la beca alcanzaba para comprar

de vez en cuando libros que nos resultaran accesibles. De tal manera que iba mucho al centro y era lógico ir a las librerías a hurgar.

No sé si hoy los estudiantes de doctorado o de maestría con becas en apariencia mayores pueden darse el lujo de comprar muchos libros, ni si lo hacen. Por un lado, ha sucedido algo muy lamentable, y es que los libros han subido mucho de precio, pero, por otro, los de viejo lo han hecho enormemente; es un lujo comprar libros viejos. No estoy hablando, exactamente, de libros antiguos, sino viejos, del siglo XIX y primera mitad del XX, que en aquellos años no eran tan costosos. Bueno, ahí comencé a comprar algunos, más por interés personal que académico. Es cierto que yo todavía en esa época no tenía muy definidos los míos, pero ya me llamaba la atención encontrar libros sobre anarquismo o sobre socialismos o sobre cuestiones filosóficas, etc., que me interesaban en sí.

Cuando más tarde, ya haciendo la tesis, fui a España, Vicente Llorens me recomendó mucho con algunos libreros de viejo en Madrid, amigos suyos desde su juventud, y eso sí fue para mí muy importante por dos cosas: una, porque ya sabía qué buscar sobre temas vinculados con mi investigación sobre el siglo XIX, con movimientos sociales, con movimientos socialistas, con anarquismo, republicanismos, etc. Además, siempre miraba si había cosas sobre el siglo XX que me pudieran interesar. Entonces, presentándome como amiga y discípula de Llorens me atendían muy bien.

En Madrid hay una calle que se llama Libreros; en esa época tenía varias librerías de viejo (no sé si sigue teniéndolas ahora). Allí había una que pertenecía a alguien particularmente cercano a Llorens, don Antonio de Guzmán. A poco de llegar me presenté con él, y al decirle qué investigaba estuvo hablando un rato conmigo, como tanteando bien quién era, hasta que me llevó a la trastienda y me dijo: “Mire usted en esa pila”. Miré la pila y estaba llena de periódicos, desde el *ABC* hasta periódicos franquistas como *Arriba*, *Pueblo*, etc. “No —me dijo— levante los periódicos y mire debajo”. En efecto, cubiertos por periódicos

del día, no viejos, sino relativamente recientes, pero periódicos oficiales y oficialistas, había prensa del siglo XIX e inicios del XX. Lo que yo conseguí en la librería de Guzmán fue extraordinario y raro: periódicos, libros socialistas, anarquistas, republicanos, incluso folletos y, alguna vez, algún manuscrito, a precios muy baratos. Era irrisorio cuánto podía valer un libro. En esa época sesenta pesetas eran un dólar y con un par de dólares o tres podías comprar uno o dos libros del siglo XIX. Con cinco o diez dólares te hacías de lo que fuera. Era una España pobre, pero además, lo que era notable es que había muy pocos españoles haciendo lo mismo, y no solo por el precio, que pocos podían afrontar, sino por los temas, que entonces casi nadie estudiaba.

Había otra zona de venta de libros viejos y antiguos los domingos, en un lugar del Retiro que llaman la Cuesta de Moyano. Es una calle en pendiente junto al Jardín Botánico, en la que los domingos los libreros de viejo ponían sus puestos. Eran puestos al aire libre. Claro que en esa época cuidaban mucho lo que exhibían, para no meterse en problemas. Llevaban cosas que no fueran política o ideológicamente comprometedoras, pero a medida que te conocían y hacías tratos con ellos te decían: “Venga a verme a la librería”. No era ni un sí ni un no, pero ese “venga a verme” ya era el santo y seña para saber que podían tener cosas interesantes, escondidas un poco al estilo de don Antonio. En muchos casos, si te tenían confianza, era igual: “Mire usted debajo de ahí” o “Vaya usted a la bodega, pero mueva las cajas porque están detrás”. Y eso fue algo fascinante e importante, porque así me hice de cosas que no se encontraban fácilmente en los acervos. Creo que tengo una buena colección de libros y algunos pocos periódicos del siglo XIX, incluso algún documento original. De modo que aquello no sólo fue importante académica e intelectualmente para mí, sino como visión de un mundo de dos niveles, el público y el secreto; el oficial y el clandestino. En ese sentido, observar a los libreros en esa doble actitud también era muy revelador políticamente. Es decir, debías tener mucho cuidado con no quedarte con la primera impresión para el público general, porque de-

bajo de ella podía haber de todo. Quería mencionar esto porque a veces nos olvidamos de lo importante que en contextos represivos es contar con buenos libreros y poder revisar sus escondrijos o, sencillamente, hurgar para acceder a materiales prohibidos. En Estados Unidos, ya como profesora, ya con un sueldo decente, seguía recibiendo catálogos de España o pidiendo y preguntando si tenían tal o cual cosa o si me la podían conseguir y mandar, y —como ya me conocían— me ofrecían a menudo libros fuera de catálogo. Eso me permitió seguir haciéndome de una pequeña colección especializada que me ha ayudado mucho a lo largo del tiempo.

También quiero volver y decir algo sobre los libreros republicanos en México. Zaplana, a quien yo no llegué a conocer personalmente, era uno de esos libreros exiliados. Pero había otro, Roberto Castrovido, hijo del periodista republicano del mismo nombre, que había venido a México apoyado por La Casa de España, no para trabajar en La Casa, pues no era un académico, sino que la institución le ayudó, como a otros, a tramitar la visa para poder exiliarse en México. Su hijo montó una librería en la calle de Orizaba, cerca de la de Puebla, a pocas cuerdas del Colegio de México, que entonces estaba en la calle de Guanajuato, muy cerca de la esquina con Orizaba. Muchas veces caminábamos hasta la librería Góngora, de Castrovido, porque también tenía muchas cosas, no tan antiguas, sino más bien raras, que no podíamos conseguir en otras. Con Castrovido mantuve una larga amistad y él me presentó a algunas personas cuando en los ochenta ya estaba yo en México. Era gente que venía de España o de otros países donde se habían exiliado. Gente que a él le podía parecer interesante y que creía que también a mí me podía interesar. De modo que quiero cerrar con este recuerdo, porque los libreros merecen un homenaje especial. Nos ayudaron mucho a todos en esos años a estudiar a fondo con materiales de primera mano, en una época en la que sin ellos no lo hubiéramos podido hacer. Lo digo para que aquí conste mi agradecimiento.

15. En la Unión Soviética

YA CONTÉ QUE SILVIO ZAVALA me había presentado en París a algunos colegas que estaban en el Comité Internacional de Ciencias Históricas. Ese Comité se iba a reunir en Moscú en 1970, y la tradición era que propusiera un tema de interés internacional. En el caso de esa reunión, el tema sería sobre movimientos campesinos y sociedad rural. Es decir, se armaban comités locales y cada comité tenía la misión de formar un grupo de investigadores que estudiara ese problema en su país. Cuando don Silvio me presentó a la gente del Comité, la Secretaria, Mme. Denise Fauvel-Rouif, me preguntó si yo quería participar, porque don Silvio le había hablado de mí. Le respondí que sí, pero que yo trabajaba cosas que tenían que ver con el anarquismo rural. “Excelente. Presente usted una ponencia. Ya el comité está armado para España, son fulano, zutano y mengano”. “Yo los conozco muy bien”, le respondí. “Hable con ellos, acérquese usted a esa comisión y venga a Moscú”. Me dio mucho gusto, pues todavía no me había doctorado. Así que me puse en contacto con quien encabezaba el comité español, un colega catalán de la Universidad de Barcelona, Emilio, Emili, Giralt i Raventós, excelente historiador económico y social del mundo agrario, en especial de los *rabassaires* (viticultores) catalanes. Giralt fue muy cordial y me dijo: “Mira, necesitamos que nos escribas algo sobre la protesta campesina en Andalucía que tú has estado estudiando, y aparte puedes presentar una ponencia”. Colaboré, entonces, con el comité y cuando llegué a Wesleyan les dije: “Me han invitado a la Unión Soviética y me gustaría saber si ustedes me podrían ayudar en algo con el viaje”. De nuevo fueron muy generosos, aunque quedaron muy sorprendidos, porque, bueno, yo era un poco un bicho raro, ¡muy raro!: joven, extranjera,

mujer en un lugar preponderantemente masculino y WASP, y, además, era algo latosa, pues había apoyado las protestas estudiantiles, pero al mismo tiempo, académicamente hablando, iba mostrando seriedad, era buena profesora y publicaba con regularidad, y tenía ya cierta visibilidad profesional. Así que el decano me dijo: “Tiene usted todo nuestro apoyo. Váyase a Moscú y brinde por mí: tómese un vodka bien frío.”

Y ahí me fui a la Unión Soviética, aunque llegar directamente desde los Estados Unidos a la URSS era prácticamente imposible. Había que viajar a otro país que tuviera vuelos a la URSS y allí tomar un avión, ya fuese en Europa o en Canadá. Aproveché el verano para ir a España y a Francia para ver archivos una vez más. De Francia pasaría a Berlín Occidental, de ahí al Oriental, donde tomaría un avión de Aeroflot, que era la compañía aérea soviética, a Varsovia y de Varsovia otro a Leningrado, pues en Leningrado se estaba reuniendo también el Congreso Internacional de Historia Económica, e iban varios amigos míos. De España iba Gabriel Tortella; de la Argentina Enrique Tandeter, y de Italia, como uno de los organizadores, Franco Venturi. En fin, nos íbamos a encontrar allí varios conocidos. El congreso de Leningrado tendría lugar unos días antes que el congreso en Moscú. Entonces, el recorrido era llegar a Leningrado y de ahí volar a Moscú. También quería ir a Budapest, ciudad que tenía muchas ganas de conocer, y de Budapest, para emprender el viaje de regreso iría a Viena. Tenía parte del verano disponible, antes de comenzar el semestre en Wesleyan.

Ese viaje también fue muy interesante. Fue la primera vez que visitaba Alemania, pues antes no había tenido ningunas ganas de ir. Históricamente era un país que no me resultaba en absoluto simpático. Además, un país dividido entre una Alemania del Este y una del Oeste me parecía bastante trágico. Pero bueno, era un camino posible para cruzar la “cortina de hierro”. De modo que llegué a Berlín, y ahí sí tuve ciertos *shocks* inesperados. En Berlín del Oeste, estando con unos amigos, fuimos a un café, y allí había dos señores mayores leyendo el periódico, ambos con el bigotito y el peinado a lo Hitler. No se podía uno encon-

trar algo más repugnante. Lo comenté, y me dijeron que había muchos viejos así, que era su manera de decir que extrañaban aquel régimen. Pregunté si eso se permitía. “Sí, se permite”. Bueno, me resultó muy desagradable, pero luego vi varios más. Además, sabían que se les miraba; nadie les decía nada, pero lo hacían con el desplante de quien está comprometido con una causa. Lo otro fue que Berlín tiene unas aceras muy anchas, y que muchas tiendas tienen, sobre todo en las avenidas elegantes, como Kurfürstendamm, especies de vitrinas o pequeños quioscos frente a ellas en los que exhiben algo de lo que venden. Me acuerdo que iba caminando y vi uno de esos escaparates frente a una joyería con cosas antiguas. Al acercarme a mirar la vitrina, primero la del local y luego la de la calle, vi dos joyas que me impresionaron: una era un anillo con rubíes formando una estrella de David, un precioso anillo labrado, y también unos pendientes con la estrella de David haciendo juego. Eran joyas antiguas, raras, pero lo único que pude pensar para mis adentros fue, ¿a qué pobres judíos se las habrán robado? ¿Dónde, cuándo, cómo? Eran cosas que todavía, de un modo u otro, evocaban mucho el nazismo; en este sentido, aquel Berlín me resultó muy poco agradable.

Cruzar a la Alemania del Este también era toda una aventura. Yo todavía mantengo la nacionalidad argentina y viajo con pasaporte de ese país. Esto llamaba mucho la atención, porque en aquellos años esa no era una ruta muy frecuentada por turistas y pasar los puntos de control, los puntos donde había soldados controlando los cruces fronterizos —una inusual frontera urbana— de un lado y otro, era desagradable. Bueno, en 1970 Berlín del Este estaba todavía en reconstrucción, muchos lugares seguían en ruinas, pero se veía que se estaba reconstruyendo ya con cierta intensidad. En el lado Occidental esto se había logrado, en gran medida, durante las dos décadas anteriores. En otros lugares de Europa, como por ejemplo Londres, en los años sesenta tardíos todavía se veían las ruinas de la guerra. Incluso en Holanda, el puerto de Rotterdam, que había sido arrasado por los nazis, apenas

se estaba reconstruyendo. Todo eso era verdaderamente muy impactante. En esos lugares se veía la cicatriz de los bombardeos, pero mientras en Berlín Occidental se notaba que había dinero para reconstruir, a veces incluso copiando edificios de la preguerra, si no del Tercer Reich, cuando uno cruzaba al otro lado, lo que se veía eran los grandes monobloques grises de departamentos, feos, pero vivienda al fin; todo resultaba muy pobrecito y muy tristón. Lo único extraordinario, para mí en el Este, fueron dos cosas: ir a ver el Berliner Ensemble en la *Ópera de los tres centavos*, en una magnífica producción teatral, y un Museo del Holocausto, que no había en Berlín del Oeste. Ese era un museo recordando la brutalidad nazi. Y eso me pareció extraordinario, porque significaba tener conciencia de la Historia y no quererla borrar. No tener en esos años un museo del holocausto en el Berlín Occidental me parecía una vergüenza. En cambio, el Museo del Holocausto en Berlín Oriental era sobrio, pero muy conmovedor, y no eximía la responsabilidad alemana de la barbarie del Tercer Reich.

En fin, después de Berlín volé a Varsovia, otra ciudad que había sido devastada por la guerra. Estaba reconstruida ya, casi completamente. Y, según supe, la habían reconstruido a partir de los planos de la escuela de arquitectura hechos en la preguerra, que se habían salvado. Estos planos los habían ido haciendo los estudiantes como trabajos de curso y habían quedado en los archivos, que por fortuna no se habían destruido. A partir de esos planos realizados en los años veinte y treinta, se pudo reconstruir Varsovia, reproduciendo los edificios, las fachadas y los espacios anteriores a 1939. Era algo inusitado, porque la reconstrucción era impresionantemente buena, pero lo conmovedor era esa voluntad de memoria en una ciudad y en un país que había sido tan devastado por el nazismo.

En el hotel donde yo paraba, a poco de llegar estaba cenando, cuando se me acercaron unos señores que estaban en otra mesa. Me vieron sola y me preguntaron algo en polaco, les dije que no entendía y entonces me hablaron en inglés. Resultó que eran kurdos, eran del Partido de

los Trabajadores de Kurdistán, del PTK, comunista. Estaban exiliados en Polonia, pues tanto Hasán al Bakr, en Irak, como el Sha, en Irán, como en Arabia Saudita, como en Siria, perseguían a las poblaciones kurdas que luchaban por la creación de un Estado propio. En el caso de Turquía se hablaba de algo parecido al exterminio armenio. En fin, eran refugiados kurdos, evidentemente altos mandos en el PTK en sus países, pues provenían de distintas partes de Asia Menor. Fueron muy gentiles conmigo, creo que estaban solos y aburridos y como también yo estaba sola, me llevaron y trajeron, mostrándome Varsovia muy bien. Fuimos incluso a la casa de Chopin, en Zelazowa Wola, cerca de Varsovia, a escuchar un hermoso concierto para piano. La verdad, ese encuentro fue muy interesante y aprendí mucho sobre lo que estaba pasando en el Medio Oriente, de lo cual en Occidente ni se hablaba, ni importaba, ni había información pública. Para mí también fue como ir descubriendo distintos mundos y acercándome a cosas importantes que, hasta entonces, me eran desconocidas.

Bueno, de Varsovia volé a Leningrado, donde me alcanzó Iris, quien quería conocer la URSS. Era un momento en el que se habían iniciado, bajo Nixon, conversaciones entre Washington y Beijing, para restablecer relaciones diplomáticas. La sede de esas conversaciones estaba en Polonia. Al subir al avión, entre los pasajeros había, claro está, eslavos, alemanes, europeos en general, pero también varios chinos vestidos con trajes Mao, que entonces rara vez se veían en Occidente. Entre todos, tal vez ocupaban unos seis asientos. Me llamó la atención ver tantos, pero no pensé en las negociaciones diplomáticas. El avión salió con retraso, por lo que, sin duda, llegaría tarde a Leningrado. A medida que íbamos volando ocurrió una escena inolvidable: al llegar la hora en que oficialmente debíamos arribar a Rusia, los chinos se pusieron de pie, mudos y quietos mirando solo sus relojes, como una forma de protesta ante la impuntualidad occidental. Yo no entendía nada y le pregunté a la azafata que hablaba un poco de inglés qué estaba pasando y me respondió: “Es la delegación china que está enojada porque nos hemos retrasado”.

Fue una protesta muy *sui generis* y efectiva, pues todos los pasajeros nos quedamos mirándonos; cuando seis pasajeros se ponen de pie en un avión en pleno vuelo y lo único que hacen es mirar sus relojes, como estatuas, resulta inquietante y sorprendente.

Al llegar a Leningrado iba más o menos a la par de los chinos para pasar inmigración con mi pasaporte argentino en la mano. Supongo que entonces uno de los chinos les dijo a los demás que yo era argentina, porque todos se volvieron a mirarme y señalar mi pasaporte. Supongo que nunca habían visto una argentina, pues me sonreían amables, pero curiosos. Fue divertido verlos, como curioso y divertido fue que el funcionario soviético mirara mis papeles y me empezara a hablar en ruso. Una de las pocas frases en ruso que yo había aprendido era “no entiendo ruso”, y enumerar, también en ruso, qué idiomas sí entendía. Muy entusiasmado, este buen hombre me respondió en inglés, “Pero usted tiene que hablar ruso si su nombre es ruso: Klara Yevgenia Lida”.

En el congreso de San Petersburgo me volví a encontrar, entre otros, con Pierre Vilar en un tour al palacio y jardines de Pedro el Grande, en las afueras de Leningrado. En el autobús estaban Pierre Vilar con su esposa, Gabrielle, a quien hasta entonces no conocía personalmente. Hacía poco que se había publicado en Amsterdam mi artículo sobre la Mano Negra; yo se lo envié a Vilar y él me había respondido felicitándome por un texto que le había revelado un mundo que no conocía y que realmente le había parecido una aportación a la historia española, incluso europea. Fue una carta muy cordial. La primera vez que lo había visto en su casa de París tres años antes, me había dicho que el anarquismo no tenía la menor importancia. Pero en el autobús, me saludó muy cálidamente, diciendo: “¡Excelente su artículo sobre la Mano Negra! Jamás me hubiera imaginado nada de eso; ha hecho usted una verdadera aportación” ¡El mismo Vilar que me había dicho que me fuera a estudiar la burguesía catalana, ahora estaba entusiasmado con el anarquismo español! En ese viaje nos hicimos muy amigos con él y con Gabrielle, y a partir de ese momento hasta su muerte, mantuve con los

Vilar una relación afectuosa. Alguna vez se quedaron en casa en Nueva York y en algún viaje a Francia, los Vilar nos invitaron a Iris y a mí a pasar un tiempo con ellos en su casa de los Pirineos, donde paseamos y conversamos de la mañana a la noche, pues era gente muy vital, muy activa y acogedora. Fue gracias a volvernos a encontrar en la hoy San Petersburgo, como nos hicimos muy amigos y pude olvidar la indiferencia del pasado. Como ya dije, en Leningrado también estaba Franco Venturi, el historiador del populismo ruso, a quien yo había conocido en Estados Unidos. Él había ido a enseñar a Harvard y a él y a su esposa los conocí por mi padre, en Cambridge. Cuando volvían de regreso a Italia, pasaron por Nueva York y se quedaron en casa. Venturi era un hombre muy interesante y agradable, quien me contó que había comenzado a aprender ruso con soldados soviéticos en España, en la Guerra Civil. Él dirigía la *Rivista Storica Italiana*, que era la gran revista de historia en Italia, y me invitó a colaborar. Escribí entonces un primer artículo sobre la Comuna de París y sus ecos en España. En Rusia, Venturi fue también muy gentil.

Con los amigos, también la pasé muy bien. Gabriel Tortella, historiador económico, era un viejo amigo de hacía ya varios años, que había estado casado con una amiga mía de Harvard, Roberta Salper, entonces estudiosa de Valle-Inclán. También estaba ahí Enrique Tandeter, y aunque no nos conocíamos antes, hicimos buenas migas. El que no estaba era Nicolás, a quien echamos de menos. Hubo alguna anécdota, entre curiosa y divertida, en el hotel donde estábamos. El cambio de divisas era especial para el turismo, de un dólar por un rublo, y en ese entonces podías comer una buena porción de caviar por un dólar. Sin embargo, un pequeño envase de jugo de naranja costaba cinco rublos, es decir, cinco dólares, lo cual era muy desproporcionado. El hecho es que muchos andábamos con el envase del jugo de naranja cogido de la mano, como si fuera oro molido. También recuerdo que un lunes fuimos a tomar un café y el mesero nos dijo que no había, porque los lunes las máquinas descansaban. Nunca me olvidaré de nuestro estupor ni del

enojo de Gabriel Tortella, quien se indignó hasta tal punto, que le dijo: “¡Así está este país, que no sabe que las máquinas se inventaron no para descansar ellas, sino los seres humanos! ¡El que debe descansar es usted, la máquina debe seguir trabajando! ¡¿Cómo se les ocurre que una máquina tiene que descansar?!” Bueno, ahí se armó una discusión sobre el comunismo soviético, pero a todos se nos quedó eso de que “los lunes las máquinas descansan”.

Vuelvo a la visita de los jardines de Pedro el Grande. Aunque era verano, en Leningrado hacía ya bastante frío; era septiembre, pero se sentía un viento frío del Ártico. En la excursión tuvimos una guía jovencita que hablaba un español aprendido en sus clases de literatura de los Siglos de Oro, y nos mostraba “a diestra tal cosa, a siniestra tal otra”. Era muy simpática. Se llevó bien con el grupo, y era bastante pícaro, pues nos llevó por los jardines diciéndonos lo que teníamos que hacer: “¿Ven esa piedra? Si usted la pisan, pasa algo maravilloso”; entonces pisabas la piedra y te salía un chorro de agua helada a la cara. O “miren esa pera, la pueden cortar”, y lo mismo, una lluvia de agua fría. Se podía apreciar que a Pedro el Grande le encantaban los *gadgets*, es decir, los inventos de su época. Había viajado por Europa antes de ser emperador, había trabajado como artesano en varios lugares, particularmente en el norte de Europa, y había traído los inventos europeos a su palacio, incluyendo los que hacían esas pesadas bromas. El hecho es que salimos todos empapados de la cabeza a los pies, y con tan mal tino, que entre el viento frío y la empapada, yo empecé a sentir que me estaba enfermando, que me estaba dando una fuerte gripe.

Como soy asmática, sé lo rápido que puedo pasar de sentirme mal a tener una bronquitis. De hecho, a la tarde siguiente, en el hotel, ya me sentía bastante congestionada y febril, así que por la noche bajé a la recepción a pedir un médico. De día siempre había alguien que entendía francés o inglés, idiomas en los que yo me defendía bien. Pero el turno nocturno era menos bilingüe; cuando les pregunté si había un médico o alguna farmacia dónde comprar un antibiótico, porque esta-

ba teniendo una gripe, no entendían. Tratando de explicarme, les decía creyendo sonar más rusa, “antibiótico, *antibiotic*”, “médico, *doktor*”, “bronquitis, *bronchitis*”, entonces tosía para poner más énfasis. Me miraban toser, hasta que medio entendieron algo y me hicieron señas de que subiera a la habitación y esperara.

En el camino me encontré con Gabriel Tortella y alguien más y les pedí que me acompañaran, porque me sentía mal y vendría un médico y no sabía en qué idioma se iba a hablar. Esperaron con Iris y conmigo en el cuarto, cuando a los pocos minutos llegaron tres personas, que parecían salidos de una película del expresionismo alemán de los años veinte, de *El gabinete del doctor Caligari*. Eran tres sujetos que llevaban un gorro blanco, un delantal atado por detrás, como suelen llevar a veces los carniceros, y unas viejas maletas negras, como pequeñas maletas de viaje. Tres sujetos que solo hablaban ruso. Todo era a base de gestos; yo lo único que podía precariamente decir era “nie gavariu pa ruski”, que era más o menos lo que había aprendido y que quiere decir “no hablo ruso”, o “gavariu pa ispanski”, que hablo español, o “franzuski”, francés, o inglés, “angliiski”. Entendí por gestos que me tenía que poner un abrigo e ir con ellos. Bueno, ¿qué había pasado? Que en la recepción habían llamado una ambulancia para llevarme al hospital. Era ya cerca de medianoche, y yo estaba entre hacer una huelga al estilo de los chinos, con los brazos cruzados, y decir que no, o por el contrario ir, porque me estaba sintiendo mal. El hecho es que fui en la ambulancia. Y era entre gracioso y un poco atemorizador, porque no solo no sabía a dónde íbamos, sino porque en verdad parecían salidos del gabinete del doctor Caligari, esa película en la que los locos se apoderan de un manicomio y toman el papel de los médicos y de los enfermeros.

Al llegar al hospital ya era pasada la medianoche y todo estaba en penumbras. Allí la comunicación también era por gestos. Me pasaron a un cubículo donde estaba un joven médico —supuse que era un residente— que hablaba, según él, “a little English”. Comencé a explicarle muy lentamente en inglés que era asmática y que me estaba dando

bronquitis; para hacerlo más gráfico, tosí varias veces. Todo ello para explicarle que estaba congestionada y necesitaba un antibiótico. Entonces él, haciendo un esfuerzo en inglés, me dijo con dificultad, casi sílaba por sílaba: “You have tuberculosis tomorrow”. Estupefacta exclamé: “Tomorrow? Niet!”. Entonces, para explicarse me hizo un gesto con la mano para indicar si yo de chica había tenido tuberculosis, es decir, había querido decir “before”. Enfáticamente la respondí que no. Lo vi escribir algo y hablar con una enfermera que me dio una bata y condujo a una habitación muy oscura que iluminaba con una linternita. Eso me permitió ver que había tres camas. Para mis adentros me decía cerchantinamente, paciencia y barajar, y a ver qué pasa mañana...

Ya estaba dormitando, cuando llegó otra enfermera con una bandeja, unos vasitos y un líquido. La verdad me alegré, pues pensé que por fin me iban a dar un jarabe, un antibiótico, algo. Entonces la enfermera me hizo un gesto con las manos para que me diera vuelta, descubrió mi espalda y con habilidad y rapidez pasmosas me puso dieciocho ventosas. ¡Ventosas en 1970! Era lo que menos se me hubiera ocurrido en la vida. ¡Dieciocho ventosas! ¿Sabes lo que es eso? Toda mi espalda llena de vasitos. Yo iba contando a medida que escuchaba ¡ploc!, ¡ploc!, ¡ploc! Me tuve que quedar boca abajo, me tapó con la sábana y ahí estaba con las ventosas en la espalda pensando que aquello iba de mal en peor. No sé si has leído leído una novela de Zola que se llama *L'assommoir*, creo que se tradujo como *La taberna*, en español. Es una novela tremenda, sobre la miseria de las clases trabajadoras en Francia. Uno de los personajes es un alcohólico que cae enfermo, le ponen ventosas con sanguijuelas, pues se creía que si chupaban sangre te quitaban los malos humores. Bueno, a este pobre hombre le da un ataque de *delirium tremens* con las ventosas en la espalda, se levanta de la cama como loco, alucinando monstruos, se cae de espaldas, las ventosas se rompen y se le clavan en el cuerpo y ahí muere. Pues yo me decía para tranquilizarme, “Quietita, no te vayas a mover, no se te vayan a romper y clavar”. Todo era como un viaje al siglo XIX, al pasado. Bueno, pero ya estaba ahí y no

había nada que hacer; me había metido en la boca del lobo. Cuando volvió la enfermera, para quitarme las ventosas, traía también unas agujitas. Pensé que me iba a poner una inyección, pero no, me di cuenta que estaba haciendo pruebas de alergia, tal vez para algún medicamento, algún antibiótico. Desapareció, decidí dormir mientras me decía a mí misma: “Clara, duerme. Mañana quién sabe qué pasará. Abrígate bien, para no enfermarte más, descansa”. Y así pasé el resto de la noche, hasta que hacia la madrugada me pusieron una inyección que supuse de penicilina. Atención médica me dieron, con ventosas incluidas...

Al llegar la mañana siguiente vi que en la habitación había otras dos personas. En una cama, una señora mayor con una pierna enyesada. Me enteré que era norteamericana porque la oía quejarse en inglés, así que le pregunté qué tenía. Me respondió desesperada que estaba ahí desde hacía una semana, que no la dejaban ponerse en contacto con su familia ni su Embajada, que estaba ahí atrapada, secuestrada. La otra persona era belga. En fin, era una habitación para extranjeras, por lo visto. A la belga le pregunté en francés qué tenía y me respondió que había tenido apendicitis, pero que no le habían dejado ver a su marido en no sé cuántos días y que estaba muy angustiada sin saber qué hacer, y ahí mismo se echó a llorar. Ambas eran turistas. Me quedé impresionada, pensando que yo podría estar así varios días si mis amigos no hacían algo para sacarme de ahí. En esas, llegó una señora mayor que me preguntó si yo hablaba francés, cuando le respondí que sí me explicó que ella era la intérprete. “¿Y no hay intérprete de inglés?” “No —me respondió—, yo soy la única intérprete que hay.” Yo pensaba en la pobre norteamericana, desesperada sin entender nada.

Mi francés entonces era bastante bueno; hablar en francés no me era ningún problema. Nos pusimos a conversar y me preguntó si quería desayunar o si quería pasar al comedor. Le dije que prefería desayunar en el cuarto, le pregunté si luego me podía levantar porque me gustaría caminar un poco. “Sí, sí, cómo no”. Le pregunté por qué sabía francés y me respondió que había estado casada con un diplomático ruso, ya

fallecido, que pasaron muchos años como diplomáticos en Europa y que el francés era la lengua obligatoria: “Yo aprendí francés muy bien”. Era una señora encantadora; hablamos de sus recuerdos, sus viajes, y aproveché para preguntarle sobre el hospital, si tenía una idea de cuándo saldríamos, a lo que me respondió que ya pasaría la jefa de médicos a hacer la ronda y hablaría con nosotros. Era todavía temprano, así que me levanté a caminar un poco, pero me advirtió que no me alejara. Salí con toda la curiosidad a flor de piel; después de todo, no sucedía todos los días estar en un hospital soviético. A poco de comenzar a caminar vi que había una biblioteca dentro del hospital, me asomé; me ofrecieron un libro, desde luego en ruso. Me llamó la atención una biblioteca en un hospital, me pareció fantástico, y más aún ver ya allí a algunos pacientes leyendo. Más allá, en una especie de patio central había mesas largas con bancas, donde los pacientes ambulatorios podían comer; todavía había bastante gente desayunando abundantemente. Sobre todo, eran granos naturales, posiblemente centeno, avena y otras cosas, con leche, café, té. Volví al cuarto porque no tenía a dónde más ir.

Hacia las 9 apareció una enfermera a buscarme y llevarme a una sala de rayos X, donde me tomaron unas radiografías y regresaron al cuarto. Serían las 10:30 cuando llegó la jefa de médicos. La señora mayor, que había sido una traductora e interlocutora muy amable, sufrió en ese momento una metamorfosis increíble. La médica comenzó por las otras camas. La belga se puso a llorar y a gritar desesperadamente “¡quiero ver a mi marido, quiero salir de aquí!”. La médica, en tono exasperado la comenzó a regañar en ruso, y la dulce traductora a decirle en el mismo tono áspero: “¡Usted no debe llorar, las mujeres se aguantan! ¿Usted qué se cree? ¡Está en la Unión Soviética, y aquí no lloramos, aquí las mujeres trabajamos y somos valientes!”. Vaya, pensé, lo último que necesita esta pobre mujer que está deprimidísima es ese discursito, por verdadero que sea sobre las valerosas mujeres en la Unión Soviética. La norteamericana también comenzó a quejarse, por lo que me preguntaron si sabía inglés. Al decir que sí, me ordenaron que le dijera que se tenía que

quedar tranquila, o de lo contrario no se le iba a curar la pierna y que mientras no estuviera bien no saldría, que los hospitales soviéticos estaban para cuidar la salud. Además, agregó la traductora: “Hay un problema grave, porque se ha declarado una epidemia de cólera y los hospitales se han puesto todos en cuarentena. No se puede salir”. Comprenderás mi estupor. ¡Lo que faltaba! ¡Pasar una cuarentena de cólera encerrada en un hospital en Leningrado!

Al llegar mi turno la médica se dirigió a mí furiosa, y la traductora, mimética, furiosa también: “Usted ha dicho que tenía tuberculosis, pero usted está perfectamente bien. Usted tiene una gripe, tiene bronquitis. Usted ha abusado del sistema soviético generoso, libre, gratuito; le hemos sacado radiografías, le hemos puesto inyecciones, y usted es una impostora”. Esa fue la cereza del pastel: yo también me fui enojando y le respondí: “En mi vida dije que tuviera tuberculosis; todo lo contrario, dije que jamás había tenido tuberculosis. La culpa es de ustedes, que me han encerrado aquí, y la culpa es de los médicos, no mía”. Estaba muy enojada. Además de todo, acababa regañada por no tener tuberculosis. Fue una experiencia curiosísima, pero yo estaba muy preocupada porque no sabía qué iba a pasar con una cuarentena hospitalaria en una emergencia nacional de salud.

Bueno, hacia la una de la tarde apareció de nuevo la traductora a decirme amablemente: “Ya se puede usted ir. La están esperando”. La verdad, no entendí de qué se trataba: como todo resultaba tan patas arriba era difícil de entender a dónde iba a ir por estar abusando del sistema soviético de salud... Bueno, me vestí, salí y, para mi sorpresa, me encontré con alguien del congreso que me estaba esperando, enviado por el profesor Venturi, que había hecho todos los trámites para que pudiera volver al hotel. Ya tenía el auto esperando afuera. ¡Patitas, pa' qué os quiero!: en cuanto me devolvieron el pasaporte, salí corriendo. Al llegar al hotel, Franco Venturi me estaba esperando muy afectuoso. Y me dijo: “Clara, me hubiera llamado anoche y nada de esto hubiera pasado. En el hotel venden antibióticos, hay una farmacia allá atrás y

los antibióticos se venden libremente”. Esa fue la puntilla. A lo largo de todo este proceso lo que yo tenía era una infección y, claro, tosía para que entendieran que era bronquial. Así la tos se fue poniendo peor, pues cuanto más tosía, más irritación me había provocado. Pero ya era tarde para volver atrás.

En la Unión Soviética, en cada piso de hotel había un escritorio con una persona sentada vigilando el piso, al menos durante el día; así que cuando subí para ir a mi habitación, esta mujer me dijo, en inglés o francés, no recuerdo: “Bienvenida. ¿Qué le pasó?”. Le respondí que había tenido un poco de tos, que me sentí mal, y me dijo, en ruso algo que me sonó como ¡ah, Katarr! Claro, si yo hubiera empezado por decir “catarro”, tal vez me hubiera evitado toda esta odisea. En fin, es una historia *sui generis* que contada hoy resulta chistosa, pero vivida en ese momento había sido entre angustiada y estrafalaria; realmente rara en todo sentido. Si hubiera tenido tuberculosis, las ventosas me habrían hecho los mandados, y como era gripe, también. Ese día sentí molestias en la espalda, de modo que al llegar a mi habitación me miré al espejo y vi que tenía la espalda llena de moretones: dieciocho moretones redondos como la boca de las ventosas. Durante un buen tiempo no pude apoyar la espalda, porque me dolía bastante.

En fin, de Leningrado fui a Moscú, donde todo salió muy bien en el congreso. Eran ciudades muy diferentes, como sabes. San Petersburgo era más moderna, pues Pedro el Grande la construyó en el siglo XVIII con la traza en cuadrícula, mientras que Moscú conservaba rasgos de la ciudad medieval, con el Kremlin a la cabeza. También tuve ocasión de viajar un poco a los alrededores, y visitar varios hermosos monasterios medievales en las afueras de Moscú, con su peculiar multitud de cúpulas acibolladas y coloridas.

En esa estancia tuve una experiencia muy grata y conmovedora. Al hotel me fueron a buscar dos jóvenes, de unos 35 o 40 años, más o menos, cuyos apellidos eran González y Vicens. Ambos habían sido niños españoles evacuados a Rusia durante la Guerra Civil, y que con

la segunda Guerra Mundial se habían quedado ahí, ya definitivamente separados de sus familias. Uno de ellos, González, había escrito un libro en ruso sobre la Primera Internacional en España, que llevaba para regalarme. Estuvimos hablando de eso, me contaron un poco su complicada y difícil vida de niños exiliados: que no fueron repatriados, que perdieron a sus familias y quedaron como huérfanos bajo la tutela del Estado Soviético. Claro, ambos habían sido educados en Rusia, y habían llegado a ser profesores universitarios y logrado doctorarse, uno con una tesis sobre la Primera Internacional en España, y el otro no recuerdo si había hecho algo sobre el siglo XVIII español. Fue más bien con González con quien estuve hablando y mirando el libro, aunque luego, con Jaume Vicens, intercambié alguna que otra tarjeta de navidad. No hablo ruso, pero conozco el alfabeto; entonces descifrando y mirando notas a pie, me di cuenta de que había consultado algunos archivos sobre la Internacional, que habían sido publicados ya en inglés por las Ediciones Progreso de Moscú, que eran unas ediciones soviéticas muy baratas, pero que traducían muchas cosas a otros idiomas. Tengo la colección completa de las Actas de la Primera Internacional, por ejemplo, en varios volúmenes. Y me di cuenta de que él no sabía que eso ya estaba publicado y pensaba que eran fuentes inéditas. No se lo quise decir, pues me daba pena explicarle que mucho de eso estaba publicado, pero no imaginé y me sorprendió que dentro de la propia universidad soviética no conocieran las ediciones Progreso. Fue un encuentro tierno, simpático, que les agradecí mucho. Les pregunté cómo sabían que yo trabajaba el anarquismo y me respondieron que habían hablado con Franco Venturi y que fue él quien los envió conmigo.

Así como México recibió a niños de la guerra, los llamados niños de Morelia, la Unión Soviética recibió también como refugiados a miles de niños evacuados por los bombardeos a las poblaciones civiles. Fue muy conmovedor oírlos, llevaban ahí muchos años, literalmente, desde 1937 o 1938; ya estábamos en 1970, de modo que había pasado mucho tiempo, pero conservaban un marcadísimo acento castellano,

aunque la gestualidad era rusa. Daba la sensación de estar viendo una película doblada; es decir, hacían todos los gestos rusos pero con unas zetas y unas ces totalmente castellanas. Y eso fue realmente conmovedor: el mantenimiento de una lengua y de una cultura, pero también la imbricación con la otra, ya perdiendo los modismos y los gestos. Claro, muchos de estos niños quedaron huérfanos, en el sentido de que los padres nunca fueron a la Unión Soviética, y ellos, como tantos otros, nunca fueron reclamados ni volvieron a España. Algo semejante pasó con los niños republicanos en México. Ese fue un encuentro conmovedor para mí.

Yo iba a este congreso organizado por la Comisión Internacional de Ciencias Históricas y en la asamblea había que plantear el tema para el siguiente congreso, que se hacía cada cinco años, e iba a tener lugar en San Francisco en 1975. Se convocó a una reunión abierta, para decidir, y en esa reunión el presidente del Comité Internacional, que era el gran historiador francés Ernest Labrousse, planteó que el tema fuera el artesanado. Con una gran retórica francesa acabó diciendo, casi como invocando la revolución: *l'heure de l'artisan est arrivé!* Ya podía uno empezar a cantar la Marsellesa, casi. Pero bueno, él propuso el tema del artesanado. Confieso hoy mirando hacia atrás, que yo era una jovenzuela impertinente, porque en la discusión contrapropuse otro tema: el estudio de las migraciones internacionales. Hoy me da vergüenza no haber entendido en ese momento la importancia que, en efecto, tenía el artesanado para los estudios sociales en el mundo del trabajo y otros, no solamente en Europa, sino en cualquier otro lugar. Pero mi castigo es que hoy me interesa muchísimo el artesanado y que nunca dejo de pensar en Labrousse incitándonos al estudio de un campo que en esos momentos estaba muy poco estudiado. Hago un brinco hacia delante y pienso que años después algunos de mis alumnos, sobre todo en México, han hecho aportaciones al estudio del mundo del trabajo artesanal precisamente del siglo XIX mexicano, entre ellos, Sonia Pérez Toledo, Carlos Illades y Vanesa Teitelbaum, así como Tania Sagastume para

Guatemala; en fin, directa o tangencialmente también varios otros, como Mario Trujillo, quien examinó también los primeros trabajadores fabriles en el valle de México. Así que el eco de las palabras de Labrousse fue dando frutos años después.

El hecho es que en Moscú se votaron los temas y se eligió el de la inmigración. Inmediatamente se fue formando un equipo encabezado por el profesor Sune Åkerman, entonces en Uppsala, para armar una propuesta sobre migraciones internacionales con un grupo de colegas, sobre todo suecos y alemanes, para presentar en el siguiente congreso, en San Francisco. Tal vez por historia familiar, me interesaba el problema de las migraciones, pero no tenía todavía muy claro que me quisiera dedicar a ello. Claro, estoy hablando de mí misma en 1970, a los 28 años. Pero ya iba abriéndome a nuevos temas que me iban interesando paulatinamente, aunque no los hubiera trabajado aún, pero que eventualmente también serían mis temas de investigación, como las migraciones y los exilios en América Latina, particularmente en México. Pero volviendo al propio Congreso donde se trató el mundo campesino, presenté mi ponencia sobre el campesinado anarquista en España que gustó. Así, cada momento fue marcando pequeños hitos en mi toma de conciencia sobre temas que no habían estado presentes en mi formación ni en mis estudios hasta ese momento. En este sentido, ese Congreso fue un paso importante para ampliar mi abanico de problemas históricos.

Antes de iniciar el regreso a Estados Unidos tenía todavía tiempo de visitar algún otro lugar de la URSS. Quería ir hacia los Urales y tal vez ver algo de Asia, o, si no, al sur, a Kiev, en la Ucrania rusa. Fui, pues, a averiguar más y a comprar un boleto de avión a la agencia de viajes y de paso reservar hotel, pero la señorita que me atendía me dijo muy seria, en un inglés rudimentario, pero suficiente: “A Asia usted no puede viajar”. Le pregunté por qué, y su respuesta me dejó atónita: “Porque los bárbaros —Barbarians— no pueden viajar a Asia”. Who are Barbarians?, le pregunté sin entender. “You are Barbarian, you are not Rus-

sian, you are Barbarian”. Me di cuenta de que en ruso se usaba el término “bárbaro” como se usaba en la Grecia clásica: los bárbaros eran los extranjeros. Pero en 1970, en Moscú, alguien que no sabía muy bien inglés y no recordaba o desconocía la palabra “foreigner”, todavía le podía decir a un extranjero Barbarian. Por otra parte, la emergencia sanitaria continuaba y no se permitía ir a ciertos lugares, pero, en cambio, por alguna razón, sí podía viajar a Kiev. Sin embargo me advirtió, “tenga cuidado porque hay una epidemia de cólera. Usted no puede tomar agua que no esté embotellada ni alimentos crudos...”. Claro, yo ya sabía lo de la epidemia, lo había aprendido en el hospital de Leningrado de la manera más dura.

Al fin volé a Kiev, que era otro mundo. Esta era una ciudad de clima más templado, sobre el Mar Negro y mucho más decimonónica en sus construcciones recientes, aunque conservara monasterios y restos medievales. Era muy diferente del Leningrado del siglo XVIII, con sus construcciones imperiales de la época de Pedro el Grande y de Catalina, y del Moscú medieval, más asiático, con esa Plaza Roja que es verdaderamente deslumbrante. Kiev fue realmente una grata visita de un par de días, y de ahí volé a otra ciudad bellísima, que me encantó: Budapest. La ciudad vieja de Buda está en lo alto... Bueno, el Danubio divide Buda de Pest; esta última es la parte baja, moderna, y Buda es la ciudad medieval, la ciudad-fortaleza situada en la cima de un monte, desde donde se ve una buena extensión de la planicie y del río. ¡Era un lugar hermosísimo!

16. En Stony Brook

DE BUDAPEST, FINALMENTE, ME TRASLADÉ A VIENA para volar de regreso a Estados Unidos, pues a finales de septiembre recomenzaban las clases en Wesleyan. Algo importante que había sucedido por entonces es que había convertido mi tesis en libro y lo tenía ya en una versión revisada antes del verano de 1970. Yo ya había conocido en Madrid a Jesús Munárriz, entonces director de Siglo XXI de España, cuya casa matriz había sido fundada en México por Arnaldo Orfila Reynal. Jesús se había interesado por lo que yo hacía, así que le mandé el manuscrito para publicarlo allí.

Esta vez, el libro estuvo en manos de la censura española durante dos años y solamente pudo ser liberado gracias a Orfila, que, como es sabido, había sido prácticamente cesado del Fondo de Cultura Económica (FCE) en México, por haber publicado *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis. Al salir del Fondo, Orfila, que era un editor comprometido con su oficio, fundó Siglo XXI. Sin dudarlo, pues, le expliqué lo que estaba pasando con el libro en España y fue muy enfático en su respuesta: “Vamos a hablar directamente con los responsables del Instituto del Libro Español y decirles que si ellos no permiten que los libros de Siglo XXI se publiquen en España, nosotros vamos a impedir que ellos exporten libros a México”. No sé qué hilos jaló ni cómo habrá hecho, pero el libro apareció publicado en Madrid en 1972. Es cierto que también sufrió cortes por la censura, pero para mí lo importante era que se publicara en España, que llegara de alguna manera al público interesado, que se pudiera conocer una historia que estaba vedada, porque todo lo que fuera liberalismo, revolución, socialismo, etcétera, era tabú, y el anarquismo no se diga. Además, desde el título *Anarquismo y*

revolución, era evidente que el libro podía poner muy incómoda a la censura franquista, encargada de mantener la pureza ideológica del régimen en el ámbito editorial.

El libro tuvo una acogida muy amplia, se agotó muy pronto y se leyó mucho, lo cual me dio enorme alegría, porque de eso se trataba: pasar por todos esos inconvenientes y amenazas de prohibición, pero que al final las obras se fueran conociendo y abrieran nuevos temas en el conocimiento de la historia española. Ya existían estudios sobre el anarquismo en Barcelona, como he dicho antes, pero lo mío trataba más ampliamente la Península y los antecedentes y el desarrollo de los socialismos y jacobinismos, hasta llegar al primer anarquismo y el largo periodo de la clandestinidad, hasta finales de la década de 1880.

Al año siguiente también pude publicar el complemento de ese libro, que era una colección de documentos originales con introducciones mías para cada parte, que se tituló *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español*. Era un grueso volumen independiente de casi 400 páginas, con notas y un estudio preliminar largo, que también publicaría Siglo XXI. Este tuvo su propio percance con la censura, pero esta vez pasó más inadvertido, pues supongo que los censores no se pusieron a leer cada uno de los textos, ¡porque entonces sí que lo habrían prohibido! Es un libro para lectores más especializados, pues contiene una serie de documentos inéditos o muy poco conocidos entonces, sobre el movimiento obrero y distintos aspectos del mundo social y de los socialismos en España, desde la década de 1830 a la de 1880.

Por entonces también en España se tradujo mi extenso artículo sobre la Mano Negra, que había aparecido en inglés, en la *International Review of Social History*, y que en 1972 apareció como un pequeño librito en la editorial ZYX, aunque también mutilado por la censura española. Desde luego que me molestaba mucho que mutilaran los textos, pero lo que me importaba era que, aun así, los leyera un público en España. En general, los documentos que prohibían o las frases que

eliminaban tampoco alteraban, esencialmente, lo central de los libros. Recuerdo que quitaron un texto en el que Marx criticaba a Bakunin, pero no tenía demasiada importancia que se eliminara, porque el tema se explicaba en el cuerpo del libro y porque habían quedado otros textos sobre el conflicto entre marxistas y bakuninistas que lo suplían. De modo que eso era molesto, pero no calamitoso.

Con los años me he sorprendido de encontrar personas más o menos de mi edad que me han dicho: “Cuando era estudiante leí su libro”; “Fue el primer libro que yo leí sobre el tema y para mí fue fundamental”; “Estaba medio escondido en la librería, pero lo encontré”. La verdad, me ha dado ternura encontrar ese tipo de testimonios en situaciones tan difíciles, porque es muy difícil, para quien no ha vivido una dictadura, y una dictadura tan totalitaria como era el franquismo, quieran o no reconocerlo los franquistas y algunos sociólogos y politólogos que, alegremente, califican el régimen solo de “autoritario”. En fin, para mí era importante poder llegar a los lectores, era importante plantar conocimientos distintos de los oficiales. Por lo menos, eso pensaba entonces y lo sigo pensando para cualquier contexto en el cual se trate de abrir espacios para el pensamiento crítico sobre el pasado y el presente.

Estando en Wesleyan había solicitado una beca al Social Science Research Council, que era una beca combinada con el American Council of Learned Societies. Me la otorgaron para el año académico 1972-1973, para seguir haciendo investigación sobre temas vinculados con los movimientos socialistas en la España del XIX, y luego me la renovaron por un segundo año, de modo que tuve dos años seguidos de beca estando todavía en Wesleyan. En esos momentos, consciente de que cumplía con los requisitos, pedí la reclasificación, es decir el ascenso y la permanencia (lo que en inglés se llama *promotion and tenure*), aunque debido a la beca iba a estar fuera de la universidad durante dos años, mientras se me evaluaba. Este es un dictamen académico que las universidades norteamericanas toman muy en serio, pues es un momento decisivo para todo departamento, y ese paso exige varias cosas: publicaciones, docen-

cia, participación en tareas administrativas, cartas de evaluación externas, evaluaciones de estudiantes y colegas del claustro, etc. De modo que el Departamento y el Decanato se encargan de armar la comisión dictaminadora *ad hoc*. El interesado lo único que hace es sugerir tres nombres de posibles evaluadores externos, pero es la comisión la que finalmente escoge, incluyendo otros nombres, y procede a pedir las cartas sobre el candidato a los colegas de otras instituciones. Casualmente, al mismo tiempo que eso sucedía en Wesleyan, me llegó una oferta de la Universidad del Estado de Nueva York (SUNY) en Stony Brook, para sumarme a su claustro docente. Les expliqué que yo estaba con una beca y que no podría asumir ninguna obligación nueva hasta septiembre de 1974, pero insistieron en que esperarían, así que comenzamos a negociar las condiciones de la oferta con dos años de antelación.

Debo dejar muy claro que no estaba descontenta en Wesleyan, sino todo lo contrario; conmigo fueron muy cordiales y generosos. Pero había muchas diferencias entre ambas instituciones. Como dije antes, Wesleyan, aunque se llamara *university* y, en efecto, tuviera algunos estudios graduados, era sobre todo un excelente *college*: las licenciaturas de Wesleyan eran de primer nivel, con estudiantes excelentes y grupos pequeños e intensos. En ese sentido, los cursos *undergraduate* los disfruté mucho y los agradecí siempre como un primer paso para formarme como profesora; no tenía que dar clases a grupos grandes de estudiantes, sino que eran como seminarios. Creo que en todos mis años de docencia en diversos lugares, mis estudiantes nunca leyeron y trabajaron tan intensamente como los alumnos de Wesleyan —y, además, leían sin protestar... A lo largo de los años he visto que la carga de lectura se ha ido reduciendo, pero aquellos muchachos leían mucho, leían bien y estaban muy interesados, lo cual para mí era un gran estímulo. Repito, no estaba para nada descontenta, pero sí tenía el deseo de tener estudiantes graduados, dar cursos de posgrado, dirigir tesis avanzadas. Es cierto que alguno de mis alumnos en Wesleyan había querido hacer una maestría bajo mi dirección e investigó el desarrollo de los

partidos comunistas europeos en la Tercera Internacional, pero no era lo común solicitar esa posibilidad, que resultaba más bien excepcional. En contraste, Stony Brook era una universidad mixta, estatal y pública, y muy destacada en las áreas científicas y en las ciencias sociales, que se había fundado a finales de la década de 1950, pero que en los setenta ya estaba consolidada.

Ya desde antes había conocido a gente de Stony Brook, del Departamento de Historia. Uno de ellos, que había sido decano, era un historiador mexicanista muy reputado entonces, Stanley Ross. Él escribió una biografía de Madero e hizo varios otros textos sobre la Revolución mexicana. Lo había conocido antes en México, en casa de Luis González y Armida, que me dieron una cena de despedida cuando me iba a Princeton e invitaron a Stanley. A partir de entonces nos hicimos amigos. Ross era un buen administrador y, en general, sus colegas lo apreciaban. No puedo juzgar su obra, no soy especialista en la Revolución, pero sé que su biografía de Madero fue un libro importante. Cuando estaba acabando mi tesis, Stanley me invitó a ir a Stony Brook, pero ya había aceptado ir a Wesleyan. En 1972, Stanley se había trasladado a Austin, pero sus colegas de Stony Brook me volvieron a invitar. Allí tenía dos amigos, conocidos desde años atrás en España, cuando los tres preparábamos nuestras respectivas tesis. Uno era Brian Hamnett, historiador colonial, que en esos años estudiaba en Inglaterra. También en Stony Brook estaba un caribeñista, que había colaborado en el libro sobre la Revolución del 68, Franklin Knighth. Frank es jamaiquino y entonces estudiaba la esclavitud en Cuba, lo cual amplió luego al Caribe.

Ellos gestionaron la invitación en 1972, pero cuando llegué a Stony Brook dos años después, ni Brian ni Frank estaban ya allí, lo cual sentí mucho porque me hubiera gustado formar parte de un grupo iberoamericanista con ellos. De hecho, había un brasileñista, que había sido estudiante en Princeton y que me quería muy poco: Robert Levine, quien falleció hace unos años. Había sido una de esas personas que, por razones totalmente particulares, me tenía cierta inquina. Él había

buscado obtener las mismas becas que yo recibí, pero no se las habían dado y a mí sí, lo cual le había provocado cierto resentimiento. En fin, son esas cosas absurdas que pueden pasar entre personas de la misma profesión, aunque no se traten ni conozcan, casi.

En septiembre de 1974 comenzó mi nueva vida en Stony Brook. Durante buen tiempo fui la única profesora de historia hispanoamericana de la época independiente. Había un colega guatemalteco que había estado en México muchos años, en el Colegio de México, Ernesto Chinchilla, que hacía historia colonial. Junto con el colega que estudiaba Brasil, éramos los únicos tres latinoamericanistas, y a mí me caía el mayor peso de la historia hispanoamericana moderna, de la historia de España desde el Antiguo Régimen hasta la Guerra Civil, más las historias de movimientos obreros y sociales. Entonces mi campo de actividad se extendió enormemente. Además, en Wesleyan yo había tenido un *joint appointment* en Historia y Literatura y eso me había gustado mucho; por ello, cuando me invitaron de Stony Brook pedí que también mi nombramiento fuera conjunto con el Departamento de Literatura Española, para dar los cursos de pensamiento y civilización peninsular y latinoamericana que había ido diseñando. En otras palabras, me multipliqué por cuatro o cinco. Cuando me fui de Stony Brook tuvieron que contratar a tres personas para enseñar los cursos que yo cubría sola, lo cual me hizo siempre mucha gracia porque debí haber pedido entonces que me triplicaran el sueldo... Bueno, esto último lo digo en broma, pero lo cierto es que cubrí muchos campos, pues lo mismo daba un curso en historia latinoamericana que uno sobre historia peninsular o europea.

El cambio de universidad también significó un cambio sociológico, con estudiantes becados, muchos estudiantes latinoamericanos, no solo puertorriqueños, que era la población más natural y más continua, sobre todo en el estado de Nueva York, sino también de otros países de Sudamérica, etc. Esos mismos estudiantes buscaban también cursos, lecturas y temas que se acercaran a sus intereses, lo cual me obligaba a

ir aprendiendo muy rápido para poder enseñar; es decir, me abrieron horizontes de lecturas y de conocimientos que previamente no había tenido, al menos de manera sistemática. También empezó a haber interés por hacer historia social de distintas partes del mundo; tuve algunos alumnos que hicieron historia social de Estados Unidos, pero la mayoría tenía que ver con Europa o América Latina. Antes de llegar a Stony Brook no había enseñado historia social y, en realidad, fue ahí donde comencé a lanzarme a dictar cursos con ese enfoque.

Como dije, también otra de las obligaciones que uno tiene como profesor en Estados Unidos es atender a estudiantes individuales que quieren hacer algún tipo de lecturas especializadas fuera del formato del salón de clases; es decir, armar sesiones de lecturas dirigidas, que podían ser individuales o colectivas. Estas tutorías individuales o colectivas, llamadas *directed readings*, se suelen dar para los estudiantes que quieren especializarse en algún tema, pero sobre el cual no hay cursos específicos. Dado el interés que hubo en Stony Brook con mi llegada por cursos más específicos o lecturas dirigidas pensadas para los estudiantes graduados, según sus temas para los exámenes de cualificación para la maestría y para el doctorado, mis áreas de docencia se expandieron bastante. De modo que además de mis cursos regulares, a veces tenía dos y hasta tres grupos de lecturas dirigidas, que podían ser reuniones colectivas, con varios estudiantes o docencia individual, prácticamente *tête-à-tête*, con uno o dos estudiantes.

Di entonces numerosos *tutorials* sobre historia social, socialismos y temas de historia de América Latina y España. En Stony Brook, a diferencia de Wesleyan, había bastantes estudiantes latinoamericanos, en particular varios puertorriqueños y colombianos. Por ejemplo, en uno de esos cursos de lecturas dirigidas colectivas sobre América Latina tuve como alumno a Mauricio Archila, en la actualidad destacado historiador y querido colega en Bogotá. También tuve excelentes estudiantes de Puerto Rico, y alguno argentino, como Pablo Pozzi, que ya había sido mi alumno en Wesleyan; también tuve algún alumno catalán, como

Joan Casanovas, historiador social especializado en Cuba y hoy profesor en Tarragona, y una alumna mexicana, Carmen Ramos, historiadora muy reconocida en temas de género. Lo que también tuve en Stony Brook, que no había tenido en Wesleyan, fueron estudiantes de posgrado que hicieron tesis conmigo o en cuyos comités participé, y esta también fue una experiencia nueva. En fin, aprendí mucho en esos años como historiadora y como académica. Para mí, si bien la carga docente se amplió, la intensidad y diversidad intelectuales fueron retos muy enriquecedores.

En Estados Unidos también se les suele pedir a los profesores con más experiencia y rango más *senior*, que enseñen los cursos iniciales, los cursos introductorios de licenciatura, de modo que en Stony Brook también me encontré dando Introducción a la Historia Occidental e Introducción a América Latina, en cursos multitudinarios que me enseñaron a controlar, más o menos, el “pánico escénico”, aunque este nunca ha desaparecido. Claro que tenía la ventaja, eso sí, de tener alumnos graduados asignados para trabajar conmigo (*teaching assistants* o *TAs*), que se reunían en grupos de discusión con los alumnos y que corregían parte de los exámenes y trabajos escritos, que nos distribuíamos siempre de manera equitativa.

Como dije, también me tocó ocuparme de funciones administrativas, que no eran algo que a mí me gustara demasiado, pero que tuve que aceptar, porque los puestos iban rotando y no podías decir que no, sobre todo teniendo *tenure*. Aprendí mucho, me fogueé mucho, pero a menudo eché de menos la calma y la paz que podía dar un buen *college*, donde se trabajaba bien, no tenía mucha carga administrativa y realmente me quedaba mucho tiempo para el trabajo personal. Sin embargo, yo diría que, en realidad, me formé como académica en Stony Brook, gracias a esos años de experiencias varias y diversas tan intensas.

En contraste, mirando hacia atrás con los años y las nostalgias, creo que los años de Wesleyan fueron importantes como mi iniciación, mi fogueo en la docencia universitaria, me enseñaron la intensidad y la

dedicación que implican enseñar a alumnos inteligentes y exigentes. Me obligaron a ampliar mis horizontes temáticos y geográficos y a ser autodidacta permanente. Pero también tuve tiempo e incentivos para avanzar en mis investigaciones y publicaciones, pues dar cursos de licenciatura no es lo mismo que darlos en licenciatura y posgrado a la vez, ni que dirigir tesis en todos los niveles y dar una multitud de asesorías individuales y colectivas. La diferencia entre tener tiempo para mi trabajo en Wesleyan y en Stony Brook, fue muy marcada en favor de la primera. Ahora, cuando algún joven me dice que tiene una opción entre tal y cual institución, siempre le digo que si puede elegir entre dos lugares igualmente buenos donde trabajar bien e iniciar su vida académica, piense en hacerlo en un lugar tranquilo, pues es una manera de comenzar con el pie derecho, porque los lugares muy grandes y los lugares muy exigentes de mil cosas distintas, no solo de clases, dirección de tesis, etc., sino de asumir funciones administrativas y participar en comités departamentales e institucionales, van obligando a hacer cosas muy diversas que, al principio, es bueno no tener de golpe, porque deja más tiempo para madurar intelectual y académicamente. Suelo recomendar que, si existe la posibilidad de empezar despacio, se empiece lentamente; querer comerse al mundo haciendo veinte mil cosas es morder bocados muy grandes: no funciona tan bien como uno lo imagina.

En Stony Brook estuve desde mediados de 1974 hasta que renuncié definitivamente, a finales de 1987, pues a comienzos de 1988 me instalé permanentemente en México. Estuve en Stony Brook prácticamente 14 años y, bueno, hice una parte importante de mi carrera académica ahí. Ahora bien, también continué cosas que había comenzado en Wesleyan. Para empezar, con el desarrollo de la Society for Spanish and Portuguese Historical Studies, esa asociación fundada en Wesleyan con el apoyo de la institución, que luego pude llevar a Stony Brook. Ahí se inició también un segundo o tercer encuentro, ahora no recuerdo bien, que eran encuentros anuales; de hecho, el primero fue en Wesleyan en 1970 y el segundo fue en Stony Brook en 1971. Yo no estaba todavía

en la Universidad, pero con el apoyo de colegas y de la Universidad lo pude hacer en Stony Brook. Ahí también fue donde invitamos a Pierre Vilar para dar la conferencia inaugural, de modo que realmente la Sociedad iba creciendo. A mí me eligieron y luego reeligieron Secretaria General hasta 1973, creo. La SSPHS echó a andar, y ha seguido andando hasta hoy, como ASPHS, lo cual me alegra mucho.

En esos años también estaba entrando en un tema nuevo, el de las migraciones, pues teníamos como *deadline* la fecha del Congreso de San Francisco en el verano de 1975, para ir armando la presentación del grupo de migraciones que se había formado en Moscú: investigaciones, líneas de investigación, sugerencias, etc. Eso lo hacía, como dije antes, con un colega sueco, Sune Åkerman, y otros. Yo me ocuparía de migraciones a la Argentina, sobre todo, pero por extensión también a América Latina. Era un campo que no había trabajado, pero que me interesaba, aunque no lo conocía demasiado; así, poco a poco, fui entrando en un tema que me fue interesando cada vez más. Lo nuestro no iba a desembocar en un libro exactamente, pero sí en una propuesta o proyecto a futuro, un estado de la cuestión sobre distintos aspectos de las migraciones internacionales, sobre todo, y, en mi caso, en particular de las migraciones europeas a América y, en especial, a la Argentina. De ahí surgió mi descubrimiento de un tema fascinante como fue el conflicto entre inmigrantes extranjeros y poblaciones nativas en las pampas argentinas. Tengo un par de artículos sobre un movimiento milenarista en el sur de la provincia de Buenos Aires, en Tandil, que examinan un levantamiento de gauchos que pasan a cuchillo a los inmigrantes italianos en esa zona de la pampa, incitados por un “manosanta”, un curandero, que promete que con la muerte de los extranjeros se instauraría el reino de Dios. Claro, eso tenía que ver, entre otras cosas, con la expansión de la frontera hacia el sur en la Argentina; la llegada de extranjeros a poblar las pampas, como peones al servicio de los terratenientes y con el creciente desplazamiento y marginación del gaucho, como pastor itinerante a caballo. También se intensificó la pugna por la tierra entre inmi-

grantes que llegaban esperanzados por obtener tierras y terratenientes que iban cercando y apoderándose de grandes extensiones a partir de la expansión de la frontera sur contra los indios. Es decir, eran estudios que tienen que ver con varios factores: con un mundo social en gran movimiento, pero también en gran conflicto, en el cual, las víctimas extranjeras eran unos pobres jornaleros traídos para cultivar cereales en la Argentina, mientras que los gauchos estaban siendo desplazados o convertidos, finalmente, en peones al servicio de los terratenientes. Es decir, era un proceso que estaba transformando las relaciones sociales en el campo argentino hasta que explotó con violencia, en los inicios de las grandes migraciones al Río de la Plata, en el tercer cuarto del siglo XIX. Por otro lado, me interesaba también estudiar las grandes migraciones masivas, y alguna cosa también fui publicando en esa dirección, pero lo que realmente me seguía interesando eran mis temas sobre España.

Durante esos años fui extendiendo mis investigaciones. Seguía profundizando más en los estudios sobre el anarquismo europeo en la clandestinidad. Me interesaba ampliar lo que había hecho sobre la Mano Negra y hacer un análisis centrado no solo en España, sino transnacional, enfocado en los vínculos de los anarquistas españoles con la Europa latina, incluyendo Francia, Italia, Portugal, pero también Suiza, que durante mucho tiempo fue un gran centro de presencia internacionalista, de exilios y de contactos. De modo que fui avanzando paulatinamente en artículos, pues siempre he trabajado un poco por fragmentos que luego he ido uniendo, como pequeños trozos de un mosaico más grande, como pequeñas piezas de un rompecabezas. Por otro lado, a partir del congreso de San Francisco seguí desarrollando la línea de las migraciones, pensando sobre todo en la Argentina, en los trasvases de población de Europa al Río de la Plata. No tenía todavía, ni había concebido ni pensado en continuar con mis intereses más juveniles de acercarme al estudio del exilio republicano español. De hecho, eso vino una década después, ya en México. Pero entonces estaba abriendo dos líneas de investigación sobre historia social del anarquismo y de los

movimientos socialistas, e historia de las migraciones a América del Sur. Algo de eso adelanté en diversos foros, pues participé activamente en distintos encuentros con ponencias, con trabajos, que luego fui ampliando, puliendo y publicando aquí o allá como artículos.

Poco después de incorporarme a Stony Brook recibí un par de invitaciones para participar en dos University Seminars, en Columbia, que se reunían periódicamente: el Seminario sobre América Latina y el Seminario sobre Trabajo. Estos seminarios eran una tradición de esa Universidad, creo que fundados en la década de 1940 por el historiador Frank Tannenbaum. Si bien estaban cerrados al público y solo se era miembro por invitación, quienes participábamos éramos profesores de las diversas universidades del área de Nueva York. El propósito era que cada uno expusiera los avances de sus investigaciones para discutir con los demás participantes. La idea era interesante, aunque no siempre muy fructífera; que fueran seminarios cerrados tampoco me parecía tan estimulante. Sin embargo, la experiencia me dejó una inquietud que, sumada a las actividades de la Society for Spanish and Portuguese Historical Studies, fundada la década anterior, se materializó en la importancia de crear foros que permitieran ampliar enfoques históricos y estimular en profundidad los debates por medio de la discusión crítica.

Por otra parte, yo seguía viviendo en Manhattan gran parte del tiempo y un par de veces por semana iba a Stony Brook, que era una zona muy bonita de Long Island, entre bosques, muy cerca del mar. Recorriendo los alrededores me entró la fantasía arcadiana de tener una casa allí, como un *pied-à-terre*. En efecto, compré algo muy cerca del mar, con un pequeño bosquecillo atrás y un lindo jardín delantero. Pero pronto descubrí mi incapacidad ante la naturaleza: lo difícil que son los cambios de estación en Estados Unidos. En las primaveras había que sembrar y cuidar el jardín, porque si no venía un vecino a señalar que estaba un poco descuidado, que si necesitabas ayuda... Eran modos, digamos amables, de presionar para que el valor de la propiedad del conjunto no se depreciara. También eso lo fui aprendiendo. Luego ve-

nía el otoño, con la infinita cantidad de hojas que caen de los árboles; nunca había visto tantas hojas juntas!; luego, la nieve en invierno y tener que apalearla para poder salir de casa y sacar el auto. Aprendí a depender mucho del trabajo infantil, porque contrataba a los chicos del barrio que a cambio de unos dólares se ofrecían para apalearla la nieve o rastrillar las hojas. Claro, al cabo de nueve meses, casi como un parto, me di cuenta de que no estaba hecha para ser propietaria de casas y jardines, así que vendí todo y alquilé un departamento. Pero lo que quiero señalar es que Stony Brook era un lugar esencialmente atractivo, un grato remanso, aunque siempre preferí la vida urbana, entonces neoyorquina, con sus ritmos intensos.

Bueno, mantuve ese pie en Nueva York y en Stony Brook, y también la relación con España, a donde iba con cierta frecuencia, ya fuera para consultar archivos o porque se me invitaba. Durante el verano de 1975 estuve allí y ya se decía que Franco estaba muy enfermo; hablando con los amigos, con gente con la que tenía mucha confianza, sabía que se estaba pensando en el posfranquismo, en qué iba a pasar, y ya se veía que las fuerzas políticas de oposición se iban reagrupando y que en algún momento saldrían a la superficie si moría el dictador. En efecto, Franco murió en el otoño, si no me equivoco, el 20 de noviembre de 1975. Estuve ahí hasta septiembre y pude atestiguar esa movilización ideológica y política de las izquierdas, esencialmente divididas entre partidarios de la socialdemocracia, del Partido Socialista, y del Partido Comunista. Pude observar cómo viejos conocidos que, por ejemplo, habían militado en la clandestinidad comunista, pasaban al socialismo, mientras que otros transitaban el camino a la inversa. Otros, más jóvenes, se acercaban al anarquismo, que reaparecía en la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Así pues, veía resurgir la efervescencia española no solo como algo que había leído en libros de historia, sino que ahora la palpaba en un cambio real, en el ambiente político español. En todo caso, creo que esa fue la última vez que estuve un tiempo largo en España.

17. Hacia El Colegio de México, vía la UCLA

DIGO QUE ESA FUE LA ÚLTIMA ESTANCIA LARGA, porque en 1976 me invitaron de México a un congreso de los historiadores mexicanos-norteamericanos, programado para 1977, en Pátzcuaro. En esa época no eran también canadienses como son ahora, sino solamente mexicanos y norteamericanos. Josefina Vázquez, que estaba organizando ese encuentro, fue quien me invitó a participar en una mesa redonda a la que le había puesto el pirandelliano nombre de “Temas en busca de historiador”, para que habláramos a un público amplio sobre nuestros intereses y sugerir caminos de investigación. Preparé algo que tenía que ver con historia social, historia de las organizaciones revolucionarias clandestinas y, a partir de documentos que había encontrado, mostré cómo ciertos grupos anarquistas internacionales se vincularon con México en los años de 1870-1880. Esto casi no se había estudiado y pensé que valdría la pena señalarlo. Es decir, señalar que sería interesante estudiar los socialismos decimonónicos en México, sobre los cuales se sabía muy poco, pero también mostrar cómo esos socialismos tuvieron importancia más allá de las fronteras porque se vinculaban con movimientos internacionalistas en otros países. En el caso de México también había vínculos con el Río de La Plata, con Estados Unidos, con Europa. Llevé a Pátzcuaro una ponencia sobre esto y me encontré en una mesa en la que estábamos varios historiadores: de México estaba un antiguo compañero del Colegio, alumno de la segunda promoción de maestría en los años sesenta, Andrés Lira, quien, por cierto, se doctoró en Stony Brook.

Esto me permite una digresión. Andrés había ido a hacer el doctorado en Stony Brook, antes de que yo enseñara allí y, según entiendo,

había estudiado con Brian Hamnett y, tal vez, también con Stanley Ross, no sé. Había pasado los exámenes de doctorado, pero por obligaciones en México, no había continuado. En Stony Brook tuve entonces una estudiante mexicana que ya mencioné, Carmen Ramos, que acabó haciendo la tesis conmigo sobre los conflictos laborales en el maderismo. Josefina Vázquez conocía bien a Carmen, que había sido su alumna, y seguramente le habló de mí. Hasta entonces había tenido muy poco trato con Josefina, con quien antes de irme de México, en 1965, trabajé para *Historia Mexicana*, de la cual ella era editora. Cuando ya estaba en Stony Brook, Josefina me escribió, tal vez en 1975 o 1976, para pedirme si podía ayudar a que Andrés Lira regresara para presentar su tesis y doctorarse. Así lo hice encantada y Andrés pudo defender la tesis en Stony Brook, que luego convirtió en un libro importante sobre las parcialidades de indios en la ciudad de México.

Pero vuelvo a Pátzcuaro, donde reencontré a Andrés, quien habló de los oficios “menudos” en la ciudad de México, realizados sobre todo por pobladores indígenas. También estaban John Coatsworth, quien entonces estudiaba los ferrocarriles, y Stanley Ross. Éramos varios en la mesa, entre extranjeros y mexicanos. El hecho es que con esa mesa hubo una situación muy *sui generis*. Andrés y el otro colega mexicano (creo que era Jorge Alberto Manrique) eran bien conocidos, pero el resto éramos claramente extranjeros y menos conocidos, en general. El auditorio estaba lleno: en el público estaban Víctor Urquidi, Silvio Zavala, y también Edmundo O’Gorman, entre otros. En fin, estaba la plana mayor académica y también muchos jóvenes. Cada uno hizo su presentación alentando a explorar tal o cual camino; yo, desde luego, el de la historia social, la historia de los movimientos revolucionarios y socialistas. Cuando llegó el momento de las preguntas, Edmundo O’Gorman pidió la palabra, se levantó y se disparó con un discurso increíblemente agresivo contra “estos extranjeros que nos vienen a decir lo que tenemos que hacer en México”. Además, dirigiéndose al auditorio arengó: “Jóvenes, no se dejen engatusar por quienes vienen a decir-

les qué hacer, como si nosotros no tuviéramos una historiografía propia. Y si ustedes quieren hacer algo original, escriban sus memorias”. Era disparatado, en el fondo era muy disparatado, pero también muy agresivo. Había oído hablar de O’Gorman, pero no lo conocía. El *show* me pareció bastante triste; hubo un momento de pasmo generalizado y nadie decía nada; entonces por lo bajo, le dije a Andrés que le iba a contestar. “No, no le contestes, es el maestro O’Gorman”. “No, no puedo dejar que esto pase”. Y entonces tomé la palabra, pero en lugar de responderle directamente, dije, parodiándolo un poco: “Jóvenes, ustedes que han escuchado todo esto no se dejen engañar por las palabras del doctor O’Gorman; seguramente él tendrá sus razones, tal vez por su edad él sí pueda escribir sus memorias, pero ustedes están empezando la vida académica: busquen temas nuevos, abran sus horizontes. La biografía de ustedes es todavía corta, la van a tener realmente abundante cuando lleguen a la edad del doctor O’Gorman. Por ahora ábranse a la historia, ábranse a los problemas, ábranse al mundo” Resulté muy retórica y se produjo algo sorprendente: hubo un aplauso cerrado, casi una ovación. Me quedé pasmada, y me dije: “Ya me gané un gran enemigo, porque O’Gorman ésta no me la va a perdonar jamás, si es que me lo vuelvo a cruzar en el camino”.

En cambio, para sorpresa mía, Zavala, generalmente muy parco, me felicitó efusivamente, aunque según supe entonces, había una larga historia de enemistad entre O’Gorman y él. También al salir, Víctor Urquidí me detuvo para felicitarme y presentarse. Obviamente, yo lo conocía de cara, pero él a mí no, y me dijo: “Usted debería estar en El Colegio de México”. La verdad me desconcertó, pues ya conté que había hablado con él por teléfono cuando terminaba mi doctorado, para ver si podía volver a México, y me había dicho: “No, porque a nosotros no nos interesa lo que usted hace. Si usted quiere volver a México, es para hacer historia de México, pero la historia de España no nos interesa”. En síntesis, su respuesta fue: ni vuelva. Más o menos esa había sido la postura de Urquidí en 1967-1968, pero en ese momento, unos

diez años después, en 1977, me preguntaba “¿Por qué no está usted en El Colegio de México?”. Entonces le recordé nuestra conversación y lo que me había respondido. Pero muy firme, insistió: “Tiene usted que volver”. A partir de este intercambio se inició un proceso que desembocó en mi presencia en México, y es que don Víctor habló luego con Josefina Vázquez para reclamarle por qué no estaba yo en el Colegio. Y Josefina, que tampoco se callaba le respondió igual que yo: “Porque tú no quisiste que viniera”. Antes de despedirnos, Josefina me contó lo que había pasado: “¿Sabes que me regañó Urquidi porque no estás en el Colegio?”, a lo cual le respondí: “Bueno, me parece un poco estrambótico, pero evidentemente no se acuerda y no hay nada que hacer”. Y la cosa quedó ahí.

Después de irme a Princeton no había vuelto al Colegio más que muy de paso. De hecho, en 1977 no tenía contacto con el “nuevo” Colegio, que ya se había mudado de la colonia Roma a donde está ahora, en el Pedregal. Pero las cosas comenzaron a cambiar aceleradamente. Ese mismo año, la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), me invitó a integrar su planta docente. La verdad, no estaba muy segura de que me interesara mucho trasladarme a California, pero convine con ellos en que hiciéramos un periodo de prueba, que fuera como *visiting professor* y que al final de la estancia veríamos cómo se sentían ellos conmigo y yo con ellos. Entonces, a comienzos de 1978, en el primer semestre, fui a la UCLA a enseñar dos trimestres, ya que California tenía un sistema trimestral.

En Los Ángeles vivía Temma Kaplan, amiga mía desde Brandeis, que también se había dedicado a España y, más recientemente, a la historia del anarquismo. Entonces estaba casada con un estudioso de la historia de los Estados Unidos, Jon Wiener. Temma todavía no tenía *tenure*, permanencia, y estaba por publicar su libro sobre anarquistas en Andalucía, que yo había evaluado, revisado y devuelto a la Princeton University Press, recomendándolo. Éramos muy buenas amigas, pero en esos momentos estaba el problema de su *tenure* en la UCLA. Yo no tenía

ningún interés en competir, es decir, en hacer ninguna maniobra que pudiera repercutir negativamente contra ella. ¿Si había ya alguien bueno en historia de España, para qué llevar alguien más *senior* en el campo? Me olía raro, parecía injusto y era incómodo, y así se lo dije, pues no me gustaba la idea de que me ofrecieran una plaza mientras a ella la evaluaban para *tenure*; estaba claro que yo no entraría en ese juego.

En todo caso, estuve en Los Ángeles esos dos trimestres que disfruté mucho. La verdad, desde el clima tan templado, todo era muy distinto del mundo neoyorquino, de la Costa Este, de la intensidad, de las presiones y de las neurosis del Este. En Los Ángeles los ritmos eran mucho más tranquilos y los tiempos parecían mucho más lentos. Los estudiantes llegaban a clase con sus trajes de baño para irse a la playa después del curso, llegaban en sus *skateboards*, todos muy bronceaditos, todos muy lindos; como se decía entonces, eran *beautiful people*. Todo me resultaba un espacio cultural muy diferente. Tanto es así que yo, que tenía la costumbre de pasar horas en la biblioteca leyendo, sacando libros o pidiéndolos por préstamo interbibliotecario, allí resultaba un bicho raro. El sistema californiano te permitía tener el libro en tus manos en 24 horas, si estaba en cualquier biblioteca de la red de la Universidad de California; ya fuera desde Berkeley o Santa Cruz o Irvine o San Diego, te traían el libro inmediatamente, por mensajería especial, cosa que traté de aprovechar al máximo. Una vez, el encargado de préstamos interbibliotecarios sorprendido de mi asiduidad, me dijo muy simpático: “No he visto a un profesor que esté continuamente pidiendo tantos libros como usted, ¿qué le pasa?, ¿de dónde es?” Me hizo gracia: “No, no me pasa nada —le respondí—, pero quiero aprovechar las bibliotecas de California”. Pero volvió a insistir: “Aquí si piden un libro cada mes es mucho”, me dijo. Los ritmos entre una universidad del Este y una del Oeste parecían ser de mundos distintos.

Pero bueno, en California la pasé bien en muchos sentidos. Fui mucho al cine: Hollywood era el gran lugar de los estrenos norteamericanos: ahí vi *Star Wars*, con un público rebotante, enloquecido de

entusiasmo. En fin, el ritmo era muy tranquilo y todo muy grato, pero no era lo que a mí me gustaba; me faltaba algo más intenso, y tenía la sensación de que me iba a adocnar en ese mundo suave de comodidades, de cine, de playa, mar y sol. Me sentía un poco como de vacaciones, y cuando llegó el momento... Bueno, ya estaba claro que no pensaba competir contra Temma, pero, además, que California no era lo mío. Acababa de ver una película de Woody Allen que se había estrenado hacía poco, *Annie Hall*, en la que una pareja rompe y ella se va a Los Ángeles, mientras él, neurótico, se queda en Nueva York. Bueno, me sentía como en *Annie Hall*: mi neurosis era volver al Este. No, California, no era lo mío; era grato, pero no era lo mío. Y bueno, ya no acepté la oferta.

Sin embargo, mientras estaba en California, a Josefina Vázquez la habían invitado a Austin, a la Universidad de Texas. Desde ahí me escribió, *out of the blue*, una carta muy afectuosa, muy cariñosa, diciéndome que en lugar de andar por el mundo me debería ir a México, que Urquidí insistía, etc. Nos escribimos varias veces y, a mediados del año, creo que sería en julio, pues ya había vuelto a Stony Brook, me llegó una carta oficial del Colegio, invitándome a dar un curso como profesora visitante el primer semestre del año 1979. No lo pensé dos veces y contesté encantada que sí, que me encantaría ir. Así fue como, en enero de 1979, me vine a la ciudad de México. Ya no era la estudiante, ya no era la conferencista ocasional, sino que venía como profesora a un lugar que emocionalmente me era muy cercano, muy querido. También era volver a Latinoamérica. Pero del Colegio actual, realmente no sabía mucho, porque ya habían pasado 15 años desde que me había ido al acabar la maestría. Era volver a enseñar en el doctorado de una institución que me era bastante desconocida. De modo que ahí empezó otra etapa de mi vida: la del inicio lento, impensado, de regresar a México; regreso provisional, todavía muy provisional.

La invitación del Colegio fue para enseñar historia de España de los siglos XIX y XX. Un problema que se me planteaba era qué harían los

alumnos como trabajo de investigación, porque estaba claro que no contarían ni con una gran biblioteca sobre temas españoles ni con la posibilidad de investigaciones en archivos de primera mano, pues en el doctorado del Centro de Estudios Históricos (CEH) se esperaba que en los cursos se hicieran trabajos originales. Después de darle muchas vueltas al asunto, sugerí que los alumnos hicieran una investigación utilizando archivos, hemerografía, etc., sobre los españoles en México del Porfiriato a la Revolución, periodo más o menos paralelo al de la Restauración, en España. En aquel entonces, los cursos eran obligatorios, no electivos, y los grupos en el Centro eran pequeños, tal vez unos ocho o diez alumnos, aunque algunos más llegaran como oyentes. Tuve como oyente, por ejemplo, a una profesora de la Universidad Nacional, la doctora Antonia Pi-Suñer, hija de exiliados, con quien luego he mantenido gran amistad y afecto, quien enseñaba historia de España y que siguió el curso con mucho entusiasmo. Tuve estudiantes que se interesaron muchísimo: un alumno español, ahora catedrático en España, Pedro Pérez Herrero; un alumno ecuatoriano, que luego fue colega querido en el Colegio de México, Manuel Miño Grijalva; un alumno yucateco, muy agudo, Sergio Quesada, hoy profesor en la Universidad Autónoma de Yucatán, en Mérida; una alumna del Estado de México, María Teresa Jarquín, luego del Colegio Mexiquense, entre algunos otros. Fue un grupo que estudió distintos aspectos de la presencia española en México en el Porfiriato y que en algunos casos realizó trabajos novedosos. Este no era mi tema, puesto que no había trabajado la inmigración española a México, pero me puse a la par de ellos a explorar los diversos archivos en México: los de Relaciones Exteriores, el Archivo General de la Nación, etc., para formarme una idea de qué fuentes había antes de proponerles los temas.

Finalmente, resultó que tres trabajos fueron de primera, por lo que se me ocurrió plantear en el CEH que algunos se podrían publicar, lo cual entonces no era usual. Pero Josefina Vázquez recibió la idea al vuelo, le pareció muy bien y convinimos en que desde el verano del 79 hasta el verano siguiente, los autores de los tres mejores trabajos selec-

cionados seguirían revisando sus textos y que yo volvería a México invitada por el Colegio en el verano del 80, para supervisar los avances, perfilarlos y entregarlos para su publicación. Esa fue una experiencia nueva, porque yo había trabajado en compilaciones, como el libro sobre la Revolución del 68, pero nunca lo había hecho con alumnos. En realidad, fue muy grato trabajar con tres jóvenes dedicados y entusiastas... Una experiencia que no hubiera podido tener en los Estados Unidos, por una parte, porque el trabajo de cursos era más bien de síntesis de fuentes secundarias y cada uno elegía sus propios temas, de modo que no se concebía que los alumnos investigaran alrededor de un tema en común; tampoco era posible concebir una publicación, pues las editoriales universitarias en los Estados Unidos no están al servicio de los profesores de la universidad, sino que están pensadas como negocios, como empresas. La editorial de Harvard no solo publica a profesores de Harvard, ni la de Princeton publica solamente a profesores de Princeton; es decir, publican un libro en función de un mercado: de intereses académicos, pero también económicos. De modo que la experiencia del trabajo en México fue novedosa y muy grata. De todo eso resultó un libro, *Tres aspectos de la presencia española en México*, que ha corrido con suerte, en el cual participaron Pedro Pérez, Manuel Miño y María Teresa Jarquín, con sendos artículos, y el libro se publicó en el Colegio de México con un largo estudio introductorio mío.

Josefina fue muy receptiva a mi trabajo; también lo fue Víctor Urquidi, que en ese momento era el presidente, y, según supe más tarde, algo tramaron Josefina y él, porque don Víctor me hizo la invitación para venir de manera permanente a México. No me lo dijeron cuando estaba en México, de modo que al concluir el verano de 1980 regresé tranquilamente a Stony Brook. Poco después, Josefina me avisó que iría a Nueva York, así que la invité a que pasara unos días en casa. Así lo hizo, y para sorpresa y gusto míos me propuso de parte de Urquidi que me incorporara de modo permanente al claustro de profesores del Colegio de México. Fue toda una sorpresa muy inesperada, pero muy grata.

Claro, estaba la otra cara de la moneda: para entonces llevaba más de 20 años en Estados Unidos y no era fácil dejar un mundo académico en el que me había formado, que conocía y en el cual era conocida. Ir a México era empezar de nuevo en un lugar al que, si bien le tenía afecto y en el que tenía algunos amigos, al final no dejaba de ser otro mundo, otro proyecto de vida, volver a empezar. No sabía en ese momento, a mis más o menos 39 años, si realmente podría romper amarraz de golpe y lanzarme a lo desconocido. Entonces lo estuve pensando y finalmente planteé en el Colegio y en Stony Brook si sería posible que estuviera un semestre en el Colegio de México y un semestre en Stony Brook, pensándolo como un periodo de transición. En Stony Brook eso no era tan raro, pues en Estados Unidos pasaba con muchos profesores extranjeros y otros. También, pedí transferir toda mi docencia al Departamento de Historia y dejé el Departamento de Español, porque de lo contrario todo iba a ser muy esquizofrénico... El problema era si el Colegio aceptaría eso, porque no estaban acostumbrados; una cosa era ser profesor visitante y otra tener un profesor permanente, yendo y viniendo de un lugar a otro cada semestre, aunque fuera con licencias sin goce de sueldo, como en mi caso. En todo caso, el Colegio aceptó y se decidió que pasaría un semestre aquí y otro allá. El Colegio incluso me ofreció traer la mudanza de Estados Unidos a México para instalar mi domicilio principal en México. También lo dudé un poco, pero me pareció factible y eso hice: levanté mi departamento en Estados Unidos y me traje todo a México en enero de 1982, donde me instalé. Me vine, pues, a México, para estar aquí el primer semestre del año y en Estados Unidos el segundo semestre; de enero a junio o julio estaría en México y de julio o agosto a diciembre, en Estados Unidos. Justamente ese año me tocaba un sabático en Stony Brook, y entonces era ideal poder venir, instalarme, estar todo el año aquí y retomar la alternancia en los dos lugares en 1983.

Por otra parte, en 1979 mi padre había fallecido, tras estar muy enfermo de cáncer, y la armazón y estructura personal, familiar, emo-

cional, se habían transformado. Inesperadamente, ese verano, pocas semanas después, también moriría de un infarto don Vicente Llorens, en Valencia. Para mí eran dos pérdidas importantes. Era también la época del ascenso de Reagan a la presidencia de Estados Unidos; eran los momentos duros y terribles en que los Estados Unidos apoyaban las dictaduras más brutales del Cono Sur. Como dije antes, desde el punto de vista político, el mundo que me rodeaba resultaba poco grato. Veía que no sería fácil salir de ese entramado de injerencias norteamericanas en los procesos latinoamericanos: contrainsurgencia en Centroamérica; represiones con apoyo estadounidense a dictadores en distintos países del Sur, desde Brasil hasta Chile, pasando por muchos otros; intervenciones abiertas o solapadas en distintos continentes. Entonces la invitación para instalarme a México me resultó muy grata, por lo menos anímicamente hablando. No era que creyera que México fuera el paraíso, no, pero aquí me sentía bien.

18. Mi padre y Denah

NO HABÍA HABLADO ANTES EN DETALLE de mi padre y de su esposa, Denah Levy. Sí expliqué que había dejado de ver a mi padre desde que volvimos a Argentina con mi madre, en el otoño de 1954, de modo que cuando llegué a Estados Unidos a comienzos del otoño de 59, hacía cinco años que no lo veía. Nos habíamos mantenido en contacto epistolar, por carta, pues él escribía con frecuencia, aunque fueran tarjetas postales. En general, mi hermano y yo contestábamos, aunque más lentamente. En fin, el contacto era epistolar pero no presencial. Ni siquiera era hombre de hablar por teléfono; en realidad mi familia tampoco lo era en esa época y yo tampoco lo soy hasta hoy. El teléfono no era algo que se usara más que para una gran emergencia y las llamadas de larga distancia nos eran inusuales.

Volviendo al tema, llegué a Estados Unidos en 1959 y ahí conocí a mi madrastra, a Denah. Antes expliqué que era hispanista, de origen sefardí. Había nacido en Nueva York de una familia mixta, de Esmirna y de Salónica, es decir, greco-turca. En otras palabras, el origen étnico-lingüístico de los padres de Denah había sido, por un lado, en términos cotidianos, el ladino y el griego, que hablaba la madre, y algo de turco, por parte del padre; pero en términos culturales, el judeoespañol dominaba la lengua de la familia Levy Semo. Al padre de Denah no lo conocí, pero sí a su madre, Ephthimia Semo, que todavía vivía y vivió muchos años. Ella normalmente hablaba ladino, aunque el griego había sido también su idioma en Salónica. Denah, que tenía un hermano, David, unos años mayor que ella, nació en Nueva York, en 1923; había crecido hablando, sobre todo, ladino y algo de griego en su casa, pero, en realidad, su lengua era el inglés. Los Levy Semo tenían una familia

bastante extendida, que había emigrado a Estados Unidos poco antes o poco después de la primera Guerra Mundial, no estoy segura. Creo que los padres habían ido a Nueva York por separado y que se casaron ahí, pero tampoco lo tengo muy claro. Denah estudió y se formó en las escuelas públicas de Nueva York e hizo su B.A. en Hunter College, de la City University of New York, también una universidad pública. Su familia, aunque judía, era laica y estaba muy secularizada, de modo que no era una persona que mantuviera tradiciones de tipo religioso, ni nada por el estilo. En ese sentido, se parecía bastante a mi padre, educado en la Argentina en una tradición laica, sin práctica religiosa alguna. En la universidad, Denah había hecho la carrera en Letras Hispánicas, de modo que ahí comenzó a estudiar español moderno que, cuando la conocí, hablaba a la perfección. Luego había estudiado una maestría en Columbia, ya con los refugiados españoles presentes y bajo la tutela de Tomás Navarro Tomás. Cuando llegó la segunda Guerra, David, su hermano, fue llamado a filas y ella pasó la guerra entre Nueva York y su primer puesto universitario en Smith College, en el norte de Massachusetts, en Northampton, como profesora de lengua y literatura españolas.

El Smith College tenía un grupo de chicas que, una vez terminada la guerra... Bueno, aclaro: el Smith era un *college* solo de chicas, pues en esa época había mucha diferencia en las universidades privadas, entre colegios de varones y de chicas. Al comenzar la década de 1950, Denah dirigió un grupo de chicas que iba a pasar su *junior year abroad*, su tercer año en el extranjero, lo cual era algo muy típico de las universidades norteamericanas. El Smith tenía un convenio con El Colegio de México para que las alumnas estudiaran allí, de modo que Denah y su grupo pasaron un año aquí. Ella aprovechó su estancia en México para terminar su tesis y doctorarse en la Universidad Nacional, con un estudio sobre el judeoespañol. Una tesis muy reconocida, en la que estudiaba, precisamente, el sefardí de Esmirna en Nueva York, y entiendo que la mayoría de sus fuentes orales, de sus informantes, fue su propia familia extendida. Cuando yo conocí a la madre de Denah me admiraba

mucho que hablara judeoespañol, pues nunca lo había escuchado y para mí era algo del pasado lejano, ¡no sabía entonces que fuera una lengua viva!

Cuando llegué a Estados Unidos, Denah me esperaba en el aeropuerto con mi padre y me encontré con una mujer muy cálida, que me recibió con toda la cordialidad imaginable. Tuve muy buena relación con ella, fue muy afectuosa conmigo y muy ayudadora, sobre todo en esos primeros meses. Ya entonces, Denah enseñaba lengua y literatura españolas en Brandeis y me pudo orientar en un mundo académico que yo no entendía muy bien, donde si no hubiera sido por ella, hubiera estado muy, muy perdida. Me ayudó mucho a entender cómo funcionaba la universidad norteamericana siendo una estudiante extranjera. En términos académicos directos no tuve nada que ver con ella nunca, pero sabía que la podía consultar si tenía algún problema. Cuando en mi primer año me fue mal, supongo que, siendo profesora de Brandeis lo debe haber pasado mal, sabiendo que su hijastra sacaba malas calificaciones, pero nunca me dijo nada; siempre fue muy correcta, discreta y cordial en todo. De modo que tengo un recuerdo grato y muy agradecido de ella a través de los años. Casi diría que en esos primeros años fue como una hermana mayor, pero una hermana mayor nativa de un mundo al que yo no siempre sabía cómo acercarme. Aparte del estudio del sefardí, sus temas eran la literatura española del siglo XIX, especialmente Galdós, aunque también enseñaba literatura de los Siglos de Oro y se interesaba por el tema de Don Juan en la tradición española y europea. Años después, como era muy buena administradora, acabó siendo *chairperson* muy querida de su Departamento e, incluso, llegó a ser *trustee* de la Universidad. Con los años también me di cuenta de que era muy querida por sus alumnos, le gustaba mucho enseñar y se sentía muy cómoda tratando con jóvenes. Cuando yo empecé a enseñar, muchas veces recurrí a ella para pedirle algún consejo o que me explicara algún asunto universitario o algún procedimiento de los que no sabía nada. En ese sentido, fue de gran apoyo para mí. Su experiencia me

enseñó cosas que de otra manera me hubieran sido muy difíciles. Incluso a veces, si yo tenía que escribir alguna carta especialmente complicada, le pedía que viera si estaba bien, pues su inglés no solo era nativo, sino muy elegante y culto. Creo que no tuvimos grandes problemas, por lo menos nada digno de recordar. Mientras estuve en Brandeis solo durante mi tercer año viví en casa de mis padres, aunque me quedaba muy claro que lo más conveniente para mantener una buena relación era mantener también un poco de distancia y no estar unos sobre otros.

Con mi padre a veces la cosa no era tan fácil, porque finalmente sentía su autoridad paterna, aunque en general era un hombre callado, incluso retraído, aunque también tenía un fino y contagioso sentido del humor. Denah, por su parte, tenía mucha cautela de no traspasar fronteras invisibles, por un lado, por ser la madrastra, y por el otro por su discreta hospitalidad norteamericana. Mi padre, en cambio era más directo si no estaba de acuerdo en algo o si algo no le parecía o si hacía algo mal. En esto era muy curioso, pues que te fuera bien era lo esperado y no decía nada, pero de lo contrario, el sermón era de rigor. Lo bueno se esperaba tácitamente, lo malo se condenaba explícitamente. Entonces eso fue siempre una particularidad familiar desde que yo era chica: si te iba bien, en la escuela o en lo que fuera, no era mérito, sino lo que se esperaba; si te iba mal, entonces sí venía la censura. Y nunca hubo ese *feedback*, esa retroalimentación positiva de decir “¡qué bien lo hiciste!”, por lo menos nunca directamente hacia los hijos. Claro, como yo me movía en el ámbito de los amigos de la familia, por ahí alguien me decía “tu padre está encantado por lo bien que te fue”; se lo decía a Pedro, Juan y Luis, pero no a sus hijos. Eso era muy característico del carácter de mi padre; era un hombre poco comunicativo y expresivo a nivel afectivo.

Reconozco que en mis años de *college* llegué a tener ciertos conflictos con él. También cuando me llegó la carta del Colegio de México, otorgándome una beca para ir a hacer la maestría, mientras ya había planeado ir a Columbia. Él estaba contento de que me hubieran acep-

tado en Nueva York, así que cuando dije que me iba a México se mostró claramente molesto de mi decisión. Palabras más, palabras menos, su reacción fue: “¿Te das cuenta de que eso no tiene sentido? Vas a entrar a una espléndida universidad de este país, ¿cómo que te vas a México? Tú no sabes lo complicado que es México, es un lugar muy difícil”. Supongo que eso hablaba de experiencias personales no explicitadas, que tendrían que ver con un México donde vivió la desintegración familiar, amén de otras experiencias de las que no sé mucho. Entonces su postura era: “Es una tontería lo que estás haciendo”. Cuando a pesar de todo decidí que me iba, no le hizo gracia. Ya era mayor de edad, así que no dependía de mi padre. Pero sí dependía de él para el pasaje, porque alguien tenía que pagar el avión para irme a México: el Colegio daba la beca, pero, naturalmente, no el avión. Aunque en situaciones así Denah no solía intervenir, por suerte sí lo hizo, diciendo: “Deja que vaya, es su decisión. Es una experiencia. Deja que vaya a México”. Es decir, Denah a veces abogaba por ciertas soluciones más tranquilas y menos conflictivas, por llamarlas así, y por eso para los norteamericanos era muy importante: la experiencia, buena o mala, como algo formativo. Sin embargo, al final, fuera de momentos pasajeros, nada pasaba a mayores y los tres manteníamos una relación tranquila.

Estando ya en México, yo regresaba a Cambridge para las navidades y, finalmente, a mi padre le alegraba verme contenta y también saber de sus amigos mexicanos. También cuando me admitieron en Princeton, entiendo que le dio gran gusto. Pero era un hombre escéptico, si no pesimista. Cuando le escribí que existía la posibilidad de ir a Princeton con una beca de la Rockefeller, su respuesta fue, “No es bueno hacerse demasiadas ilusiones, porque las universidades tienen maneras de aceptar o rechazar estudiantes que pueden no ser lo que uno espera; pero tampoco te debes desanimar, porque ya sabes que en el sistema norteamericano entras a una universidad y luego puedes cambiar a otra. De modo que siempre puedes llegar a la que quisiste ir en primer lugar”. La idea es que las ilusiones te pueden llevar a la desilusión, por lo que

entonces es mejor no tener muchas. Era una filosofía de vida esencialmente escéptica, algo estoica, y como tal aprendí a tomarla, aunque en ciertos momentos no era estimulante: eran como baldes de agua fría para calmar los entusiasmos. En todo caso, que yo fuera a Princeton creo que lo alegró y cuando me contrataron en Wesleyan, ahí sí vi su gozo. Cuando me doctoré, mi padre me escribió una cartita felicitándome. Él me llamaba Clarucha y mi madre, Clarina; esos eran sus respectivos diminutivos. Clarucha, supongo que era por el origen ruso o polaco del padre, con esas terminaciones en *-ushka*. Entonces me dijo: “A partir de hoy ya no te voy a llamar más Clarucha, sino Clara”, lo cual no dejó de darme risa... Pero cosas así, *sui generis*, lo caracterizaban: el trato exigente, no caer en entusiasmos y optimismos excesivos, cierta formalidad poco efusiva, aunque en su fuero interno fuera más sentimental y sensitivo. Al final, creo que aquellas acabaron por ser también características de mi hermano y mía. Yo trato de ser un poco más entusiasta y expresiva, pero tampoco me sale muy espontáneamente.

Con mi padre, a partir de cierto momento, sobre todo cuando empecé a publicar, me di cuenta de que él me empezó a considerar como adulta y comenzó a hablar conmigo de sus cosas, de lo que le preocupaba, pensaba, etc., aunque nunca en términos personales. A medida que fueron pasando los años, en su última década de vida hasta 1979, creo que nuestra comunicación afectiva pasó sobre todo por lo intelectual y académico, pero con diálogos intensos. Desde luego le tenía mucho respeto, pues era enormemente culto, sensible y fino intelectualmente y, también, tenía un agudo y sutil sentido del humor; era muy atinado en sus observaciones, era complejo y profundo y siempre original y crítico, en el sentido de tener ideas y criterios analíticos propios.

Al comienzo de mis años en los Estados Unidos, habíamos discutido muchísimo de política y habíamos chocado varias veces. Era difícil para mí porque ahí estaba Denah, que era norteamericana y yo evitaba decir “en este país...”. Pero con mi padre teníamos a veces fuertes desacuerdos, especialmente durante la guerra de Vietnam y sobre política

exterior, en general. Luego, con los años, a veces con Luisa Osorio, nuestra amiga cubana que defendía la Revolución, se armaban también grescas fenomenales. Pero a medida que pasaron los años, cuando lo de Vietnam se fue reconociendo como un desastre, él fue cambiando y volviéndose más crítico. No sé si eso fue mérito mío, pero desde luego, sí fue algo en lo que yo insistía una y otra y otra vez, y resultó muy positivo también con Denah. En fin, empezaron a ser más progresistas y menos convencionales, por decirlo de alguna manera. Mi padre se había hecho ciudadano norteamericano tres años después de casarse con Denah, en diciembre de 1958, por lo cual ya tenía derecho al voto, así que, finalmente, ambos empezaron a darse cuenta de que había que votar por candidatos reformistas, y no solo vagamente liberales. En fin, algo cambió y eso también facilitó un poco más el diálogo y lo hizo más pacífico, pues no había por qué estar discutiendo los infinitos problemas de los sesenta y setenta. Todo ello dio lugar a la posibilidad de una relación más tranquila, para mí, al menos.

Con Denah, lo intelectual no estaba tan presente. Así como cuando yo era muy joven ella fue muy apoyadora, sobre todo cuando era estudiante, a medida que fui avanzando académicamente, hubo ciertas cosas que sentí que a ella le resultaban incómodas, pues esa chiquilla se había convertido rápidamente en una especie de joven colega y esa colega estaba teniendo éxito académico muy pronto, lo cual no había sido así para las mujeres de su generación. Tardé en darme cuenta de que mis logros y reconocimientos eran como una espinita, así que eventualmente trataba de no hablar con ella de temas que tuvieran que ver con esas cuestiones. Como ya dije, era una excelente y muy dedicada maestra y administradora académica (*chairperson, trustee, etc.*) lo cual a mí me interesaba poco, de modo que, así como con mi padre se fue estrechando la relación intelectual, con Denah fue de otra índole.

Cuando en el verano de 1976 a mi padre le diagnosticaron cáncer... Creo que mencioné que en Stony Brook yo había comprado una casa y que al cabo de nueve o diez meses de apalear nieve, recoger hojas

secas y cortar pasto la vendí, al descubrir que eso no era lo mío, y me mudé a un departamento. Me acuerdo que estaba en plena mudanza cuando me llamó Denah para decirme el diagnóstico médico. Fue una triste noticia, pero de alguna manera no tan sorprendente. Unos meses antes, estando todavía en mi casa de Stony Brook, mi padre, que había ido a la Argentina ya en pleno golpe militar de Videla, me escribió desde Buenos Aires diciendo que de regreso querría pasar un par de días en mi casa. Él no solía viajar solo, pero esa vez sí lo hizo. Estoy segura de que no sabía que estaba enfermo, pero no sé si lo sospechaba; el hecho es que se sentía excesivamente cansado y, supongo, algo deprimido. El viaje había sido para ver a sus padres, a Emilio, su hermano, a mi hermano Fernando, a sus pequeños nietos Fidel y Miranda —y, tal vez, inconscientemente, para despedirse. Para sorpresa mía, sin embargo, casi de regreso, me escribió diciendo que le gustaría quedarse un par de días en mi casa: “Quisiera, antes de llegar a Cambridge, estar un rato muy tranquilo”, lo cual me sorprendió muchísimo. Nunca lo había hecho; la única vez que había ido a verme a Nueva York fue cuando la noticia del *New York Times* de que yo estaba metida en la protesta contra Onganía, y fue muy enojado, sin aviso previo. Claro que Denah y él habían venido más de una vez a mi casa, pero nunca lo había hecho solo ni había dicho: “Quiero estar un par de días tranquilo”. Naturalmente lo fui a buscar a Kennedy y traté de que pasara dos días relajados y gratos: estuvo hablando de su familia y de la ciudad. Él era muy, muy porteño y podía recordar perfectamente las calles, los lugares exactos de su juventud. Tenía mucho gusto por Buenos Aires y regresó contento de volver a ver la ciudad, de ver a la familia, aunque muy triste porque en pleno golpe militar estaba muy preocupado por el futuro de mi hermano y por su propio hermano. Pero también era evidente que estaba preocupado sin más, tal vez intuyendo que algo andaba muy mal con su salud. Nunca entendí bien por qué quiso quedarse esos dos días en Nueva York. Lo vi muy, muy cansado. Pensé que venía cansado del viaje, pero estaba más cansado de lo que suele ser el cansancio natural

de alguien que viene de un viaje largo. Entonces, cuando tres o cuatro meses después llamó Denah para decirme que le habían diagnosticado cáncer, entendí que algo había estado ya afectándolo.

Naturalmente, comencé a ir a Cambridge con más frecuencia para verlo, pero en el invierno de 1978 estaba invitada a la Universidad de California, en Los Ángeles. Pocos meses antes se supo que Miguel Gusils también tenía cáncer y estaba muy grave. Miguel no era un académico ni un intelectual, sino un artista creativo, y era un hombre muy original y simpático. Mi padre solía ir con Miguel a comer a un *diner* de camioneros y trabajadores “de cuello azul”, para no encontrarse ni con colegas ni con estudiantes, sino para estar a gusto con un amigo que no tenía nada que ver con el mundo universitario. Esto lo entiendo perfectamente porque muchas veces uno quiere estar con los amigos, no con los colegas —¡aunque no falten colegas amigos! Cuando Miguel falleció yo ya estaba en California y mi padre me escribió. Él había tenido una recaída en enero y cuando salió de eso me escribió una carta muy triste por la muerte de Gusils. En el fondo, era una carta reflexionando sobre la muerte. Era evidente que al hablar de Miguel estaba hablando de su propia enfermedad y de su propia fragilidad. Es decir, ya era muy evidente en 1978 que la situación era terminal y solo cuestión de tiempo.

Estamos hablando de una época en la cual la lucha contra el cáncer era algo que apenas estaba comenzando; la verdad es que era poco lo que se había desarrollado; el suyo era un cáncer linfático que se había empezado a extender, y, finalmente, estaba claro que era una condena a muerte, lenta, sí, pero condena al fin. Yo estuve en California todo ese semestre y lo volví a ver de regreso del Oeste, en el verano del 78. Se había repuesto un poco, no estaba tan mal como lo había dejado. Y bueno, todo ese semestre siguiente lo estuve viendo con frecuencia. Pero a comienzos de 1979 me iba a México, invitada por el Colegio para dar un curso, justo cuando volvió a tener un bajón, y ya parecía que ese bajón sería muy difícil de remontar. Aun así, ya tenía el compromiso formal y me vine a México muy preocupada, muy consciente

de que, con suerte, lo volvería a ver en el verano, pero en mi fuero interno muy poco segura de que fuera así. Y en efecto, hacia mayo me llamó una vecina, muy amiga de Denah, Ángela Giral, para avisarme que mi padre estaba muy grave y que si podía fuera a verlo. Le avisé a mi hermano y entonces ambos fuimos a Cambridge. Mi padre estaba en cama y ya no se levantaría. Físicamente no parecía muy deteriorado, siempre había sido un hombre que aparentaba ser más joven de lo que era, se había mantenido delgado, tenía todavía su cabello ondulado; en realidad, hasta entonces no parecía comido por la enfermedad. Pero la enfermedad había empezado a atacar el hígado y su color la delataba. En fin, nos turnarnos mi hermano y yo un poco para ayudar, pero ambos trabajábamos y teníamos que volver a partir. Yo tenía todavía clases y no me podía quedar, y tampoco Fernando podía hacerlo. Estuve solo diez días en Cambridge.

Cuando me despedí de mi padre para regresar a México ya era evidente que ese sí era el final, que de un momento a otro podía pasar cualquier cosa y, en efecto, falleció poco después. Lo curioso es que cuando yo me fui le dije: “Vuelvo al Colegio, tengo que terminar el curso”. Y me dijo algo que me impresionó, que tenía un poco que ver con aquello que conté antes, sobre su reacción cuando en vez de ir a Columbia a hacer el posgrado me fui al Colegio. Ahora, ya muy enfermo, me dijo: “Pero no vayas a quedarte en México”, y entonces dijo unas palabras que me impresionaron: “México es un país muy difícil”. Como era evidente que eso le importaba y yo no iba a discutir con él, solo le dije: “No te preocupes. Quédate tranquilo. No estamos hablando de nada más que de volver a terminar el semestre. Luego vuelvo a Stony Brook. Ya te veré. No te preocupes, no me voy a quedar en México. Ahora no”. Pero su reacción fue muy intensa y supongo que hablaba de cosas de las que yo no sabía nada, de los años de 1947 hasta el 53: ¿qué le habría pasado para que tuviera esa visión tan pesimista? Era un hombre discreto, que únicamente se había movido en el mundo académico: ¿qué le habría pasado?...

Alguna vez me había contado una anécdota desagradable en su relación con Cosío Villegas. Según él, quien realmente lo había apoyado era Alfonso Reyes, a quien estimaba hondamente, como hombre fino, inteligente y culto; en fin, como el humanista receptivo y afín a él, de alguna manera. Pero de Cosío tenía mal recuerdo, decía que era un cacique. Supongo que algo habían tenido que ver las diferencias de Cosío con Orfila e, incluso, con Zavala, amigos de mi padre. Pero también con algo que tenía que ver con el Colegio, cuando estaba en Nápoles 5. Los fines de semana, mi padre iba muchas veces a trabajar a su oficina y me llevaba a mí también. Había allí un portero, don José, que conmigo era muy cariñoso y me preparaba café de olla, cosa que a mí no me gustaba mucho, pues la canela nunca me gustó. Pero lo hacía tan cálidamente que me lo bebía sin chistar. Don José también le tenía aprecio a mi padre y estando allí un día, poco después de que se publicara un número de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, don José le vino con unos números de la revista a mi padre: “Señor Lida, ¿quiere usted estas revistas?”. Mi padre se sorprendió y dijo: “¿De dónde las sacó usted?”. “Pues del bote de basura del licenciado Cosío”. Bueno, según me había contado mi padre, don José llegaba periódicamente con alguna revista o libro que Cosío tiraba a la basura, posiblemente de gente a la que no quería. Además, Cosío no era muy partidario de la sección de filología, lo que había provocado más de un conflicto, incluso con Amado Alonso y mi tía María Rosa, amén de alguien más, en el que mi padre había tenido que mediar. Pero bueno, digo todo esto para mostrar también que en mi relación con mi padre no se profundizaban cuestiones personales; yo no preguntaba ¿por qué dices eso?, pues sabía que no me iba a contestar. Si acaso su respuesta era: “Ya hablaremos, ya hablaremos”, pero nunca se hablaba.

En fin, someramente, esa fue mi relación con Denah y con mi padre. Con Denah, que sobrevivió a su marido hasta comienzos de este siglo, hasta 2006, nos seguimos viendo periódicamente. Cuando murió mi padre, Denah entró en una etapa complicada y hubo ciertos mo-

mentos difíciles. ¿Qué se hacía con los libros? ¿Qué se hacía con los papeles? Ella no quería hablar de eso, pero luego tomaba decisiones... Algunas veces le decía que me hubiera gustado opinar. Por ejemplo, estaba la correspondencia de mi padre con Alfonso Reyes. “¿Por qué no dársela al Colegio de México?”. “No. Va a Harvard”. “Bueno, sí, ¿pero no es más lógico que se la des al Colegio?”. “No. Va a Harvard”. No había discusión. Entonces esos momentos eran difíciles, por decirlo de alguna manera, pero también era su derecho. Supongo que al final, como norteamericana, le tenía más confianza a una institución estadounidense para conservar los papeles de su marido que a una latinoamericana. Y bueno, al final tampoco afectaba en nada que los tuvieran en un lugar o los tuvieran en otro, mientras se conservaran bien.

19. Algunas reflexiones sobre los Estados Unidos

MIRANDO HACIA ATRÁS, creo que venirme a México fue el resultado de una sucesión de experiencias en Estados Unidos y, también, en el mundo. Si bien desde los 17 años me había formado en el mundo académico norteamericano, con su disciplina y rigor, en mí iba madurando la idea, la noción de que no quería seguir en Estados Unidos. Habían cambiado bastantes cosas en el mundo; en 1976 había sido el golpe militar de Videla en la Argentina, una dictadura bárbara y criminal; mi familia estaba ahí y yo tenía mucha preocupación por mi hermano, que era un hombre de izquierda, y por todos. Aunque a partir de 1959, con mi madre y hermano había mantenido, sobre todo, contacto epistolar, en 1964 ella pudo viajar a México y tres años después a Europa, cuando yo estaba allí, pero no regresé a la Argentina hasta el final de la dictadura de Onganía, cuando, además, ya había comenzado a ganar un sueldo en Wesleyan, lo que me permitía costear mis propios viajes. Regresé en 1972 o 1973, pero esos viajes se volvieron a interrumpir como consecuencia del golpe de Videla en 1976, gobierno que duró hasta 1983. Después, reanudé las visitas para ver a mi familia, en especial a mi madre, hasta su muerte en 1999. Para entonces habían nacido mis dos sobrinos mayores, Fidel y Miranda, con los que desde entonces he mantenido el mayor contacto posible, así como luego, con Soledad, nacida en la década siguiente. Quiero subrayar que en los 28 años que transcurrieron desde 1955, con el derrocamiento de Perón, hasta 1983, con el final de esta última dictadura, más de las dos terceras partes de esos años transcurrieron bajo regímenes represivos, incluyendo alguno bajo fachada civil.

El brutal gobierno militar de 1976 a 1983, con sus persecuciones, exilios, torturas y desaparecidos, me generó mucha angustia y mucha

rabia, así como el apoyo norteamericano y la indiferencia y el silencio, pues de la Argentina no se hablaba, casi. Ya en el 73 había sido el golpe contra Allende en Chile y la sangrienta dictadura de Pinochet. Se veía la larga mano de la CIA, mientras la prensa pasaba por encima de esas cosas; en 1974, si no me equivoco, fue la elección de Carter, y comenzaba también el problema de Irán. Y pese a hablar mucho de los derechos humanos, igual que en Argentina y en Chile, en todas partes se estaban violando, se estaba matando y se estaba destruyendo. En esos momentos parecía muy cierto lo que decía un amigo mallorquín, Miquel Barceló, quien entonces vivía en Nueva York: *“el món és vast i tenebrós”*. Yo sentía cada vez más mi enajenación del mundo norteamericano; enajenación en un sentido íntimo, cultural, emocional, y claramente político. Por otra parte, tampoco puedo negar que estaba muy cómoda en los Estados Unidos: tenía buenas bibliotecas, buenos estudiantes, buen sueldo, etc., pero francamente eso no me hacía más feliz. Sentía malestar, de modo que cuando llegó la idea de ir a México... Así como ir a California era seguir en lo mismo, pero con sol, playa y cine, venir a México era volver a América Latina. Incluso, en algún momento anterior, en que me sentía muy desdichada con la política norteamericana, había pensado para mis adentros que me iría del país. Claro está, no podía volver a una Argentina militar, con la que, con excepción de mi madre y mi hermano, casi no mantenía contacto, pero en un subcontinente en manos de bárbaras dictaduras militares, había incluso contemplado irme a Cuba. Lo que tenía claro era que no me quedaría en los Estados Unidos. También tenía muy claro algo más: no quería vivir en Europa, no era europea y sentía que de una manera u otra, Europa iba a acabar siendo un poco como los Estados Unidos. Pero lo que sí sabía bien era que quería volver a América Latina, que me era indispensable emocional y vitalmente.

Para entonces ya había radicado en Estados Unidos desde 1959, veinte años largos, con interrupciones de viajes, pero siempre volviendo. De modo que creo que mi saturación iba siendo real en ese momen-

to, y mi sentido de desagrado también. En fin, había pasado la guerra de Vietnam, había pasado el periodo de Nixon, el *Watergate*, pero se veía que aquello iba a ser igual o peor, que Carter era una figura que no concitaba entusiasmo y que las derechas estaban cada vez más activas; tanto es así, que en 1978 subió Reagan al poder. En ese sentido, estaba claro que el mundo norteamericano no se iba haciendo más abierto, más liberal, más progresista, sino todo lo contrario, que se iba encerrando y empeñando en situaciones que para mí eran profundamente inaceptables política e internacionalmente. Entonces la idea de ir a México, aunque en ese momento fuera solo como profesora visitante, fue muy grata y rápidamente la acepté.

Por otra parte, el contraste entre finales de los años 60 y mediados de los 70 en adelante era muy fuerte: el activismo y la protesta habían prácticamente desaparecido. Mucho del final de ese activismo tuvo que ver con la terminación de la guerra de Vietnam y el comienzo de la recuperación económica después de la “crisis del petróleo”, y se centró en la defenestración de Nixon. Parecía entonces que la última barricada a demoler era deponer a Nixon; que ese era el final y que, una vez logrado, todos volverían a sentir que su futuro estaba a salvo. Se dejó de hablar de lo internacional, se dejó de hablar de lo que estaba pasando en el resto del mundo. La guerra de Vietnam se volvía historia: se había firmado la paz y hasta le habían dado el Premio Nobel de la Paz a Kissinger, ¿qué más se podía pedir para enterrar el pasado? Nadie, ni siquiera los más radicales hablaban de lo que estaba pasando en América Latina; nadie hablaba ya de la brutalidad que se estaba viviendo en África, de la desestabilización en el Medio Oriente, radicalizado por la guerra de Yom Kipur; ya comenzaba el problema en Afganistán donde, al finalizar la década, los Estados Unidos habían apoyado la creación de los muyahidines, con Osama bin Laden subvencionado por la CIA. Todo eso hablaba de algo profundamente, ¿cómo decirlo?, profundamente conservador, incluso reaccionario. Cada vez se veía mayor cerrazón ante el mundo, en vez de mayor apertura.

¿Qué había pasado con los jóvenes radicales de los 60? Bueno, pues ya habían crecido, eran hombres y mujeres que se estaban integrando a la vida económica de su país y Vietnam había sido una crisis de juventud, del pasado. Es cierto, como dije, que con Nixon había habido una crisis económica, y, como sabes, no se suele protestar en medio de la bonanza, cuando uno tiene seguro el futuro, sino en las contracciones, cuando no se sabe qué va a pasar. Al promediar la década se veía que con el final de la crisis económica se calmarían los vientos políticos, los aires críticos y pronto comenzarían las *reaganomics* y el neoliberalismo. Había acabado la guerra de Vietnam y con ella había acabado la conscripción obligatoria: los jóvenes ya no tenían por qué preocuparse de servir en el ejército; ya había desaparecido la noción de que irían a matar y a morir en otro país. Todo había vuelto a una paz en la que Estados Unidos había salido finalmente glorioso, logrando pactar con su enemigo. Kissinger recibía el Premio Nobel de la Paz, mientras que, con la anuencia del gobierno y de la CIA, se estaba asesinando a chilenos, argentinos, bolivianos, uruguayos, brasileños, etc. Ese mundo de chispazos de efervescencia, cuando sus intereses se veían afectados y luego de remansos de ignorancia ante el resto del mundo, para mí era muy típico de los Estados Unidos: no se enteraban, no querían enterarse.

El norteamericano ha sido muy reacio a pensar en el resto del mundo, excepto como “los otros”, vistos siempre como amenazadores; ni el aislacionismo que vemos una y otra vez en la vida política norteamericana, ni el intervencionismo en otros países, apoyado por demócratas y republicanos, son excepcionales. La ciudad de Nueva York o San Francisco, esos grandes centros urbanos cosmopolitas abiertos al mundo, son la excepción, pero no la regla. Hay centros urbanos importantes que no son cosmopolitas; Boston es un buen ejemplo, incluso Washington es otro. En esta ciudad, centro de los poderes, puede haber manifestaciones por ser la capital del país, pero quienes acuden provienen, sobre todo, de otros lugares. Es muy norteamericano que las preocupaciones sean las lugareñas, las del *county*, y con un poco de suerte, las del

estado; a veces ni las del país. Realmente, esa ignorancia del mundo es algo que se notaba todos los días. Si en los años 60 a la población le preocupó el sudeste asiático era porque la situación repercutía negativamente. La guerra de Vietnam no era un conflicto lejano, sino la guerra de Estados Unidos en Vietnam, sabían que ahí podían perder la vida y sabían que, de hecho, la perdían. Años después dejaron de tener ese miedo personal, pues quienes la perdían eran otros, distantes, desconocidos, anónimos. Creo que eso hizo que, en lo cotidiano se encerraran de nuevo en su mundo, sin mirar hacia al exterior. Pueden viajar y ser turistas, pero son turistas que no se informan de lo que pasa, siquiera, en el lugar al que llegan. Tengo amigos norteamericanos que, porque ya están jubilados, pueden pasar uno o dos meses en México, pero no tienen la menor idea de lo que sucede en este país. Sí saben de la comida, saben qué es lo *nice*, qué es lo *cute*, qué es lo *cheap*, pero no se interesan por ir más allá de la cotidianidad. Eso es producto de un enorme aislacionismo mental y cultural; la suya es una cultura muy vuelta sobre sí misma, en la que el mundo solo existe en función de los intereses individuales que puedan tener en esto o aquello. Y claro, América Latina no es el mundo; América Latina es como la definió Foster Dulles en la época de Eisenhower: el *back yard* de Estados Unidos (y ahora Biden nos ha ascendido a *front yard*, supongo que sintiéndose magnánimo o, como dicen aquí, como chistorete...). Si uno es patio trasero, no puede pretender no serlo, aunque ya no se usen esas palabras por no ser políticamente correctas, pero se piensen. Ni los discursos xenófobos ni el injerencismo han sido excepcionales en la política norteamericana.

Quedaban en el mundo académico colegas que eran críticos, pero ya, casi, como adorno, como *coffee table radicals*, una especie de *radical chic* académica, pues ya no había una movilización política importante. Seguía habiendo personas políticamente independientes, progresistas, no digo que no, pero ya eran una minoría. En Stony Brook eran más progresistas que en Wesleyan, más neoyorquinos, tal vez se podría decir que más cosmopolitas, más informados y preocupados por el mundo,

pero aun así, el pasado era ya historia y el hoy era el presentismo individualista.

Eso sí, lo que ha seguido han sido las tensiones y protestas raciales: en los 60, igual que en los 70, los 80, los 2000, y hasta hoy. Manhattan, uno de los cinco *boroughs* (municipios) que componen la ciudad de Nueva York, lo conocí bien por haber vivido allí desde mediados de los años sesenta en adelante. Era una ciudad muy plural étnica y socialmente, aunque mantenía una fuerte división por barrios, *neighborhoods*, que se remontaba a las grandes migraciones de finales del siglo XIX, aunque se hablara de crisol, de *melting pot*. Al norte de la Calle 96, estaban el West y Central Harlem afroamericanos y el East Harlem puertorriqueño, llamado El Barrio, que eran zonas bastante deterioradas económicamente. Igualmente deprimida y marginal era una zona al sur de la isla, el Lower East Side, con el Bowery y zonas aledañas. En el sur de Manhattan estaban la Little Italy y Chinatown; y en Yorkville, entre las calles 80 y 96, estaban los barrios de origen alemán e irlandés. Claro que había muchos más, con características propias y diversas, cuyo perfil poblacional fluctuaba según los distintos momentos. Yo vivía en el East Side, en la Calle 74, entre la 1a. y 2da. Avenidas; aunque era una zona de clase media, desde el punto de vista étnico había gente de diversos orígenes, aunque predominantemente blanca.

Sin embargo, a partir del fin de la Guerra de Vietnam, cuando empezó a haber mayor estabilidad económica, en toda Manhattan comenzó un *boom* de la construcción etiquetado como *urban renewal*, aunque esta llamada renovación urbana, en realidad consistió en promover una especie de *gentrification* de la ciudad. Históricamente la *gentry* había sido la pequeña nobleza inglesa no titulada, que poseía tierras y casa solariega —podría ser semejante o equivalente a los hidalgos castellanos. Esa alusión aristocratizante no era en vano, aunque ahora se refiriera a la aristocracia del dinero, a las elites económicas. En efecto, la ciudad se fue haciendo cada vez más cara, fue expulsando a la población de clase media hacia abajo, que ya no podía pagar rentas que se dispa-

rabán, y que veía que sus modestos edificios de la pre o posguerra eran derrumbados para construir en su lugar rascacielos de lujo. De modo que la llamada *gentrification* de Nueva York fue homogeneizando Manhattan, socialmente hacia arriba y racialmente hacia hacerla una ciudad blanca, acabando con esa heterogeneidad que le había dado un perfil social tan particular hasta los años setenta. En realidad, fue expulsando a los suburbios, hacia afuera, a quienes carecían de ingresos suficientes. Claro está, eso incluyó los barrios negros y puertorriqueños: sus pobladores fueron empujados cada vez más hacia la periferia. Los alrededores de la Universidad de Columbia —gran propietaria de bienes raíces—, que había sido una zona deprimida y descuidada, en la que vivían puertorriqueños, negros, trabajadores “de cuello azul”, profesores universitarios de ingresos medios, estudiantes sin muchos recursos, se fue haciendo una zona elegante, *chic*. En aquel barrio había de todo; hoy, ya no lo hay. Ese proceso de transformación urbana renovaba socialmente hacia arriba, cambiando radicalmente el perfil de las ciudades.

He visto el mismo fenómeno en Boston, en Cambridge, ciudades grandes o medianas que se fueron “gentrificando”. Por ejemplo, el departamento de mis padres en Cambridge lo pudieron comprar siendo ambos profesores universitarios con un sueldo digno, pero con necesidad de un crédito bancario. Sin embargo, mira los contrastes: yo ganaba más en Stony Brook que mi padre en Harvard; yo era una joven que más o menos comenzaba y él llevaba toda una vida de trabajo, había estado en Harvard desde 1953; sin embargo, veinte años después mi sueldo era superior al suyo y también al de Denah. Digo esto para mostrar también las diferencias inauditas que podía haber entre colegas, entre universidades diferentes, entre generaciones. Claro que entonces se decía que Harvard pagaba con prestigio, aunque en el 68 muchos profesores jóvenes empezaron a portar en la solapa botones que decían: *You don't eat prestige!*

Bueno, mis padres pudieron comprar un departamento cerca de la universidad, que les resultó económicamente accesible. Hoy ese depar-

tamento resultaría impensable para un profesor de Harvard. Cuando se tuvo que vender, lo compró gente muy ajena al mundo universitario. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó con esas clases medias de profesionales y de asalariados? Ahora esos lugares los ocupan personas de ingresos muy altos; los demás se tienen que ir a los suburbios, porque las ciudades en el Este, y creo que en el Oeste también, están pobladas por sectores sociales con ingresos muy, muy altos. Y lo ves en los costos de la propiedad. Cuando alguna vez encuentro el *New York Times* en papel, por curiosidad miro las rentas y veo que los precios de los departamentos son sencillamente prohibitivos. Yo misma no hubiera podido vivir en Manhattan en los 60 tempranos, teniendo una beca, ni tampoco luego, con mi salario de profesora universitaria; ni siquiera compartiendo un departamento con otra persona lo podría pagar hoy. Es un mundo que ha roto aquella relativa integración social que antes era evidente. Antes había precariedad y pobreza visibles, ahora la pobreza ha sido expulsada fuera de las murallas invisibles, pero reales, de las ciudades.

Seguramente pasa lo mismo en otras ciudades, en Chicago, por ejemplo. Chicago, que había tenido fama de ser una ciudad terrible —“te van a asaltar en todas las esquinas”, decían—, ahora es una ciudad totalmente *gentrified*, y lo mismo otros grandes centros urbanos. Claro, eso ha hecho que otros lugares muy periféricos, que incluso eran suburbios semirrurales, se hayan urbanizado para recibir a quienes no pueden vivir en las grandes urbes. Pienso, por ejemplo, en zonas de alrededor de Manhattan, los otros *boroughs* como Brooklyn o Queens, que antes eran suburbios plácidos y dormidos, pero que ahora cobijan a quienes no pueden hacerlo en Manhattan: clases medias que reactivan, de alguna manera, una vida cultural urbana, pero en la periferia de la gran metrópolis. Eso es muy impresionante.

De modo que sí, ha habido y hay problemas raciales, problemas sociales que se pretenden solucionar mediante la expulsión de población hacia los márgenes, como se ha hecho en todas partes. Es un fenómeno de los últimos 30 o 40 años, más o menos. Y Nueva York dio la

tónica; dio la tónica internacionalmente, en ese sentido, pues lo mismo ha sucedido luego en Londres, en París, etc. Es impresionante cómo la *gentrification* neoyorquina fue el inicio de la revolución urbanística más importante de finales del siglo xx y comienzos del xxi.

No sé si eso es lo mismo en ciudades como Los Ángeles, porque Los Ángeles, en realidad, no es una ciudad compacta, es una especie de extensa conurbación, por lo que los espacios están claramente divididos, con zonas muy pobres y étnicamente definidas, frente a otras blancas y lujosas. Son fronteras que no se entrecruzan. Nueva York no podía ser así, Manhattan es una isla muy pequeña; lo que permite a la ciudad de Nueva York ser extensa son los otros cuatro *boroughs*, los demás distritos alrededor de Manhattan. Pero la isla de Manhattan está limitada en sí misma, por ser isla, y ahí te das cuenta de que la expulsión ha sido radical y dramática.

Me acuerdo que a veces iba y venía de Stony Brook o de Wesleyan en auto, y entraba muchas veces por el sur de Manhattan. Ya dije que ahí hay una zona que se conocía como el Bowery, que era la zona marginal del sur de la ciudad. Digamos que abarca del río Hudson hasta más o menos la primera o segunda avenida. Era la zona de los marginales de Manhattan, los “sin techo”, la gente que dormía en las calles, los borrachitos, los que recogían en la basura envases para revender y vivían de pedir limosna. Esos ahora son barrios lujosos donde las que eran bodegas abandonadas y ruinosas ahora son *lofts* elegantísimos, etc. Ha sido la gran revolución. Tú como urbanista debes saber mucho más que yo sobre toda esa gran transformación citadina que se pudo dar gracias a la enorme cantidad de dinero que comenzó a fluir en el mundo de los negocios después de la guerra de Vietnam. Algo así se intentó hacer en la ciudad de México, en el centro histórico, cuando Slim y otros millonarios empezaron a invertir, a hacer una especie de *gentrification* del Centro, pero aquí no acabó de cuajar, porque por las muchas crisis no ha habido esa abundancia de dinero. Pero en Estados Unidos se pudo hacer sostenidamente. Trump, por ejemplo, no es un multimi-

llonario casual, es un multimillonario de los negocios urbanos, muchas veces opacos, de las construcciones de lujo, de la renovación urbana. Su gran fortuna, como la de muchos otros, proviene de eso. Es decir que nos olvidamos del significado profundamente clasista y etnófobo del negocio de la especulación urbana.

20. En México

COMO TODOS SABEMOS, el año 1982 fue muy complicado para la economía mexicana, y la primera complicación para mí fue que en enero vine con mi coche desde Nueva York y más o menos hacia marzo tuve un tremendo choque: una “pesera”, una micro que se pasó la luz roja del semáforo, me golpeó de mi lado y huyó. Era tarde en la noche, pues había ido a cenar a casa de Juan Carlos Garavaglia con Carlos Marichal, entonces en la UAM Iztapalapa, y otros amigos, y al salir de casa de Juan Carlos fue el tremendo porrazo... La primera consecuencia fue física, pues necesité meses de rehabilitación, collarín, etcétera. Pero, además, como mi coche tenía placas extranjeras y el permiso de estancia en México era solamente por seis meses, todo se volvió una pesadilla burocrática. El auto no podía exceder el límite marcado y no había modo de que se aceptara que la avería hacía imposible moverlo y la respuesta era llevarlo a la frontera e ingresarlo otra vez al país. A la vez, en la primavera comenzó la gran crisis económica con una fortísima devaluación del peso y el cierre del mercado de cambios. El coche no podía circular, no había refacciones ni modo de importarlas y todos los documentos en dólares o vinculados a dólares se cancelaron, entre ellos el seguro de mi auto, obligatoriamente contratado en la frontera, que dejó de tener efecto en México. El resultado fue que no había quien pagara el arreglo, no había quien consiguiera las piezas ni nadie que se responsabilizara. Entonces descubrí el gran talento de los trabajadores mexicanos, que de taller en taller iban haciendo a mano, como artesanos de oficio, las distintas piezas para el automóvil. Bueno, todo esto lo cuento como mi bautismo de fuego como conductora en México, más la crisis económica que fue muy impresionante por el efecto que tenía para todos. Ya había aceptado que-

darme en México, ya estaba aquí mi mudanza, ya estaba aquí todo y no pensaba cambiar. Por experiencia argentina, directa e indirecta, de crisis, sabía que no quedaba más remedio que apechugar. En todo caso, era impresionante ver cómo se deterioraba el poder adquisitivo del salario, pues la devaluación fue astronómica. Ni siquiera había posibilidad de usar una tarjeta de crédito en un cajero mexicano; no quedaba más que ver cómo manejarse de día en día. Este fue mi regreso a Latinoamérica, entrando de frente en una crisis económica de esa magnitud.

En todo caso, las cosas se fueron sorteando y completé el año en México y tanto Urquidi como Josefina estuvieron de acuerdo en que a partir del 83 enseñara un semestre aquí y otro en Estados Unidos. Eso tenía sus complicaciones prácticas, porque exigía que al volver yo a Estados Unidos alquilara un departamento amueblado, ya que, evidentemente, no iba a mantener dos departamentos todo un año, ocupándolos solamente pocos meses aquí o allá. Y luego, también estaba el hecho de ir y venir, dejando u olvidando un papel aquí o un libro allá, de modo que lo que en teoría parecía como un gran arreglo, en la práctica cotidiana era mucho más complicado de lo que yo había imaginado inicialmente. Pero también debo decir que el Colegio siempre se portó espléndidamente conmigo. Mientras Urquidi fue presidente, hasta 1985, y Josefina, directora del Centro, tuve todo el apoyo de ambos, por lo que les estoy profundamente agradecida.

Por otra parte, seguía manteniendo los vínculos internacionales aquí y allá, seguía publicando, empezaba a desarrollar el tema de las migraciones, pero también el de los exilios me iba interesando cada vez más. Se acercaban los 50 años del inicio de la Guerra Civil española y en 1988 El Colegio de México iba a cumplir medio siglo desde la fundación de su antecesora, La Casa de España. En términos personales y familiares, no era ajena al tema de los exilios; por otro lado, tampoco era ajena al tema de la Guerra Civil, ni a la historia del Colegio, que en algunos momentos incluso había vivido, aunque no en profundidad. Precisamente entonces, en 1985, me escribieron de España pidiéndome una colaboración extensa

para una historia que se estaba preparando allá sobre la Guerra y los exilios en América Latina. Era una coyuntura en la que España y México estaban muy presentes y eso me estimuló a trabajar el exilio intelectual en México. Para esa ocasión invité a mi antiguo compañero y amigo, José Antonio Matesanz, a colaborar juntos, sabiendo que su interés por estos temas era también añejo. También tuve una joven, pero muy eficiente asistente de investigación, Beatriz Morán, hija de exiliados y educada en el Instituto Luis Vives, una de las instituciones educativas fundadas por el exilio. Fue una colaboración triangular muy fructífera, que se reprodujo en más de una ocasión. Como consecuencia de esta inmersión en el exilio, José Antonio, entonces profesor en la Universidad Nacional, retomó el interés por doctorarse, para lo cual escribió una tesis muy original y novedosa sobre las relaciones de México y España durante la Segunda República, que luego se convirtió en un importante libro titulado *Las raíces del exilio*.

Por ese entonces un par de alumnos me habían pedido que les dirigiera la tesis relacionada con la inmigración y el exilio español en México. Una fue Dolores Pla, entonces joven doctoranda de la UNAM, que quería estudiar el exilio catalán en este país, lo cual fue cambiando hasta, finalmente, ampliarse al exilio español. Con el tiempo, Dolores, cuya prematura desaparición hemos llorado todos, se fue convirtiendo en la autoridad en el tema. También se me acercó Carlos Illades, un excelente alumno del doctorado del CEH, que quería trabajar españoles en México, tema que ya había explorado para su tesis maestría, publicada como libro. Con él el proceso fue distinto, porque se fue convenciendo de abrirse a un tema nuevo, sobre los trabajadores en la ciudad de México en el tercer cuarto del siglo XIX, asunto sobre lo cual ha hecho aportaciones muy importantes. En fin, iban apareciendo colegas y estudiantes interesados en cuestiones de España y del exilio y yo misma me fui adentrando en ese campo. De modo que a partir de entonces fui desarrollando una nueva línea de investigación, además de anarquismos, socialismos, el mundo del trabajo, la historia social y las migraciones. Eso significaba abrir el abanico de mis intereses, y me fui adentrando más y más en el estudio de los exilios. Lue-

go resultó que esto y las migraciones a México, españolas sobre todo, fueron acaparando mi atención durante veintitantos años de mi vida.

Estos fueron cambios en los cuales no siempre fui el motor, sino que se produjeron por los contextos particulares en los que me movía, pues no hubieran sido mis temas de no haber sido por mi inserción en este país. En este sentido, a México le debo haber abierto un área totalmente nueva de estudios hispano-mexicanos, en la que creo haber hecho algunas aportaciones. Sin embargo, en años más recientes la he ido dejando para volver a mis viejos temas sociales y anarquistas.

Esos años, entre 1982 y finales del 87, fueron años en los que estuve a caballo entre Estados Unidos y México. Iba y venía, vinculándome cada vez con más con el mundo mexicano y saliendo poco a poco del norteamericano, ya que la idea de establecerme permanentemente en México se iba imponiendo. Pero el paso definitivo del cambio se dio cuando se fundó el Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Para ingresar había que estar de tiempo completo en México, lo cual era lógico, y en 1987 decidí que había que tomar ya una decisión y participar en la convocatoria... El SNI era algo nuevo que había hecho Miguel de la Madrid, con el propósito de evitar la fuga de cerebros, porque con la crisis del 82 y el terremoto del 85 la situación era muy negra y muchos académicos pensaban en irse del país, lo cual hubiera significado una dura fuga de cerebros. El hecho es que en el SNI me evaluaron y me otorgaron el nivel más alto, el 3, lo cual fue decisivo para quedarme en México de tiempo completo. En ese momento, cuando me lo comunicaron, estaba en Stony Brook, así que de inmediato avisé a la Universidad que renunciaría en diciembre. Esta fue una gran sorpresa para mis colegas, que me decían: “No te puedes ir, ¿cómo te vas a ir México?” “Es una locura, piénsalo bien”. “¿Qué quieres para quedarte? Si es una cuestión de sueldo, lo negociamos”. La verdad es que el sueldo norteamericano era más que bueno, pero no era lo importante. En cambio, el tiempo sí lo era para mí: que en el Colegio hubiera docencia un semestre sí y otro no y diera un solo curso por semestre por año era un

lujo que en los Estados Unidos sería impensable; repito, yo enseñaba dos cursos cada semestre y además tenía lecturas dirigidas. En México el tiempo para mi trabajo se multiplicaba. No se trataba de negociar mi estancia en Estados Unidos en mejores condiciones económicas, y sabía que el tiempo no me lo iban a dar, porque eso no era flexible: tienes cierta carga docente y no te la pueden rebajar por la mitad. Entonces, te podrán aumentar el sueldo, pero no reducir la docencia. Pero lo verdaderamente importante es que me gustaba El Colegio, que me sentía bien en México y que quería volver a Latinoamérica. En todo caso, estaba muy segura de la decisión de quedarme en México, segura de que era la más adecuada por razones personales y profesionales. Pero, como dije, la más importante era porque me gustaba estar aquí, en un país latinoamericano que quería. Así, a finales de 1987 renuncié a Stony Brook y he estado en El Colegio de México hasta hoy, más o menos durante 40 años, contando desde 1982. Sí, en 2022 cumpliré 40 años de trabajo en México y casi 55 años de actividad docente continua, lo cual, incluso a mí misma me sorprende cuando lo digo.

Hoy miro atrás y, la verdad, siento que todas estas cosas fueron ayer; esa sensación de que todo ha sido rápido, muy rico y plural, muy intenso. Ahora, ya en la senectud, pienso que a lo largo de todas estas décadas he crecido no sólo en años, lo cual no es mérito, sino en experiencia y en conocimiento, y he disfrutado mucho este medio siglo de docencia. Aunque debo decir que, en gran parte, el disfrute se ha debido a la suerte de haber tenido espléndidos estudiantes, inteligentes, entusiastas y estimulantes. Además, he tenido oportunidades muy variadas para poderme desarrollar intelectualmente; he tenido retos, algunos los he podido superar, otros han sido muy difíciles, y supongo que en el camino he dejado muchas cosas. Pero han sido años muy fructíferos para mí y, bueno, confío que un poquito para los demás que en algún momento me han rodeado. Y sobre todo, años de mucho aprendizaje, de una gama muy variada de aprendizajes. Esa acumulación de experiencias de todo tipo para mí ha sido muy enriquecedora.

21. Sociabilidades tempranas

MÁS QUE SEGUIR CON UNA CRONOLOGÍA de mi desarrollo profesional, académico, me gustaría hablar un poco más de personas que en mis primeros años en Estados Unidos fueron influyendo en algunos sentidos importantes desde un punto de vista académico, intelectual o incluso social. Empezaría por un momento que fue el punto de partida para tomar conciencia del mundo de las relaciones sociales, más allá de los ocasionales encuentros que había tenido en mi adolescencia, en la Argentina, de los cuales ya hablé. A partir de mi llegada a Estados Unidos, ya a finales de la adolescencia, tuve cierta relación y participación en el mundo social de mis padres, con no poca frecuencia. En él hubo presencias que, de alguna manera, fueron importantes para mí, ya fuera por el propio hecho de haberlas conocido, oír las hablar de sus intereses y de sus actividades, o bien, porque se acercaban a aspectos que a mí personalmente me interesaban especialmente por temas, vivencias, etc. Entonces, digamos que, aunque vivía en la universidad, pasaba en casa de mis padres los veranos o, a veces, algún fin de semana o vacaciones; en otras palabras, iba a Cambridge con cierta frecuencia, de Brandeis, en Waltham, a Cambridge, que estaba a unos 30 minutos de distancia. Así fui conociendo gente que no solo eran amistades de mis padres, sino que con algunas luego mantuve relaciones personales. En ese sentido, una de las primeras personas que conocí en Cambridge fue a Juan Marichal. Juan era colega de mi padre en Harvard, cuando llegué a Cambridge; era entonces, creo, un joven *associate professor*, un profesor joven. Por sus orígenes como exiliado español estaba muy interesado en el mundo del exilio. Como yo llegaba de la Argentina, para ingresar a Brandeis necesitaba que alguien que no fuera de mi familia

fuera algo así como mi aval; alguien tenía que dar fe de que yo era una persona honesta, decente, de buena conducta y demás. Cuando recién llegada conocí a Juan, quien por cierto me pareció muy guapo y simpático, le mencioné que en Buenos Aires acababa de escuchar en un acto universitario por los 20 años del final de la Guerra Civil, a Nicolás Sánchez-Albornoz, a Manuel Lamana, a Luis Jiménez de Asúa; se interesó y mantuvimos diálogos y encuentros que resultaron muy gratos y muy agradables, inicialmente. De modo que lo recuerdo con especial simpatía en ese momento. Luego, con los años y los caminos distintos, en algún momento tuvimos alguna desavenencia y algún distanciamiento, que me dieron cierta tristeza. Pero, en ese momento, Juan Marichal fue alguien que estimuló mi curiosidad sobre el exilio español, y lo recuerdo bien a él y a su esposa, Soledad —Solita— Salinas, la hija de Pedro, el poeta; un poeta que yo había ya leído mucho y que me pareció siempre uno de los grandes. Bueno, ahí conocí a sus dos pequeños hijos, a Carlos y a Miguel. Nunca pensé que con los años Carlos y yo nos volveríamos a encontrar, a ser colegas y a ser buenos amigos hasta el día de hoy.

Llegué a Estados Unidos a comienzos del año académico 1959-1960, y en el segundo semestre de ese año académico, mi padre tuvo un sabático y él y mi madrastra, Denah, se fueron a España, por primera y única vez. Me quedé sola, pues ya estaba en la universidad. Esa fue una experiencia distinta, no tenía cerca a ningún pariente y me sentí de una independencia y de una adultez extraordinarias. El departamento de mis padres lo prestaron a un profesor francés que pasaba un semestre en Harvard y un semestre en París, el profesor Paul Bénichou y a su esposa, Gina Labin. Paul fue uno de los grandes expertos en la literatura del siglo xvii, especialmente en Racine, pero también en la literatura y el pensamiento francés del siglo xix: el Romanticismo, los socialistas tempranos, los poetas simbolistas, etc. Fue el autor de una trilogía muy importante, traducida al español por el Fondo de Cultura Económica sobre el pensamiento romántico. Uno de los volúmenes de

esa trilogía se titula *El tiempo de los profetas*, en el que estudia a los primeros socialistas en Francia, lo que los franceses han dado en llamar el socialismo romántico. Bueno, Paul y Gina se quedaron en casa de mis padres un semestre, mientras ellos estaban en España, y si de vez en cuando tenía que ir a Cambridge me invitaban a quedarme con ellos, y ahí los fui tratando más y más. Al principio era algo muy formal. Bénichou había nacido en Argelia, era de origen sefardí, educado en Francia, y ya era un reconocido intelectual francés, casado con Gina Labin-Bénichou, quien, a su vez, había nacido en Rumania y luego se había formado en Francia, donde había estudiado leyes y llegado a ser juez. Gina era muy anticomunista, como muchos rumanos fuera de su país, y Paul, por su parte, había sido más o menos cercano al socialismo en su juventud y también muy antiestalinista. Durante la ocupación alemana, por la persecución contra los judíos, se habían exiliado en la Argentina, con su pequeña hija Silvia; allí habían conocido a mi padre y a otros intelectuales argentinos, como Borges, sobre quien escribió tempranamente. Bénichou, que provenía de una familia que hablaba judeoespañol, durante su estancia en la Argentina llegó a hablar un español impecable. Con ellos tuve ciertas discusiones políticas, pues en esos años eran muy pro norteamericanos y yo no, pero lo cierto es que también desarrollamos un lado afectivo muy profundo que mantuvimos hasta el final. Siempre los sentí a ambos y luego a su hija, que es una reconocida hispanista francesa, como si formaran parte de mi familia extendida. Además, hablando con Bénichou aprendí mucho sobre el mundo franco-argelino, porque él hablaba y recordaba bien su infancia y su adolescencia en Argelia. Había sido muy amigo de Camus, incluso habían sido compañeros, y era un hombre de conversación enormemente grata y cálida. Gracias a Bénichou fui conociendo más un mundo que estaba muy lejos de mi experiencia directa.

Creo que conté que estando en ese primer año en Brandeis no me fue muy bien en cursos de ciencias, y que tuve que compensar dos cursos, de los que no había yo salido muy gloriosamente, por decir lo

mínimo. Por ello, me matriculé en un par de cursos en la escuela de verano de Harvard: uno de ellos fue una introducción a la literatura francesa desde la Edad Media hasta el siglo xx, que dictaba Bénichou; fue un curso panorámico, fantástico, que gocé mucho. Como todo curso muy grande tenía asistentes, *teaching assistants*, y ellos, no el profesor de la materia, eran mis interlocutores. Ese fue mi primer acercamiento sistemático a la historia de la literatura y a los textos literarios franceses. Ese mismo verano estuvo en Harvard, y con él también tomó un curso alguien que había sido discípulo de mi padre en El Colegio de México, Carlos Blanco Aguinaga. Carlos había llegado a México exiliado, como tantos otros, en 1939, siendo apenas adolescente, pero ya formado había ido a enseñar a Estados Unidos. En el verano de 1960 ya era profesor de planta en Johns Hopkins, y en Harvard dio un espléndido seminario de poesía española desde los siglos de oro hasta el siglo xx, en el que no solo aprendí, sino que disfruté mucho y leí aún más. En esa época, Carlos era un hombre relativamente joven, muy simpático, a quien yo recordaba vagamente de pequeña. Pero estaba solo en Cambridge y de vez en cuando me invitaba a tomar un café. Charlábamos mucho y, con los años mantuvimos una larga y estrecha amistad, así como con Iris, su esposa costarricense. Con Carlos fui adquiriendo confianza, hablábamos de literatura, bueno, más bien él hablaba y yo lo escuchaba y preguntaba. Hablábamos de México, de su experiencia como niño y adolescente del exilio; él había sido de esa generación de jóvenes del exilio, en la que luego hubo escritores importantes: Tomás Segovia, Roberto Ruiz, Manuel Durán, Ramón Xirau, etc. Carlos había publicado algo de poesía, y, luego, ya mayor, escribió novelas y cuentos. En fin, era un hombre con mucho talento y mucha simpatía. De modo que menciono a Bénichou y a Blanco, porque luego con ellos el contacto fue largo y cálido. Con Carlos más, en cierto sentido, porque en el verano también yo alternaba casas para vivir en distintos lugares, así que nos veíamos bastante, peregrinando por Cambridge.

Creo que no mencioné que ese verano me invitaron a dar un curso en la Universidad de Tufts, para enseñar lengua a un grupo de jóvenes norteamericanos que iban a participar en los Cuerpos de Paz. Al acabar mi primer año en Brandeis, una profesora de conversación francesa en Brandeis, Mme. Denise Alexandre, cuyo curso yo había disfrutado mucho y en el cual había aprendido bastante francés, junto con una profesora de español, de origen republicano, Lucinda Moles, habían sido invitadas a organizar los cursos de idiomas para los Cuerpos de Paz, que se estaban desarrollando bajo la presidencia de Kennedy. Entonces buscaban profesores para enseñar lengua y civilización a los “voluntarios” de los Cuerpos de Paz que iban a ir a América Latina. Eran jóvenes, pero no tanto; personas que ya habían acabado su carrera universitaria y que calculo que podían tener entre veintitantos y treintaitantos años. Yo tenía 18 recién cumplidos, y cuando Lucinda y Mme. Alexandre me ofrecieron enseñar un curso de conversación española en Tufts, el alma se me fue al cielo, ¡eso sí que era extraordinario! Me sentí soñada, desde luego: nunca había dado un curso, nunca había enseñado, y menos en una universidad conocida. Muy emocionada ante el reto, ahí me fui a la biblioteca a buscar libros sobre cómo enseñar idiomas. La Universidad de Tufts nos albergaba y daba las comidas, además del sueldo; la obligación no solo era dar los cursos, sino que había que convivir con los estudiantes. Era un programa intensivo de lenguas, en que el compromiso era hablar únicamente en el idioma de estudio, en este caso en español. Había también un grupo que hacía portugués y uno más de francés. Esa fue la primera vez que tuve un empleo en mi vida, la primera vez que gané un salario, que consistió en 300 dólares por el verano. Hoy parece irrisorio, pero en ese momento para mí era fantástico. Yo tenía la beca de Brandeis, que me daba 50 dólares por mes para mis gastos, de modo que 300 dólares en seis semanas era una fortuna. Ahí también tuve un compañero que enseñaba francés, Philippe de Montebello. Era estudiante de Harvard y vivía en Cambridge, e iba y venía en motoneta. Como me había matriculado en los dos cursos de verano

y tenía que ir a Harvard todos los días, me iba siempre con él en la moto. Era un chico muy simpático con quien hablaba mucho. Philippe, que estudiaba historia del arte, decía que quería ser director del Louvre, y yo, que quería ser Ministra de Educación en la Argentina, pues me quedaba la idea de volver y contribuir a reformar el país... Ya muchos años después, él sí llegó a ser director, nada menos que del Metropolitan Museum of Art, en Nueva York, pero yo nunca llegué a ministra... El caso es que estuve en Tufts seis semanas dando ese curso de verano, con estudiantes mucho mayores que yo. De hecho, yo era la más joven de todos, hasta Philippe era algo mayor. Los demás eran personas de, al menos, 30 años para arriba, tanto colegas como estudiantes. Había alguno que, incluso, había sido *marine*, que era el mayor y bastante pesadito. Ahí tuve que aprender a lidiar con un grupo de hombres (los más) y mujeres (las menos) e imponer cierto respeto docente y personal, y aquello me fue enseñando a mantener cierta seriedad y distancia con los estudiantes. En fin, digo esto porque en todo sentido fue para mí una experiencia importante.

Al acabar en Tufts, no tenía dónde quedarme, pues, como dije, mi padre y Denah estaban en España y habían dejado el departamento a los Bénichou. Claro está, mi problema era dónde quedarme entre el final en Tufts y el comienzo de clases en el segundo año en Brandeis. Como estaba siguiendo un curso con el propio Bénichou, no me parecía correcto pedirle que me permitiera volver a mi cuarto, de modo que estuve unas semanas de casa en casa, saltando de lugar en lugar. Lo cierto es que amigos de mi familia en Cambridge me fueron acogiendo y yo fui rotando. Al comienzo, pasé unos días muy gratos en casa de la familia de Jorge Guillén, el poeta. Don Jorge pasaba temporadas en Cambridge, con su hija, Teresa, quien estaba casada con un hispanista norteamericano, Stephen —Steve— Gilman, profesor en Harvard, especialista, sobre todo, en literatura medieval, pero también en Galdós. Teresa y Steve tenían una casa de playa en Cape Cod, donde pasaban el verano con sus tres hijos y el abuelo. Fueron ellos quienes nos invitaron

a Carlos Blanco y a mí a pasar unos días en el Cape, lo cual fue realmente muy grato. Yo soy muy amante de la playa y del mar, y compartir playa, conversaciones y discusiones fue muy agradable, pero también formativo escuchándolos hablar. Gilman había estudiado en Princeton con Américo Castro, el reconocido filólogo hispanista, miembro del grupo fundador del Centro de Estudios Históricos de Madrid con Ramon Menéndez Pidal y luego fundador del Instituto de Filología de Buenos Aires, hogar académico de mi padre; era muy castrista, pero a veces también resultaba un poco confuso saber de qué Castro hablaba, pues acababa de ser la Revolución cubana y no faltó alguna discusión producto de un diálogo de sordos, pues unos hablaban de Fidel Castro, mientras él se refería a don Américo; claro, eso desembocaba en situaciones confusas, cuando no hirsutas y absurdas. Lo digo como anécdota, pues pese a las diferencias, era un mundo cordial, tranquilo y, para mí, una ventana a la cultura española. Ahí, don Jorge hablaba de poesía y de sus recuerdos; Carlos era un hombre también muy grato para el diálogo, así como Steve. Y estaba también otro joven hispanista, profesor de Harvard, que acababa de llegar de España pocos meses antes. Se trataba de Joaquín Gimeno Casalduero, sobrino de un conocido profesor de literatura española y crítico literario, don Joaquín Casalduero. Parte de ese mundo, entre el exilio español y el hispanismo norteamericano, era bastante endogámico: el que no era hijo, era papá; el que no era papá, era sobrino o tío, y el que no, era pariente en algún grado de alguna figura conocida. En fin, era un mundo de gente que se trataba mucho entre sí, nada almidonado ni rígido. De modo que, repito, esas semanas en el Cape las recuerdo como muy gratas. También creo que tanta cercanía con gente exiliada, inconscientemente me fue acercando más a que el exilio español y su cultura no fueran ajenos para mí a medida que pasaban los años y aumentaba mi contacto con ellos.

En ese mundo no había historiadores, sino solo gente de letras y como yo tenía cierto gusto por las letras, me sentía cómoda y no dema-

siado intrusa. Sin embargo, como Cambridge era pequeñito, si se piensa en Harvard Square y alrededores, iba también haciendo mis propios amigos. Había un joven profesor de historia de México, que entonces era *assistant professor* en Harvard con quien me encontraba muchas veces, tomábamos un café juntos y charlábamos. Solía andar con una chamarra de piel y en motocicleta —lo cual lo asemejaba un poco a un *Hell Angel*, a alguien de esa banda de motociclistas rudos—, pero era todo lo contrario: un hombre bastante joven, muy agradable, de nombre John Womack. Jack —sobrenombre de John— era unos años mayor que yo, y estaba convirtiendo su tesis sobre Zapata y la Revolución mexicana en libro. No era un gran amigo, pero sí un conocido con el que hablábamos de México, Zapata, la Revolución, etc., y era muy grato; sin ser una amistad estrecha, ha continuado muchos años. Creo que puedo decir que él era el único historiador al que había tratado hasta ese momento, fuera de los pocos que habían sido mis profesores en Brandeis, sin ser todavía *major* en Historia, ni mucho menos.

De los amigos que luego fui haciendo en Brandeis que fueron amistades que han perdurado en el recuerdo, aunque luego hayamos perdido cercanía, hubo varios, que sería largo enumerar. Había una joven boliviana con la que hice buena amistad, Marcia Paz Campero. También en el verano fui con ella a Nueva York, invitadas por otra compañera, Betsy Berg, cuyo padre era dueño de varios hoteles neoyorquinos y en uno de ellos nos hospedó. Estuvimos una semana como jóvenes turistas, descubriendo Nueva York y metiendo la pata, porque ninguna de las dos todavía sabía bien inglés. Me acuerdo de una escena al llegar a un restaurante, donde anunciaban un plato principal por 99 centavos: parecía una ganga genial. Era un *eggplant steak*, que yo entendí, literalmente, como un *steak* con un huevo “a caballo”, como se podía comer en la Argentina (es decir, un huevo frito sobre el bife), y lo de la *plant* supuse que eran verduras. Así lo traduje y Marcia, que sabía aún menos inglés que yo, aceptó que por ese precio sonaba muy bien. Entramos al restaurante dispuestas a comer nuestro bife a caballo con verduras,

cuando el mozo llegó con sendos platos con una gran rebanada de berenjena asada en cada uno. Claro, la berenjena en inglés se llama *eggplant* y la rebanada era el *steak*. Todavía sin entender le dije al mesero: “¿Y el *steak*? ¿Dónde está?” ¡Porque yo lo que quería era mi bife! Te cuento esto, por un lado, para señalar los peligros de traducir literalmente, pero también porque nos creíamos muy cosmopolitas, pero todavía éramos unas chiquillas que ignorábamos muchísimas cosas y aprendíamos sobre la marcha, tras los errores.

En otra ocasión, también con Marcia, fuimos a Washington durante unas vacaciones de Pascua. Ella había dejado Brandeis por la Universidad del Sagrado Corazón, pero nos seguíamos viendo en Cambridge. Cuando decidimos tomarnos esas vacaciones juntas, alguien le recomendó una residencia muy económica en Washington, para chicas latinoamericanas. Allí nos fuimos sin saber mucho más. El lugar era una gran casona en Embassy Row, a la que llegamos por la tarde, poco antes de cenar. Todas las residentes eran mujeres muy amables, de distintos países. Con nosotras fue muy cordial una joven mexicana de Guadalajara, con la que me puse a charlar. Esta chica me contó algo de ella; de cuánto extrañaba a su familia; de cómo en la residencia, en la que vivía, la trataban muy bien, pero no querían que tuviera comunicación con los suyos, y que, aunque estaba contenta allí, se sentía muy triste de estar aislada de su familia. Cuál no sería mi sorpresa al irme enterando de que estábamos en una residencia del Opus Dei, rodeadas de numerosas. Sabía entonces muy poco del Opus, pero lo suficiente como para serme muy poco agradable la idea, de modo que hablé con Marcia, quien tampoco parecía saberlo. Claro, nuestras finanzas eran muy escasas y el lugar muy económico, de modo que Marcia recomendó esperar y ver antes de decidir nada. Pero esa noche, a la hora de la cena se rezó con mucha devoción y pude apreciar que al ver que yo permanecía en silencio, se me observaba de reojo. No bien acabamos de cenar, fuimos llamadas a la oficina de la directora, quien nos comenzó a interrogar de manera poco agradable sobre nuestras creencias, lo cual fue muy anti-

pático. Naturalmente, quedó claro que yo no tenía cupo allí, por lo que Marcia, solidariamente, prometió que nos iríamos a la mañana siguiente. Así, fuimos a parar a un hotelucho de mala muerte, pero más caro de lo que teníamos contemplado y nuestras vacaciones se acortaron a poco más de la mitad.

Marcia fue una buena amiga que más tarde se casó con un psiquiatra de origen irlandés. A los pocos años se divorciaron porque, aunque ella era muy católica, encontró que su marido irlandés no es que fuera muy católico, sino que era un verdadero beato medieval. Se divorció y volvió a Bolivia con sus dos hijos todavía pequeños. Aunque perdimos contacto, la recuerdo con mucho afecto porque a pesar de ser tan distintas hicimos muy buena amistad, al igual que con su hermana Miriam, quien también vivía en Cambridge en esos años.

Otro amigo de Brandeis fue un chico argentino, Juan Corradi, que estudiaba sociología y con quien más tarde hice aquel famoso movimiento contra la dictadura de Onganía. Juan y un costarricense, John Saxe-Fernández, que luego vino a México a enseñar en la UNAM, estudiaban sociología y fueron muy amigos. Con John y con Juan mantuve muchos años de amistad, pero también la vida nos ha llevado por distintos caminos y hemos dejado de vernos. Y de Brandeis también tuve buena amistad con una compañera norteamericana poco más joven que yo, que ya mencioné antes, Temma Kaplan, que poco a poco se fue dedicando a la historia de España y al anarquismo. Temma hizo su doctorado en Harvard y nos veíamos bastante, aunque luego se trasladó a California, a la UCLA, donde la volví a ver cuando fui a Los Ángeles. Cuando me vine al Colegio de México, fue ella quien me sustituyó en Stony Brook para enseñar historia de España. Pero lo cierto es que con el tiempo y las itinerancias a veces se pierde contacto con los viejos amigos, aunque se vayan sumando otros. Cuento todo esto para mostrar un poco mi mundo plural, no solo de gente de letras cercana a mi padre y a Denah, sino de amigos de diversos países e intereses. También de Brandeis hubo otro chico: un joven *nuyoricán* que

llegó cuando yo ya estaba por graduarme, Robert Márquez. Bob venía del gueto puertorriqueño de Nueva York y acabó haciendo su doctorado en Harvard. Con el tiempo se consagró como especialista en literatura cubana, traductor de Nicolás Guillén al inglés y muy vinculado con Cuba; él contribuyó a dar a conocer la literatura revolucionaria cubana en inglés, en los Estados Unidos. Con muchos de estos amigos tenía afinidades políticas, pero también culturales e intelectuales, y, claro está, personales. Además, en general, estábamos solos y sin raíces locales, lo cual nos llevó a ser un mundito solidario de hispanoparlantes, que a ratos incluía también a Temma. Luego, ya con los años, aun cuando yo ya estaba lejos de Cambridge y había empezado a enseñar en Wesleyan y luego en Stony Brook, iba a ver periódicamente a mis padres y ahí coincidía con algunos de ellos. Debo decir que eso también dejó un sedimento cultural y lingüístico importante. Me sentí cómoda en contacto con la pluralidad cultural de mis amigos, en la que también hubo un colombiano, Juan Villamarín, un uruguayo, Gerardo Fernández, otros argentinos, algún centroamericano, alguna brasileña, y un español muy simpático, Antonio Ruiz Salvador. Todos ellos, con sus dialectalismos, sus nostalgias, sus historias, me permitieron sentirme en casa, en la diversidad.

Recuerdo que en uno de esos viajes, creo que en el verano del 70, mis padres estaban en Cape Cod de vacaciones y salimos a comer con Octavio Paz y su mujer, Marie-José. A Paz ya lo había conocido fugazmente en casa de los Orfila, pero entonces yo era una chiquilla. Ahora, en el Cape, ya tenía unos años más... En la conversación mencioné que trabajaba el anarquismo español, lo cual le sorprendió mucho y me dijo: “¡Ah! El anarquismo es algo que me ha interesado siempre”. A lo que le respondí que seguramente por su padre. Yo acababa de dar en Wesleyan un curso sobre Revolución mexicana, en el que habíamos discutido el reciente libro de Womack, que menciona que Octavio Paz, padre, se había acercado a los anarquistas, influido por Antonio Díaz Soto y Gama. Claro que ante el asombro de Octavio, hijo, tuve que

explicarle todo esto, pues estaba entre sorprendido y contento de que alguien joven supiera algo de esa historia. Fue muy simpático, era un tipo muy guapo, atractivo y yo quedé bastante prendada de él. Me pareció un hombre encantador. Luego, con el tiempo, lo vi de vez en cuando y con el tiempo ese encanto se fue convirtiendo en otra cosa.

No recuerdo si alguna vez te conté de una cena en casa de mis padres en la que estaban Octavio y otro profesor de Harvard, especialista muy destacado en literatura latinoamericana, Enrique Anderson Imbert, que había publicado en la Colección Breviarios del Fondo de Cultura una historia de la literatura hispanoamericana desde la Colonia hasta el presente. Anderson, por razones metodológicas, había dividido a los escritores en generaciones de 15 años. En cada capítulo incluía a los escritores nacidos entre tal y cual fecha. Octavio Paz había nacido en 1914, de modo que entraba en la generación de 1900 a 1914. Esa noche en casa, Octavio interpeló a Enrique, a quien acababa de conocer, pidiéndole que lo cambiara al siguiente capítulo, porque en la generación del 900 al 14, se sentía opacado por otros poetas mexicanos, como los Contemporáneos, por ejemplo. Claro, en la siguiente generación los poetas no eran dominantes, aunque sí estaban Rulfo y varios prosistas destacados, pero —según Paz— no poetas que lo opacaran. Todos nos quedamos boquiabiertos ante semejante pedido. Pero Anderson se enojó y le dijo, palabras más o menos: “Mire, Octavio, no puedo arreglar la historia a su conveniencia, si usted nació en el 14, yo qué le voy a hacer”. Paz siguió insistiendo y fue una escena muy tensa y penosa. Ese fue un triste signo de la vanidad de Paz, que por primera vez reconocí así, abierta y directamente: me impresionó lo vanidoso que podía ser debajo de esa capa simpática y elegante, agradable, hasta seductora y sexy que tenía.

Tiempo después lo volví a ver en Nueva York, pues coincidimos en una librería; debe haber sido en 1972 o un año después. Estaba hojeando un libro sobre Gide. Y después de saludarnos me soltó a boca de jarro algo así: “Gide fue el único que entendió que el comunismo

era un horror y que el comunismo es algo contra lo que hay que luchar”. Este hombre, que había dizque renunciado al servicio diplomático mexicano a causa de la masacre de Tlatelolco, empezaba a integrarse al mundo de los intelectuales “bien pensantes”. De ahí pasó a hablar mal de la Revolución cubana, lo cual me comenzó a molestar un poco. En ese momento, palabras más o menos, entablamos una discusión política poco grata. Y esa fue la penúltima vez que vi a Paz, porque ya radicado en México, a comienzos de los años noventa, por algún motivo que no recuerdo bien, me invitaron a un cóctel que se daba en honor a Paz en un elegante hotel de Polanco y ahí volví a ver a Octavio. Aunque un poco dudosa, me acerqué a saludarlo. Fue de nuevo encantador; entonces pensé en lo problemáticos que eran esos altibajos de egocentrismo, ideologismo, agresividad, en los que “lo que yo pienso es lo único válido”, frente a la parte personal, social, seductora y simpática, aunque tal vez fueran dos caras inseparables de una misma moneda.

Antes de esto, sin haber intervenido personalmente, pero estando ya en Stony Brook, un grupo de profesores del programa en *Latin American Studies* propuso invitar a Paz a dar una conferencia. La Universidad de Stony Brook está en Long Island, y de Boston a Long Island, cruzando en ferry desde Connecticut, se tardaba unas tres horas. Es decir, se podía ir de Boston en la mañana y regresar por la tarde. Bueno, Paz mandó una carta de requerimientos... Normalmente las conferencias en esa época se pagaban a 200 dólares y estaban bien pagadas para ser conferencias universitarias. Si tenían que pasar la noche, la universidad cubría el hotel y las comidas. Los requisitos que puso Paz para ir a dar una conferencia a Stony Brook fueron verdaderamente insólitos en el mundo académico: quería una limusina que lo recogiera a él y a su esposa y los llevara a Stony Brook, que le pagaran mil y pico de dólares por conferencia y, como según él Stony Brook estaba “en el fin del mundo”, quería que una limusina lo trasladara a un hotel en Manhattan, que pagara la Universidad, y que, además, de ahí lo

regresaran en limusina a Boston al día siguiente. No sé qué profesor universitario podía pensar que eso era algo normal, pues en el mundo universitario eso era absolutamente *outrageous*, peor que inaceptable. Y claro, según me contaron, mis colegas se molestaron mucho y no se le invitó. Hago un paréntesis para comparar con otra personalidad muy destacada: pocos años antes, estando en Wesleyan, se había invitado a Jorge Luis Borges, quien estaba entonces en Harvard, y no hubo el menor problema con él; para mí el contraste fue notable. Señalo lo anterior porque aquella fue otra de las instancias de un Paz ególatra, egocéntrico, con un ego tremendo. Por un lado, podía ser un hombre encantador, un espléndido prosista y un espléndido poeta. Por otro, llegaba a ser petulante y desmesurado. De modo que me tocó ser testigo directo de esas contradicciones, de las cuales se ha hablado muy poco.

Volviendo al mundo de Cambridge, este fue importante para mí y me permitió hacer amigos, conocer a personas que de otra manera no hubiera tratado nunca. Claro está, en parte era el mundo de mi padre y Denah, como Borges, a quien conocí en casa conversando y cantando con mi padre y con Bénichou milongas y tangos, o a H.A. Murena y a Rosa Chacel, de quienes hice de cicerone casi adolescente por Cambridge y Boston. Ese fue un mundo que, de alguna manera, a veces se convirtió también en mío. Brevemente menciono a otra gente que también fue muy importante para mí, como los Gusils, un matrimonio muy querido: Luisa Osorio, que era cubana y Miguel Gusils, catalán. Él era un orfebre muy original y un excelente escultor; ella era profesora universitaria, nacida en Cuba, pero que había ido a Estados Unidos a estudiar unos años antes de la Revolución. Cuando se produjo la Revolución ella ya residía en Estados Unidos, casada con Miguel, y desde el principio Luisa fue partidaria y defensora de la Revolución cubana. Eso hacía que con los Gusils, los Bénichou, los Anderson Imbert y otra gente, las reuniones sociales se convirtieran en fuertes debates políticos, bastante explosivos, bastante vibrantes. Yo con los Gusils

tuve una relación muy grata hasta su muerte. También en mis años en Cambridge vi mucho a Joan Evans de Alonso, viuda de don Amado, quien fue muy afectuosa conmigo. De hecho, su hijo menor, Fernando, fue compañero en Brandeis y manteníamos buena amistad, y con otro hijo, Juan Manuel, coincidí mucho en Harvard Square. En cambio, por diversas causas no siempre claras para mí, dejé de ver a Juan Marichal y a Solita, excepto muy ocasionalmente, pues se habían alejado de mis padres y de otros amigos. Sólo los volví a encontrar en México, cuando ya jubilados y muy mayores, pocos años antes de morir, vinieron a vivir con Carlos Marichal y su familia, en Cuernavaca. En fin, estos recuerdos sintetizan mi mundo cantabrigense.

22. *Historia Mexicana* y los alumnos de El Colegio

CREO QUE AL HABLAR DE MI VENIDA A MÉXICO de manera permanente, interrumpimos en 1988. Para entonces había habido varios cambios en la institución, en términos administrativos, como de direcciones y de presidencia. En 1985, don Víctor Urquidi dejó la presidencia del Colegio de México y en su lugar fue nombrado el profesor Mario Ojeda, del Centro de Estudios Internacionales. Por otra parte, también, Josefina Vázquez había dejado ya la dirección del Centro de Estudios Históricos y había sido reemplazada por la profesora Berta Ulloa. De modo que cuando me integré al Colegio definitivamente, éstas eran las nuevas autoridades. No voy a detenerme mucho en cómo fue mi relación con esas personas; prefiero centrarme, mejor, en el mundo de la docencia y de la investigación.

En esos momentos, el Colegio se estaba transformando y en 1989 la dirección del Centro también cambió y se nombró a una joven colega, Alicia Hernández, como directora. Alicia me pidió si yo podía dirigir la revista *Historia Mexicana*, lo cual implicaba un compromiso muy fuerte, puesto que nunca fui, literalmente, mexicanista, ya que siempre me he dedicado a la historia de España y de Europa. O a la historia comparada sí, pero en términos más amplios. De modo que cuando me lo propuso traté de negarme un poco, pero era evidente que Alicia necesitaba a alguien que le diera un nuevo giro a la revista y me pidió a mí que lo hiciera y asumí el papel, anticipándole que sería solo por un par de años.

Hubo cosas gratas e ingratas en ese contexto. Por un lado, llegué a una revista cuyo director anterior no había dejado armado ningún número, de tal modo que debía comenzar de cero. En ese sentido, se complicaba mucho la posibilidad de mantener la revista al día y con

una periodicidad obligada, sin tener números o artículos que estuvieran a la espera de ser publicados. Me encontré en una situación embarazosa y difícil; entonces opté por hacer algo que me pareció que podía dar un giro de tuerca a esa situación y propuse hacer un homenaje a Silvio Zavala, que por ese entonces cumplía 80 años. Escribí a historiadores de distintos países y múltiples disciplinas, colegas o exalumnos de don Silvio, preguntándoles si participarían en un número de homenaje a Zavala. La respuesta fue tan positiva, tan abrumadora, que en realidad recibimos una enorme cantidad de artículos, lo cual me permitió sacar dos sustanciosos números de homenaje y, entre tanto, comenzar a recibir artículos sobre diversos temas, para tener, por un lado, números normales y, por otro, monográficos alrededor de temas específicos. No puedo decir con certeza, porque no lo recuerdo, si esta fue la primera vez que se hicieron números de homenaje en *Historia Mexicana*; lo que sí sé es que nunca había habido un homenaje tan amplio, con colaboraciones de distinguidos historiadores de México y de varios otros países de América y de Europa.

Un cambio que me pareció necesario fue introducir la idea de un comité internacional, además de un comité local; creí imprescindible tener un comité asesor conformado por mexicanistas de renombre internacional, además de un comité interno del Centro, que rotara. De hecho, trataba de evitar algo que tenían las revistas latinoamericanas en esa época, y a veces siguen teniendo: una especie de endogamia, tanto en los consejos asesores cuanto en los de la redacción. Sin embargo, la idea de la rotación interna tuvo fuerte oposición y no prosperó. También empecé otra modalidad, que también desconcertó un poco, que fue la de introducir dictámenes externos y que no fuera la dirección de la revista la que decidiera a partir de sus intereses o de sus amistades o de sus prejuicios, sino que fueran evaluaciones serias, anónimas, pedidas a especialistas en cada campo particular. Me parecía que abrir la revista a evaluaciones y dictámenes externos podía darle un nivel más competitivo con revistas internacionales en el campo de la historia.

Todo lo anterior sacudió un poco a algunos colegas del Centro, que estaban acostumbrados a que todo se hiciera en casa. Pocos años atrás, como ya lo mencioné, se había instituido en México el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y empezaban a exigirse evaluaciones para los posibles miembros del SNI, lo cual era algo muy normal en otros países, pero no tanto en México. Yo lo aplaudí y extendí a la revista, pues juzgar lo académico más allá de las simpatías o antipatías que se pudieran dar entre grupos académicos internos, me parecía imprescindible para elevar la producción a niveles mucho más objetivos, más alejados de los grupitos que normalmente se forman en y alrededor de ciertas instituciones y ciertas publicaciones.

Debo decir que la experiencia no me salió barata: de repente aparecieron dos o tres artículos muy agresivos en un periódico que no sé si existe todavía, *El Heraldo de México*, que se publicaron en días seguidos. En ellos se hablaba pestes de la dirección de *Historia Mexicana*, pero también de la del Centro de Estudios Históricos y de la falta de seriedad que había sido nombrar a una extranjera como directora de la revista, ¡como si el puesto fuera una prueba de mexicanidad! Estos artículos estaban firmados por alguien cuyo nombre no merece el esfuerzo de ser recordado, evidentemente con información bastante sesgada y agresiva contra la nueva directora y quienes colaborábamos con ella. Alicia Hernández también había querido abrir el Centro y dejar de contratar de manera endogámica a los egresados del Colegio y empezar a contratar profesores que pudieran venir al Centro y ampliar las distintas áreas de investigación y docencia; entre quienes vinieron hubo varios extranjeros, hombres y mujeres. Por ello, otro de los “periodicazos”, como se dice en México, fue claramente xenófobo, contra los extranjeros recién contratados, aunque, curiosamente, no se mencionó a todos, lo cual parecía, casi, favorecer a ciertos grupitos. En uno de esos artículos se llegó a insinuar que varios de nosotros cobrábamos extra, por debajo de la mesa. Era verdaderamente una agresión de muy mala calaña e intención para desacreditarnos públicamente.

Yo entonces no conocía el *Heraldo*, pero un estudiante del Centro me llamó urgentemente para venir a verme y me trajo la información y los ejemplares. Y de manera muy cordial, muy gentil, no solamente expresó su apoyo, sino que acudió como vocero de sus compañeros, que me expresaban su solidaridad y ofrecían, si yo quería, que ellos podían escribir una carta al periódico a mi favor. Obviamente, no lo acepté. Pero sí pensé que la institución debía hacer algo al respecto. Hablé con Silvio Zavala, con quien yo tenía muy buena comunicación y confianza y le hice llegar fotocopias de los artículos. Don Silvio se molestó muchísimo y me dijo: “Esto es intolerable, el Colegio no lo debe permitir. Esto quiere decir que hay gente dentro del Colegio con muy malas intenciones y una institución como el Colegio debe averiguar quiénes son esas personas porque no deben estar”. Y citó un proverbio anglosajón: “Una manzana podrida puede echar a perder el resto”. Don Silvio me dijo que él iba a hablar con Mario Ojeda, presidente del Colegio, porque le parecía que eso no era aceptable. Pocos días después me llamó Mario Ojeda y me dijo: “Vino Silvio Zavala, pero a esas cosas no hay que hacerles caso, Clara, cosas así pasan todos los días; no hay que preocuparse por eso”. La verdad me sorprendió la tranquilidad: “Están desprestigiándome a mí, personalmente, y a muchos de mis colegas extranjeros, no a todos, pero sí a varios; nos están acusando de corruptos y es una acusación que al final también involucra a la institución”. “No, tómallo con calma, no hay que hacerle caso y lo mejor con gente así es ignorarla: le duele más”. El estilo de Mario Ojeda era tan diferente del estilo de presidentes anteriores que, la verdad, me fui un poco desconcertada después de esa conversación; era la práctica del “ninguneo”, tan ajena a otras culturas. En todo caso, Zavala, como buen investigador y hombre de contactos amplios, averiguó los nombres de algunos de los colegas que habían tramado estos ataques y me los hizo saber: su antipatía personal y su xenofobia me impresionan todavía hoy, cuando los pienso. Como extranjera, este incidente y otros me han hecho reflexionar a menudo sobre el contraste entre la cerrazón nacio-

nalista y la apertura intelectual, por decirlo de alguna manera, o en casos más extremos, sobre un chovinismo cerrado que ha pervivido en ciertos contextos.

Cuento esta anécdota porque me parece que refleja una época en la que el Centro de Estudios Históricos estaba cambiando lo suficiente como para que cierta gente se incomodara, porque abrirse al mundo y romper con los provincianismos empobrecedores les causaba incertidumbre, incluso temor. Desde tiempo atrás, la mayoría de los profesores que se nombraban en el Centro habían sido alumnos de fulano o de mengano, en una especie de endogamia continua. Es decir, no se había consolidado una tradición de evaluación académica, independiente de intereses particulares, ni de contratar personal que trajera aires distintos; supongo que algunos colegas, ya fuera por chovinismo o por misoneísmo sintió temor de que cambiaran mucho las cosas. Por suerte, las cosas sí cambiaron y por suerte se siguió adelante, ampliando la visión innovadora y la solidez académica de los candidatos a ingresar al Centro, su proyección nacional e internacional y no sus amistades y compadrazgos. Eso le fue dando un nuevo perfil distinto, de calidad reconocida, al Centro de Estudios Históricos.

Durante estos años enseñé cursos, dirigí tesis, publiqué, y cumplí a cabalidad con mis obligaciones. Honestamente, creo que fui logrando que en el Centro se estudiara historia de Europa, porque siempre me ha parecido esencial que los alumnos tengan una visión transnacional, que además les permita pensar comparativa e informadamente sobre la propia historia nacional que, aún hoy, permanece excesivamente encerrada en sí misma. Yo venía de Estados Unidos, donde en los buenos departamentos de historia había gran variedad de especialistas, no solo en historia de los Estados Unidos, sino también de Gran Bretaña, de Francia, de Alemania, de Rusia y, si cabe, de otros países y continentes. Eso no era raro y daba una formación, una complejidad y una proyección intelectual muy variadas al mundo académico norteamericano, cubriendo un espectro de conocimientos muy amplio. En cierto senti-

do, ese también había sido el Centro en sus años tempranos, desde su fundación y el que yo conocí como alumna. Al estar dedicada a la historia de España, y como europeísta, pensaba que era importante que, aunque modestamente, se siguiera esa tradición y se les abriera a los alumnos, si no una especialización, sí nuevos horizontes de conocimiento, incluyendo áreas nuevas como la historia social, cultural, económica y otras. Por mi experiencia, intenté ir fomentando en los alumnos un interés por acercarse a la historia y a nuevas maneras de enfocar y discutir temas historiográficos. Claro está que, en este dar y recibir, yo misma fui llevada a dirigir tesis sobre México y sobre temas mexicanos. Es una especie de paradoja que no siendo mexicanista, la mayoría o casi todas las tesis que he dirigido en México, que no son pocas, se hayan centrado, sobre todo, en problemas mexicanos. De modo que me fui dando cuenta de que también estaba incidiendo en modos de repensar la historiografía mexicana. Tal vez a lo largo de los años y de las décadas, una de las alegrías más satisfactorios para mí haya sido la formación de estudiantes, tanto dentro de las paredes de un seminario, como a lo largo de muchos años dirigiendo tesis y ayudando a que los alumnos abrieran sus horizontes y, a la vez, se especializaran en áreas en las que luego serían pioneros, al margen de que cayeran o no dentro de mis propios intereses personales.

23. Horizontes plurales y espacios nuevos

PARA IR CERRANDO, me gustaría reflexionar un poco, gracias a la posibilidad de mirar hacia atrás en conjunto, sobre el mundo de El Colegio de México y del Centro de Estudios Históricos en el que me fui desarrollando a lo largo de los años y del cual he sido, en parte, actora y, en parte, testigo. Ya señalé que a partir de los años noventa se iniciaron cambios interesantes en el Centro, con una mayor apertura hacia el mundo latinoamericano, a distintos modos de enfocar la historia y de abrirla a un mundo historiográfico más amplio y plural. Eso se fue desarrollando con profesores que llegaban con nuevos intereses, formación y temas, pero sobre todo con mayor conciencia de que había que abrirse al mundo y no quedarse solamente en lo local, un tanto provinciano. No siempre fue fácil, no siempre hubo apoyo en esa dirección, pues hubo quienes, por razones difíciles de explicar en un contexto académico que pretendía ser de calidad, no comulgaban con la idea de abrir fronteras al conocimiento. Pero, mal que bien, ello se fue imponiendo hasta lograr que el Centro esté hoy muy abierto a distintos enfoques y distintas historiografías, cada vez más vinculado al mundo. Hoy es una institución reconocida más allá de las fronteras mexicanas, a nivel internacional, y esto es resultado de esa apertura.

A título personal puedo decir que temas que antes estaban representados esporádicamente o que aparecían de manera circunstancial, pero no enfocada, fueron formando parte del programa de cursos: la historia social y la historia comparada, sobre todo europea y latinoamericana. De modo que una de las cosas en las que yo he insistido como profesora, ha sido en orientar a los estudiantes en mis seminarios a

abrirse a conocer, a meditar, a reflexionar y a debatir con las historiografías de diversos países, no sólo las nacionales.

Por otro lado, el perfil de los estudiantes del Colegio también cambió bastante. Ya en la época del primer Colegio y de Silvio Zavala, había habido un interés explícito por lo latinoamericano y lo peninsular. En el Centro, desde su fundación en 1941 había habido muchos estudiantes de diversos países junto con los mexicanos. Esto era, en parte, porque Silvio Zavala tenía una visión muy cosmopolita de la historia y tenía una visión también muy continental de los desarrollos históricos. Como hombre dedicado al estudio de la conquista y de la colonización de América, estaba siempre pendiente de lo que se hacía en distintos lugares y de que al Colegio vinieran a formarse estudiantes de otros países, de modo que hasta cierto momento eso le dio al Centro un aire cosmopolita. Después, ese énfasis se fue perdiendo, aunque con Josefina Vázquez en la dirección algo se mantuvo, y luego se retomó y extendió a partir de los años noventa.

En este sentido, la apertura hacia una historiografía más plural corrió paralela al cambio de perfil de los estudiantes que llegaban al Colegio y al intenso diálogo entre estudiantes mexicanos y extranjeros. Esto también marcó un cambio en la docencia, pues los seminarios se abrían a discusiones muy plurales. Estudiantes de Colombia, de Argentina, de Bolivia, de Perú, de Chile, de Ecuador, Venezuela, Brasil, en fin, de Centroamérica y el Caribe, así como italianos, españoles y algunos estadounidenses junto con sus contrapartes mexicanas, contribuyeron mucho a esos debates: los extranjeros aprendieron sobre México y los mexicanos aprendieron sobre el resto del mundo. En ese sentido, yo diría que el Centro se fue abriendo y enriqueciendo intelectualmente.

En cuanto a los temas, me voy a referir a mi experiencia en las aulas, pero también como directora y asesora de numerosas tesis, ya que muchos de los cambios que mencioné los he visto reflejados en los intereses de mis estudiantes. Conmigo han hecho sus tesis alumnos de muchos países y he asesorado a muchos otros. Desde luego que los mexicanos

han sido los más. De los extranjeros, en cambio, algunos se centraron en su propia historia nacional, aunque ya influidos por el conocimiento de la historiografía mexicana y otras, pero hubo otros que por estar en México y por la dificultad de acceso a otras fuentes nacionales, se lanzaron a la historia de México, aportando visiones comparativas, preguntas distintas y preocupaciones nuevas. Unos y otros han sido y siguen siendo destacados historiadores en sus diversos contextos geográficos.

Los temas han sido muy plurales, siempre con la mirada puesta en los actores en su mundo —predominantemente urbano—, a menudo sacudidos por la protesta y el conflicto, pero también en sus espacios, sociabilidades y cultura. Si pensáramos en bloques temáticos, hubo un fuerte interés por la historia del trabajo y la formación de clase, tanto de artesanos como de obreros en México y en otros países, pero también por los empleados y asalariados de “cuello blanco”. También fue notorio el interés por las clases populares, su cotidianidad, sus modos de subsistencia, sus formas de resistencia y lucha. El estudio del trabajo informal en las calles, el mundo de la pobreza, las protestas estudiantiles tanto políticas como sociales, las sociabilidades y sus espacios, la creación de solidaridades y de colectivos en lucha también revelaron investigaciones originales. Todo esto, claro, está surcado por el género, en el que no han faltado temas como el matrimonio y sus conflictos, las soldaderas, el suicidio entre las mujeres, el homoerotismo. Y también habría que mencionar a quienes han trabajado la cultura política y la cultura social, por no hablar de la cultura musical, como la ópera y su público, pues ha habido importantes estudios, por ejemplo, de la caricatura política con sus matices sociales, o de las protestas políticas, pero viéndolas también como protestas de sectores sociales que luchaban por la creación de una cultura política más amplia, para bases sociales más diversas. No faltaron temas sobre infancia, inmigración, delincuencia, etnicidades en conflicto, ocio y entretenimiento populares. No quiero tampoco dejar de mencionar otros, más abiertos, que vinculan lo social con lo político y con lo cultural, con la historia intelectual, con la cultura burguesa y de las

clases populares en Chile, en México, en Bolivia, pero también teniendo en cuenta una dimensión ideológico-cultural en cuanto a los vínculos, a las cercanías y a las distancias que se generaban entre distintos colectivos en América y en Europa.

En este sentido ha habido mucha pluralidad, sobre todo enfocada en la historia social, aunque no exclusivamente, porque una cosa en la que he tratado de ser muy cuidadosa ha sido en respetar los intereses propios de los estudiantes y no imponer los míos en lo que sería su investigación y aportación original. De modo que, en realidad, ha habido un abanico muy amplio de temas, de enfoques, de modos de concebir y desarrollar los estudios sobre el pasado de México y de otros países, de los cuales yo misma aprendí mucho. Así, los estudiantes mexicanos y los extranjeros hicieron que los diálogos y debates fueran fructificando en trabajos de investigación más complejos, más ricos, que en gran medida han marcado hitos en la producción historiográfica del Centro y de los respectivos países.

Esto se trasladó después a otra preocupación mía, que fue la de crear espacios de diálogo interinstitucionales y, en lo posible, internacionales, más allá del salón de clase, lo cual me llevó a pensar en la posibilidad y necesidad de abrir foros de discusión vinculados con dos de las áreas que me han interesado más: la historia social y la relación entre España y México, España y América. Sin embargo mi intención no era crearlos sola. Siempre me ha parecido una redundancia decir que cuatro ojos ven más que dos y que cuantos más ojos vean, tanto mejor para el problema que se está analizando. Por ello, estos seminarios permanentes, que comenzaron en 2002, se forjaron en El Colegio de México con la colaboración de colegas de otras instituciones.

Para codirigir el Seminario Permanente de Historia Social, invité inicialmente a una colega de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), en Iztapalapa, antes exalumna mía del Colegio, Sonia Pérez Toledo, y para el Seminario Permanente México-España, obtuve la colaboración de Tomás Pérez Vejo, apreciado colega y amigo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Esos dos seminarios cumplen ahora

20 años y han tenido la virtud de crear acercamientos y espacios de discusión entre colegas de distintas latitudes. Eso ha sido muy enriquecedor para los estudiosos en ambos campos, pues la pluralidad de temas que se presentan, la pluralidad de enfoques y de intereses que se debaten han permitido estar al día sobre los desarrollos en ambas disciplinas.

Con los años, las personas a cargo de los seminarios han ido cambiando, pues ha habido etapas y compromisos distintos. En la actualidad, el Seminario Permanente de Historia Social cuenta con un equipo muy sólido y unido, conformado por Mario Barbosa, de la UAM-Cuajimalpa, como codirector, y María Dolores Lorenzo, del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, y Diego Pulido, ahora en el Colegio de México, como coordinadores académicos.

De este seminario también surgieron unos coloquios que llamamos “Historia social, historia plural”, pensados como un foro para que jóvenes investigadores que concluían sus tesis, presentaran sus avances, sus hallazgos académicos, historiográficos, y que ello les sirviera de plataforma para lanzarse a otras experiencias académicas como participar en congresos, impartir conferencias e intervenir en debates públicos. Si esos coloquios se llamaron Historia social, historia plural, fue porque nos interesaba alentar en las ponencias y en los debates diversos enfoques sociales, métodos, acercamientos y temas. Con el apoyo de la institución, también pudimos invitar a uno que otro investigador ya consagrado para dictar una conferencia magistral. De modo que estos dos espacios, el Seminario Permanente de Historia Social y los coloquios de Historia social, historia plural, han sido creaciones que con el tiempo se han ido consolidando. Aunque con la pandemia han sufrido bastantes altibajos por lo virtual, siguen ocupando un lugar preeminente y, en cierto sentido, fundacional.

Con el Seminario Permanente México-España se podría decir algo parecido. Ese seminario empezó también como un foro de discusión, pero con la ayuda de la Embajada de España en México pudimos, inicialmente, invitar a investigadores españoles para que dictaran confe-

rencias en México e, incluso, organizar algún encuentro sobre temas hispano-mexicanos, que luego se abrieron a lo latinoamericano. En 2006, Tomás y yo, con la ayuda de la Embajada y de la presidencia del Colegio, obtuvimos el apoyo del Banco de Santander para crear una Cátedra México-España, como puente académico y espacio de intercambio de académicos españoles e hispanoamericanos. Con la incorporación de nuestro colega, el doctor David Jorge, al Colegio, hemos ampliado el grupo directivo de la Cátedra y del Seminario, que hasta ahora mantienen actividades paralelas pero separadas, aunque no descartamos que en algún momento próximo vuelvan a confluir.

Paralelamente a estas actividades, y pensando sobre todo en los vínculos entre España y América Latina, hacia 2004 pensé que el Colegio podría retomar una tradición que tuvo en sus primeros tiempos, con publicaciones sobre temas ibéricos. Siendo todavía presidente del Colegio el doctor Andrés Lira, le propuse crear una colección que se llamaría “Ambas Orillas”. La idea era publicar estudios monográficos que tuvieran que ver con las relaciones entre ambos países e incluso se abrieran a América Latina. Andrés apoyó generosamente la propuesta, que luego han seguido sosteniendo los sucesivos presidentes del Colegio, los doctores Javier Garciadiego y Silvia Giorguli. La colección inició con el estudio de un exalumno colombiano, ahora colega muy querido, Aimer Granados, sobre el hispanoamericanismo español y mexicano. Luego, los títulos publicados han abarcado estudios monográficos y compilaciones sobre temas muy plurales de los siglos XIX y XX. De esta manera, la colección se convirtió también en un foro impreso para los estudios sobre temas hispanomexicanos e iberoamericanos.

En síntesis, puedo concluir diciendo que en este periplo mexicano, mis labores se han centrado, sobre todo, en formar estudiantes en nuevos ámbitos del conocimiento y en crear nuevos espacios académicos, abiertos a diversos temas y enfoques, que fomenten el diálogo e intercambios interinstitucionales e internacionales. Que hayan cumplido o no su cometido, no me corresponde a mí evaluarlo.

Epílogo

HA LLEGADO EL MOMENTO de poner un punto final a esta larga serie de recuerdos y reflexiones de mis pasos por distintos espacios y por distintos ámbitos académicos e intelectuales a lo largo de las décadas. Para resumir los sintetizaría en tres grandes itinerancias y aprendizajes.

En primer lugar, en cierto sentido puedo decir que lo que ha caracterizado mi trayectoria académica ha sido mi interés por temas poco estudiados en su momento. Aunque he tenido una formación muy amplia y plural, el núcleo de mis intereses ha tenido que ver, sobre todo, con el mundo social, político, cultural e ideológico de los movimientos sociales europeos anarquistas, socialistas y revolucionarios en su dimensión local, nacional y transnacional. Por otro lado, también me he centrado en el estudio de las migraciones y los exilios europeos a América, especialmente a México. Mi preocupación ha sido tratar de entender quiénes y cómo eran los actores, los sujetos, vinculándolos siempre con los entornos plurales y complejos en los que se insertaban.

En segundo término, me ha importado mucho la transmisión del conocimiento, la formación, dentro de mis límites y posibilidades, de estudiantes jóvenes en los cuales fomentar la apertura a nuevos temas y a nuevos horizontes analíticos por medio del debate y el diálogo crítico ante las verdades dadas. No siempre lo habré logrado, pero ese “siempre” ha sido un desiderátum en mi conciencia docente. Aunque inicialmente enseñar me causaba mucha ansiedad —y dominar el miedo a las tablas, el pánico escénico, me costó mucho, si bien nunca lo logré—, creo haber contribuido en algo a la formación de generaciones más jóvenes, tanto en Estados Unidos como en México y, tal vez por mis escritos, en otras latitudes. Pero quiero dejar constancia de que enseñar

durante más de medio siglo ha sido también para mí un largo aprendizaje personal que le debo a todos mis alumnos.

Finalmente, aunque sin duda en primer lugar, debo reconocer que la trashumancia en la que viví desde muy pequeña me ha permitido a mí misma abrir horizontes, cuestionar realidades, reconsiderar situaciones personales e intelectuales y, finalmente, también aprender mucho de todas esas experiencias y de cada uno de los maestros, de las colegas, de los amigos y de los seres queridos que me han rodeado. El hecho de estar asentada ahora en México no significa que no siga transitando nuevos espacios, porque cuando se aprende que los horizontes son infinitos sigues recorriendo el ancho mundo de mil maneras distintas, en diálogo con el pasado y con la realidad cotidiana. Todo ello ha sido un continuo aprendizaje durante muchas décadas, a lo largo y ancho de múltiples itinerancias vitales.

Índice onomástico

- Adler, Alfred, 81
Åkerman, Sune, 215, 226
Alarcón, Ricardo, 172
Alberti, Aitana, 71
Alberti, Rafael, 71, 72
Alexandre, Denise, 271
Alfonso XII, 158, 193
Allende, Salvador, 253
Alonso, Amado, 20, 29, 48, 250
Amadeo de Saboya, 193
Ambrose, Warren, 118
Anderson Imbert, Enrique, 278, 280
Anes, Gonzalo, 148
Arbenz, Jacobo, 52
Archila, Mauricio, 223
Arcipreste de Hita (Juan Ruiz), 86
Arendt, Hannah, 83
Arreola, Juan José, 48
Aub, Max, 73, 108
Ayala, Francisco, 109
- Bakunin, Mijaíl, 136, 193, 219
Barceló, Miquel, 253
Bataillon, Claude, 92
Bénichou, Paul, 268-270, 272, 280
Bénichou, Silvia, 269
Berceo, Gonzalo de, 86
Berdicevski, Lydia, 64, 66
Berlin, Isaiah, 102-105, 111, 112
- Berrogain Vilar, Gabrielle, 137, 190
Berthe, Jean-Pierre, 138
Bioy Casares, Adolfo, 74
Blanco Aguinaga, Carlos, 48, 187, 270, 273
Blanqui, Auguste, 136
Bonald, Louis de, 83
Bonney, Yves, 82
Borah, Woodrow, 180, 181
Borges, Jorge Luis, 74, 269, 280
Burke, Edmund, 83
- Camões, Luís de, 82
Camus, Albert, 83, 269
Carlavilla (Karl), Mauricio, 141-143, 148
Carmagnani, Marcello, 172
Carr, Raymond, 188-190
Carter, James, 253, 254
Casalduero, Joaquín, 273
Casanovas, Joan, 224
Castro, Américo, 273
Castro, Fidel, 183, 273
Castrovido, Roberto, 198
Chacel, Rosa, 280
Chinchilla, Ernesto, 222
Cierva, Ricardo de la, 191, 192
Claudín, Fernando, 108, 140, 175
Claudín, Pilar, 108

- Coatsworth, John, 231
 Codovilla, Víctor (Vittorio), 72, 73
 Cohn-Bendit, Daniel, 185
 Comín Colomer, Eduardo, 142,
 143, 144, 147, 148, 192
 Corradi, Juan, 117, 119, 276
 Cortés Conde, Roberto, 171
 Cosío Villegas, Daniel, 29, 39, 47,
 250
 Croce, Benedetto, 83
- De Gaulle, Charles, 174
 De Jong, Rudolf, 165
 De Maistre, Joseph, 83
 Dempsey, Margaret, 52
 Derito, Delia, 28, 42
 Díaz, Elías, 148
 Díaz del Moral, Juan, 115, 116
 Díaz Ordaz, Gustavo, 177
 Díaz Soto y Gama, Antonio, 277
 Domínguez Ortiz, Antonio, 190
 Duarte de Perón, Eva, 26, 56, 61
 Dulles, John Foster, 256
 Dumas, Alejandro, 40
 Durán, Manuel, 270
 Durand, José, 48
- Engels, Friedrich, 83
 Escalera, Luis, 107
 Escalera, Neus, 107
 Espinosa Nieto, Lucía, 90
 Evans de Alonso, Joan, 281
- Farrell, Edelmiro, 27
 Fauvel-Rouif, Denise, 139, 199
 Ferenczi, Sándor, 81
- Fernández, Gerardo, 277
 Fernández Granell, Eugenio, 109
 Fernández MacGregor y Maza,
 Margarita, 34, 35
 Fernández Retamar, Roberto, 184
 Fernández y González, Manuel, 40
 Feuerbach, Ludwig, 83
 Fischelis, Mr., 168-171
 Florescano, Enrique, 90, 97, 138,
 171, 180
 Fontana, Josep (José), 149
 Fourier, Charles, 83
 Franco, Francisco, 48, 117, 146,
 148, 149, 191, 229
 Freud, Sigmund, 81
 Fromm, Erich, 81
 Frondizi, Arturo, 63, 64, 68, 72
- Gaona, Ricardo, 36
 Gaos, José, 38, 92, 95, 96, 109
 Garavaglia, Juan Carlos, 262
 García, Donato Evaristo (tío), 22,
passim
 García, Donato Genaro (abuelo),
 21, *passim*
 García, Gervasio Luis, 90
 García, Leonor (madre), 19, *passim*
 García Baspino, Beatriz, 56
 García Baspino, Miguel Ángel, 56
 García Lorca, Federico, 172
 García Lorca, Francisco, 109
 García Martínez, Bernardo, 93
 García Viñas, José, 128
 Garciadiego, Javier, 293
 Garrido, Fernando, 126, 136
 Germani, Gino, 118, 171

- Gide, André, 278
 Gilman, Stephen (Steve), 272, 273
 Gimeno Casalduero, Joaquín, 273
 Giner de los Ríos, Bernardo, 107
 Giorguli, Silvia, 15, 293
 Giral, Ángela, 249
 Giralt i Raventós, Emili (Emilio),
 139, 199
 Girault, René, 93, 94, 111, 172
 González y González, Luis, 88, 221
 Gortari, Hira de, 92
 Granados, Aimer, 293
 Guillén, Jorge, 47, 272
 Guillén, Nicolás, 277
 Gullón, Ricardo, 109
 Gusils, Miguel, 248, 280
 Guzmán, Antonio de, 196, 197
- Halperín Donghi, Tulio, 171
 Hamnett, Brian, 221, 231
 Henríquez Ureña, Natacha, 47
 Henríquez Ureña, Pedro, 25, 47
 Henríquez Ureña, Sonia, 47
 Hernández, Alicia, 282, 284
 Hlito, Alfredo, 47
 Hobsbawm, Eric, 113
- Ibárruri, Dolores, 145
 Illades, Carlos, 214, 264
 Isabel II, 158, 159, 192, 193
 Izard, Miquel (Miguel), 149
- Jackson, Gabriel, 187, 194
 Jarquín, María Teresa, 236, 237
 Jiménez de Asúa, Luis, 268
 Jiménez Moreno, Wigberto, 46
- Johnson, Edgar, 84
 Jorge, David, 293
 Jung, Carl G., 81
- Kaplan, Temma, 187, 188, 233,
 235, 276, 277
 Kent, Victoria, 117, 118
 Kibalchich, Jeannine, 47
 Kissinger, Henry, 254, 255
 Klein, Herbert, 172
 Knighth, Franklin, 221
 Koestler, Arthur, 83
 Kohn, Joe, 123
 Kropotkin, Piotr, 128, 132, 136
- Labin-Bénichou, Gina, 262, 268,
 269
 Labrousse, Ernest, 174, 214, 215
 Lafargue, Paul, 136
 Lamana, Manuel, 189, 190, 268
 Lamb, Charles, 41
 Lamberet, Renée, 128
 Lehrer, Sara (abuela), 20, *passim*
 Lenin, Vladimir Ilich, 83, 94, 121
 León, María Teresa, 71
 Levine, Robert, 221
 Levy, David, 240
 Levy, Denah, *véase* Lida, Denah
 Lewis, Oscar, 217
 Lida, Denah, 76, *passim*
 Lida, Emilio, 21, 70
 Lida, Fidel, 247, 252
 Lida, Isabel, 70
 Lida, Mauricio (abuelo), 20, 21, 27
 Lida, Miranda, 247, 252
 Lida, Raimundo (padre), 19, *passim*

- Lida, Rebeca Schmuukler de, 70
 Lida, Soledad, 252
 Lida, Sonia, 70
 Lida de Malkiel, María Rosa, 21,
 28, 29, 85
 Lida-García, Fernando (hermano),
 19, *passim*
 Linz, Juan, 192
 Lira, Andrés, 92, 230-232, 293
 Litvak, Lily, 167
 Llorens, Amalia, 175, 178
 Llorens, Vicente, 40, 98-100, 102,
 104, 106, 108, 109, 117, 148,
 165, 167, 173, 175, 176, 178,
 196, 239
 Lombardo Toledano, Isabel, 47
 López de Santa Anna, Antonio, 49
 Lorenzo, Anselmo, 128, 136
 Lorenzo, María Dolores, 292
 Lubasz, Heinz (Harry), 83
 Luxemburgo, Rosa, 83

 Machado, Antonio, 58, 119, 186
 Machado, José, 186
 Madrid, Miguel de la, 265
 Mailer, Norman, 189
 Malagón, Javier, 109
 Malatesta, Errico, 128
 Malefakis, Edward (Ed), 192
 Malkiel, Yakov (Yasha), 85
 Maluquer de Motes, Jordi (Jorge),
 149
 Malvido, Elsa, 93
 Manrique, Jorge Alberto, 231
 Manuel, Frank, 81, 83
 Marcuse, Herbert, 81, 83

 Marichal, Carlos, 262, 268, 281
 Marichal, Juan, 267, 268, 281
 Márquez, Robert (Bob), 277
 Martí, Casimiro, 114, 149
 Martí, José, 35
 Martín Gaité, Carmen, 148, 159
 Martínez López, Ramón, 141
 Marx, Karl, 83, 104, 126, 136, 160,
 219
 Maslow, Abraham, 81
 Massa, Gaetano, 192-194
 Matesanz, José Antonio, 90, 97,
 115, 119, 180, 181, 264
 Maza, Francisco de la, 46
 Mazzini, Giuseppe, 136
 Mejía Sánchez, Ernesto, 48
 Menéndez Pidal, Ramón, 29, 273
 Millares Carlo, Agustín, 38, 48
 Miño Grijalva, Manuel, 236, 237
 Mistral, Gabriela, 49
 Moles, Lucinda, 271
 Molina, José, 42, 250
 Molina, Maura, 42
 Montebello, Philippe de, 271, 272
 Montseny, Federica, 128
 Morán, Beatriz, 264
 Morello, Marta, 105
 Moreno Toscano, Alejandra, 90, 97,
 138, 139, 176, 180, 181
 Moreno Villa, José, 35
 Morínigo, Marcos, 29
 Moro, Tomás, 83
 Morodo, Raúl, 148
 Munárriz, Jesús, 217
 Murena, H. A., 280
 Mussolini, Benito, 192

- Nadal, Jordi (Jorge), 190
 Navarro Tomás, Tomás, 241
 Nettlau, Max, 128, 129
 Nixon, Richard, 184, 203, 254, 255
- O’Gorman, Edmundo, 231, 232
 Obligado, Rafael, 37
 Ojeda, Mario, 282, 285
 Oliveira Salazar, António de, 191
 Onganía, Juan Carlos, 116, 117,
 120, 170, 171, 247, 252, 276
 Orfila Reynal, Arnaldo, 47, 48, 217,
 250, 277
 Ortega y Gasset, Eduardo, 144, 146
 Ortega y Gasset, José, 95, 96, 146
 Orwell, George, 83
 Osama bin Laden, 254
 Osorio, Luisa, 246, 280
 Owen, Robert, 83
- Palacios, Guillermo, 93
 Paniagua, Javier, 11
 Pareto, Vilfredo, 83
 Payne, Stanley, 192
 Payno, Manuel, 40
 Paz, Marie-José, 277
 Paz, Octavio, 277-280
 Paz Campero, Marcia, 274-276
 Pedro el Grande, 204, 206, 212, 216
 Peniche, Surya, 40
 Pérez, Antonio, 108
 Pérez (señor), 33
 Pérez de la Dehesa, Rafael, 166, 167
 Pérez Galdós, Benito, 40, 242
 Pérez Herrero, Pedro, 236, 237
 Pérez Toledo, Sonia, 214, 291
- Pérez Vejo, Tomás, 291
 Perón, Juan Domingo, 26, 27, 29,
 56, 59-64, 252
 Pi-Suñer, Antonia, 236
 Pinochet, Augusto, 253
 Pla Brugat, Dolores, 264
 Platón, 83
 Pollock, Jackson, 109
 Portal, Roger, 94
 Pozzi, Pablo, 223
 Pradera, Javier, 148
 Prats, Joaquim, 11
 Prebisch, Raúl, 19
 Primo de Rivera, Miguel, 144
 Probst Solomon, Barbara, 189, 190
 Proudhon, Pierre-Joseph, 83
 Pulido, Diego, 292
- Quesada, Sergio, 236
- Ramón, Teresa, 186
 Ramos, Carmen, 224, 231
 Rawson de Dellepiane, Elvira, 62
 Reagan, Ronald, 239, 254
 Reclus, Élisée, 128
 Reyes, Alfonso, 29, 39, 250, 251
 Ringrose, David, 194
 Robin, Paul, 128
 Rodríguez, Rafael, 172
 Rodríguez Bugarín, Anacleto, 21
 Rodríguez Bugarín, María (abuela),
 21
 Rodríguez Gallardo, José Adolfo, 90
 Rodríguez-Luis, Julio, 166, 167, 187
 Rodríguez Monegal, Emir, 95
 Rojas, Fernando de, 86

- Romano, Ruggiero, 138
 Roosevelt, Eleanor, 78
 Roosevelt, Franklin D., 78
 Rosenblat, Ángel, 29
 Ross, Stanley, 221, 231
 Rothko, Mark, 109
 Roura Parella, Juan, 186
 Rousset, Guillermo, 48
 Rudé, George, 113
 Ruiz, Roberto, 270
 Ruiz Salvador, Antonio, 277
 Russell, Bertrand, 61
- Sagastume, Tania, 214
 Saint-Simon, Henri de, 83
 Salgari, Emilio, 40
 Salinas, Jaime, 148
 Salinas, Soledad, 268
 Salmerón, Alicia, 11
 Salomon, Noël, 95
 Salper, Roberta, 205
 Samaniego, Fernando, 153
 Sánchez-Albornoz, Claudio, 190
 Sánchez-Albornoz, Nicolás, 171,
 172, 187, 189, 190, 193, 268
 Sánchez Ferlosio, Rafael, 148, 159
 Sánchez Ruipérez, Germán, 193, 194
 Santayana, George, 67
 Sartre, Jean-Paul, 83
 Saussure, Ferdinand de, 81
 Saxe-Fernández, John, 276
 Scaramuzza, Vicente (Vincenzo), 25
 Schorske, Carl, 100
 Sèchehayé, Marguerite, 81
 Seco Serrano, Carlos, 114, 149
 Secunda, Judy, 122
- Segovia, Andrés, 109
 Segovia, Rafael, 181
 Segovia, Tomás, 270
 Séjourné, Laurette, 47
 Semo, Ephthimia, 240
 Semprún, Jorge, 108, 140, 175
 Serge (Kibalchich), Victor, 47
 Shakespeare, William, 41
 Slim, Carlos, 260
 Smith, Mrs. (maestra), 36
 Soboul, Albert, 113, 174
 Sologuren, Javier, 48
 Southern, Richard W., 84
 Speckman, Elisa, 11
 Spranger, Eduard, 186
 Stalin, José, 94
 Stein, Stanley, 101
- Tandeter, Enrique, 200, 205
 Tannenbaum, Frank, 228
 Teitelbaum, Vanesa, 214
 Termes, Josep (José), 114, 149
 Thompson, E. P., 113
 Tierno Galván, Enrique, 117, 118,
 148, 162
 Tortella, Gabriel, 148, 194, 200,
 205, 206, 207
 Trotsky, León, 83, 94
 Trump, Donald, 260
 Turu (Tsuru), Ayako, 33
 Twain, Mark, 41
- Ulloa, Berta, 282
 Unamuno, Miguel de, 109, 143,
 144, 146, 147
 Uribe, Susana, 40

- Urquidi, Víctor, 164, 165, 167,
231-233, 235, 237, 263, 282
- Valle-Inclán, Ramón del, 159, 205
- Vanger, Milton, 87
- Vázquez, Josefina Zoraida, 230, 231,
233, 235-237, 263, 282, 289
- Vega, José Luis, 101, 117
- Venturi, Franco, 111-113, 200, 205,
211, 213
- Vergés Mundó, Oriol, 114
- Vicens Vives, Jaume (Jaime), 114,
149, 213
- Vicente, Esteban, 109
- Videla, Jorge Rafael, 247, 252
- Vilar, Pierre, 137, 138, 173, 190,
194, 204, 205, 226
- Villamarín, Juan, 277
- Villatoro, Carmen, 90
- Villoro, Luis, 92
- Viñas, Ángel, 191, 192
- Wiener, Jon, 233
- Womack, John (Jack), 274, 277
- Xirau, Ramón, 270
- Yankelevich, Pablo, 15
- Yáñez, Agustín, 47
- Yrigoyen, Hipólito, 23
- Zaplana, Andrés, 195, 198
- Zassulich, Vera, 136
- Zavala, Iris, 109, 117, 119, 120,
124, 125, 129, 133, 140, 142-
144, 147, 148, 157, 158, 162,
173, 176, 187, 193, 203, 205,
207, 270
- Zavala, Silvio, 12, 46, 48, 90-93,
97-99, 138, 139, 164, 171, 180,
181, 199, 231, 232, 250, 283,
285, 289
- Zavala, Sra. (maestra), 35

Itinerancias y aprendizajes.
Conversaciones con Clara E. Lida,
se terminó de imprimir en marzo de 2023
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,
5 de febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco,
52170, Metepec, Estado de México, México.
Portada de Pablo Reyna.
Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez, en Redacta.
Cuidó la edición Antonio Bolívar.
La edición consta de 400 ejemplares.



Raimundo Lida, con sus hijos Fernando y Clara, en Cruz Chica,
Córdoba, Argentina, 1944.



Fotografía en el pasaporte de Clara, Buenos Aires, 1947.



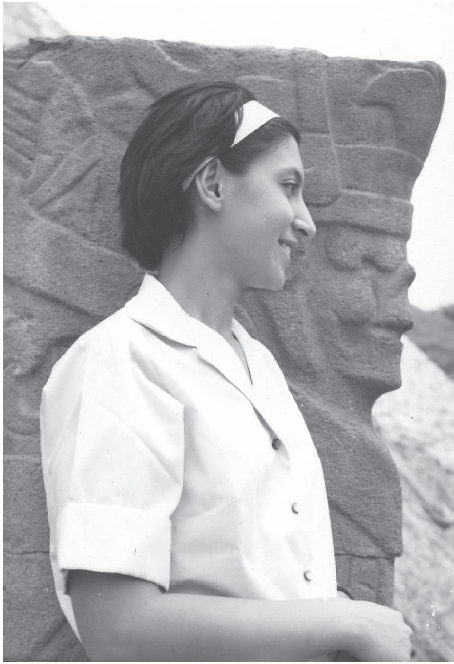
Leonor García (madre de Clara), Buenos Aires, 1947.



Con su padre, Ciudad de México, *ca.* 1952.



En el Liceo Nacional de Señoritas núm. 1,
Buenos Aires, *ca.* 1958



En El Tajín, Veracruz, mayo de 1964.



En España, 1961.



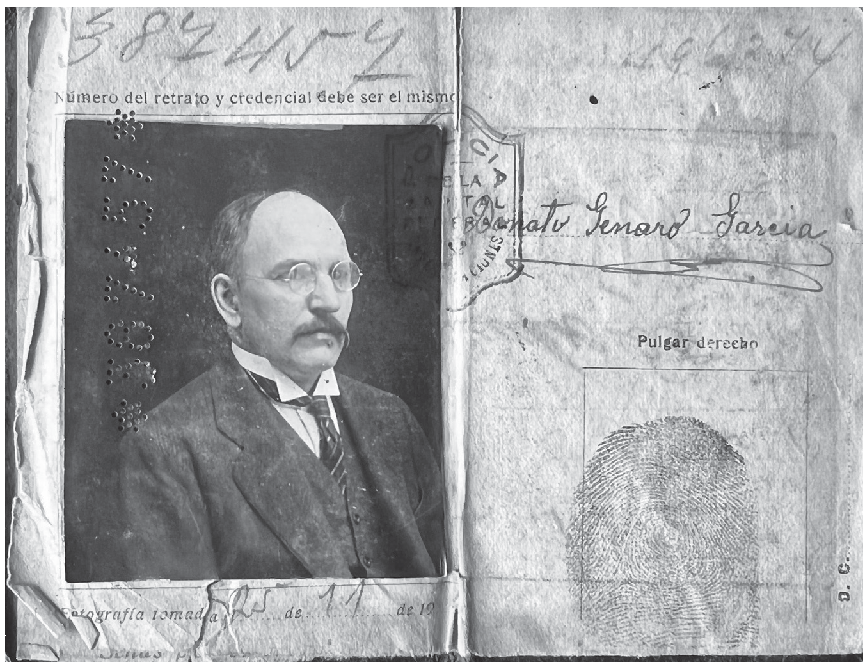
En el Yosemite National Park, California, verano de 1962.



De izquierda a derecha, delante: José Antonio Matesanz, Carmen Villatoro, Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano. Detrás: Gervasio L. García, Clara Lida, Lucía Espinosa y Adolfo Rodríguez Gallardo. Ciudad de México, diciembre de 1964.



Gervasio L. García y Clara en el aeropuerto de la Ciudad de México, diciembre de 1964.



Cédula de identidad de Donato G. García (abuelo materno), Buenos Aires, 1926.



María Rodríguez Bugarín
(abuela materna), Palermo,
Buenos Aires, 1967.



Raimundo y Denah Lida. Estados Unidos, 1955.



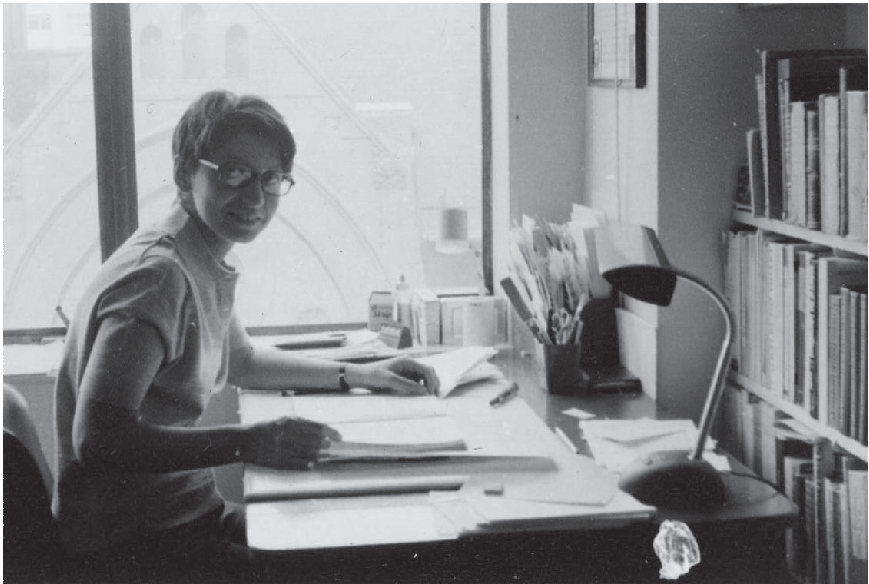
Mauricio Lida con su hijo Raimundo.
Cambridge, 1956.



Sara Lehrer (abuela) con María Rosa Lida
(izq.) y Denah Lida. Cambridge, 1956.



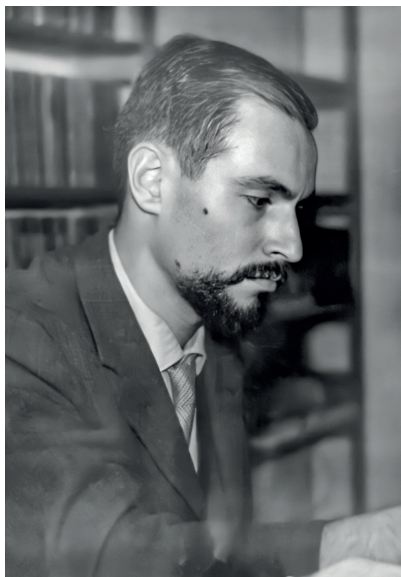
En Princeton, mayo de 1966.



En Nueva York, diciembre de 1968.



Donato E. García, Marta Morello, Clara Lida, Leonor García,
Miguel Ángel García y el niño Fidel Lida. Buenos Aires, *ca.* 1972.



Fernando Lida-García (hermano).
Buenos Aires, 1966.



Miguel Ángel García y Clara. Aeropuerto
de Ezeiza, Buenos Aires, *ca.* 1992.



Pierre Vilar y Gabrielle Berrogain Vilar
con Clara. Pirineos franceses,
ca. 1973.



Pedro Carrasco y Clara en la defensa
de la tesis de Carmen Ramos Escandón,
Stony Brook, septiembre de 1981.



De izquierda a derecha, de pie: Matilde Souto Mantecón, Carlos Brockman,
Manuel Miño Grijalva, Clara Lida, Verónica Zárate Toscano, Xiomara Avendaño Rojas,
Alejandro Pinet. Sentados: Felipe Ávila, Pilar Pacheco y Leticia Mayer,
alumnos de la promoción 1989-1991. El Colegio de México, diciembre de 1990.



Gervasio L. García y Clara. Acolman, *ca.* 1994.



Nicolás Sánchez-Albornoz y Clara. El Tajín, 2006.



En El Colegio de México,
ca. 2006.



Mario Barbosa y Clara Lida, Buenos Aires, febrero de 2017.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

El libro *Itinerancias y aprendizajes*, preparado por Mario Barbosa a partir de las conversaciones sostenidas con Clara Lida, aborda en forma de testimonio la trayectoria profesional de esta reconocida historiadora.

Estas páginas se refieren a una geografía familiar e individual diversa, forzada por las circunstancias y por sucesivas elecciones. Lida evoca sus años tempranos en Buenos Aires y México, pasando por una extensa vida universitaria en Estados Unidos y frecuentes estancias de investigación en la España tardofranquista, hasta su incorporación definitiva a El Colegio de México en los años ochenta. Estas itinerancias se convierten en una atalaya de la vida académica de esos países y de sus respectivos entornos.

Clara Lida ha destacado en dos líneas de estudio en las que abrió caminos inéditos: en primer lugar, el anarquismo y los movimientos socialistas en España y, en segundo lugar, una historia social plural, que generó una escuela reconocida en Latinoamérica. A ello se unen sus estudios pioneros sobre migraciones y exilios a México a partir del caso español.

Este libro tiene varios niveles de lectura posibles, todos ellos de gran interés para reconstruir medio siglo de historia cultural, social y política desde una personal mirada hispanoamericana.

JOSÉ ANTONIO PIQUERAS
Codirector, *Historia Social*

